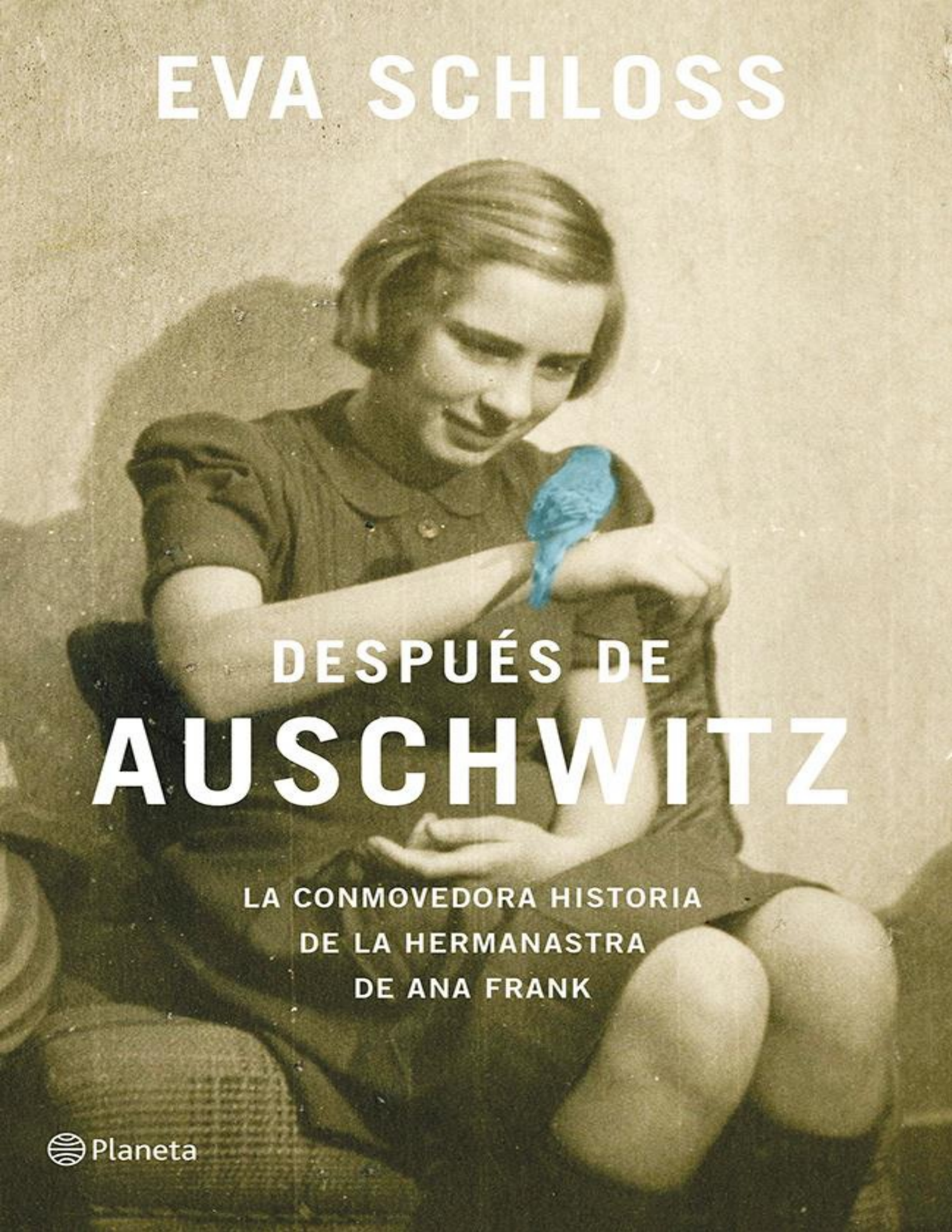
EVA SCHLOSS



DESPUÉS DE AUSCHWITZ

LA CONMOVEDORA HISTORIA
DE LA HERMANASTRA
DE ANA FRANK

Planeta

Índice

Portada
Dedicatoria
Árbol genealógico
1. La huella que dejamos
2. Una familia vienesa
3. Infancia
4. Llegan los nazis
5. Una niña indeseable
6. Ámsterdam
7. Ana Frank
8. La ocupación
9. Los escondites
10. La traición
11. Auschwitz-Birkenau
12. La vida en el campo
13. El invierno más funesto
14. La liberación
15. El camino de regreso
16. Otra vez Ámsterdam
17. Una nueva vida
18. El juicio
19. Londres
20. La historia de Zvi
21. La boda
22. Una cadena ininterrumpida
23. Otto y Fritzi
24. Un nuevo comienzo
25. Un día de primavera
26. La obra
27. Mutti
28. Establecer contacto

29. El regreso
30. Epílogo
Agradecimientos
Imágenes
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

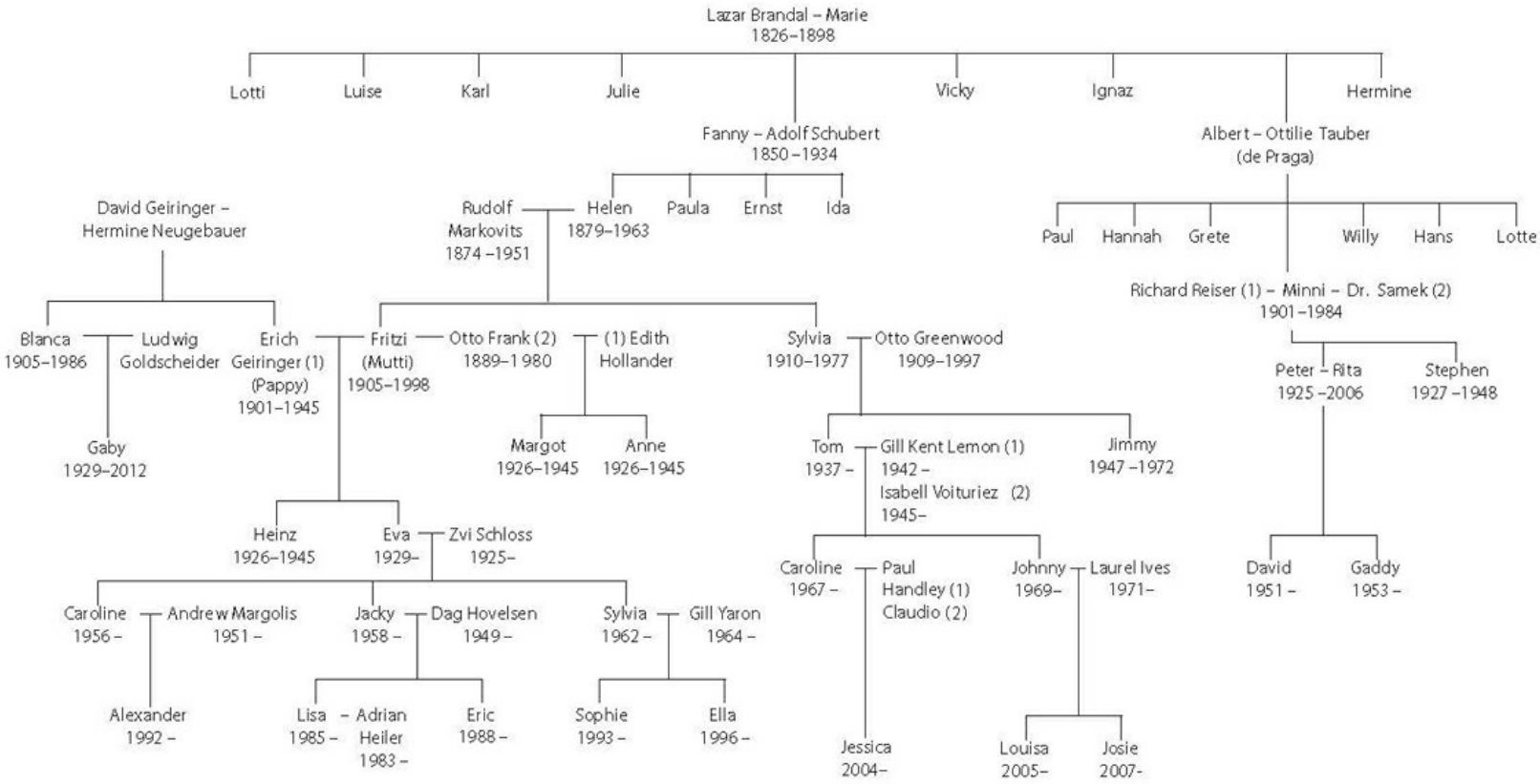
Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

A la memoria de las víctimas del Holocausto y del genocidio que no pudieron contar su propia historia


Lazar Brandal – Marie
1826–1898
Lotti
Luise
Karl
Julie
Vicky
Ignaz
Hermine
Fanny – Adolf Schubert
1850 –1934
Albert – Ottilie Tauber
(de Praga)
David Geiringer –
Hermine Neugebauer
Rudolf
Markovits
1874 –1951
Helen
1879–1963
Paula
Ernst
Ida
Paul
Hannah
Grete
Willy
Hans
Lotte
Richard Reiser (1) – Minni – Dr. Samek (2)
1901 –1984
Blanca
1905–1986
Ludwig
Goldscheider
Erich
Geiringer (1)
(Pappy)
1901–1945
Fritzi
(Mutti)
1905–1998
Otto Frank (2)
1889–1980
(1) Edith
Hollander
Sylvia
1910–1977
Otto Greenwood
1909–1997
Peter – Rita
1925 –2006
Stephen
1927 –1948
Gaby
1929–2012
Margot
1926–1945
Anne
1926–1945
Tom
1937 –
Gill Kent Lemon (1)
1942 –
Isabell Voituriez (2)
1945–
Jimmy
1947 –1972
Heinz
1926–1945
Eva
1929–
Zvi Schloss
1925–
Caroline
1967 –
Paul
Handley (1)
Claudio (2)
Johnny
1969–
Laurel Ives
1971–
David
1951 –
Gaddy
1953 –
Caroline
1956 –
Andrew Margolis
1951 –
Jacky
1958 –
Dag Hovelsen
1949 –
Sylvia
1962 –
Gill Yaron
1964 –
Alexander
1992 –
Lisa – Adrian
1985 – Heiler
1983 –
Eric
1988 –
Sophie
1993 –
Ella
1996 –
Jessica
2004–
Louisa
2005–
Josie
2007-

1

La huella que dejamos

«Y ahora sé que Eva querrá decir unas palabras.» La frase resonó en el amplio vestíbulo y me llenó de pavor.

Yo era una mujer discreta de mediana edad, casada con un agente financiero y con tres hijas ya mayores. El hombre que había hablado era Ken Livingstone, por entonces todavía el máximo instigador de la inminente abolición del Greater London Council, y el mayor incordio para el bando de la primera ministra Margaret Thatcher.

Nos habíamos visto poco antes aquel mismo día, y sin duda él ignoraba que esas breves palabras me revolverían por dentro. Ni siquiera yo era consciente de que aquello sería el inicio de mi largo viaje hacia la asimilación de los terribles acontecimientos de mi infancia.

Tenía quince años cuando, junto a miles de personas más, recorrí Europa traqueteando dentro de un tren de contenedores de ganado oscuros y abarrotados, y me soltaron a las puertas del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau. Habían transcurrido más de cuarenta años, pero, cuando Ken Livingstone me pidió que hablara, se me agarró al estómago un sentimiento de absoluto terror. Quise escabullirme bajo la mesa y esconderme.

Era un día de febrero de 1986 y estábamos inaugurando la Exposición Itinerante Ana Frank en Mall Galleries, junto al Instituto de Artes Contemporáneas de Londres. En la actualidad más de tres millones de personas han visitado esa muestra en todo el mundo, pero entonces estábamos empezando a contar la historia del Holocausto a una nueva generación a través del diario de Ana y las fotografías de ella y su familia.

Esas fotos me unían a Ana de un modo que ninguna de nosotras habría podido imaginar cuando jugábamos juntas en Ámsterdam de niñas. Éramos muy diferentes, pero Ana se encontraba entre mis amistades.

Después de la guerra, el padre de Ana, Otto Frank, regresó a los Países Bajos e inició una estrecha relación con mi madre favorecida por las pérdidas y las amarguras mutuas. Se casaron en 1953, y Otto se convirtió en mi padrastro. Me regaló la cámara Leica que él había usado para retratar a Ana y a su hermana, Margot, y eso me permitió buscar mi propio camino en el mundo y dedicarme a la fotografía. Utilicé aquella cámara durante muchos años, y aún la conservo hoy.

La historia de Ana es la de una niña pequeña que conmovió al mundo a través de la mera

humanidad de su diario. Mi historia es distinta. También fui víctima de la persecución nazi y enviada a un campo de concentración, pero, a diferencia de ella, yo sobreviví.

En la primavera de 1986 llevaba residiendo en Londres casi cuarenta años y, a lo largo de ese periodo, la ciudad había pasado de ser un despojo de pobreza y bombardeos a transformarse en una metrópoli multicultural, bulliciosa y repleta de actividad, absolutamente irreconocible. Me habría encantado decir que también yo había experimentado una metamorfosis similar.

Había rehecho mi vida y creado mi propia familia, tenía un marido y unas hijas maravillosos que lo eran todo para mí. Hasta regentaba mi propio negocio. Pero una gran parte de la persona que fui había desaparecido. No era yo misma, y la niña extrovertida que montaba en bici, hacía el pino y nunca paraba de cotorrear se quedó atrapada en algún lugar al que yo no conseguía acceder.

De noche soñaba que me devoraba un inmenso agujero negro. Cuando mis nietos me preguntaban por el tatuaje con el que me marcaron el brazo en Auschwitz, les decía que no era más que mi número de teléfono. No hablaba del pasado.

Pero era difícil rehusar la invitación para intervenir en la inauguración de la Exposición Ana Frank, sobre todo porque representaba el trabajo de toda una vida de Otto y mi madre.

A instancias de Ken Livingstone me puse en pie y empecé a hablar, vacilante. Probablemente para gran sorpresa del público, que esperaba una presentación breve, en cuanto comencé ya no pude detenerme. Las palabras salían a borbotones, y hablé sin parar rememorando todas las experiencias traumáticas y dolorosas que había vivido. Estaba aturdida y aterrorizada; no recuerdo nada de lo que dije.

Mi hija Jacky, que se encontraba entre los asistentes, sostiene: «Fue muy angustioso. Apenas sabíamos nada sobre las vivencias de mi madre, y de repente la vimos en el estrado, con dificultades para hablar y deshecha en lágrimas».

Mis palabras tal vez no sonaran coherentes para nadie, pero fue un momento grandioso para mí. Había recuperado una pequeña parte de mí misma.

A pesar de un comienzo tan poco prometedor, después de aquel acto cada vez vino más gente a pedirme que hablara sobre lo que había sucedido durante la guerra. Al principio le pedía a mi esposo que me redactara las intervenciones, las cuales yo procedía a leer, a duras penas, ante el público. Pero con el tiempo fui encontrando mi propia voz y aprendí a contar la historia por mí misma.

Han cambiado muchas cosas en el mundo desde el fin de la segunda guerra mundial, pero, por desgracia, no en lo que respecta a prejuicios y discriminación. Desde el movimiento estadounidense por los derechos civiles hasta el *apartheid* de Sudáfrica, desde la guerra en la antigua Yugoslavia hasta quienes se encuentran atrapados en los conflictos actuales de países como la República Democrática del Congo, por todo el mundo he visto gente que lucha por conseguir un trato igualitario en cuanto a dignidad y comprensión humanas. Y, como judía, comprobé que ni siquiera la verdad del Holocausto había concienciado al mundo de todo el horror del antisemitismo. En la actualidad aún son muchos los que buscan chivos expiatorios basándose en el color de la piel de los demás, en sus orígenes, su sexualidad o su religión.

A esas personas quise hablarles sobre la amargura y la ira que las instaba a acusar a los

demás. Como ellas, yo sabía lo dura e injusta que puede llegar a parecer la vida en ocasiones. También yo había pasado muchos años colmada de odio.

A medida que mi mundo se expandía, empecé a trabajar con la Casa Ana Frank de Ámsterdam y con la Fundación Ana Frank del Reino Unido. Bien pronto escribí un libro sobre mis vivencias donde dejé aflorar crudos recuerdos del Holocausto; y después, mucho más tarde, un relato juvenil sobre mi vida al lado de mi hermano Heinz. Me quedé atónita cuando supe que otras personas también querían escribir sobre mi historia.

Con el tiempo me encontré viajando por el mundo y hablando ante auditorios de Estados Unidos, China, Australia y toda Europa. La gente que me encontraba en todos esos lugares me fue conmoviendo y transformando, hasta que llegó un momento en que pude afirmar con sinceridad que ya no eran el odio y el rencor los que me movían. Nada podrá excusar jamás los espantosos crímenes que perpetraron los nazis. Esos actos serán siempre imperdonables, y confío en que gracias a historias personales como la mía siempre se recuerden como tales. Pero a través de mi esfuerzo por llegar a la gente y contar mi historia me transformé en una persona nueva, quizá la persona que siempre fui por dentro, y eso ha supuesto un regalo para mí y para mi familia.

Las conversaciones con escolares y con presos tal vez hayan constituido la parte más valiosa de mi labor. Cuando contemplo un auditorio de niños pequeños de distintos orígenes y países, u hombres y mujeres condenados por delitos graves, estoy segura de que se preguntan qué demonios tienen en común conmigo, una señora menuda con primorosa chaqueta de punto y acento austriaco. Pero sé que, después del rato que pasaremos juntos, habremos compartido el sentimiento de que a veces no encontramos nuestro sitio, de que la vida ha sido dura e ignoramos qué nos deparará el futuro. A menudo resulta que, después de todo, no somos tan diferentes.

Quiero que sepan lo que he aprendido: que por muy honda que sea nuestra desazón, siempre hay esperanza. La vida es muy valiosa y bella, y nadie debería malgastarla.

En este libro hablaré sobre mi familia y sobre el largo viaje que emprendí, literal y espiritualmente, con mi madre. Asimismo les contaré mucho más sobre mi padre, Erich, y mi hermano, Heinz. Todo lo que diré aquí es que los perdí a ambos y que, aunque ustedes se encontraran conmigo ahora que ya soy anciana, una parte de mí sigue siendo aquella niña de quince años que los ama y añora desesperadamente, y piensa en ellos todos los días.

Hay un recuerdo en particular de la época que pasamos juntos como familia que me ha guiado durante todos los años transcurridos desde entonces, y que ha influido en mi trabajo.

Corría el mes de mayo de 1940 y estábamos reunidos en nuestro piso de Ámsterdam. Acabábamos de llegar huidos de la casa de Viena, y los nazis invadían ahora Holanda: la peor de todas las noticias posibles. Yo solía confiar en mi hermano mayor, Heinz, para que me tranquilizara y animara, pero esa noche estaba angustiado y sin palabras. Me dijo que no sabía si nuestro padre conseguiría mantenernos a salvo durante más tiempo: los nazis estaban en camino para llevarse judíos.

—Estoy realmente asustado, Evi —me dijo—. Tengo auténtico miedo a morir.

Mi padre nos juntó en el sofá y nos envolvió en sus brazos. Nos dijo que éramos eslabones de una cadena, y que perduraríamos a través de nuestros hijos.

—Pero ¿y si no tenemos hijos? —preguntó Heinz.

—Niños —dijo mi padre—, os prometo que todo lo que hacemos deja una huella; nada se pierde. Todo lo bueno que hagáis continuará en la vida de la gente con la que hayáis coincidido. Marcará una diferencia en alguna persona, en algún lugar, en algún tiempo, y vuestros logros proseguirán. Todo está relacionado, como una cadena que no se puede romper.

En este libro les contaré cómo hice todo lo posible para dejar una huella importante tras de mí.

2

Una familia vienesa

Para una persona joven, ambiciosa y judía en los inicios del siglo XX, solo había un sitio en el que estar: Viena.

Mis ojos de niña daban por supuestos la majestuosidad del tamaño y el refinamiento de la ciudad. Era mi hogar y yo era una auténtica *Wiener*. En la época en que nací, residíamos en una villa espaciosa a las afueras, el frondoso barrio de Hietzing, aunque la historia de mi familia con la ciudad era larga y a veces turbulenta.

Hasta el final de la primera guerra mundial, Viena fue la joya de la corona de los Habsburgo, la sede del vasto y poderoso Imperio austrohúngaro que abarcaba desde Ucrania y Polonia hasta Sarajevo, en los Balcanes, pasando por toda Austria y Hungría.

La Viena prebélica era una potencia económica y cultural; los negocios se nutrían del comercio por el río Danubio, mientras compositores como Gustav Mahler, literatos como Arthur Schnitzler y médicos como Sigmund Freud iluminaban las calles, los teatros de la ópera y los cafés con ideas nuevas. Era casi imposible no dejarse atrapar por la efervescencia de personajes interesantes que planeaban acciones espectaculares. En el café Central podías encontrarte a León Trotski jugando al ajedrez y urdiendo la revolución; mientras, en el café Sperl podía ser que Egon Schiele y alguna de sus modelos se estuvieran tomando un descanso en medio de una de sus sesiones de provocativos retratos desnudos.

Era una época apasionante. En 1910 la ciudad había superado los dos millones de habitantes. Los paseos imperiales de la Ringstrasse estaban rodeados de calles con nuevos edificios de apartamentos para una creciente clase media de tenderos y comerciantes. Aquella gente conformaba el gran público de la cultura vienesa y, de pronto, empezó a comprar entradas de teatro, a comer fuera y a realizar escapadas turísticas a los bosques y montes de Viena.

Un sector cada vez más amplio de esta clase media lo constituía una comunidad judía bien educada y próspera.

Por supuesto, los judíos habían habitado Viena, con idas y venidas, desde hacía unos setecientos años; pero diversos soberanos hostiles hicieron que a menudo los judíos tuvieran que salir de la ciudad, por lo que la comunidad se había mantenido pequeña e inestable. El advenimiento de la política de tolerancia religiosa y de plena igualdad civil del emperador

Francisco José en 1867 fue lo que espoleó un auténtico florecimiento de la comunidad judía. Durante los treinta años siguientes, la población judía de Viena se disparó desde menos de ocho mil hasta más de ciento dieciocho mil, y enseguida empezó a desempeñar un papel destacado en la vida vienesa.

Algunas de esas familias judías eran muy ricas y, de hecho, bien conocidas. Compraron casas palaciegas en la Ringstrasse y las decoraron con mármoles y oro. En el siguiente escalafón de la pirámide social se encontraban los profesionales de clase media. A comienzos del siglo XX, casi tres cuartas partes de los banqueros y más de la mitad de todos los médicos, juristas y periodistas eran judíos. Hasta había un equipo de balompié judío muy popular que formaba parte del club deportivo Hakoah.

Entonces, una crisis económica y el hundimiento de la industria del queroseno, que daba empleo a numerosos judíos polacos, seguidos por la inestabilidad en los Balcanes y, por último, la primera guerra mundial, trajeron nuevas oleadas de inmigrantes a Viena. Esos recién llegados eran familias judías más pobres, menos formadas, procedentes de regiones más orientales, como la Galicia polaca. Se afincaron en los alrededores de la estación de ferrocarril del norte de Viena, en una zona de la ciudad llamada Leopoldstadt. Aquellas familias parecían más religiosas y menos «germanas» culturalmente hablando que la comunidad judía que ya se había integrado en la vida austriaca. Familias como la mía jamás se habrían relacionado o mezclado con los nuevos inmigrantes que acabarían convirtiéndose en el foco de numerosos y profundos prejuicios antisemitas.

Mi padre provenía de la típica familia de clase media bien consolidada. Mi abuelo, David Geiringer, había nacido en Hungría en 1869. Tras mudarse a Viena, fundó una fábrica de zapatos llamada Geiringer & Brown y, cuando nació mi padre, Erich, en noviembre de 1901, ya le iba bastante bien.

Poseo una sola fotografía en la que aparecen juntos los padres de mi padre. Mi abuelo inspira solvencia con su bigote y su sombrero hongo, mientras que mi padre y mi tía, aún niños, visten traje de marinerito y miran con solemnidad a la cámara. Mi abuela, Hermine, se ve esbelta y elegante y unos treinta centímetros más alta debido a un enorme sombrero envuelto en varias capas de encaje y gasa de color negro, el último grito en la moda de entonces. Había venido a vivir a Viena desde Bohemia, en la actual República Checa.

A pesar de la gélida inmovilidad que exigía la fotografía en aquella época, parece una familia feliz, y así es como la recordaba mi padre. Por desgracia, a mi abuela le diagnosticaron poco después un cáncer y falleció en 1912, a la edad de treinta y cuatro años. Mi abuelo volvió a casarse con una mujer que resultó ser una madrastra antipática, así que mi padre se marchó de casa cuando aún era adolescente para labrarse su propia senda en el mundo. Su primera experiencia parecida a una vida familiar había acabado con un brusco y desdichado final, pero estaba a punto de conocer a la mujer que determinaría el resto de su vida: mi madre.

Debo decir que mi madre era preciosa. Si mi padre era moreno y elegante, mi madre era rubia y de ojos azules, pelo ondulado y una sonrisa arrebatadora. Se llamaba Elfriede Markovits, pero todos la llamaban Fritzi, y estaba llena de vida. Una de las fotografías que más me gustan de ella se la hicieron aún de jovencita, sonriente y dando de comer a un caballo. Las circunstancias no

eran nada divertidas: se había ido al campo porque mi abuelo se encontraba estacionado con el ejército para eludir lo peor de una hambruna; pero, a pesar de todo, está sonriendo. Viendo la imagen daría la impresión de que era una persona realista, pragmática y rústica en cierto modo, pero en realidad no era nada de eso. Al menos no por entonces.

La madre de Fritzi, Helen, procedía de una familia muy adinerada que poseía viñedos en lo que ahora es la República Checa, y un balneario de aguas sulfurosas en las proximidades de Viena, en Baden bei Wien, un lugar que yo odiaba visitar porque olía a huevo podrido.

La situación de mi abuela empeoró considerablemente cuando contrajo matrimonio con el abuelo, Rudolf Markovits, representante de Osram, una empresa que fabricaba bombillas, entre otras cosas. Aunque mi abuelo era un buen vendedor y la familia distaba mucho de la pobreza, el fin de la primera guerra mundial conllevó dificultades para la mayoría de los austriacos.

La comida había estado muy racionada durante la guerra, y la caída del régimen de los Habsburgo en 1918 dejó Austria en una situación compleja. El acuerdo de paz del Tratado de Versalles de 1919 enfrentaba al país al pago de unas indemnizaciones de reparación abrumadoras, pero la nación entró en bancarrota antes de que se llegara a fijar la cuantía.

Lo que otrora había sido cabeza de un vasto imperio era ahora un exiguo país desprovisto de sus extremidades más rentables. La industria y la agricultura que habían conformado la columna vertebral del Imperio austrohúngaro sustentaban ahora la economía de otros países, como Polonia y las recién independizadas Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia. Esas naciones nuevas tuvieron secuestrada a Austria hasta que se resolvieron las disputas fronterizas, y pronto se corrió la voz por toda Europa de que los habitantes de Viena morían de inanición.

Por aquella época, la familia Markovits pasaba tanta hambre que mató y cocinó al pájaro que tenía de mascota. Mi madre, encariñada con el animal, lo recordaba entre sollozos con el plato delante, pero separó la carne de los huesecillos y se la comió de todas formas.

Así que, ciertamente, cuando Erich Geiringer conoció a los diecisiete años a Fritzi Markovits, de catorce, mis dos progenitores ya estaban familiarizados con la adversidad y la incertidumbre. Sin embargo, la certeza de que la vida podía deparar cambios súbitos no alteró ni un ápice su *joie de vivre* en los locos años veinte vieneses. Tal como revela esta carta de 1921, mi padre tomó la determinación de que nadie se interpondría en el camino de su noviazgo, ni tan siquiera la madre de Fritzi, quien le había comunicado que su hija era demasiado joven para una relación tan seria como aquella.

Viena, 17 de agosto de 1921

Honorable señora:

He recibido hoy su carta del día 15 y, aunque en un principio me dejó bastante sorprendido, enseguida razoné en mi conciencia que su honorable persona la habrá enviado con buenas intenciones. Le agradezco muchísimo la confianza que deposita en Fritzi y en mí mismo. Tiene usted bastante razón en muchos puntos y debo admitir, por doloroso que me resulte, que me precipité con nuestros planes de futuro.

La idea maduró en mi mente en un instante, y no pensé en la resistencia que suscitaría.

Lamento no poder aceptar la propuesta que me plantea su honorable persona para que disfrute. Mi aversión por esos goces ya es profunda y antigua. Desde el momento en que conocí a Fritzi quedé hechizado por ella, así que no me interesan el resto de placeres...

Al instante fuimos muy serios el uno con el otro, de lo contrario no habría continuado nuestra honda amistad...

Honorable señora, espero que no le disguste en demasía que le hable a Fritzi sobre su carta. No puedo ocultarle algo tan importante. Quisiera pedirle disculpas por rechazar que Fritzi siga siendo la pequeña colegiala que su honorable persona y su esposo creen. Aunque aún vaya a la escuela es mucho más madura de lo que cabría pensar por su edad, un hecho que su honorable persona debería admitir.

Le agradezco nuevamente a su honorable persona las buenas intenciones que me ha manifestado...

Siempre a sus pies,

ERICH GEIRINGER

Pero no permaneció a sus pies por mucho tiempo: se casaron en 1923 y quizá fueran la pareja más joven de la ciudad. Si usted hubiera coincidido con ellos paseando por la Ringstrasse, andando por el monte o tomando algo con amigos en una de las famosas tabernas de vino joven de la ciudad, esa es la sensación que le habrían causado.

Mi padre era activo y alegre, cariñoso y encantador. Había estudiado en la Universidad de Viena antes de tomar las riendas de la fábrica familiar de calzado tras el fallecimiento de mi abuelo en 1924. Mi madre no era tan aficionada a los deportes y las actividades al aire libre como mi padre; prefería escuchar música, tocar el piano y pasar tiempo con su numerosa familia.

Ambos eran elegantes. Mi padre vestía impecables trajes a medida confeccionados en la Savile Row de Londres, y le dio por usar camisas de color rosa mucho antes de que se pusieran de moda. Mi madre siempre se las arreglaba para tener un aspecto distinguido, incluso con su corte de pelo al estilo moderno o su boina de cuadros escoceses.

Mi padre era el cabeza de familia para todo: para escoger actividades, para organizar excursiones, para llevar los negocios y para amueblar la enorme casa nueva de los Geiringer en Lautensackgasse con una variedad impresionante de antigüedades, entre las cuales se incluía un lecho conyugal que en tiempos había pertenecido a la emperatriz Zita. Era un torrente infatigable de entusiasmo e ideas, para trabajar y para jugar; y mi madre, más joven y más cautelosa, lo seguía.

Eran jóvenes y enamorados, y se sentían afortunados de haberse encontrado el uno al otro.

3

Infancia

«Vamos, Heinz, quiero hacerlo...»

Yo era una niña testaruda de pelo rubio y liso que solía levantar la barbilla con determinación. Mi hermano Heinz era alto y esbelto, de piernas largas y delgadas, pelo moreno y ojos conmovedores.

Cuando hacía buen tiempo me gustaba empujar nuestro pequeño carro de heno hasta lo más alto de la pendiente que había en el jardín trasero, que era una especie de parque, saltar dentro y dejarme caer a lo loco hasta llegar de nuevo abajo. Este era uno de mis juegos favoritos y era bastante peligroso. Con frecuencia nos hacíamos daño porque la única manera de controlar el carro era usando un palo a modo de improvisado timón. Sospecho que a Heinz le entusiasmaban mucho menos que a mí aquellos viajes en carro, pero, como de costumbre, le seguía la corriente a su hermana pequeña.

Nos llevábamos tres años y éramos completamente distintos en cuanto a carácter y aspecto físico.

Heinz había nacido en 1926 y era el predilecto de mis padres. El primer trauma de su vida se produjo un día de primavera, tres años más tarde, cuando lo mandaron sin ninguna explicación a la casa de mi abuela. Pasó una tensa semana sin noticia alguna sobre lo que había ocurrido con mi madre o mi padre. Al final regresó a casa para toparse con mi madre felizmente plantada con un nuevo bebé en los brazos: era yo.

Nací el 11 de mayo de 1929 en el Hospital General de Viena, y ese primer encuentro con mi hermano pudo haberle provocado un resentimiento para toda la vida. Ahora me parece increíble que la mayoría de los adultos considerara mejor no comunicar a sus hijos que un nuevo bebé venía de camino, pero así era en aquellos tiempos.

Por suerte para mí, Heinz no me guardó rencor; de hecho, enseguida se convirtió en mi protector incondicional y en el mejor hermano mayor que podría haber deseado. No obstante, el trauma de esa semana le afectó durante mucho tiempo. Desarrolló un tartamudeo que ninguna visita médica ni remedio lograron curar. Mis padres hasta lo llevaron a ver a Anna Freud, hija de Sigmund Freud y fundadora del sicoanálisis infantil, aunque en vano. Desde muy temprano fue un niño sensible.

Ojalá pudiera decir que yo era igual de adorable, pero no heredé nada de la apacible naturaleza de Heinz. En una fotografía familiar aparezco sentada con el ceño fruncido y apretujada entre mis padres, *Pappy* y *Mutti*, con pinta de estar algo molesta por que ellos prefirieran hacerse más caso el uno al otro, o a Heinz.

Me hice mayor, pero no menos terca. Recuerdo con claridad haber pasado muchas tardes de pie en el rincón de un cuarto donde se suponía que debía reflexionar sobre algunas fechorías y después disculparme. Había una silla de madera curvada que yo rodeaba una y otra vez mientras seguía la curvatura del asiento con el dedo y me repetía que jamás pediría perdón.

Estas escenas se producían habitualmente por desavenencias relacionadas con la comida. Por decirlo con suavidad, yo era un tanto melindrosa. A menudo me quedaba sola en la mesa después de que todo el mundo hubiera terminado, y tenía prohibido levantarme antes de acabar con todo lo que hubiera en el plato. Muchas veces pegaba los guisantes uno a uno debajo de la mesa.

Una noche mis padres nos dieron las buenas noches y salieron un rato mientras Heinz y yo cenábamos con nuestra sirvienta. La comida consistía en un pescado con muchas raspas, y yo odiaba sacarme las puntiagudas espinas de la boca. En medio de la cena, mi madre llamó para saber cómo estábamos.

—Están bien —le respondió la muchacha, antes de que yo corriera hasta el teléfono, se lo arrancara de sus manos asustadas y me quejara a gritos a mi madre:

—No estoy bien. Estamos comiendo pescado, y tiene un montón de raspas, y lo odio.

Como es natural, mi madre me dijo que regresara a la mesa, me sentara y me acabara la cena de inmediato. Pero a veces me pregunto si no sería esa vena de empecinada rebeldía lo que me hizo seguir adelante más tarde, en circunstancias infinitamente peores, cuando de verdad necesité cada ápice de obstinación para no sucumbir.

Durante aquellos primeros años de vida, la casa de mi familia era la planta intermedia de una casona decimonónica en Hietzing. Hietzing era conocido como el barrio más verde de la ciudad debido a sus numerosos parques y jardines. La residencia de verano de los Habsburgo, el palacio de Schönbrunn, estaba a la vuelta de la esquina, y el célebre arquitecto Otto Wagner había construido en las proximidades una parada del metropolitano expresamente para el emperador, quien la usó en dos ocasiones. Doblando la esquina, el cementerio Hietzing albergaba una colección de aristócratas austriacos ya fallecidos que lo convertían en uno de los lugares más distinguidos de la ciudad.

Qué bien cuidada y acogedora debió de parecerle la zona a un artista desafortunado y poco prometedor que había pasado por Hietzing durante la primera década del siglo XX. Adolf Hitler había acudido allí con la finalidad de prepararse para entrar en la Academia de Bellas Artes de Viena, pero, a pesar de las clases particulares, suspendió el ingreso en la academia de arte... dos veces.

Nuestra casa, en la esquina de Lautensackgasse, se parecía más a un castillo que a una villa del extrarradio al uso, con su gran torreta y su enorme jardín, en el que solíamos celebrar nuestras fiestas de cumpleaños.

Yo adoraba aquella casa ajetreada y a la gente que había en ella. No éramos ricos, pero residíamos en una vivienda cómoda y cálida provista de cristales dobles que nos guarecían de los

crudos inviernos vieneses. Una criada se alojaba en el pequeño dormitorio que había detrás de la cocina, y otras mujeres venían todas las semanas para ayudar con la colada y la costura.

Si ustedes hubieran pasado por allí de visita, me habrían encontrado sentada a la pequeña mesa que colocaba en un recoveco de mi dormitorio con un juego de té, o a todos sentados con Pappy en el comedor de paredes empapeladas con motivos florales tomando el almuerzo del mediodía. Por la noche, la gente que paseara ante la casa oiría a Heinz hablándome en voz baja en el gran porche delantero sobre sus pasajes favoritos de las historias de Karl May sobre vaqueros del Oeste americano, el indio Winnetou y el Viejo Shatterhand, mientras contemplábamos las estrellas.

Aunque había una sinagoga en el barrio, muy pocos judíos vivían en Hietzing, y Heinz y yo solo fuimos realmente conscientes de nuestra religión y cultura cuando empezamos a ir al colegio. Todos los niños austriacos estaban obligados a recibir formación religiosa. Para la inmensa mayoría de la clase eso significaba instruirse en el catolicismo romano, pero a nosotros nos impartían lecciones aparte tres veces por semana, lo que implicaba que todo el mundo sabía quiénes eran los niños judíos.

Lo pasábamos bien en las clases de religión, y llegó a entusiasmarnos la celebración de las fiestas y las tradiciones judías. Nuestros padres aceptaron aquel interés nuestro y, condescendientes, empezaron a encender velas antes de la cena del sabbat los viernes por la noche. Las tardes de los viernes se convirtieron en momentos muy especiales: Mutti nos llamaba a Heinz y a mí, y nosotros la ayudábamos a preparar la mesa. Sacar la mejor plata y la mejor porcelana china y colocar las velas en los candeleros constituían uno de los grandes acontecimientos de mi semana, y me sentía orgullosa de pertenecer a una familia judía.

En cambio, ni Pappy ni Mutti prestaban mucha atención a la religión en realidad. Mi madre desconocía muchas de las tradiciones judías, y mi padre no las practicaba, aunque le daba gran importancia a conservar nuestras tradiciones y cultura. En la vida cotidiana eso incluía mantener grandes encuentros familiares en festividades judías, como la Pascua, y no permitir jamás que entrara cerdo en casa. Pero había instantes en los que nuestra religión se tornaba más manifiesta.

De tanto en tanto, nuestra criada y ama de llaves, católica, nos llevaba a misa. Creo que lo hacía sobre todo para poder acudir ella misma a la iglesia los domingos, y sé que muchos niños judíos tuvieron experiencias idénticas porque la mayor parte del servicio doméstico de Viena lo integraban chicas del campo procedentes de grandes familias católicas dedicadas a la agricultura. Yo disfrutaba muchísimo con aquellas salidas, sobre todo con el espectáculo visual y los olores de la comunión católica. Pero cuando mi padre se enteró de esas escapadas, montó en cólera y despidió a la criada inmediatamente.

Más tarde la hermana de mi madre y su familia se mudarían a Inglaterra para huir de los nazis y se convertirían al cristianismo, lo que molestó mucho a mi padre. Él pensaba que si nacías judío morías judío. En su opinión, convertirse por temor a ser perseguidos revelaba una falta notable de agallas.

Aparte de conservar las tradiciones y la cultura judías, también participábamos en la vida vienesa de igual modo que el resto de austriacos de clase media. Aunque no celebrábamos la Navidad como tal, sí recibíamos a san Nicolás y a su ayudante, Pedrito el Negro, el día de su

festividad, que entonces era el 5 de diciembre. Durante muchos años deseé que san Nicolás, el antecesor de Papá Noel, me trajera un coche rojo de pedales. Meses antes de esa fecha iba soltando indirectas a mis padres y, cuando llegaba aquel día largamente esperado, me levantaba temprano y miraba debajo de la cama por si había llegado durante la noche. Jamás sucedió, pero el primer coche que me compré en mi vida, ya de adulta, fue rojo.

Al mirar atrás, pienso que quizá a mis padres les parecía que recibíamos regalos y sorpresas más que de sobra, porque a veces envolvían cosas de años anteriores y nos las volvían a regalar.

Ciertamente no andábamos escasos de atenciones o de afecto. Una de nuestras salidas cotidianas consistía en visitar a los padres de mi madre, que vivían en un pequeño apartamento situado en la Hauptstrasse de Hietzing. Digo que íbamos a ver a los abuelos, pero buena parte de la visita consistía en ver a su sirvienta, Hilda, quien llevaba la casa como una ordenancista y, sin embargo, nos tenía mimadísimos. Hilda formó parte de la familia durante cuarenta años y, aunque en teoría era mi abuela quien mandaba —y llegaba a ser muy autoritaria en ocasiones—, en su casa cerraba la boca y dejaba que Hilda la regentara como estimara oportuno. Cuando mis abuelos se vieron obligados a huir de los nazis, Hilda cuidó el piso por ellos antes de acabar regresando a su pueblo de origen.

Lo único que no me gustaba de esa visita diaria era tener que saludar a mi bisabuela, quien por entonces también residía allí. La bisabuela se cernía sobre mí como una figura aterradora, vestida de negro de los pies a la cabeza. Yo le decía a mi madre que era «vieja y fea» y le suplicaba para no tener que ir a hablar con ella. Daba igual cuánto protestara; siempre me obligaban a entrar en el dormitorio del fondo, donde me acercaba de puntillas hasta aquella anciana y, nerviosa, le propinaba un beso en la mejilla.

Por fortuna, los atractivos para pasar tiempo con los abuelos le ganaron la batalla a mi aprensión. En particular, adoraba a mi abuelo. El abuelo Rudolf realizaba actividades especiales con cada uno de nosotros. Tenía grandes dotes musicales, y Heinz se sentaba junto a él en la silla del piano y allí lo veía tomar una gran bocanada de aire, cerrar los ojos y, a continuación, dejar volar las manos de un lado al otro del teclado. La música siempre era magnífica, aunque el abuelo solo tocaba de oído porque de joven se había negado a aprender a leer partituras.

Puede que yo heredara la tozudez de mi abuelo, pero, desde luego, no su talento musical. Mientras que Heinz pasaba horas practicando con el piano, y más tarde con el acordeón y la guitarra, yo me dedicaba a actividades más exteriores.

Las mañanas de domingo el abuelo me llevaba a la taberna del barrio que había junto al paso a nivel, donde él tomaba cerveza y yo caldo. Las tabernas austriacas se parecían más a cafeterías y bodegas que a bares; eran lugares donde los hombres se reunían en su mesa de siempre para mantener una conversación agradable. Lo mejor de ese ritual de los domingos era estar sentada al lado del abuelo en nuestro sitio de la mesa mientras la camarera nos traía sopa de gulash. El gulash se mantenía caliente en un gran caldero de acero inoxidable que la camarera traía hasta la mesa y del cual nos servía mientras yo la observaba con ojos muy abiertos para contar cuántos trozos de ternera me caían en el plato. Yo era el centro de atención. Los amigos del abuelo escuchaban con gran interés mis discursos sobre qué había hecho durante la semana y sobre mis aficiones más recientes. Era el paraíso.

En la ciudad nuestra vida giraba en torno a la familia, la casa y el colegio. Nuestra criada nos dejaba desfogar llevándonos a jugar al parque contiguo al palacio de Schönbrunn, o a ver una película de Shirley Temple; en ocasiones, nos daba la sorpresa de llevarnos al parque de atracciones de Viena, el Prater. Más a menudo visitábamos a la familia de mis padres, a la hermana de mi padre, Blanca, y a mi prima Gaby, que también era mi mejor amiga. La hermana de mi madre, Sylvi, y su marido, Otto, también vivían en las proximidades y me dejaban ir a jugar con su nuevo retoño, Tom.

Siempre me han encantado los niños y cuidar de los bebés, y aquel primito nuevo me tenía fascinada. Cuando vi a la tía Sylvi darle el pecho, me dio por intentarlo yo misma en casa con mi amigo Martin. Martin y yo aún éramos muy pequeños y yo, por supuesto, no tenía pechos, pero la madre de Martin nos pilló y armó un buen escándalo. Me afectó enormemente que le prohibiera venir a jugar un rato conmigo. Me sentí confundida y, quizá por primera vez en mi vida, avergonzada.

En el colegio me esforzaba con la lectura, pero descuidaba las sumas. Por las tardes pasábamos horas escribiendo palabras y letras del alfabeto gótico en una pizarra.

Pero era en el mundo exterior donde yo revivía realmente. Quería ser como Pappy: bucear, nadar, correr y escalar.

—¡No tengas miedo! —gritaba Pappy, generalmente justo antes de lanzarnos a alguna actividad peligrosa que a mí me entusiasmaba y a Heinz lo horrorizaba.

Empezó a entrenarme para que no fuera miedosa instándome a saltar a sus brazos desde lo más alto del armario de mi habitación, y el siguiente paso consistió en lanzarme a la parte más honda de la piscina. Mi madre observaba alarmada aquellas actuaciones, y Heinz sonreía y decía: «No, gracias, Pappy», antes de retomar la lectura de una de sus historias favoritas de Julio Verne. Pero yo confiaba en que Pappy jamás me pondría en un peligro real, y estaba segura de que sus grandes brazos siempre estarían ahí para sujetarme.

Algunos de mis cultos a la heroicidad divertían mucho a Heinz, y se reía de mí cuando decidía dormir sobre un cojín duro como una piedra porque Pappy sostenía que un colchón mullido provoca malas posturas. Durante las excursiones de montaña, Heinz solía esperar con Mutti abajo mientras yo escalaba por grietas, subía descalza a toda velocidad por caminos de piedra y me balanceaba de cuerdas.

Hasta tenía el aspecto de una monita esmirriada. Aún era una comedora melindrosa, y una visita desastrosa a un sanatorio unida a un montón de aceite de hígado de bacalao no consiguió rellenarme. Así que me colgaba por los brazos largos y escuálidos y las costillas me sobresalían como las ranuras de una tabla de lavar.

Todos los domingos nos embarcábamos en estas aventuras familiares, y en vacaciones viajábamos más lejos, hasta el Tirol o los Alpes austriacos, donde nos alojábamos en acogedoras casas de madera y nos vestíamos con los tradicionales *Lederhosen* austriacos y los típicos trajes tiroleses.

Esas salidas se volvieron aún más agradables el día que Pappy volvió a casa conduciendo el primer coche que tuvimos. Por supuesto a Pappy le encantaba conducir muy rápido, de forma que los frenos chirriaban en las cerradas curvas de los pasos de alta montaña, y nosotros

dábamos bandazos hacia los lados del coche mientras contemplábamos las diminutas casas de las poblaciones que había en el fondo del valle. Mutti iba sentada a su lado en la parte delantera, gritando, mientras Heinz y yo viajábamos apretados atrás, agarrados con tanta fuerza el uno al otro que me parecía que se nos iban a romper los huesos.

Durante el tórrido verano, mi madre nos sacaba de la ciudad para pasar unas largas vacaciones, por lo común en compañía de mi tía Blanca y la prima Gaby. Nos dirigíamos hacia la costa adriática italiana, donde podíamos nadar y jugar en la playa. A Heinz le inquietaban las medusas, pero a mí me encantaba enterrarme en la arena fina y después correr a zambullirme en el mar.

Éramos demasiado pequeños para entender el motivo de aquellos viajes, pero lo cierto era que mi madre acudía a visitar a su novio italiano, y a veces nos quedábamos tres meses seguidos. Gino era muy elegante y encantador, con distinguidos pantalones blancos de paño y un pelo moreno reluciente. Aunque puede que mi madre tuviera otros amores aparte de Gino, él fue una presencia constante y significativa en su vida. Hubo un momento en que viajó hasta Viena para pedirle que se divorciara y se casara con él. Mantuvieron una larga correspondencia incluso después de que mi madre descubriera que también él estaba casado con otra.

En aquella época Viena era conocida por su actitud bastante flexible ante el matrimonio, y mi padre también tenía numerosas admiradoras que lo complacían mientras pasaba el verano trabajando en la fábrica. Ese era el espíritu de la época y, sin embargo, éramos una familia muy feliz. Nuestras personalidades dispares —intrépida y extrovertida en el caso de mi padre y yo, y artística y delicada en el caso de mi hermano y mi madre— se complementaban a la perfección.

Mis padres compartían una honda afición por la música clásica y a veces, en lugar de contarnos cuentos en la cama, mi padre ponía en marcha el gramófono con el quinteto *La Trucha* de Franz Schubert. Entonces nos tumbábamos los cuatro en el suelo del gran salón y nos dejábamos llevar por los sones de lo que llamábamos «la música para dormir».

Aquellos días y las animadas notas del quinteto *La Trucha* hacían que el mundo me pareciera un lugar inocuo y apacible, pero en realidad el horizonte se empezaba a cubrir de nubarrones cargados de acontecimientos fatídicos. Muchos de ellos llegaron en un año crucial: 1933.

A los siete años de edad, Heinz contrajo una infección grave que lo postró en la cama con fiebre alta y la mirada clavada en las paredes.

Yo me deslizaba con sigilo para verlo y me asomaba por encima de su cama.

—¿Quieres leer alguno de tus cuentos? —le susurraba, pensando que así se sentiría mejor—. ¿Qué tal uno del Viejo Shatterhand?

Pero Heinz negaba con la cabeza. Estaba demasiado enfermo incluso para leer.

—No mejora nada —se lamentaba mi madre con angustia—. ¿Por qué no dan con lo que le pasa?

Los médicos entraban y salían, pero ninguno parecía saber qué fallaba.

—Encontraré otro médico —dijo Pappy intentando sonar tranquilizador—. No te preocupes, llegaremos al fondo del problema y se recuperará. —Pero hasta Pappy parecía muy inquieto.

Tras numerosas visitas de diferentes médicos, mis padres encontraron al fin un especialista que efectuó un diagnóstico correcto del problema y le extirpó a Heinz las amígdalas. Empezó a

mejorar, pero para entonces la infección ya le había afectado a la vista y quedó ciego de un ojo. Por supuesto, aquello alarmó a mis padres. Y Heinz también entró en pánico.

—Pappy, ¿y si no puedo volver a leer mis libros nunca más?

Lo único que atiné a hacer fue inquietarme junto a su cama, incapaz de cualquier iniciativa.

—¿Te sientes mejor hoy, Heinz? —le preguntaba, horrorizada de ver a mi hermano mayor tan débil e indefenso.

Fue un sufrimiento terrible para todos nosotros. Heinz nunca se recuperó verdaderamente del miedo a perder la vista, mientras que mi padre temía que las inquietudes que había desarrollado su hijo le impidieran labrarse un porvenir en el mundo.

Como familia estábamos a punto de atravesar otro revés. La Gran Depresión y la elevada inflación estaban causando graves apuros en Austria, y el negocio de Pappy empezaba a quebrar. Un billete de tranvía que en 1918 costaba media corona costaba ahora el equivalente a más de mil quinientas coronas en chelines, la moneda que en 1924 había reemplazado a las coronas de antes. Las comidas de una corona costaban ahora más de treinta mil.

Nuestra fábrica, Geiringer & Brown, no tenía ningún futuro, pero Pappy era una persona emprendedora y con inventiva, y empezó a contratar a mujeres para que trabajaran desde casa haciendo mocasines. Sin embargo, hasta que consiguiera reconstruir el negocio familiar, hubo que mudarse a un barrio más modesto.

—El piso nuevo es algo más pequeño, pero muy bonito —nos dijo Mutti intentando parecer animada—, y pensad lo cerca que vamos a estar de la abuela Helen y el abuelo Rudolf. —Pero ni siquiera eso logró compensar mi sentimiento de pérdida.

—Todo se arreglará, Evi —me dijo Pappy, pero capté algo en su voz que evidenciaba tristeza por tener que dejar nuestra casa de Lautensackgasse.

Un hogar feliz se compone de mucho más que cuatro paredes, pero yo sabía que estábamos cerrando la puerta de nuestros primeros recuerdos comunes de risas, riñas, comidas y fiestas de cumpleaños. Habíamos inaugurado una nueva etapa en nuestra vida.

Con todos aquellos traumas y trastornos en los que ocupar mis pensamientos, supongo que no es de extrañar que recuerde tan solo leves murmullos del gran mundo. En ocasiones veía a mi tía o a mi tío fruncir el entrecejo, o notaba cierta preocupación en la voz de mis padres mientras oían una retransmisión radiofónica. Era 1933 y Adolf Hitler acababa de llegar al poder en Alemania.

4

Llegan los nazis

Los austriacos tenían fama de adorables e indolentes. Pero yo acabaría descubriendo que eran «adorables nazis» que aclamaron sonrientes y encantados el regreso de Hitler por la frontera tras el *Anschluss* de Austria con Alemania en 1938.

La mayor parte de los años de mi despreocupada infancia, durante la década de 1930, habían sido convulsos en la ciudad de Viena, y representaron la culminación de décadas de conflictos violentos.

Con la desintegración del Imperio austrohúngaro, la ciudad presenció escenas muy parecidas a una guerra civil. Grupos de distintas nacionalidades y etnias habían ido despedazando el imperio desde el cambio de siglo. Mientras los políticos se gritaban los unos a los otros en distintos idiomas dentro del Parlamento, fuera, en la Ringstrasse, los obreros vapuleados por la pobreza tomaban las calles para protestar por los elevados precios de los alimentos, el hacinamiento en las viviendas y una marea de inmigrantes que, según ellos, dificultaban aún más la consecución de un empleo.

Viena era preciosa y apasionante para quien tenía dinero, pero vivir en ella era duro para quien no lo tenía.

Un alcalde muy popular, Karl Lueger, había transformado la ciudad de principios de siglo con la instalación de alumbrado eléctrico, una red de tranvías, agua limpia para los hospitales y hasta piscinas públicas. Pero también había pasado por alto un incremento espectacular de la población sin techo, y la gente dormía en camastros bajo las marquesinas del tranvía y se pasaba el día entero haciendo cola con la esperanza de pasar la noche en un albergue y sin poder permitirse el lujo de comprar comida. Mientras la Viena rica se reunía en cafés para discutir sus ideas, la Viena pobre visitaba los «centros de calentamiento diurno» para resguardarse del frío, leer los periódicos y tomar un tazón de caldo.

Los diarios solían contarles que sus problemas se debían a una sola causa: los judíos. El alcalde Lueger era un conocido antisemita muy consciente de que siempre podría conseguir un respaldo fácil culpando —falsamente— de las duras condiciones a los empresarios judíos. «Nada más que judíos»: ese fue el comentario con que una vez despreció la ciudad.

No a todo el mundo le gustaba la idea de que Viena fuera un crisol multiétnico que atraía

gran variedad de personas procedentes de todo el imperio. Algunos escritores y políticos empezaron a fomentar la aparición de un movimiento pangermanista retomando antiguos mitos de un pueblo ario procedente del norte de Europa que era superior al resto de la gente del imperio, sobre todo a checos, eslavos y judíos. Hombres como el parlamentario Georg von Schönerer deseaban proclamar «Alemania para los alemanes» —lo que incluía también a Austria — pero, mientras permaneció en el trono el emperador Francisco José, no eran más que una facción entre muchas dentro de una multitud de ideas y debates del momento.

Sin la primera guerra mundial y la caída del Imperio habsburgués, tal vez pocos se habrían tomado en serio la idea de una «raza dominante pangermánica», pero aquel batiburrillo de eslóganes populistas y reinvenciones de mitos y tradiciones ejerció gran influjo en Adolf Hitler, quien entre 1908 y 1913 no era más que un artista fallido residente en un albergue para hombres de Viena.

Hitler, nacido en la provincia austriaca de Linz, hijo de un oficial de aduanas, odiaba el internacionalismo de Viena, sus artes y su música modernas, su sexualidad liberal y su ocasional política caótica, lo cual lo excluía a todos los niveles. Hitler era como un niño pobre con la cara pegada al escaparate de una bombonería mientras, en el interior, la selecta sociedad e intelectualidad de Viena lo ignoraban.

El estallido de la guerra trajo privaciones, hambre, el derrumbe financiero y la humillación final en 1918. Si el resto de Austria siguió regida por un gobierno conservador y la Iglesia católica, los ciudadanos de Viena se rebelaron, y desde 1919 hasta 1934 la administración de la ciudad fue socialista, con ideas progresistas sobre vivienda social y sanidad pública. Una vez más, Viena ocupaba el centro de una batalla cruda y violenta entre ideologías políticas rivales.

En 1934, «Viena, la roja» tuvo un final abrupto cuando el canciller socialcristiano Engelbert Dollfuss prescindió de la democracia austriaca e instauró un régimen fascista de partido único. Aunque parezca paradójico, Dollfuss se oponía a los nazis o a la posibilidad de que Austria se uniera a Alemania, e intentó proteger a los judíos prohibiendo la propaganda antisemita y la discriminación contra los estudiantes judíos. Cuando Dollfuss fue asesinado por nazis austriacos en 1934, otro miembro de su Gobierno, Kurt von Schuschnigg, lo reemplazó y también procuró contener a Hitler.

Lo logró durante tres años, pero no había manera de que Hitler permitiera a Austria votar libremente en referéndum la cuestión de la unificación con Alemania, sobre todo cuando la previsión era que dos tercios de la población austriaca estarían a favor de conservar la independencia. El 9 de marzo de 1938, tropas alemanas cruzaron silenciosamente la frontera de Austria sin encontrar resistencia. Un mes más tarde, Hitler ordenó al pueblo austriaco que votara en su referéndum sobre el futuro de Austria. El resultado oficial computó un 99,75 por ciento de votos a favor de la unión con Alemania.

Nunca olvidaré el miedo y el presentimiento que sentí la noche en que los nazis entraron en Viena. Tañidos de campanas y multitudes enfervorecidas dieron la bienvenida a los soldados alemanes, al tiempo que de todas las ventanas y edificios se desplegaban gigantescas banderas rojas con esvásticas que eclosionaron por toda la ciudad como un manto de flores venenosas.

Mi familia se reunió en el piso de los abuelos para escuchar con inquietud las noticias. Yo

jugaba con mis primos y con Heinz, pero estaba segura de que ocurría algo terrible.

—Llevamos aquí toda la vida —oí decir al abuelo—, y Austria ha sido nuestra patria durante generaciones.

—Las cosas no pueden empeorar tanto, nuestras amistades no judías no lo permitirán —intentó tranquilizarlo alguien.

—¿Qué crees que está pasando? —le susurré a Heinz, pero él se llevó el dedo índice a la boca y abrió mucho los ojos para que me callara, como diciendo que ya hablaríamos de ello más tarde.

Volvimos a casa caminando en silencio y, cuando Mutti y Pappy nos acostaron, Mutti nos besó en la cabeza y dijo:

—Mañana será un día mejor.

Aquella noche sus palabras tranquilizadoras me facilitaron el sueño, pero creo que en el fondo de su corazón sabía que el destino de los judíos de Viena estaba sentenciado.

Hitler apareció en el balcón del palacio Neue Hofburg frente a la inmensa plaza de los Héroes, la plaza imperial, el 15 de marzo de 1938. Se dirigió a las grandes masas de austriacos frente a la leyenda grabada en letras doradas que se había erigido para el emperador Francisco José: «La justicia es el fundamento de los gobiernos».

—Este país es alemán —dijo—. Puedo informar al pueblo alemán del mayor logro de mi vida. Comunico a la historia el ingreso de mi patria en el Reich alemán.

La ciudad que lo había despreciado durante tanto tiempo lo recibía ahora con los brazos abiertos, y su cometido prioritario, según le confió al jefe de propaganda nazi, Joseph Goebbels, sería librarla de «la basura y las cucarachas». Se refería a los judíos.

En la primera semana de gobierno nazi se confirmaron los peores temores de todo el mundo. Los nazis austriacos tuvieron vía libre para provocar disturbios, agredir a judíos, saquear propiedades judías, obligar a los judíos a insultarse entre sí por la calle y para arrancar del pecho de exoficiales y soldados judíos del ejército las medallas obtenidas durante la primera guerra mundial.

De pronto desaparecieron los agradables amigos de mi infancia. Me preguntaba quién era toda aquella gente nueva. Los tenderos, los conductores de tranvía y los porteros de los edificios que creía conocer obligaban ahora a arrodillarse a la población judía para borrar del pavimento las pintadas en favor de la democracia.

¿Era esa la misma gente junto a la que mi familia había vivido tanto tiempo? Seguro que no.

Aunque no te interesara la política, no podías permanecer ajena al antisemitismo que había existido en Viena durante tantos años. No necesitabas leer un periódico pangermanista para saber que a cualquier hombre con pinta de judío podían tirarle el sombrero al suelo por la Ringstrasse, o que a algunos estudiantes los habían echado de la Universidad de Viena con abucheos de «judíos fuera».

Durante los años previos al *Anschluss*, todos los partidos políticos grandes incluían consignas antisemitas en sus programas electorales, y hasta el Gobierno Dollfuss-Schuschnigg, que afirmaba salvaguardar a los judíos, contaba con numerosos antisemitas entre sus filas. Aquella hostilidad era un poso arraigado y antiguo en la vida de los judíos, y, sin embargo, fue entonces

cuando empezó a invadir mi protegida existencia.

El primer encuentro que mantuve con los nuevos nazis austriacos me impactó.

—Ya no tenemos que molestarnos más en haceros caso —me dijo la madre de mi amigo mientras me cerraba la puerta en la cara.

Corrí hasta casa aturdida y llorando.

—Bueno, así será a partir de ahora para los judíos —me explicó mi madre, hastiada.

Las negras esvásticas nazis aparecieron por doquier, y hombres austriacos, vestidos con el traje nacional de sombrero de fieltro y pantalones ceñidos a los calcetines, obligaban entre risotadas a los niños pequeños a pintar *Jude* en las ventanas de los negocios de sus padres.

Cuando nos asomábamos por los postigos del salón de casa, veíamos marchar por la calle a filas de soldados nazis cuyas botas chasqueaban contra el pavimento al unísono, con una precisión escalofriante. Un día llegamos al pequeño jardín que pertenecía al edificio del piso de los abuelos, y la portera, una señora que parecía haberse convertido en ferviente nazi de la noche a la mañana, nos espetó: «¡No se admiten judíos!».

Leyes nuevas escritas con una lógica burocrática exquisita exigieron que todos los austriacos hicieran un juramento de lealtad a Hitler y a los nazis. Y, como no era de esperar que los judíos realizaran semejante juramento, según se razonaba en dicha ley, había que despedirlos automáticamente de cualquier empleo gubernamental o profesional. Los docentes judíos ya no podían trabajar en los colegios, y los médicos judíos tenían prohibido tratar a pacientes no judíos.

Los judíos austriacos empezaron a corretear de una embajada a otra, desesperados por conseguir un visado que les permitiera escapar. Por desgracia, la mayoría de los países no autorizó su entrada.

Mi propia familia empezó a hacer planes rápidos para salir. Toda persona judía debía portar siempre consigo su documento identificativo. A menudo nos paraban por la calle y nos pedían que mostráramos nuestros papeles bajo la amenaza de ser llevados ante las autoridades.

El marido de la tía Sylvi, Otto, era experto en la fabricación del plástico llamado baquelita, y ambos consiguieron enseguida visados para el Reino Unido, donde se instalaron en una pequeña localidad de Lancashire con mi primo Tom. Sylvi y Otto se convirtieron al cristianismo casi al llegar, y Otto se colocó en una empresa que fabricaba mangos de baquelita para paraguas. Lograron llenar un contenedor marítimo de preciadas pertenencias familiares que incluían álbumes de fotos, así que, a diferencia de muchas familias judías, nosotros conservamos aún hoy algunos de esos objetos queridos.

Otros miembros de mi familia también marcharon a Inglaterra. Blanca, la hermana de Pappy, estaba casada con un especialista en historia del arte que trabajaba para Phaidon Press, y juntos huyeron a Londres con mi prima Gaby. Me recuerdo sentada en las rodillas de mi tío Ludwig días antes de que partieran, mientras me enseñaba las láminas que más me gustaban de sus grandes y pesados libros de arte. No tenía más que nueve años, pero sentía que nos aguardaban cosas peores que las humillaciones por la calle o la pérdida de los antiguos amigos. La tensión palpable en los adultos que me rodeaban me llenaba de inquietud. Me preguntaba si volvería a ver aquellas ilustraciones alguna vez.

Una prima de mi madre, Litty Kloss, también se marchó a Inglaterra. Estaba casada con un

artista católico bastante conocido, pero la abandonó el día que llegaron los nazis.

Litty consiguió llegar a Londres con visado para trabajar en el servicio doméstico. Aunque el programa *Kindertransport*, que trasladó a diez mil niños judíos, fue más conocido, la gran mayoría, con diferencia, de los judíos que llegaron al Reino Unido lo hicieron como empleados del servicio doméstico. La mayor parte de las veinte mil mujeres que obtuvieron visados para el servicio doméstico no estaban habituadas en absoluto a los duros trabajos de la casa, y se enfrentaron a largas jornadas de trabajo agotador. Litty odiaba servir y vivía con la esperanza de que, al terminar la guerra, su marido volvería a traerla de vuelta. Por entonces él ya tenía otra novia, y jamás mostró el más mínimo interés por el bienestar de Litty.

Incluso el abuelo Rudolf y la abuela Helen esperaban trasladarse a Inglaterra.

—Como Sylvi y Otto están allí, confío en que también nosotros consigamos los visados —oí que la abuela Helen le contaba a Mutti.

—Pero tardan tanto —temía el abuelo.

—Estoy segura de que conseguiréis los visados —los tranquilizó Mutti.

En mis adentros yo deseaba que también nosotros pudiéramos unirnos a ellos y mudarnos a Inglaterra junto con el resto de la familia, pero no iba a ser así.

Pappy sabía que los nazis eran peligrosos desde el momento en que Hitler alcanzó el poder en Alemania en 1933. Nunca nos habló de ello, pero desde entonces había estado buscando un lugar seguro donde pudiéramos vivir en caso de necesitarlo. Como exportaba calzado, viajaba con frecuencia y mantenía contacto con muchas empresas extranjeras. Cuando una fábrica de los Países Bajos estuvo a punto de cerrar, Pappy decidió invertir en la empresa y llevar parte del capital familiar allí por si nos veíamos en la necesidad de abandonar Austria. Parecía una buena idea: el sur de Holanda era el centro de la industria europea del calzado, y los Países Bajos se habían mantenido neutrales durante la primera guerra mundial. Mis padres confiaban en que actuarían del mismo modo si sobrevenía otro conflicto armado. Pero, aunque los acontecimientos no llegaran a ese extremo, estaba claro que nuestra vida en Austria había cambiado para siempre. Decidieron que había llegado el momento de partir.

—Austria ya no es un sitio agradable para nosotros —nos dijo Pappy—, pero Holanda es un país precioso. Piénsalo, Evi: estaremos cerca del mar y habrá un montón de lagos y ríos donde ir a navegar.

La idea me pareció muy tentadora. Austria era un país interior, y Heinz y yo adorábamos visitar la costa.

—Pero ¿por qué tienes que irte tú sin nosotros? —le pregunté intentando contener las lágrimas en la voz.

Dejar nuestro hogar iba a ser duro, pero aún me resultó más angustioso saber que no podíamos partir todos juntos. Pappy fue el único que consiguió un trabajo y un visado de residente. Mutti, Heinz y yo solo podíamos permanecer con él como visitantes durante un periodo breve de tiempo.

—No quiero que pasemos mucho tiempo separados —dijo Pappy—. Voy a estar muy ocupado con la nueva fábrica, pero cuando nos veamos haremos todas las cosas que te gustan.

Mutti nos contó que, hasta que pudiéramos conseguir visados para todos, nos iríamos a vivir

a Bruselas, y que Pappy estaría trabajando al otro lado de la frontera neerlandesa, en una pequeña localidad llamada Breda, y nos visitaría los fines de semana.

Procuré que Mutti no notara lo aterrorizada y confusa que me sentía. Pappy nos dijo que fuéramos buenos, que nos portáramos bien y que nos veríamos pronto. Dándonos un beso y un abrazo nos aseguró que el tiempo pasaría volando hasta que volviéramos a reunirnos; luego se marchó.

Según supe más tarde, se fue justo a tiempo. Poco después, en septiembre de 1938, las autoridades nazis nos escribieron exigiendo que se presentara ante ellas en Viena para informar de sus activos y entregarlos, pero para entonces ya se había ido.

Mutti pasó sus propios apuros. Los nazis estaban imponiendo restricciones a la cantidad de dinero y de bienes que los judíos podían llevarse al abandonar el país. Yo presencié cómo se fueron vendiendo, una a una, todas las pertenencias que habían significado tanto para nuestra familia. Un día desapareció la mesa de mármol, al día siguiente lo hicieron las reliquias que Pappy había heredado de su propio padre. Algunos de aquellos objetos eran valiosos, pero Mutti no tenía ninguna posibilidad de conseguir por ellos un precio justo. Todo el mundo sabía que los judíos estaban vendiendo todas sus posesiones y que tenían que aceptar las ofertas más bajas.

Los nazis ya habían alterado la vida de nuestra familia para siempre. Yo percibí un cambio de carácter en mis padres. Mi despreocupada madre, que jamás había guisado una comida, limpiado un suelo o tomado una decisión importante, se transformó de repente. Su familia siempre había recibido el apodo de los «Corderos», pero, desde el momento en que mi padre partió, tuvo que encargarse sola de Heinz y de mí, de nuestra casa y de nuestro futuro. Realmente se creció ante las circunstancias, demostrándonos lo resolutiva, práctica y madura que había sido en todo momento.

Una de las primeras cosas que hizo fue aprender un nuevo oficio para tener algo a lo que recurrir. Después de meditarlo un tanto, decidió realizar un curso de esteticista de seis semanas, y pronto aparecieron por casa varios afeites e instrumentos de belleza. Resultó que a Mutti se le daba bastante bien la preparación de cremas y ungüentos, aunque no tanto aplicarlos. Lo que peor llevaba era la depilación de cejas a la cera, y muchas de sus amigas salían de casa con una ceja más fina que la otra, o con una curvatura artificial de sorpresa perpetua.

Un día chocamos ella y yo. Mutti me había comentado que solo podríamos llevarnos unas cuantas prendas de ropa, lo que pudiéramos meter en una maleta pequeña, y habíamos planeado con precisión lo que echaríamos en ella. Yo necesitaba un abrigo nuevo de invierno, así que nos encaminamos juntas a los grandes almacenes Bitman para elegir uno. Jamás me habían consultado sobre la ropa que usaba, y Mutti tampoco se mostró dispuesta a preguntarme entonces. Comentó el asunto con el vendedor, y este me trajo un abrigo de color naranja chillón con un gorro de cuadros a juego.

Mi terquedad no me había abandonado. Me pareció horrible.

—Eso es espantoso —les dije—. ¡No pienso ponérmelo!

Mutti intentó convencerme de que el conjunto era la última moda en Bélgica, y yo intenté convencerla de que no me quedaba bien. Ambas mantuvimos nuestras posiciones; salimos de la tienda con el abrigo y el gorro, y juré que no me los pondría en la vida. Al final llegamos a un

acuerdo, pero solo cuando Mutti tiñó el abrigo de azul marino.

Mirando hacia atrás, ahora que soy madre y abuela, me doy cuenta de lo difícil que tuvo que ser aquella época para Mutti. Sus temores no hicieron más que aumentar cuando un día Heinz llegó del colegio con la cara ensangrentada y magullada. Algunos niños empezaron a burlarse de él en clase por ser judío; a continuación le propinaron golpes y puñetazos, y le hicieron una brecha en el ojo que tenía sano. Sus profesores se limitaron a permanecer en pie y dejar que los otros le dieran una paliza. En Austria se estaba imponiendo la ley de las pandillas salvajes, y Heinz fue una de sus víctimas indefensas.

Juntas intentamos tranquilizarlo; Mutti le limpiaba la cara y yo le sujetaba la mano y lo escuchaba mientras lloraba desconsolado. Mis padres decidieron que era mejor que Heinz se marchara lo antes posible, y pocos días después lo llevamos a la estación del tren para verlo partir. Sabíamos que Pappy lo estaría esperando al otro lado, pero aquel hermano mío de doce años me pareció muy pequeño e inseguro el día que recorrió el andén atestado de gente portando únicamente una pequeña maleta y una mochila llena de libros. Parecía demasiado pequeño para irse solo a atravesar Europa, pero había un montón de niños judíos embarcándose en el mismo viaje hacia lo desconocido.

Mutti y yo nos quedamos unas cuantas semanas más mientras ella intentaba vender nuestras últimas pertenencias, pero al final también a nosotras nos llegó el momento de partir. Yo me sentía asustada, confusa y hasta puerilmente nerviosa. Para una niña de nueve años, aquello era como lanzarse a una gran aventura horripilante.

Nos despedimos de la abuela Helen y del abuelo Rudolf, quienes seguían esperando sus visados para Inglaterra. En la estación del tren nos preparamos con un suspiro hondo para dejar atrás todo lo que conocíamos, y Mutti me tomó de la mano con fuerza cuando subimos al tren para emprender el viaje más largo y más angustioso de nuestra vida.

El trayecto en tren, vacilante y errático, duró y duró. Nos traqueteó por toda Europa apretadas en un pequeño compartimento y pendientes de no establecer demasiado contacto visual con el resto de los pasajeros. A través de las ventanas empañadas vimos pasar primero Austria y después Alemania envueltas en niebla.

Yo iba muy incómoda con los picores que me causaban las capas de ropa de más que me había puesto Mutti porque no quedaba más sitio en las maletas. Las manos me temblaban cada vez que nos obligaban a bajar del tren para enseñar la documentación, y los ojos se me abrían como platos ante todos los soldados que vimos, unos hombres con rostros duros y pistolas.

Tras un periodo que me pareció de días, el tren se detuvo y literalmente me desplomé de alivio y agotamiento cuando vi a Pappy y a Heinz en el andén. Nos abrazaron y yo empecé a contarle a Heinz, ansiosa, todo lo que habíamos visto a lo largo del camino, y cuánto odiaba mi horrible abrigo naranja.

Habíamos escapado por poco; unas pocas semanas después, en junio de 1938, muchos países cerraron las fronteras a los refugiados judíos.

5

Una niña indeseable

Las primeras semanas de nuestra nueva vida me parecieron unas vacaciones largas y extrañas. Era junio de 1938, estábamos con Pappy en los Países Bajos y dábamos largos paseos a pie y en bicicleta por los brezales que rodeaban la ciudad de Breda. Después de todas aquellas semanas de tensión que pasamos en Viena a la espera de los visados, disfruté del desahogo de respirar aire puro y de charlar con Pappy y Heinz, aun cuando la mayoría de las cosas que tenía que contarles guardaban relación con lo espantosa que se había vuelto la situación en Viena.

Nuestros visados neerlandeses de visitantes caducaron rapidísimo y tuvimos que regresar al lado de la frontera perteneciente a Bélgica. Allí emprendí la tarea aparentemente interminable de contar los días hasta la llegada de los fines de semana, que era cuando Pappy podía venir a vernos para volver a estar todos juntos.

En 1938 llegaron a Bélgica numerosas familias judías en busca de un refugio seguro frente al Tercer Reich de Hitler, pero a menudo el recibimiento distaba mucho de la cordialidad.

Después de la anexión alemana de Austria, el ministro de Justicia belga, Charles du Bus de Warnaffe, ordenó a la embajada belga de Viena que denegara visados a los judíos. En el Parlamento proclamó que los judíos habían «representado durante siglos un problema para Europa» y en cierto artículo los calificó de gente «muy poco fiable» y sin ningún sentido del honor. Desde nuestro punto de vista, lo cierto era lo contrario: en la década de 1930 el «honor» de Europa brillaba por su ausencia.

La magnitud de los cambios acontecidos en mi vida me mareaba. Tan solo unos meses antes era una niña que crecía segura en Viena rodeada por una gran familia de abuelos, tíos, tías y primos, y que iba al colegio con sus amigos.

—Quiero irme a nuestra casa de Austria —le decía a Heinz entre sollozos.

Pero sabíamos que no podíamos volver. Muchos de nuestros familiares y amigos estaban atrapados allí, pero otros habían huido a países de los que yo no conocía más que el nombre. El abuelo Rudolf y la abuela Helen aún esperaban con impaciencia en Viena un permiso para viajar a Inglaterra. Incluso nuestra unida familia de cuatro miembros se había escindido. ¿Cómo podíamos considerar nuestro hogar un lugar nuevo sin Pappy?

Después de las alamedas, los tilos y los cafés exquisitos de Viena, las empedradas calles

oscuras y húmedas de Bruselas me deprimían. Los cielos grises nos aplastaban a través de la llovizna; era difícil sentirse libre.

Mutti, Heinz y yo nos mudamos a dos estancias pequeñas en una casa de huéspedes de la rue d'Écosse. Cuando eché un vistazo a nuestros nuevos aposentos se me cayó el alma a los pies. Me acordé de mi habitación en Viena, pero, por supuesto, seguramente otra familia austriaca se habría instalado ya en nuestra casa y residiría ahora allí. Anhelaba tener nuestros propios muebles en lugar de aquellas desvencijadas y gastadas sillas y camas, pero entonces recordé que Mutti había tenido que vender todas nuestras pertenencias.

Éramos verdaderos «apátridas» rechazados en todas partes.

Vivir en Bruselas constituiría una experiencia traumática para mí, y una adaptación dura; por lo pronto, no hablaba francés. Si Heinz se apresuraba cada día a volver a casa después del colegio para tumbarse en la cama y zambullirse con atención en sus nuevos libros de texto, yo en cambio me resistía. En el colegio, la impotencia que sentía para realizar la más simple de las tareas o para responder cualquier pregunta del profesor me ponía colorada de vergüenza. Los demás niños coreaban alegres las respuestas, y sus voces se arremolinaban a mi alrededor como un muro de barullo. Aunque era muy atlética y me encantaban las actividades al aire libre, en Viena también había sido buena estudiante. Ahora era la tonta de la clase.

—Eva..., ¿por qué no consigues aprenderte este verbo? —me preguntaba mi madre, exasperada, en las clases particulares de lengua que me daba.

Mutti había sido profesora de francés en Austria, aunque solíamos bromear diciéndole que era tan mala que el único alumno que tuvo se suicidó. Seguramente no era *tan* mala (en realidad tenía un diploma de la Universidad de Viena), pero sus enseñanzas de francés me entraban por una oreja y me salían por la otra.

Una de las pocas cosas buenas derivadas de nuestra estancia en Bélgica fue que me hice amiga de Jacky, el hijo pequeño de la señora Le Blanc, la dueña de la pensión. Siempre me había resultado sencillo entablar amistad con niños, como con Martin en Viena, y Jacky y yo nos llevábamos muy bien a pesar de no tener prácticamente ningún idioma en común.

Decidimos gastarle una broma a otro de los huéspedes del hostal, un hombre de mediana edad llamado señor Dubois, que era un cliente permanente de la señora Le Blanc desde que se había retirado del cargo de funcionario en el Congo. Parecía rezumar una gravedad severa, y lo sorteábamos con cuidado por los pasillos. Un día, después de desayunar, Jacky y yo nos metimos en su habitación y esperamos a que regresara.

La pared que había detrás de la cama estaba repleta de lanzas y toda clase de recuerdos intimidatorios de su etapa en África. Entre risas nos pusimos detrás de la cama y nos agachamos. Después de un rato que nos pareció una eternidad, oímos que se movía el picaporte de la puerta, y luego sus pesados pasos. Entonces Jacky y yo gritamos. Dando una voz, el señor Dubois saltó sobre la cama y agarró una lanza, dispuesto a pincharnos con ella. Salimos chillando de detrás de la cama y corrimos jadeando fuera de la habitación.

Jacky y yo juramos no acercarnos nunca más al señor Dubois, quien irradiaba una furia oscura y extrema que nos pareció escalofriante. Yo quería evitarlo a toda costa, pero unos días más tarde, estando sola, me arrinconó en el pasillo:

—¿Te gustan mis lanzas? —me preguntó.

No me gustaban nada, pero mascullé algo cortés. Entonces me dijo que por qué no veíamos juntos su colección y así no me metería en líos por la broma que le había gastado: no se lo contaría a nadie. Me llevó a su habitación diciéndome que quería enseñarme más fotos del Congo.

Reticente, permanecí en pie a su lado mientras él, sentado a su escritorio, pasaba las páginas de álbumes fotográficos de color sepia. Los segundos y los minutos transcurrieron despacio. Por fin la sesión pareció acabarse y di un suspiro de alivio cuando pude salir y regresar al cuarto que compartía con Heinz.

Pero unos días más tarde el señor Dubois volvió a acorralarme. Como la otra vez, fuimos a su habitación y me quedé de pie en silencio mientras él estudiaba sus viejas fotos. La muda ansiedad y la leve respiración del hombre parecían colmar la estancia de una atmósfera extraña, pero en cuanto terminó de enseñarme las fotos volví a salir disparada, llena de alivio. Tal vez no tuviera que volver a verlo más.

Aquellas sesiones vespertinas eran tan tensas que confiaba en que al señor Dubois dejaran de interesarle, pero al día siguiente vino a buscarme otra vez, y volvió a hacer lo mismo unos días más tarde.

A medida que transcurrieron las semanas, empezó a sentarme en sus rodillas mientras mirábamos el álbum. Eso me gustaba aún menos que quedarme de pie a su lado, pero yo me sentaba y aguardaba hasta poder volver con Mutti, la cual no tenía la más mínima idea de lo que estaba sucediendo. Tras pasar varias sesiones sentada en su regazo, noté que se estaba manoseando. Aunque yo no entendía qué estaba haciendo, sabía que no era nada bueno, y me quedé paralizada de miedo.

Me dijo que sería un secreto entre nosotros. No debía contárselo a nadie o me metería en un buen problema. Descolgaría de la pared una de aquellas viejas lanzas y me mataría con ella.

El señor Dubois no tardó en obligarme a que también yo lo acariciara, y yo odiaba tocarle ahí abajo.

Mutti y Heinz empezaron a notar que me estaba volviendo muy reservada, pero no sabían qué iba mal. Antes ya me entristecía vivir en un país extranjero lejos de Pappy. Pero casi dejé de hablar por completo y parecía haber perdido la seguridad en mí misma.

Las horribles sesiones continuaron y un día los abusos del señor Dubois se intensificaron hasta tal punto que eyaculó en un pañuelo.

Me quedé tan horrorizada y abrumada que salí corriendo de la habitación y me fui directa hasta Mutti. Al verme tan alterada, me interrogó sobre lo que estaba pasando y yo me derrumbé y le conté la verdad.

Mutti fue a ver a la señora Le Blanc y juntas acudieron a la habitación del señor Dubois para encararse con él. Por supuesto, lo negó, pero había una prueba: el pañuelo manchado en la papelera. Al ver que ya no tenía manera de seguir mintiendo, confesó e inventó alguna disculpa sobre lo ocurrido.

Mutti estaba indignada e instó a la señora Le Blanc a que le pidiera que se marchara de la casa de inmediato. Pero, para gran sorpresa de Mutti, la señora Le Blanc se negó. Nosotros solo

éramos residentes temporales, le dijo a Mutti, y el señor Dubois era un huésped permanente que seguiría allí, pagando su alquiler, hasta mucho después de que nosotros nos marcháramos.

Costaba creer que alguien pudiera decir algo así, y Mutti se quedó atónita, al igual que Pappy y Heinz cuando ella se lo contó más tarde. Pero todo indicaba que no había nada que pudiéramos hacer. Éramos refugiados pobres en un país extraño esperando nuestros visados para volver a ser una familia.

Mutti me dijo que jamás volviera a hablar con el señor Dubois, hizo todo lo que pudo para protegerme y se sentaba en nuestra habitación junto a mi cama cada noche hasta que me dormía. Pero durante meses nos lo cruzamos por los pasillos y nos sentamos en silencio en el comedor mientras el hombre que había abusado de mí continuaba con su vida cotidiana inalterada. Aquella fue casi la peor parte de la experiencia. De hecho, el hombre me miraba como si fuera yo quien hubiera cometido el delito... contra él.

Daba la sensación de que los pilares más sólidos de mi seguridad vital se desmoronaban a mi alrededor. Muy poco antes yo había sido una niña felicísima que saltaba a ciegas desde lo más alto del armario, convencida de que Pappy siempre estaría ahí para sujetarme. Ahora sabía que, por mucho que nos dijeran, mis padres carecían del poder necesario para protegernos del mal del mundo. Habían sido incapaces de mantenernos a salvo de los nazis, y nos habíamos visto obligados a huir de nuestra casa. Y ahora ni siquiera habían podido guardarme de un hombre que me había herido de la peor manera posible.

Qué espantoso tuvo que resultarles a ellos, y qué espantoso fue para mí.

Hasta ahora el recuerdo de aquel abuso sexual era tan vergonzoso y doloroso que jamás había hablado de él, a pesar de que con frecuencia he conversado sobre experiencias mucho peores que atravesamos como familia.

El resto de nuestra estancia en Bélgica fue deprimente y quedó marcada por la ansiedad. Yo me metí en mi caparazón y solo unos pocos instantes luminosos me hicieron salir de él. Había muy poca gente con la que entablar amistad en la casa de huéspedes. Cuando miraba a mi alrededor en el comedor veía las caras de otras familias judías taciturnas y desarraigadas de cualquier lugar del continente, todas ellas tan abatidas como nosotros. Pero había una pareja sin hijos, Herr y Frau Deutsch, a quienes empecé a llamar tía y tío. Eran refugiados judíos adinerados, procedentes de Alemania, que esperaban un visado para marcharse a América.

Ellos me regalaban tabletas de chocolate Côte d'Or que traían un cromo de algún personaje de la familia real belga. No tardé en entusiasmarme coleccionando las estampas. Memorizaba la información sobre cada uno de los miembros de la casa real en un intento por deslizarme dentro de sus vidas aparentemente perfectas. A veces Heinz me ayudaba a conseguir las preciadas fotografías cambiándolas con sus amigos; en pago de sus prebendas solía pedirme que le limpiara los zapatos o le ordenara los libros. Un día la tía y el tío llegaron a regalarme una cometa, y a veces nos llevaron a la costa en su coche. Más tarde supe que sus visados nunca llegaron y que fueron deportados a campos de concentración.

El sentimiento antisemita se fue intensificando en Bélgica. La prensa belga informaba ampliamente sobre la campaña nazi contra los judíos. Tal vez los judíos fueran la verdadera causa de todos los problemas de Europa, se planteaban algunos; y quizá, pensaban los belgas,

esos problemas se iban acercando pasito a pasito a las puertas de su propia casa.

En mi décimo cumpleaños, en mayo de 1939, le rogué a Mutti que me hiciera una tarta con diez velas, y repartí orgullosa las invitaciones entre mis amigos del colegio. Todos se mostraron encantados y charlamos felices sobre los regalos que me gustaría recibir.

Al día siguiente llegué al colegio deseando hablar con ellos sobre más ideas emocionantes para mi fiesta, pero uno por uno me fueron diciendo que al final no podrían venir. Sus padres no les dejaban.

—Es porque somos judíos —me dijo Heinz con tristeza.

Yo tenía diez años y era una niña «indeseable» a la que nadie quería conocer.

No sabía si era cierto todo lo que oíamos sobre lo que estaba pasando con los judíos en Alemania, pero sí sabía que a Pappy le resultaba cada vez más difícil visitarnos los fines de semana. Tenía todas las páginas del pasaporte llenas de sellos de atravesar la difícil frontera entre los Países Bajos y Bélgica para vernos, y pronto necesitaría otro nuevo. Mutti trabajaba duro con el centro de refugiados para conseguirnos visados neerlandeses, pero esperábamos y esperábamos y no recibíamos ninguna noticia. Entonces no me di cuenta de que al mismo tiempo estaba buscando otro país seguro al que llevarnos, pero su esfuerzo fue en vano.

«Malas noticias —le escribió a mis tíos de Inglaterra—: nos han denegado la solicitud para emigrar a Australia...»

Es casi insoportable pensar cuánto nos cambió la vida el rechazo de aquella solicitud de visado.

En septiembre de 1939, la tensión había alcanzado cotas extremas, pero en el último momento recibimos una buena noticia.

Me embargó la emoción cuando oí que íbamos a encontrarnos con el abuelo Rudolf y la abuela Helen. Al fin les habían concedido el visado, tras un procedimiento extenuante que los había llevado a salir de Austria con permiso para establecerse en el Reino Unido y los había obligado a darse la vuelta en la frontera belga por carecer de un visado belga de tránsito. Tuvieron que volver a recorrer todo el camino de regreso a Austria, solicitar el visado belga, esperar angustiados el permiso que les habían garantizado y recibirlo justo a tiempo en el ultimísimo instante.

Yo ignoraba todo eso. Lo único que sabía era que volver a ver a los abuelos después de todo lo que había vivido era como un sueño fabuloso. No eran meros personajes de mi imaginación que habíamos dejado atrás, en Austria, junto con el resto de nuestros recuerdos y pertenencias; eran reales.

El día que llegaron, me pareció que los pies me llevaban flotando sobre las sombrías calles de Bruselas cuando nos apresuramos a encontrarnos con ellos en el centro de refugiados. El centro siempre estaba atestado. Había largas hileras de mesas donde los funcionarios examinaban interminables fichas para reunir familias, ordenar visados y transmitir retazos de información. A mí aquello solía abrumarme, pero ese día estaba tan entusiasmada que apenas podía estarme quieta.

—¡Abuela! ¡Abuelo! —grité en cuanto los vi, sin reparar en cuánto había adelgazado el abuelo, o en que la abuela no paraba de mirar nerviosa a su alrededor. Los abracé y los agarré

por los brazos mientras les decía—: Ya os contaré cómo es mi nuevo cole; he estado aprendiendo francés, aunque Mutti dice que no soy muy buena; y en la pensión en la que vivimos tengo un amigo nuevo que se llama Jacky... —Mis palabras de alegría se atropellaban unas a otras al intentar contarles, con precipitación confusa, todo lo que nos había ocurrido desde que salimos de Austria.

Los días que pasamos juntos transcurrieron tan deprisa que apenas me pareció tiempo, hasta que el abuelo y la abuela tuvieron que tomar el barco hacia Inglaterra. Aunque intentaban hablar en voz baja con mi madre, yo llegué a oír fragmentos de conversaciones sobre acontecimientos que me parecían inconcebibles. La abuela y el abuelo traían rumores sobre nuevos espantos que estaban padeciendo los judíos: guetos en Polonia y una *Kristallnacht* en Alemania en la que se habían quemado muchas sinagogas y saqueado numerosas tiendas de judíos.

Una semana después de que los abuelos huyeran a un lugar seguro, Alemania invadió Checoslovaquia con la excusa de proteger a los alemanes de los Sudetes y reunirlos con la madre patria. Además, firmó el Pacto de Acero con Italia. Más tarde, Alemania invadió Polonia. Fue entonces cuando Francia, Reino Unido y todos los países de la Mancomunidad Británica de Naciones (Australia, Nueva Zelanda y Canadá) declararon que el tiempo del apaciguamiento había llegado a su fin.

—Les hablo desde la Sala del Gabinete del número 10 de la calle Downing —comenzó a decir el primer ministro británico Neville Chamberlain en su conocido discurso radiado el 3 de septiembre de 1939—. Esta mañana el embajador británico en Berlín entregó al Gobierno alemán una nota final comunicándole que, a menos que a las once en punto nos informaran de que estaban listos para la retirada inmediata de sus tropas de Polonia, nuestros países entrarían en estado de guerra. Ahora debo informar de que no hemos recibido dicho compromiso y de que, en consecuencia, este país está en guerra con Alemania. —Y concluyó su comunicado diciendo—: Lucharemos contra el mal: la fuerza bruta, la mala fe, la injusticia, la opresión y la persecución; y contra todo ello estoy convencido de que el bien prevalecerá.

Había comenzado la segunda guerra mundial.

Era una noticia que parecía inevitable desde hacía mucho tiempo, pero, cuando llegó, nos atenazó una extraña sensación de angustia e incertidumbre. Mis padres estaban como idos y parecían perdidos en sus pensamientos.

Fuera, en las calles y el colegio, se tendió sobre Bélgica una inquietante calma, como si la gente supiera que se avecinaba un cambio, pero no qué traería consigo.

Hubo momentos en que nos sentimos tan tensos como una goma elástica e incapaces de soportar ni un instante más aquella quietud artificial, pero nos vimos obligados a medir nerviosamente cada larga y angustiosa jornada durante otros seis meses.

Al fin, en febrero de 1940, recibimos las noticias que estábamos esperando. Nos habían concedido visados neerlandeses y podíamos viajar a Ámsterdam para vivir con Pappy.

La etapa de Bélgica me había cambiado la vida en más aspectos de los que habría alcanzado a imaginar. Ahora era consciente de la profunda inquietud de mis padres, a pesar de sus manifestaciones exteriores de confianza, y me había convertido en una pequeña muy diferente de la que había subido al tren en Viena. Esta vez emprendí el viaje reservada y silenciosa, con poca

sensación de aventura, tan solo de alivio. Había abierto los ojos a algunas de las cosas desagradables de la vida, y solo podía alegrarme que, con independencia de lo que nos aguardara en Ámsterdam, aquella representaba la siguiente etapa de nuestro periplo juntos.

6

Ámsterdam

La vida en el exilio supuso sin lugar a dudas una dura prueba para mis padres, pero yo estaba a punto de disfrutar de dos años muy felices de mi vida.

Durante el tiempo que residimos en Ámsterdam, establecimos firmes lazos familiares. Heinz y yo nos hacíamos mayores atravesando los mismos problemas emocionales y físicos que cualquier otro adolescente. Hicimos amistades nuevas y emprendimos atrevidas aventuras pescando en los lagos y canales de Holanda en pequeños botes de madera. Y también dimos los primeros pasos —en realidad, los dio él— hacia tímidos romances con el sexo contrario. Como no teníamos sirvientes que cuidaran de nosotros y más tarde se instauró por imposición nazi un toque de queda que nos confinó en casa por las tardes, los cuatro acabamos juntándonos en una unidad familiar de lo más ceñida.

Tras el trauma de la vida en Bruselas, me quedé embelesada con nuestra nueva casa, completamente distinta a la que habíamos dejado atrás. Austria era escarpada y terrosa, con unas gentes arraigadas a las umbrías de sus elevadas montañas y lagos glaciales de aguas gélidas y profundidades impenetrables. En una retrospectiva triste, mi tierra natal parecía habernos acobardado bajo sus sombríos bosques y picos de montaña, mientras que los Países Bajos flotaban sobre un brumoso paisaje de agua.

Podía recorrer con la bici kilómetros de caminos rurales sobre diques que serpenteaban por aquel pequeño país, contemplando cómo el ganado pacía en las verdes orillas del agua mientras los molinos de viento giraban despacio y silentes con la brisa.

Los Países Bajos habían permanecido neutrales durante la primera guerra mundial, y contaban con hacer lo mismo esta vez confiando en que, en caso de absoluta necesidad, inundarían la red de canales del país para contener una invasión nazi.

En abril de 1939, Hitler había prometido que respetaría la neutralidad de los Países Bajos, pero, después de la invasión alemana de Polonia, era evidente que aquellos juramentos carecían de valor. El Gobierno neerlandés entró en estado de pánico e improvisó la movilización del ejército, pero la población y los políticos, altamente pacifistas, fueron incapaces de prever la magnitud de la amenaza a la que se enfrentaban.

A comienzos de 1940, la mayoría de Europa estaba sumida en la confusión, pero los

neerlandeses mantenían un aire de serena inocencia: aún no habían sufrido el derramamiento de sangre del siglo XX, y todavía no les había afectado la moderna concentración de máquinas de guerra en la frontera alemana.

Los domingos la gente del campo seguía acudiendo a pie a la iglesia calzada con zuecos de madera. Sus pequeñas casas cuadradas estaban bellamente pintadas de colores vivos con las ventanas perfiladas en blanco. Aunque la electricidad ya se usaba de forma generalizada en ciudades como Ámsterdam, en algunos lugares los faroleros aún recorrían las calles durante el crepúsculo. El país se aferraba a los últimos vestigios de la vieja Europa, rezando por que ocurriera lo mejor.

Llegamos a la Estación Central de Ámsterdam una mañana fría de febrero de 1940. Pappy nos recibió con una descomunal sonrisa en la cara, y montamos en el tranvía 25 para dirigirnos a nuestro nuevo piso. Por el camino nos fue señalando los canales y las altas casas de los comerciantes, que representaban el poder y el éxito del imperio comercial neerlandés. Me contó en voz baja que los puentes de madera tenían huecos entre los tablones que permitían ver el agua y los barcos que pasaban por debajo, sabedor de que probablemente yo sería la única que valoraría aquel detalle.

El tranvía recorrió la ciudad en dirección sur a través del distrito de clase trabajadora llamado De Pijp y más allá de él, hasta llegar a Ámsterdam Sur y una zona llamada Barrio de los Ríos. Un edificio que me pareció un alto rascacielos se alzaba en el horizonte. El Barrio de los Ríos se llamaba así porque sus calles, alineadas como álamos, portaban el nombre de los diversos ríos que discurrían por los Países Bajos en dirección al mar, incluidos el Rin, el Mosa, el Escalda y el Geer. En la década de 1920, empresas socialmente progresistas habían construido edificios de apartamentos para sus trabajadores con ayuda gubernamental. Muchos de los edificios eran de ladrillo oscuro y tejados naranjas, pero cada ventana grande solía tener una jardinera con su toque personal y estar enmarcada por un esmerado visillo. Por la noche los neerlandeses ponían luces en esas ventanas y eso permitía ver a las familias comiendo, haciendo deberes y leyendo libros. Los pisos eran pequeños, pero cómodos, con agua corriente y con jardines comunes para que jugaran los niños.

La Gran Depresión había puesto fin al auge de la construcción y muchos apartamentos estaban deshabitados, incluidos los del edificio de doce plantas que había visto nada más llegar. Aquel rascacielos se alzó vacío sobre las calles de la ciudad durante años. Ahora la afluencia de refugiados judíos como nosotros permitía alquilar viviendas en el rascacielos y en los edificios de pisos que rodeaban la gran plaza abierta llamada Merwedeplein. Durante años aquella torre fue nuestra áncora. Desde cualquier lugar de la ciudad bastaba con levantar la vista y buscar su sobresaliente figura en la distancia para encaminarse hacia casa.

Nuestro nuevo piso estaba en el número 46 de Merwedeplein, en uno de los edificios alargados que daban a la plaza.

El espacio abierto triangular de la plaza me pareció irresistible ese primer día, y salí del tranvía de un salto para correr por la hierba dando volteretas. Heinz corrió para adelantarme y subimos juntos las escaleras, echando una carrera hasta nuestra vivienda en la primera planta.

—Oh, Erich —dijo mi madre con la respiración entrecortada cuando puso un pie en el

interior. Allí, en el centro del salón, había un pequeño piano de cola.

Nuestro piso, amueblado con mucho gusto, estaba muy solicitado, pero Pappy había conseguido seducir a la señora propietaria para que nos lo alquilara a nosotros. Le pidió que lo siguiera teniendo a nombre de ella, previendo los problemas que podrían tener los judíos si los acontecimientos volvían a virar hacia lo peor.

En el momento en que vio el piano, Mutti dejó sus cosas en la misma puerta y se sentó de inmediato a tocar una pieza de Johann Strauss que a todos nos encantaba oír en Viena.

Entonces mi padre nos hizo un gesto para que fuéramos a la cocina, donde contemplamos el fogón, la mesa y unos pulcros bancos de trabajo.

—Bueno, Fritzi —dijo con fingida solemnidad—, creo que cocinar se convertirá en una nueva aventura para ti.

De hecho, así fue. Mi padre era un hombre encantador, pero igual de exigente que la mayoría de los maridos de la época. Tras un duro día de trabajo esperaba sentarse a tomar una cena de tres platos como la que nos habría preparado laboriosamente nuestra sirvienta. Ahora la tarea recaería sobre los hombros de mi madre.

Al principio le costó. Sospecho que hasta ese día mi madre ni siquiera había cocido un huevo en su vida. Ahora tenía que buscar los ingredientes y elaborar abundantes y laboriosos platos austriacos de pasta, además de pasteles, como bollos dulces rellenos de compota de ciruela. Con el tiempo y la ayuda de la señora Rosenbaum, una austriaca casada con un jurista alemán amigo de mi padre, llegó a ser una buena cocinera, aunque no una gran chef. Y siempre prefirió tocar una sinfonía a remover el contenido de una olla. ¿Quién podría reprochárselo?

En efecto, se propuso aprovechar el piano. En cuanto estuvimos instalados, mi madre empezó a buscar un profesor de música para Heinz y creó un pequeño grupo de músicos judíos para que acudieran a dar recitales por las tardes.

Aquello solía sobrepasar la capacidad de aguante de mi padre, aunque le encantara la música, porque algunos miembros del grupo tenían más entusiasmo que buenas dotes. Al principio Pappy se sentaba, tenso, escondido tras el periódico. Después, cuando el violinista se animaba y el arco empezaba a arrancar estridencias de las cuerdas, el periódico se sacudía con nerviosismo, mi padre se volvía pálido y al fin nos comunicaba lacónicamente que había llegado la hora de su paseo vespertino con el señor Rosenbaum.

—¡Es que no puedo oír esos chirridos! —le decía Pappy a mi madre cuando regresaba una vez que el recital ya había terminado.

A mí también me apetecía salir a la calle, y no solo para huir de la música.

En Ámsterdam noté una sensación renovada de libertad; hice amigos nuevos y me cayó especialmente bien una chica llamada Janny Koord. Los padres de Janny eran médicos, y ella era bastante indolente y lista, además de tener buen corazón, ya que no escatimó esfuerzos para ser amable conmigo y ayudarme a aprender neerlandés. Janny y yo no tardamos en ir a ver a las madres jovenzuelas de la plaza para ayudarlas con sus bebés. Y también empecé a montar en mi bicicleta negra de segunda mano y a jugar a la rayuela y a las canicas en la calle, como si hubiera vivido allí toda la vida.

Siempre llevaba conmigo una pesada bolsa de canicas para intercambiarlas con otros niños

durante el juego. Cuando no me encontraba con nadie, pasaba horas saltando y practicando los ejercicios gimnásticos que tanto había perfeccionado en Viena, colgada en la barandilla de hierro de las escaleras que accedían al edificio de apartamentos.

«Cómo me habría gustado tener una hija dulce y apacible, en lugar de este machorro salvaje... —escribió Pappy a mis abuelos de Inglaterra, a lo que añadía—: ¡Siempre que Evi y Mutti se echan un pulso, Mutti acaba pidiendo un armisticio!»

Pronto el resto de los niños de Merwedeplein empezó a darse cuenta de que yo era una niña atlética y buena en los juegos. En muy poco tiempo me elegían la primera en las rondas para formar equipos, porque mandaba la pelota muy lejos y corría a gran velocidad de una base a otra. Jugábamos en la plaza durante horas y horas hasta que se hacía muy de noche, momento en que Pappy venía y me llamaba para que entrara en casa.

La mayoría de los demás niños de la plaza también procedía de otros lugares, y muchos eran judíos. Era la primera vez que vivía en una comunidad eminentemente judía, y aprendimos mucho unos de otros. Al principio, por supuesto, apenas hablaba neerlandés: otra frustración. ¡Solo sabía francés!

Pronto ingresé en otro colegio nuevo donde volví a encontrarme con los obstáculos habituales: un nuevo idioma, nuevos profesores a los que causar buena impresión, y nuevos grupos de niñas en los que integrarme de algún modo.

En casa mis padres seguían hablando entre ellos casi siempre en alemán, mientras que a Heinz y a mí nos dio por hablar un extraño híbrido entre francés y neerlandés. Nos convertíamos con rapidez en una familia heterogénea donde la experiencia como refugiados incidía en todos los órdenes de nuestra vida.

Aunque yo aprovechaba al máximo lo que me ofrecía la ciudad, ninguno de nosotros podía ignorar las circunstancias que nos habían traído a los Países Bajos, y el trance que nos acechaba.

En el colegio practicábamos simulacros de bombardeos aéreos y la gente se saludaba por las calles con una perspicacia nerviosa, preguntándose por los amigos y la familia.

Casi todas las personas que conocí en Ámsterdam eran cariñosas y amables, pero la sociedad neerlandesa estaba profundamente dividida en diferentes «pilares» políticos, sociales y religiosos. Cada cual tenía su partido político, y el «pilar» al que pertenecieran determinaba el periódico que leían, los círculos a los que se unían y los colegios a los que enviaban a sus hijos.

También allí había un partido nacionalsocialista, llamado NSB, que emulaba a Hitler y organizaba pandillas de asalto. Atacaron la heladería de un judío y rompieron las ventanas del Comité de Atención a los Judíos. El NSB nunca fue un partido muy grande; en su época de mayor peso, a mediados de la década de 1930, tan solo contaba con treinta y ocho mil afiliados, y era despreciado por la mayoría de la población neerlandesa. Su líder, Anton Mussert, solía ser objeto de mofa por haberse casado con una mujer que podía ser su tía, dieciocho años mayor que él.

Durante el final del invierno y el comienzo de la primavera de 1940, nos acostumbramos a oír el grave zumbido de los bombarderos alemanes cuando pasaban volando sobre nuestras cabezas para alcanzar objetivos estratégicos de los aliados, como la base naval de Scapa Flow, en Escocia.

Yo me tumbaba en la cama por las noches y me imaginaba un avión tras otro sobrevolando el mar del Norte y dirigiéndose hacia donde estaban la abuela Helen, el abuelo Rudolf y mis tías, tíos y primos. Sabía que al abuelo Rudolf no le había gustado Inglaterra al principio, y que se había negado a pronunciar una sola palabra en aquel idioma nuevo y desconocido. Al fin y al cabo, había luchado con el ejército austrohúngaro durante la primera guerra mundial y aún le quedaba algún resto de desconfianza.

Entonces, una tarde acudió a la taberna de la pequeña localidad de Lancashire en la que se había afincado y se sentó a tocar el piano. Al instante notó que era el centro de atención. Allí se ganó la amistad de muchos que lo invitaban a una pinta de cerveza al descubrir que había llegado al nuevo país prácticamente sin un penique.

Yo abrigaba la esperanza de que él pensara en mí del mismo modo que yo pensaba en él, y de que recordara las salidas que hacíamos juntos los domingos a la tasca situada detrás de la casa en Viena.

El 9 de abril de 1940, la situación en Europa volvió a empeorar. Alemania invadió Dinamarca y Noruega aduciendo que acudían para proteger a ambos países de la «agresión francobritánica».

La invasión de Dinamarca fue la campaña más breve que dirigieron los alemanes durante la guerra; el pequeño ejército danés quedó derrotado y el Gobierno se rindió en tan solo seis horas.

En Noruega la ofensiva tuvo un carácter distinto. Noruega tenía relevancia estratégica para Alemania tanto por ser una vía para acceder al mineral de hierro sueco como por servir de base a las operaciones de los submarinos alemanes con los que Hitler pretendía hundir el transporte marítimo británico, para impedir la entrada de alimento y forzar la rendición del Reino Unido. Pero los noruegos no se rindieron con facilidad a la agresión alemana; lucharon durante sesenta y dos días en medio de un terreno escarpado.

Aquello no presagiaba nada bueno para los Países Bajos, provistos de unas fuerzas armadas mal equipadas, y regentados por un Gobierno de unidad nacional ampliamente pacifista. Pero los holandeses aún se negaban a aceptar la realidad, como si la cosa no fuera con ellos, con «aires de feliz incredulidad y autoengaño deliberado», tal como lo expresaría más tarde un historiador neerlandés.

Mis padres seguían de cerca el devenir de los acontecimientos a través de la radio y hablaban en voz baja entre ellos cuando creían que no los oíamos. No obstante, tanto si aún recelaban del futuro —como seguramente les ocurrió— como si eran conscientes, con el estómago del revés, de que la nueva casa solo nos había brindado un brevísimo respiro, jamás lo manifestaron.

Tantos cambios e incertidumbres tuvieron que afectarme también a otros niveles más íntimos, y recuerdo un incidente de aquella época que me dejó desconsolada. También de Bruselas nos habíamos mudado con premura, y hasta que llegamos a Ámsterdam no reparé en que había perdido mi colección de cromos Côte d'Or de la familia real belga. Por mucho que la buscamos no apareció por ningún sitio y me angustié. Sentí que ese contratiempo agrandaba toda la oscuridad y la calamidad del mundo.

Los cuatro éramos unas personas muy diferentes de las que habían salido de Viena.

Unos meses después de nuestra llegada a los Países Bajos, mi madre nos puso de pie a Heinz

y a mí pegados a la pared del dormitorio y señaló en ella nuestra altura con un lápiz. Mi padre había trazado las primeras marcas cuando llegamos, para inaugurar la nueva casa. Aunque solo habían transcurrido unos meses, ambos habíamos crecido.

7

Ana Frank

Hice muchas amistades nuevas en Ámsterdam, sobre todo con las niñas y niños de las familias que se instalaron en Merwedeplein, pero una en concreto acabaría siendo conocida por millones de personas en todo el mundo.

Si ustedes se cuentan entre los millones de lectores de *El diario de Ana Frank*, tengan por seguro que ya saben mucho sobre ella.

Sin duda conocerán el icónico retrato que le hizo su padre, Otto, y que ilustra innumerables carteles y cubiertas de libros; una niña de pelo oscuro y ondulado peinado hacia un lado, tímida y de sonrisa pícara.

Quienes hayan leído el *Diario* durante su juventud se habrán identificado fácilmente con la narración del crecimiento de Ana, las disputas con sus padres, su forma de llamar la atención de un chico y las preguntas acerca de lo que le depararía el futuro. Al igual que a mí, es probable que les entristeciera leer sus anhelos y sus sueños, sabiendo que ninguno de ellos llegaría a realizarse. O que, en caso de que se cumplieran, como ocurrió con su deseo de convertirse en una autora famosa, no sería de la manera que ella imaginó.

Por supuesto, yo no conocí a esa Ana Frank, esa emotiva escritora con las sensibilidades y las honduras que exploró tan solo en las páginas de su diario. Yo les hablaré de la Ana que conocí en Merwedeplein, y de la breve amistad que iniciamos entonces. Más tarde aquella relación acabaría uniendo nuestras dos familias de un modo que causó un profundo impacto en mi propia existencia.

El día que conocí a Ana me topé cara a cara, no ya con mi propia imagen reflejada en un espejo, sino con mi contrario especular. Yo era una machorra de pelo rubio, curtida por el sol de las horas que pasaba en la calle y con la ropa desaliñada de montar en bici, jugar a las canicas y dar volteretas en la plaza. Ana era un mes más joven que yo, pero parecía oscura y misteriosa, asomada tras su pelo primorosamente peinado. Siempre vestía blusas y faldas inmaculadas con calcetines blancos, y brillantes zapatos de charol. Vivíamos cada una a un lado de la plaza, frente por frente, pero éramos muy distintas.

Si yo hice amigos fue porque a la gente le gustaba el entusiasmo franco, directo que manifestaba a veces por la vida. Ana atraía a la gente tejiendo una red de historias divertidas que

les contaba aparte, en voz baja, e insinuando ser un poco más lista que el resto de nosotros. Hablaba tanto que la llamábamos «Doña Cotorra», y mi memoria la recuerda siempre rodeada de una pandilla de niñas, soltando carcajadas o con la risa tonta por su última observación o vivencia. Mientras a mí me encantaba aún jugar a la rayuela, Ana leía revistas de cine y acudía con sus amigas a cafeterías a tomar copas de helado y a charlar, como las señoras de mundo que aspiraban a ser.

Una tarde estaba yo sentada en la modista esperando aburrida y ociosa a que Mutti consiguiera arreglarme el abrigo, cuando oí tras la cortina a una cliente que discutía con la ayudante de la modista acerca de su nuevo conjunto. ¿Qué opinaba ella del largo de la falda? ¿No quedaría más elegante con grandes hombreras? Para mi asombro, la cortina se abrió y allí estaba Ana, luciendo su nuevo traje de color melocotón ribeteado en verde mientras se examinaba en el espejo considerando las últimas tendencias de moda procedentes de París.

Ana se había mudado a Ámsterdam desde Fráncfort, Alemania, con sus padres y su hermana, Margot, en 1933. Su padre, Otto, regentaba un negocio, Opekta, donde fabricaba un ingrediente de la mermelada llamado pectina. También era muy aficionado a la fotografía y usaba una cámara Leica con un nítido objetivo Carl-Zeiss para sacar cientos de imágenes de sus hijas en todas las situaciones de la vida.

Al igual que nosotros, los Frank eran refugiados judíos. La madre de Ana, Edith, siempre era muy callada y me parecía bastante tímida. Otto era un hombre alto, delgado, con un pequeño bigote y mirada cordial. Parecía mayor que Mutti y Pappy, y yo sabía que se había casado tarde y que había tenido a Ana y a Margot cuando mediaba ya la treintena.

Lo primero que aprecié en Otto fue su amabilidad. Tras unas pocas conversaciones de tanteo en el piso de los Frank, Otto se dio cuenta de que yo aún hablaba muy poco neerlandés. Desde entonces se esforzó para estrechar lazos conmigo y hacerme sentir como en casa hablándome en alemán. Lo conocí durante muchos años y, a pesar de todo lo que soportamos, jamás cambié de opinión sobre él: siempre me pareció entrañable y empático, un auténtico caballero.

Yo visitaba con frecuencia el piso de los Frank y me sentaba en la cocina para tomar limonada casera mientras acariciaba e incordiaba a su gato, *Moortje*.

Cuando llegamos por primera vez a Merwedeplein me había encontrado una cría de gato cerca de nuestro piso y la había llevado a casa. Le susurré que ya tenía una nueva familia y Pappy, tras guiñarles un ojo a Mutti y a Heinz, dijo que nos la podíamos quedar. A mí me encantó tener algo que me perteneciera solo a mí, y me sentí absolutamente desconsolada el día que me levanté y descubrí que se había ido. Nunca supe qué le pasó a mi gatita y entristecí a todos a medida que fueron pasando los días de búsquedas infructuosas. Deseé que Mutti nos dejara tener otro animal, pero, como parecía improbable, tuve que conformarme con jugar con el gato de los Frank.

En circunstancias normales, mi amistad con Ana probablemente habría consistido en una relación pasajera. En realidad, el vínculo más sólido entre ambas en aquella época radicaba en otra de mis amigas, Susanne Lederman.

Susanne tenía la tez clara, ojos azules y gruesas trenzas negras, y yo la veneraba con fervor infantil. Solíamos mandarnos mensajes codificados entre las ventanas de nuestros dormitorios,

situados uno frente al otro sobre un pequeño jardín trasero. Susanne formaba un trío temible con Ana y otra niña llamada Hanne, y dedicaban mucho tiempo a charlar sobre chicos y posibles novios, algo que yo consideraba una auténtica pérdida de tiempo.

Hasta Heinz llamaba ahora la atención de varias muchachas de Merwedeplein, y estaba colado por una llamada Ellen. Se estaba convirtiendo en un joven alto y apuesto, pero sus enamoramientos de adolescente me hacían reír. Yo aún veía lejanos los líos románticos con chicos. Una tarde, Heinz me comunicó que uno de sus amigos, Herman, quería verme, y me sentí avergonzada cuando el muchacho se presentó en la puerta de mi habitación y me regaló tímidamente un ramo de flores. Con la tensión del momento acepté a regañadientes ser la «novia» de Herman, pero lo cierto era que nada quedaba más lejos de mi mente que la clase de atracción chico-chica que cada vez interesaba más a Heinz, Ana y Susanne.

Todos éramos amigos pero nos movíamos en grupos diferentes, y me disgusté mucho cuando supe que Susanne no nos había invitado ni a mí ni a Janny a su fiesta de cumpleaños junto con Ana y algunos chicos más. En un acto de despecho busqué una caja de bombones y, con esmero, fui despojándolos uno a uno del papel que los cubría para sustituir cada chocolate por un trozo de zanahoria o de nabo, y envolverlos de nuevo en las láminas plateadas originales. A continuación le entregué la caja a Susanne y le deseé un feliz cumpleaños. Barbara, la hermana de Susanne, me dijo más tarde que esta había desenvuelto todos los supuestos bombones.

—Oh, Eva —me dijo—, si le hubieras dejado siquiera un bombón, solo uno.

Aún recuerdo la envidia que me dio que Ana asistiera a la fiesta de cumpleaños de Susanne, y cuánto deseé que fuéramos todas más amigas para poder ir yo también.

Los acontecimientos mundiales ajenos a nuestro control nos obligarían a seguir completando una historia vital singular y en ocasiones trágica, pero en aquel momento no éramos más que niños y niñas normales, con idénticas envidias, preocupaciones, aspiraciones, amistades y rivalidades que el resto.

8

La ocupación

Durante la noche del 10 de mayo de 1940, los aviones alemanes sobrevolaron los Países Bajos como de costumbre, pero en algún lugar del mar del Norte viraron y vinieron de vuelta. Nos despertó un estruendo de aviones volando bajo y disparando. Pappy encendió la radio y oyó las noticias: cuatro mil soldados alemanes se estaban lanzando en paracaídas sobre las bases aéreas neerlandesas de Valkenburg, Ockenburg e Ypenburg. Después, miles de soldados más aterrizaron en otras ciudades holandesas, incluida Rotterdam, durante un asalto más formidable aún, mientras la 4.ª División Panzer alemana lanzaba una ofensiva terrestre por la frontera sur.

Aquello sucedió un día antes de mi undécimo cumpleaños, y yo acababa de escribir una carta a mis abuelos donde les hablaba de la fiesta que había celebrado el fin de semana anterior.

> ¡Querida abuela!
> Gracias por tu preciosa carta y gracias al abuelo por sus dibujos. Mi fiesta de cumpleaños fue muy bonita y he engordado veinte kilos. Te deseo otra vez un día de la madre muy feliz. Ahora no tengo tiempo para escribirle al abuelo.
> Cien millones de besos,
>
> EVA XXXXXXXXXXX
> (Tu cumpleañera)

Se había cumplido nuestra peor pesadilla. Nos invadió de repente una sensación de pánico y, al igual que muchas otras familias judías, reunimos unas cuantas pertenencias y corrimos por las calles de la ciudad en busca de algún medio para embarcar hacia Inglaterra. La ciudad se convirtió en un pandemónium donde la gente corría de acá para allá intentando encontrar a sus seres queridos o una manera de escapar.

Nosotros deambulamos angustiados a toda prisa de un lugar a otro durante horas, cada vez más agotados, doloridos y derrotados, mientras Pappy intentaba comprarnos un pasaje en cualquier barco que zarpara. Fue inútil. El último buque había partido ya, y no había modo alguno de subir a bordo.

Tomados de las manos recorrimos a paso lento el largo camino de vuelta a Merwedeplein, sumidos en un silencio tan denso como el que nos había rodeado la noche que los nazis hicieron

su entrada triunfal en Viena.

El ejército neerlandés opuso una resistencia breve y enérgica durante cinco días, pero sus inexpertas tropas y su exigua fuerza aérea representaron una batalla menor para la maquinaria bélica alemana. Jamás se procedió a inundar la red de diques del país, considerada una línea de defensa crucial, porque los puentes también ofrecían un enlace vital entre regimientos neerlandeses. Los carros de combate alemanes se limitaron a cruzar el río Mosa y tomar el control.

La llamada «guerra falsa» que había empezado en septiembre de 1939 —aunque jamás fue «falsa» para los judíos ni para los civiles residentes en el frente oriental en países como Polonia — había concluido.

En Gran Bretaña, Neville Chamberlain dimitió como primer ministro y fue reemplazado por Winston Churchill, mientras que en Polonia un oficial nazi llamado Rudolf Höss celebraba su nombramiento como primer comandante de un nuevo campo de concentración llamado Auschwitz. Con una presciencia escalofriante, Höss anunció que aquellos barracones polacos llenos de piojos y aún vacíos no tardarían en convertirse en el campo de concentración más «eficiente» de todo el Tercer Reich.

Dos días después de que comenzara la ofensiva alemana en Holanda, la reina Guillermina huyó a Inglaterra en un destructor británico junto con la princesa heredera, Juliana, el príncipe Bernardo y los hijos de estos, e instauró un Gobierno holandés en el exilio.

Tras cuatro días de enfrentamientos, los aviones alemanes bombardearon el centro de Rotterdam hasta reducirlo a escombros en llamas. Con el ataque mataron a mil personas y dejaron sin casa a cerca de ochenta mil. El ejército holandés ya se había rendido con la intención de salvar a la población de Rotterdam, pero los nazis afirmaron que no habían recibido la información a tiempo de detener el bombardeo. En las noticias dijeron que un niño pequeño había preguntado en medio de la ciudad en llamas: «Mami, ¿es el fin del mundo?». Como Ámsterdam y otras ciudades corrían un riesgo similar, los neerlandeses se rindieron a Alemania.

Nuestros peores temores se habían cumplido. Desde el 15 de mayo de 1940 empezamos a vivir bajo la ocupación nazi sin ningún lugar alternativo al que dirigirnos.

Una vez más la vida cambió en un instante. Aquel miércoles las tropas alemanas cruzaron el puente Berlage y entraron en Ámsterdam. Algunos viandantes les brindaron una calurosa bienvenida por la calle Rokin, saludándolos con las manos y extendiendo los brazos al frente a medida que los alemanes recorrían las calles. La mayoría de los ciudadanos normales reaccionó con horror e incertidumbre. Querían conservar a toda costa su independencia holandesa, pero también debían estar preparados para aceptar la nueva situación si eso implicaba seguridad para ellos y sus familias.

Con la esperanza de mantener fuera del poder al partido nacionalsocialista de Anton Mussert, en julio de 1940 se fundó una nueva organización política llamada Nederlandsche Unie. La NU abogaba por una «política sensata» de colaboración con los nazis, y hasta debatió sobre el «problema judío». Aquella «cooperación sensata» ganó muchos adeptos, y en cuestión de meses la NU reunió más de ochocientos mil miembros: hombres y mujeres hacían cola alrededor del edificio para unirse a sus filas.

Tras la experiencia de Viena y con las noticias que nos llegaban del resto de Europa, sabíamos lo que se avecinaba. El régimen nazi recién instaurado estuvo dirigido por el doctor Arthur Seyss-Inquart, el excanciller austriaco que había permitido la anexión con Alemania en 1938. Pero los nazis actuaron con cautela en un primer momento porque no querían espantar a la mayoría de la población holandesa, así que permanecimos a la espera en nuestro piso de Merwedeplein alentándonos los unos a los otros, aunque muy preocupados por el futuro.

Ese verano logramos pasar las últimas vacaciones de toda la familia junta: una escapada de dos semanas a la costa en una localidad llamada Zandvoort, situada a una hora de Ámsterdam hacia el norte.

Nos hicimos fotos en las largas playas de ligera pendiente bañadas por la pequeña extensión del mar del Norte que nos separaba de Inglaterra, aunque nos habría dado lo mismo que tuviera la anchura del océano Atlántico. Montamos juntos en bici por las verdes llanuras y nos divertimos mucho con Mutti porque, con su terrible sentido de la coordinación, daba giros bruscos que la sacaban del camino y la volvían a colocar en él. Nunca dominó el manejo de una bicicleta o de un automóvil: su única experiencia conduciendo un coche la empotró contra un árbol.

Los cuatro charlamos, reímos y bromeamos como si no existieran las preocupaciones ni los problemas. Pero lo cierto era que nada podía distar más de la realidad.

En agosto de 1940, los nazis empezaron a imponer leyes contra los judíos en los Países Bajos. La primera ley prohibió que los carniceros sacrificaran animales desangrándolos, tal como exigía la práctica *kosher*, según decían para «limpiar el honor nacional neerlandés» de la «crueldad con animales».

Después, en septiembre, los nazis prohibieron que los comerciantes y tenderos judíos vendieran sus productos en las calles. A continuación, se vetó a los judíos el acceso a puestos gubernamentales y de la administración pública y, más tarde, a las universidades. En octubre de 1940 los nazis obligaron a registrar todos los negocios judíos.

En enero de 1941, el régimen nazi solicitó un censo completo de toda la población judía, formada por ciento treinta mil personas, y en julio expidió tarjetas identificativas para los adultos con una gran J de «judío» estampada en ellas. A partir de entonces los nazis podían parar a los judíos y pedirles la tarjeta en cualquier calle, autobús o tranvía, y si estos cometían el error de habérsela dejado en casa quedarían arrestados en ese mismo instante. Parece increíble que los nazis se creyeran capaces de reducir a miles de hombres y mujeres con una personalidad y una vida completas y complejas a una mera J gigantesca.

A Mutti y Pappy ya les habían estampado una J en sus pasaportes austriacos antes de que se los retiraran tras el *Anschluss* y se los sustituyeran por pasaportes alemanes sin ninguna validez y que también portaban una J estampada. Más tarde también les habían retirado aquellos, con lo que nos dejaron a todos convertidos en apátridas. Hasta el visado belga de Mutti incluía la palabra «Sara» en su nombre para que las autoridades supieran que era judía. (Las mujeres judías recibían el apelativo de «Sara», mientras que a los hombres les añadían el nombre de «Israel».)

Nuestra vida se volvió cada vez más limitada. Como propietario empresario judío, Pappy se vio obligado a traspasar a un cristiano la fábrica de calzado que tenía en Breda, aunque creo que

llegó a un acuerdo con él para seguir recibiendo algún ingreso por aquello. De todos modos, las nuevas restricciones para viajar le habrían impedido ir al trabajo. Pappy, que siempre fue un empresario excelente, empezó a emplear a otros judíos para que confeccionaran bolsos de piel de serpiente desde sus casas.

También fueron apareciendo letreros colgados de teatros, cafés y otros edificios públicos: *Verboden voor Joden* («Prohibida la entrada a judíos»). Y, lo que fue aún peor para Mutti y Heinz, a todo el que captara noticias desde Londres lo obligaban a entregar el aparato de radio. Pappy echaba de menos escuchar las noticias de nuestros aliados ingleses, y Mutti y Heinz añoraban la música de la Filarmónica de Londres.

En febrero de 1941, cientos de miles de ciudadanos neerlandeses paralizaron Ámsterdam con una huelga general de cuatro días. La huelga se produjo en protesta por las brutalidades alemanas contra los judíos después de una pelea en el exterior de una heladería. Fue la primera señal de resistencia organizada por parte de la población holandesa, y pilló al régimen alemán por sorpresa. Hasta entonces la política nazi había consistido en tratar a los neerlandeses con indulgencia como miembros de su raza «aria», de forma que liberaron prisioneros de guerra e hicieron la vista gorda con la gente normal que exhibía cintas de color naranja y otros símbolos de resistencia por la calle. Ahora rodearon y dispararon a los cabecillas de la huelga, lo que supuso un acontecimiento estremecedor para los holandeses porque era la primera vez que los nazis mostraban su verdadero rostro en público. La huelga general del mes de febrero de 1941 lo cambió todo; fue el primer punto de inflexión de la ocupación.

El comisario del Reich para los territorios ocupados de los Países Bajos, el nazi Arthur Seyss-Inquart, comunicó a los holandeses que el apoyo a los judíos era intolerable. «Los nazis no consideramos a los judíos como parte del pueblo neerlandés. Son nuestros enemigos.»

Por si no lo habían entendido, los cines neerlandeses recibieron instrucciones de proyectar en sus salas la propaganda nazi más deleznable, que incluía una burda cinta llamada *El judío eterno*. La filmación era un supuesto documental para ilustrar que los judíos eran sucios y piojosos, apenas humanos en realidad, e intercalaba secuencias de «parásitos» judíos en una calle abarrotada de un gueto polaco con imágenes de multitud de ratas saliendo de una cloaca.

A mí me gustaban las largas y cálidas tardes de la primavera, pero a medida que eclosionaba el verano de 1941 casi no podíamos ir a ningún sitio o hacer nada. Nos habían impuesto leyes aún más restrictivas: no se permitía a los judíos participar en la bolsa de valores, los médicos judíos solo podían tratar a pacientes judíos y los músicos judíos no podían tocar en orquestas.

Para Heinz y para mí y para el resto de niños de Merwedeplein, las leyes establecían que no podíamos ir al parque, pasear por la playa, subir al tranvía, visitar el zoo, refrescarnos en la piscina o ir al cine.

—Solo quiero ver una película de Shirley Temple —le comenté una tarde calurosa a Heinz, abatida.

—¿Y qué tiene Shirley que no tenga yo? —me preguntó él saltando de la cama en la que estaba leyendo un libro y empezando a bailar un poco de claqué en el suelo—. ¿No es esto igual de bueno que ir a ver la peli?

—El baile no está mal —respondí riéndome—, pero no tienes ni por asomo los encantos de

Shirley.

En septiembre nos enteramos de que tendríamos que asistir a escuelas «judías» segregadas. Heinz tuvo que dejar el Liceo. En su nuevo instituto se hizo muy amigo de Margot Frank. Ambos eran buenos estudiantes y a veces acababan haciendo juntos los deberes.

Mutti y Pappy decidieron que mi holandés no era aún lo bastante bueno como para ir al colegio, así que me buscaron unas clases privadas con otros diez niños. Mutti llegó a acercarse al domicilio de los Frank para preguntar si Ana quería unirse a nosotros, pero el neerlandés de Ana era muy bueno, y sus padres decidieron que podía ir al colegio normal.

Nuestro tutor, el señor Mendoza, era un bachiller de mediana edad que nos impartía clases diarias en su apartamento mientras su madre nos preparaba la comida en la cocina. Los Mendoza formaban parte de la amplia comunidad de judíos sefardíes que habían huido de la persecución a la que los habían sometido en España y Portugal cientos de años atrás, y que habían construido la magnífica sinagoga portuguesa de Ámsterdam. Creo que, al igual que la mayoría de mis amigos y conocidos de Ámsterdam, el señor Mendoza y su madre fueron deportados a campos de concentración de los que no regresaron jamás.

A medida que se acercó el fin de nuestros estudios, mis compañeros de clase y yo acordamos comprarle un regalo al señor Mendoza: dos periquitos en una jaula. Guardamos los pájaros en mi casa y, después de las clases, el resto de los niños venía para ayudarme a darles de comer.

Una mañana me desperté y vi uno de los periquitos tumbado en el suelo de la jaula, delicado, precioso... y muerto. Ninguno de mis compañeros pareció disgustarse tanto como yo con aquello, y Mutti compró otro pájaro para sustituirlo. Sin embargo, yo no podía olvidarme del periquito que había muerto. Apreté los puños y deseé y deseé poder retroceder en el tiempo para devolver el pájaro a la vida, pero no existía ninguna magia capaz de lograr que se cumplieran mis deseos.

Ahora que la ley obligaba a los judíos a estar en casa a las ocho de la tarde todos los días, Pappy y Mutti improvisaban algunos entretenimientos para hacernos la situación más llevadera. Cada tarde nos sentábamos a jugar al bridge los cuatro juntos. Era una actividad poco habitual para adolescentes, pero el bridge es un juego obsesivo, y enseguida nos enganchó el aprendizaje de sus complicadas reglas y estrategias. No puedo demostrarlo, pero jugábamos tanto que creo que fuimos los aficionados al bridge infantiles más expertos y entregados de toda Europa.

Sin embargo, ni siquiera las partidas de bridge ocupaban todas nuestras tardes. A veces invitábamos a amigos a venir a casa y jugábamos al Monopoly, y más tarde Heinz se sentaba al piano y lo oíamos tocar piezas de Chopin o de Schubert y de su compositor favorito, George Gershwin.

Un día Heinz llegó a casa con cartulinas y ceras de colores e inició un proyecto en el salón.

—¡No entres! —me gritó—, ¡quédate en tu habitación hasta que yo te llame! —Me pareció una eternidad, pero al final vino a buscarme—. Cierra los ojos —exigió mientras me guiaba hasta el salón.

Estábamos obligados a tener persianas opacas en las ventanas por los ataques aéreos y, cuando abrí los ojos, vi las persianas echadas y la habitación completamente oscura. De pronto Heinz encendió una linterna y dirigió el haz hacia las persianas, de manera que cada círculo de luz fue iluminando un personaje de *Blancanieves y los siete enanitos*.

—Sé que te disgustó no poder ver la peli —me dijo—, pero ahora verás un espectáculo exclusivo para ti.

Había pintado todos los personajes de Blancanieves, y les había dado vida con cada trazo de sus ceras. Me contó el cuento completo deteniéndose en cada personaje y cada suceso de la trama, como si fuera una película o un teatro. Mutti y Pappy se sentaron a verlo orgullosos, sabedores de que había montado todo aquello con la única finalidad de hacerme sentir un poco mejor.

—¡Ha sido el mejor cuento de *Blancanieves* del mundo! —dije al terminar.

Como todos los hermanos, a veces discutíamos y nos peleábamos, pero en ese momento supe que no podría haber deseado un hermano más atento.

Si tan solo cerrar las cortinas y echar las persianas nos hubiera permitido olvidarnos del mundo...

Sin nosotros saberlo, mientras contemplábamos las disputas inventadas entre el bien y el mal de los cuentos de fantasía, el alto mando nazi se había reunido en una villa a las afueras de Berlín para discutir el destino de los judíos. Por entonces ya imperaba la política nazi de «liberar» la tierra y las casas alemanas mediante el transporte de judíos al este, pero hasta eso se había vuelto problemático a medida que los guetos de los pueblos y ciudades se fueron llenando con rapidez.

En la Conferencia de Wannsee, celebrada el 20 de enero de 1942, el teniente general de las SS, Reinhard Heydrich, jefe de la Policía de Seguridad y del Servicio de Seguridad, desveló la «solución final al problema judío»: había que trasladar a todos los judíos de Europa a campos del este en los que, o bien murieran trabajando, o bien fueran asesinados.

Poco después, Ámsterdam empezó a llenarse de judíos procedentes de otras partes de Holanda obligados a «reubicarse». Se instalaban donde encontraban sitio, sin saber que aquello representaba la primera fase de un macabro viaje. Los nazis siempre inventaban nombres falsos para sus atrocidades, como «reubicación» y «solución final», lo cual perfeccionaron, por supuesto, en los campos de concentración, como Auschwitz, donde la gente entraba bajo el lema «Trabajar da la libertad», y era conducida a las «duchas» cuando iba directa a las cámaras de gas donde la asesinarían.

En mayo de ese año me encontré a Mutti cosiéndome una estrella de David amarilla en la ropa. Me dijo que no debía quitármela jamás, ni ocultarla colgándome el abrigo del brazo.

—Si paran a un judío que no lleva visible la estrella, los alemanes lo arrestarán —me dijo.

—¡Somos como proscritos! —grité, mientras me brotaban los miedos y la frustración en ardientes lágrimas de rabia.

—No, Evi —dijo—. Odiamos llevar este distintivo, pero aún estamos orgullosos de ser judíos. Puede que los nazis lo consideren un símbolo deshonroso, pero podemos mantener la cabeza bien alta porque sabemos que llevarlo es un honor.

A partir de entonces, todos exhibimos una estrella de David en la ropa con la palabra *Jood* escrita en ella.

A medida que transcurrieron las semanas nos volvimos más conscientes del creciente peligro que corríamos en Ámsterdam. A un amigo de Heinz, Walter, los nazis lo pillaron sin la estrella amarilla y lo arrestaron. Por aquella misma fecha, iba yo caminando por la calle una tarde y vi

que soldados nazis detenían a un hombre como Pappy y lo golpeaban con violencia antes de arrojarlo al remolque de un camión y llevárselo. Me quedé aterrada.

Cuando Pappy oyó que los nazis estaban reclutando hombres y niños para enviarlos a campos de «trabajo» en Alemania, consiguió que ingresaran a Heinz en el hospital con pretextos falsos, pero las noticias procedentes de la red clandestina neerlandesa eran desalentadoras. En esa época se filtraron rumores de que estaban asesinando a miles de judíos deportados a campos de concentración. Aunque nadie podía creer todo ese horror, Pappy se dio cuenta de que el cerco se iba cerrando y debía tomar medidas más drásticas para salvarnos.

Su primer movimiento consistió en almacenar comida y esconderla para sobrevivir en caso de emergencia. Por entonces vivíamos con la comida racionada, y acumular alimentos no era fácil, pero poco a poco logramos apartar la suficiente.

Recuerdo la mañana soleada de domingo en que recorrimos la ciudad con el primer cargamento: cada uno de nosotros llevaba una bolsa o mochila con latas de tomates, arroz, aceite de oliva, cacao y leche condensada. El recorrido fue de infarto; a mí me aterrorizaba que nos parara un soldado y nos pidiera ver qué había en la mochila. Hubo un momento en que me agaché para anudarme el cordón del zapato, y todas las latas que llevaba chocaron entre sí y armé un buen jaleo.

Al final llegamos al almacén junto al canal Singel donde Pappy había alquilado un pequeño espacio y, con un suspiro de alivio, amontonamos los víveres en un gran arcón.

Tras cuatro viajes más el baúl se llenó, y Pappy esparció por encima bolas de naftalina y lo cerró. Nunca aprovechamos aquellas provisiones, pero más tarde sustentarían a otra familia en el transcurso de la guerra.

Resultó que la sensación de apremio de Pappy era bien fundada. Poco después, el 6 de julio de 1942, Heinz recibió una carta informándolo de su deportación a un «campo de trabajo» alemán.

Yo sabía lo asustado que estaba Heinz porque se estaban materializando sus peores pesadillas, pero apretó los dientes ante la noticia con valentía.

—Iré —le dijo a Mutti—. Mis amigos estarán allí, y hasta Margot Frank ha recibido la carta. Estoy seguro de que los nazis no me harán daño si trabajo duro.

Por fortuna Pappy hizo oídos sordos:

—Creo que es hora de desaparecer.

Sospecho que en ese momento ninguno de nosotros conocía de verdad el significado de aquellas palabras. Nos alentó que los estadounidenses se hubieran unido a la guerra el año anterior y esperábamos, y creíamos, que todo acabaría pronto. Cuando oí decir a Pappy que había que «desaparecer» pensé que se refería a unas pocas semanas, hasta que hubiera pasado la apremiante coyuntura del llamamiento de Heinz.

Pero antes de partir hacia algún escondite hubo que superar otro obstáculo desagradable: tenían que extirparme las amígdalas.

Afectada por una infección, me había ausentado de las clases del colegio con la esperanza de mejorar, pero no podíamos escondernos si estaba enferma. Eso conllevaría un riesgo mayor para todos nosotros y para la gente que nos diera cobijo. Sin embargo, tampoco podía acudir al

hospital, porque los nazis estaban arrestando a los pacientes judíos. La única opción consistía en que me extirpara las amígdalas otra persona y, al final, Pappy encontró un médico dispuesto a operarme.

La idea de someterme a una intervención sin el personal de enfermería y los equipos necesarios ya era sobrecogedora, pero a mí me entró un pavor que me descompuso el estómago cuando el médico me metió en la pequeña consulta y me amarró con brusquedad los brazos y las piernas a la camilla.

Me puso gas hilarante sobre la boca hasta que me sumí en un extraño inframundo repleto de alucinaciones. En el transcurso de la operación soñé que estaba tumbada en la camilla y atada a ella mientras la consulta se incendiaba y las abrasadoras llamas lo quemaban todo a mi alrededor, hasta el aire se incendiaba, y yo luchaba y forcejeaba para soltarme de las amarras de los brazos y las piernas, chillando, chillando con encendido terror, pero incapaz de liberarme.

9

Los escondites

Cuesta imaginar una vida en la clandestinidad, limitada al más reducido y silencioso de los espacios.

La gente suele preguntarme cómo aguanté un día tras otro confinada en un pequeño habitáculo.

Cuando miro atrás y pienso en la niña activa y aficionada al aire libre que yo era, también me lo pregunto. Yo era una niña de acción, no una pensadora como Heinz, pero en los escondites no había sitio para dar volteretas ni podía realizar tareas domésticas ruidosas, como colgar estanterías, para distraerme.

Aguanté porque tenía que hacerlo. Recordemos que nos hallábamos ante un dilema difícil: esconderse o morir. Y aguanté porque cuando vives oculta te dices que no durará eternamente. La perspectiva de que sea para siempre sería insoportable, de modo que te escondes hasta mañana y, después, hasta la semana que viene, o incluso hasta el próximo mes. Esperas un día más porque crees que la libertad llegará, seguro, el día que sigue al de hoy.

—Sé valiente, Evi —dijo Pappy sujetándome por los hombros—. Será por poco tiempo. Ahora que los americanos entraron en la guerra, todo acabará pronto.

Estábamos de pie en el salón de Merwedeplein una mañana de domingo; era temprano y Mutti y yo llevábamos un pequeño bolso cada una, listas para salir.

—Lo sé —dije—, pero no entiendo por qué no podemos irnos juntos, Pappy.

—Bueno, no te pongas triste —me dijo mi padre.

Intentó por todos los medios restarle importancia a lo que estaba pasando para mantenernos en calma. Mi padre había decidido que era más seguro y más fácil que nos separáramos, pero me sentí muy contrariada cuando me comunicó que debía irme con Mutti y que él partiría con Heinz.

—Piensa únicamente —me dijo— que mientras tú estés con Mutti, Heinz y yo estaremos en el otro extremo de la ciudad, y que nos reuniremos tan a menudo como nos sea posible.

—Eso es —añadió Heinz—, y yo intentaré escribirte para contarte todo lo que vayamos haciendo. Ya verás como conseguiré escribir y pintar mucho más sin tener a mi ruidosa hermana pequeña hablándome sin parar. —Entonces me sonrió y yo procuré devolverle la sonrisa.

A continuación, Pappy y Heinz nos abrazaron a Mutti y a mí; Mutti me tomó de la mano, me

condujo fuera del piso y me bajó por las escaleras a toda prisa antes de que me echara a llorar.

Todos pusimos buena cara, pero sabíamos que aquella separación era crítica. Surcábamos aguas ignotas; confiábamos en volver a reunirnos en algún momento, pero éramos muy conscientes de que podía ocurrir cualquier cosa.

La plaza aún estaba vacía a esa hora del día, y mientras la cruzábamos oí los ecos de todos los juegos de pelota que había practicado, de las canicas que había hecho rodar por ella y de las polémicas, los dramas y las fiestas que había presenciado allí. La única cara familiar fue la del lechero del barrio, quien solía regalarnos unas palabras y una sonrisa afable. Aquella mañana se apartó y simuló no habernos visto.

Cuando los residentes de Merwedeplein se levantaran, nadie sabría que nos habíamos esfumado. Alcé la vista hacia el piso de Ana Frank y me pregunté si también ellos tendrían que marcharse. Miles de judíos se embarcaron de repente en viajes hacia destinos desconocidos.

Cada una de nosotras portaba un bolso pequeño, como si se tratara de una salida ordinaria. A diferencia de Otto Frank, mi padre no había previsto que nos ocultáramos y no tenía contactos en la Resistencia, pero cuando llegaron los papeles de los nazis reclamando a Heinz empezó a preguntar aquí y allá desesperado hasta localizar a una amiga cristiana, Frieda, que le dijo que su hermana nos acogería y que nos conseguirían una identidad falsa.

Según los nuevos documentos de identidad, Mutti era *mevrouw* Bep Ackerman, y yo era su hija Jopie. Oficialmente yo era ahora una niña cristiana neerlandesa, pero me sentía extrañamente desnuda al caminar por las calles sin la estrella de David amarilla prendida en el abrigo. Detestaba cada instante en el que llevaba puesta la estrella amarilla, pero de manera deliberada me estrechaba una revista contra el pecho para taparme esa parte del cuerpo. Recorrimos nuestro camino en silencio por las calles de Rivierenbuurt, hacia Ámsterdam oriental.

La primera «casa» nueva fue el pequeño apartamento de los Dekker, quienes tenían dos hijos pequeños. Aquella familia era mucho más pobre de lo que yo estaba habituada a ver, y me quedé atónita al descubrir que los dos conejos que vivían en el balcón estaban allí para ser engordados y servidos como cena en Navidad. Por las tardes dejaban los conejos sueltos por el piso para que los niños jugaran con ellos, y hasta salíamos a cortar algo de hierba para darles de comer. Mutti y yo nos instalamos en un dormitorio y fingimos ser parientes del campo que estaban allí de visita.

Yo no conseguía relajarme y no paraba de parlotearle a Mutti.

—Es tan extraño estar aquí; no puedo creer que llegaríamos a casa andando en media hora. Me pregunto dónde estarán Pappy y Heinz.

Mutti parecía triste pero no decía nada. Se limitaba a darme palmaditas condescendientes en la pierna.

Ninguna de nosotras tenía el aspecto estereotipado de los judíos, de modo que solíamos salir durante el día, aunque aquello habría sido muy peligroso si alguien hubiera inspeccionado nuestros documentos falsos de identidad.

Pero esa sensación de anonimato no duró mucho: un día regresamos a casa y nos encontramos a la señora Dekker de pie en la puerta con pinta de alterada. Uno de sus hijos había dicho en el colegio: «Han venido a visitarnos una tita y una prima del campo, pero no sé quiénes son y no creo que de verdad sean mi familia». Mientras estábamos fuera, la Gestapo había

registrado el piso.

—Lo lamento, no podéis quedaros —nos dijo—; pero conocemos a otra señora en la otra punta de la ciudad que os acogerá. Id allí.

Sin previo aviso volvimos a ponernos en marcha, esta vez en dirección al Oud-Zuid de Ámsterdam. Se me crisparon los nervios al saber lo cerca que habíamos estado de que nos capturaran; y, al parecer, ahora había que recorrer varios kilómetros de ciudad. Al fin nos detuvimos y llamamos a la puerta principal de otra casa en la que ninguna de las dos había estado nunca con anterioridad. La neerlandesa de aspecto cuidado que respondió a la llamada nos saludó con alegría, como si fuéramos parientes que no veía hacía mucho:

—¡Pasad! ¡Es estupendo volver a veros!

La señorita Klompe nos hizo pasar con rapidez y cerró la puerta. Aquel saludo de fingida familiaridad no habría engañado a nadie durante mucho tiempo, pero era una parte esencial de la farsa de que éramos viejas conocidas.

En Ámsterdam, como en todas partes, la Resistencia o la colaboración con los nazis se desarrollaron con muchos matices. Durante los primeros años de la guerra, la Resistencia estuvo organizada por pequeños grupos de individuos que no siempre conocían la existencia de otros grupos. Con el paso del tiempo, el encubrimiento de judíos se volvió mucho más peligroso, y la Resistencia se organizó mejor, pero en los primeros días hubo gente, como los Dekker y la señorita Klompe, que sencillamente odiaba a los nazis y estaba decidida a combatirlos ocultando a judíos.

Había gente dispuesta a ayudar a familias judías a esconderse por mera bondad, o porque el sacerdote de su parroquia les había dicho que así lo exigía la conciencia, pero también había quien ocultaba a judíos por dinero. Y del mismo modo que había gente que hacía la vista gorda si te veía y sospechaba que eras judío, también había gente capaz de denunciarte para cobrar unos cuantos florines neerlandeses.

Cuando el personal de enfermería sacaba clandestinamente huérfanos judíos del edificio del Hollandsche Schouwburg durante las deportaciones masivas de 1942, esperaban a que pasara el tranvía número 9 y echaban a correr junto al vehículo con un niño debajo de cada brazo para subirse en la siguiente parada. Era el único modo de evitar que los vieran los soldados nazis que hacían guardia al otro lado de la calle, vigilando la puerta principal a cada instante para asegurarse de que ningún judío escapaba. Una enfermera recordaba que, cuando saltaba al interior con un bebé judío, «todos los que iban en el tranvía se echaban a reír porque, por supuesto, nos habían visto subir, pero nunca decían nada. Así son en Ámsterdam».

Pero no es cierto que «así fueran en Ámsterdam». Nunca sabías quién estaba de verdad de tu lado, quién te traicionaría, o quién pertenecía incluso a los temidos «cazajudíos». Este grupo anónimo de ciudadanos, por lo demás tan normales, rondaba las calles para ganarse la vida entregando judíos a los nazis... y a una muerte casi segura. En la Ámsterdam nazi casi todo el mundo era un extraño, y nunca conocías las intenciones de quienes te miraban a través de los visillos, o de quienes vivían en la casa de al lado.

—Tienen que ser muy precavidas —nos advirtió la señorita Klompe frente a una taza de té —. No podrán usar ni el baño ni la cocina mientras yo esté fuera.

Cuando la señorita Klompe insinuó que Mutti podía ayudar con la comida, miré a mi madre de reojo —aquella era la actividad que menos le gustaba— y esperé captar en ella un atisbo de reticencia. Sin embargo, lo que vi fue una disposición agradecida por el alivio de haber encontrado un lugar seguro en el que quedarnos.

Nos terminamos el té y subimos tres tramos de escaleras hasta el ático, donde la señorita Klompe había dividido la estancia en un dormitorio para mí y un salón con un sofá floreado en el que dormiría Mutti.

Mientras yo asimilaba el nuevo entorno, Mutti preguntó qué seguridad teníamos allí.

Los alemanes realizaban registros a menudo, admitió la señorita Klompe con una sinceridad escalofriante, «como cazadores de ratas empeñados en exterminar la "plaga" de judíos encubiertos», pero, enfatizó, la Resistencia también estaba decidida a proteger a la gente inocente. Tal vez lo dijo para que nos sintiéramos mejor, pero cuando oí aquello se me encogió el estómago con otro ataque de pánico.

La señorita Klompe no pertenecía oficialmente a la Resistencia —solo quería ayudar y se oponía a la ocupación y a las nuevas normas—, pero esa noche nos presentó a un tal señor Broeksma, un colega docente oriundo de la misma provincia que ella, Frisia. El señor Broeksma era listo, fiable y resolutivo, y nos sentimos completamente seguras poniendo nuestras vidas en sus manos, porque él consideraba que sería la mejor manera de brindarnos la mayor seguridad posible.

Su primer cometido, nos comentó, sería construir un escondite secreto que pudiéramos usar en caso de que los nazis registraran la vivienda. El mejor modo de hacerlo consistía en tapiar un lateral del inodoro de un cuarto de baño alargado y colocar una puerta camuflada con azulejos.

En compañía de un albañil de confianza, el señor Broeksma empezó a reunir los materiales y a introducirlos pieza a pieza en la casa por las noches. Los dos hombres no finalizaron el trabajo hasta el tercer domingo que pasamos ocultas. Era tarde ya y todos estábamos cansados, pero aún quedaba acabar el alicatado.

—Parece usted agotado, ¿quiere dejarlo por hoy? —le preguntó la señorita Klompe.

—No —dijo tras vacilar un instante—, seguimos y terminamos el trabajo. Así se queda hecho.

Al final nos estrechamos las manos unos a otros, Mutti y yo colmadas de gratitud. Mutti probó el escondite y desapareció perfectamente tras la pared recién alicatada. Nos desplomamos sobre la cama demasiado cansadas incluso para sentirnos intranquilas, y yo me dormí en cuestión de minutos. Aunque no por mucho tiempo.

—¿Hay aquí algún judío inmundo escondido?

Las voces sonaron altas y rudas. Yo estaba adormilada y soñando cuando el ruido de los camiones en la calle y el estruendo en la puerta principal empezaron a devolverme la conciencia. De pronto Mutti me agarró y me desperté por completo.

—Eva, cubre la cama con la colcha.

Alisé la cama y corrimos al baño, pero nuestra necesidad apremiante de ocultarnos se complicó con otro factor: la señorita Klompe guardaba su propio secreto, un amante casado que resultó ser un médico judío. También él estaba en el baño, a punto de meterse en el escondite que

teníamos frente a nosotras. Cuando los nazis golpearon la puerta principal, aquel caballero intentó echarnos y cerrar la puerta alicatada para protegerse solo él. Mutti le suplicó y le advirtió que si nos pillaban allí de pie seguro que a él también lo descubrirían. De mala gana nos dejó colocarnos a su lado, y cerramos la puerta justo en el momento en que los soldados empezaban a subir las escaleras.

El corazón me palpitaba con tanta fuerza que estaba convencida de que los soldados lo sentirían en cuanto abrieran de golpe la puerta del baño; entonces oí las pisadas firmes, los jadeos faltos de aliento y las instrucciones que se gritaban unos a otros, a pocos centímetros de distancia de Mutti, acurrucada sobre la tapadera del váter, y de mí, agazapada junto al amante de la señorita Klompe. Después las botas se alejaron para proseguir la búsqueda por el resto de la casa y al fin los oímos taconear escaleras abajo. La puerta principal se cerró de un golpe y sentí que Mutti lloraba de alivio junto a mí en la oscuridad. Sabíamos que nos habíamos librado por dos horas y por la buena disposición del señor Broeksma para acabar el trabajo.

El tiempo que pasamos ocultas terminaría aunando una mezcla de dos emociones: un pánico absoluto y un aburrimiento abrumador. Solo cuando estás encarcelada o incapacitada te das cuenta de que los días son muy largos, y de que pueden durar y durar sin fin. Mutti y yo solíamos despertarnos temprano, vestirnos y tomar un pequeño desayuno. Oíamos a la señorita Klompe irse a trabajar y cerrar la puerta principal, y entonces la casa se sumía en el silencio. Para que la mañana pasara más deprisa Mutti procuraba ayudarme con las lecciones, pero yo estaba más tozuda que nunca y a veces la ponía tan nerviosa que me acababa propinando un sopapo en la coronilla. Yo sabía que en algún lugar de Ámsterdam Heinz se entretendría leyendo con voracidad, jugando al ajedrez y desplegando todas sus habilidades artísticas. El señor Broeksma me traía libros, pero yo no conseguía concentrarme en la lectura. En lugar de eso, llenaba el tiempo hablando con Mutti sobre algo que hubiera ocurrido, como un registro, o sobre nuestros planes para el futuro.

Era complicado permanecer encerrada con mi madre día y noche, y a ella le resultaba igual de difícil pasar todos los momentos de vigilia con una niña de trece años temperamental, exasperante.

La comida estaba rigurosamente racionada, y usábamos cartillas de racionamiento falsas, así que por las noches tomábamos una cena frugal que siempre me dejaba con hambre. En ocasiones manteníamos una pequeña conversación con la señorita Klompe, pero ella solía estar ocupada corrigiendo libros de texto o entreteniendo a su novio. Quizá parezca extraño, pero en aquellos días no llegamos a conocer muy bien a la señorita Klompe. Le estábamos muy agradecidas por su ayuda, y éramos afortunadas; más tarde nos enteramos de que muchos judíos tuvieron una relación nefasta con la gente que los encubría. Algunos de los niños enviados a granjas en el campo sufrieron explotación, y hasta hubo mujeres y niñas sometidas a abusos sexuales u obligadas a dormir con el hombre de la casa para conservar su escondite. Nosotras no vivimos nada parecido a eso, pero aun así era tenso residir en la casa de otra persona en esas circunstancias, y saber que estábamos a su merced.

Todas las veladas nos reuníamos alrededor de la radio clandestina que el señor Broeksma había traído y ocultado en un armario. A las nueve de la noche sintonizábamos el programa que

emitía la BBC desde Londres en holandés, y nos informábamos sobre el transcurso de la guerra. Por aquellas escuchas y a través del propio señor Broeksma nos enteramos de que habían capturado a casi todos los judíos de Ámsterdam y los habían enviado al este.

Celebrábamos cualquier dato que indicara que se estaba contrarrestando el avance de los nazis, y me recuerdo aferrada a los dedos de Mutti, encantada, cuando conocimos la derrota de Rommel en África. Pero también recibimos noticias horriblemente alarmantes. A través de esa radio oímos hablar por primera vez de un campo de exterminio nazi llamado Auschwitz, en Polonia. Recuerdo que se me erizó la piel hasta la nuca e incluso me mareé cuando escuché que los nazis estaban gaseando judíos en ese campo. Todos nos hundimos incrédulos en nuestros asientos sin ningún cruce de miradas entre nosotros. ¿De verdad podía ser cierto todo aquello?

Más tarde nos fuimos a dormir y, en la oscuridad, metida en la cama, no podía dejar de mover los pies bajo las sábanas; estaba desesperada por aliviar un tanto la acumulación de inquietud y terror contenidos.

Tal vez ustedes alcancen a imaginar cómo se vive con una rutina así durante unos cuantos días o incluso varias semanas, pero nosotros pasamos escondidos dos años.

Los únicos momentos brillantes fueron las visitas excepcionales que conseguimos hacer a mi padre y a Heinz.

Salir de la casa suponía un gran riesgo: había que recorrer la ciudad hasta la estación y después tomar un tren hasta una pequeña localidad a las afueras de Ámsterdam llamada Soestdijk, donde Pappy y Heinz permanecían ocultos en una casa perteneciente a una señora llamada Gerada Katee-Walda. Yo debía reunir todo el valor que podía para mostrarme calmada y despreocupada cuando nos cruzábamos con soldados por la acera, o cuando se detenían junto a nosotras dentro del vagón del tren, pero la tensión del viaje se disipaba con rapidez en cuanto nos reuníamos todos.

Tal como sospechaba, Heinz estaba más preparado que yo para una vida de confinamiento solitario. Cada vez pintaba más, y me costaba creer lo que me enseñaba: unos óleos minuciosos e impresionantes. En uno de ellos aparecía un joven, como él mismo, con la cabeza reclinada sobre el escritorio en señal de desesperación. En otro, un velero surcaba el océano frente a una ventana con las contraventanas cerradas.

—¿Cómo has aprendido a pintar así? —le pregunté—. ¿Cómo sabes cómo se mezclan las pinturas? —Heinz se limitó a sonreír y encogerse de hombros.

Hasta Pappy se entretenía con actividades intelectuales rellenando página tras página de cuadernos de líneas finas con ideas sobre posibles negocios para después de la guerra, así como con bosquejos y poemas.

A veces aquellas salidas duraban un día entero y en ocasiones conseguíamos alargarlas durante toda la noche. Yo sabía que estando juntos podríamos superar cualquier cosa, y el recuerdo de cada visita me servía durante mucho tiempo después de regresar a la casa de la señorita Klompe, hasta que al final daba paso a un sentimiento de expectación creciente ante el próximo encuentro.

Me gustaba tanto ir a Soestdijk que llegué a hacerme una fotografía tomada del brazo de la señora Katee-Walda. Parecía una mujer muy cordial y agradable, y me alegraba pensar que

Heinz y Pappy habían encontrado una protectora tan benévola. Por desgracia, sin embargo, no era en absoluto la persona que creíamos que era.

10

La traición

Los nazis me capturaron el día que cumplí quince años. Fue el 11 de mayo de 1944, y entonces vivíamos con una familia que conocíamos de antes, los Reitsma, en una vieja casa de la calle Jacob Obrecht, cerca del Vondelpark. Amparar a judíos se había vuelto cada vez más peligroso porque los nazis fueron ofreciendo mayores recompensas económicas por entregar a gente. Al regresar de una de nuestras visitas a Pappy y Heinz, nos enteramos de que la Gestapo había vuelto a registrar la casa de la señorita Klompe.

—Lo siento —nos dijo—, pero encubriros me supone una angustia excesiva.

Debíamos trasladarnos.

La mañana del 11 de mayo me levanté temprano ante la expectativa de qué me depararía el día de mi cumpleaños. Los Reitsma me gustaban: el señor Reitsma era de Frisia y su esposa era una artista judía. Su hijo Floris también vivía en la casa. Cuando bajé las escaleras aquel jueves por la mañana me encontré con que me habían preparado un desayuno especial de cumpleaños. Sobre la mesa había un jarrón con jacintos y tulipanes naturales, y Floris me entregó un regalo envuelto en un papel pintado por la propia señora Reitsma.

—Guarda esto, es una sorpresa —me dijo—. Ábrelo después de desayunar.

Eran las ocho y media y estábamos a punto de empezar a comer cuando sonó con brusquedad el timbre de la puerta. Todos fruncimos el ceño ante la sorpresa: era demasiado temprano para recibir visitas. La señora Reitsma acudió a abrir la puerta y yo oí de lejos la adusta entonación alemana de la Gestapo. De repente se hizo el caos. Soldados subieron con estrépito las escaleras; Floris dio un brinco, saltó por la ventana y corrió por los tejados; la puerta del comedor se abrió de golpe y los nazis apuntaron los cañones de las pistolas hacia nuestras caras atónitas, petrificadas. Jamás llegué a abrir mi regalo.

—¡Son ellos! —gritaron—. ¡Judíos inmundos!

Nos agarraron y nos empujaron escaleras abajo hasta sacarnos a la calle. Mientras caminábamos, mi madre empezó a suplicarle desesperadamente al nazi neerlandés que la sujetaba del brazo diciéndole que en realidad yo no era judía, sino fruto de una relación que había mantenido con su dentista en Viena. No creyeron una sola palabra y enseguida llegamos al gran edificio de ladrillo que había sido una escuela de enseñanza secundaria antes de que la

Gestapo lo tomara como cuartel general.

Nos metieron a empujones en una sala de detención junto a otra gente que parecía aterrada y que no levantó la vista para cruzar una mirada con nosotros. Permanecimos sentadas durante horas en las duras sillas de madera alineadas junto a la pared, mientras yo reproducía en mi mente una y otra vez los acontecimientos de la mañana. ¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Quién nos había delatado? ¿Qué pasaría ahora?

Oí gritos y llantos ahogados procedentes de otras salas. Uno a uno fueron sonando los nombres de las personas que iban saliendo de allí. Nadie hablaba ni emitía palabras de consuelo. Al final oí que decían el nombre de Mutti. Me pareció que el corazón se me paralizaba, pero sentí que su mano me agarraba del brazo con un apretón silencioso para transmitirme fuerza y cariño.

Media hora más tarde vinieron a por mí.

Un policía me guió hasta una habitación escasamente amueblada con un retrato de Hitler colgado de la pared. En un extremo había dos agentes de la Gestapo sentados tras un escritorio que me miraban educada y atentamente. No eran groseros ni burdos; cuando hablaban lo hacían en un alemán culto y sosegado.

—Cuéntanos todo lo que queremos saber y podrás ver a tu madre —dijo uno.

Entonces habló el otro, y lo que dijo me cortó la respiración:

—También podrás ver a tu padre y a tu hermano.

Yo no sabía que también habían capturado a Heinz y a Pappy, y me eché a temblar sin medida. De pronto la Gestapo empezó a lanzarme preguntas. ¿Dónde habíamos vivido con anterioridad y quién nos había ayudado? ¿Quién nos había dado las cartillas de racionamiento?

Intenté dar algunas respuestas sin contar demasiado y hasta conseguí ocultar la verdadera identidad de la señorita Klompe.

Me dejaron marchar y regresé a la sala de espera a sentarme junto a Mutti. Entonces oí voces procedentes de la sala de interrogatorios, seguidas de gritos. Eran Pappy y Heinz. Pronto los gritos decayeron de nuevo en silencio. El policía reapareció y me llevó de vuelta a la sala. Esta vez el alto mando me dijo:

—O colaboras o torturamos a tu hermano hasta matarlo.

El pánico y la incredulidad me dejaron anclada de pie en aquel lugar.

—¿Quieres que te enseñe qué le haremos? —me preguntó.

Entonces agarró la porra y empezó a golpearme con fuerza en la espalda y los hombros. Al principio intenté no gritar, pero me pegaron sin parar con tanta dureza que empecé a chillar con unos gritos hondos que no pude reprimir.

Al final me levantaron y me arrojaron a una sala con otros prisioneros que también tenían la cara ensangrentada y magullada. Permanecí sentada allí todo el día, el día de mi cumpleaños, sin comida ni agua, oyendo el jaleo de la gente torturada en la sala de interrogatorios de la puerta de al lado.

El policía vino de nuevo a por mí y me guió por un pasillo hasta otra estancia. Esta vez la puerta se abrió y allí estaba Mutti de pie con Pappy, Heinz y los Reitsma. Rompí a llorar y me desplomé en sus brazos.

Pappy me explicó lo ocurrido; yo ya conocía buena parte de ello, pero los acontecimientos más recientes aún me tenían estupefacta. Cuando nosotras buscamos el nuevo escondite con los Reitsma, Pappy y Heinz también se habían visto obligados a trasladarse en unas circunstancias aún más difíciles. Al principio la relación con la señora Katee-Walda era cordial, pero a medida que pasó el tiempo se fue volviendo más exigente. Pappy ya le había pagado una suma considerable de dinero, pero ella decía que quería más. Pronto se quitó la careta de cordialidad y se mostró antipática y ofensiva, dándoles raciones de comida cada vez más escasas. La situación llegó al límite un fin de semana que acudimos de visita y ella insistió en que mi madre se quitara el abrigo de piel y se lo diera.

—Tú no sales mucho —le dijo a Mutti—, así que no lo necesitarás. Yo podré usarlo cuando vaya a comprar para Erich y Heinz.

Era evidente que la señora Katee-Walda nos estaba chantajeando porque, si Pappy no satisfacía sus demandas económicas, ella los entregaría. Él le rogó a Mutti que lo ayudara a buscar algún otro lugar donde pudiera quedarse con Heinz, así que ella acudió a visitar a una amiga cristiana y la puso al tanto del apuro en el que nos encontrábamos. La amiga de Mutti no estaba segura de poder socorrernos, pero conocía una familia de la que se rumoreaba que estaba con la Resistencia, de modo que les pedimos a ellos que nos encontraran un nuevo escondite. Aceptaron, y nos quedamos encantados cuando poco después nos comunicaron que una familia de Ámsterdam podría refugiar a Pappy y a Heinz.

La perspectiva de dejar a la señora Katee-Walda entusiasmó a mi padre y a mi hermano, pero temían que los entregara si se enteraba del plan, puesto que le supondría la pérdida de gran parte de sus ingresos. Salieron sigilosamente de aquella casa una mañana temprano y tomaron un tren hacia Ámsterdam. Tanto Pappy como Heinz tenían un aspecto muy judío y Heinz se había teñido el pelo de rubio para camuflarse, aunque no le quedaba nada bien. Ambos avanzaron angustiados ante la posibilidad de que los pararan y los arrestaran, así que sintieron un alivio absoluto cuando una enfermera neerlandesa de la Resistencia se encontró con ellos en la estación para escoltarlos hasta el nuevo alojamiento. Recorrieron la ciudad sanos y salvos, y se reunieron con una agradable familia que los acogió y hasta les había preparado una encantadora comida, muy distinta de las exiguas porciones que recibían de la señora Katee-Walda.

Unos días más tarde, Mutti y yo fuimos a visitarlos. Ninguno de nosotros sospechaba que la amable enfermera holandesa y la acogedora familia eran agentes nazis que aguardaron a que Pappy y Heinz se instalaran cómodamente antes de entregarlos. Ese día la Gestapo nos vio a nosotras y nos siguió hasta la vivienda de los Reitsma. Dejaron pasar un día y, a continuación, nos arrestaron a todos a la vez.

Ahora nos encontrábamos en el cuartel general de la Gestapo, a la espera de entrar en prisión... o algo peor.

Mis padres hicieron todo lo posible para ayudarnos a nosotros y a los Reitsma. Nuestros papeles estaban marcados ahora con la temida S de *Strafe*, «castigo» en alemán. Mutti acordó con la Gestapo que les diría dónde tenía escondidas sus joyas si retiraban la S de nuestros papeles y liberaban al señor y la señora Reitsma. El oficial de la Gestapo aceptó y regresó con Mutti a la casa, donde encontraron y desenroscaron la caja de polvos de talco en la que ella

guardaba los anillos y el reloj de diamantes. Por sorprendente que parezca, cumplieron su palabra: liberaron a los Reitsma y les dejaron vivir en paz durante el resto de la guerra. Sobrevivieron a la hambruna holandesa del invierno de 1944 consumiendo las provisiones que habíamos dejado en el arcón del almacén tanto tiempo atrás; consuela en parte que una familia buena se beneficiara de ellas.

Por entonces lo único que me preocupaba era que no pudiéramos quedar todos en libertad.

—¿Por qué no pueden soltarnos a todos? —le lloré a Pappy, ya de vuelta en la sala de detención de la sede de la Gestapo.

—Pues porque creen que somos el enemigo —me respondió con serenidad.

Pronto nos condujeron hasta una camioneta con otros presos y nos llevaron a la cárcel. Una vez allí, funcionarios de prisiones holandeses nos mandaron salir y separaron a los hombres de las mujeres. Estiré el cuello y vi a Pappy; él levantó la cabeza y dijo:

—La cabeza bien alta.

Me llevaron con Mutti al sector femenino de la prisión, un dormitorio inmenso con unas cuarenta mujeres más de aspecto deplorable hacinadas en literas y un aseo mugriento en un extremo. Aquella noche me deslicé hasta la litera de Mutti, y allí permanecimos tumbadas e inquietas, en un ir y venir entre la consciencia y la inconsciencia provocado por la llegada de prisioneras nuevas, llantos de bebés y los ataques crónicos de asma de una de las mujeres. No lograba entender cómo me había pasado todo aquello a mí. Yo era una muchacha de tan solo quince años y los nazis ya me habían perseguido de país en país, me habían obligado a salir de mi casa para esconderme y ahora estaba encarcelada. La rabia y el resentimiento me aturdían la mente, pero lo que realmente sentía era un vacío.

Por la mañana nos dieron un trozo minúsculo de pan y algo de agua; nos lo tomamos con voracidad, conscientes de que era el primer bocado que habíamos visto desde el desayuno de cumpleaños del día anterior, el cual yo apenas había llegado a tocar. Una mujer a la que había visto consolando al resto de prisioneras vino y se sentó a mi lado en la litera mientras yo comía. Se llamaba Ninni Czopp y había nacido en Ámsterdam, en el seno de una familia rusa. Me contó que estaba esperando para ir a la universidad cuando los nazis invadieron el país, pero había conseguido esconderse con su hermana pequeña, su hermano, la esposa de este y el bebé de ambos, Rusha. A su madre la habían atrapado muy pronto.

—Al menos estamos en una cárcel holandesa —me tranquilizó. Los holandeses tenían fama de ser más humanos.

Al final del segundo día nos dijeron que nos iban a trasladar a otro lugar, un campo de tránsito en el corazón de la campiña holandesa llamado Westerbork.

—Allí estaremos mejor —dijo Ninni señalando hacia las estrechas y horribles instalaciones de la prisión— y, mientras sigamos en Holanda, estaremos seguras.

Los soldados nos embutieron en un vagón de lo más normal, igual a los que usábamos en nuestros desplazamientos diarios, y permanecieron en pie vigilándonos con las pistolas mientras el ferrocarril humeaba por los campos holandeses en plena floración antes de la llegada de un verano precioso. Hacía mucho tiempo que no veía campos y flores, ni ovejas ni vacas, y cómo envidié a los agricultores que vi por el camino, disfrutando de la libertad de sembrar huertas,

recorrer en bicicleta los caminos rurales y trabajar en los cultivos. Me imbuí de todos los detalles del viaje hasta que llegamos a nuestro destino.

Los neerlandeses habían construido Westerbork en un principio como campamento de alojamiento temporal para los refugiados judíos que llegaron en la década de 1930. Cuando los nazis ocuparon el país se convirtió en un campo de internamiento y, más tarde, en un centro de deportación de judíos desde el que se los derivaba hacia campos de concentración y campos de exterminio.

Llegamos al anochecer y yo observé la extensa llanura del campo.

—No está tan mal —comentó Pappy intentando animarnos—. Aún seguimos en Holanda y al menos podemos estar juntos. Quizá conozcamos a alguien, como gente del Liceo, o algunas niñas de Merwedeplein, Janny o Sanne o Ana.

Los barracones de madera y las condiciones de vida eran primitivos, y la gente parecía tensa y preocupada, pero no desesperada. Por el centro del campo discurría una vía principal, apodada «avenida de la Miseria», en la que se reunían y se relacionaban la mayoría de los reclusos intercambiando información y rumores.

Como recién llegados nos hicieron registrarnos en el mostrador de la recepción, y nos pidieron que rellenáramos una serie de formularios y fichas. Los gerentes y supervisores eran internos judíos vigilados por soldados nazis. Una Oficina Central de Distribución debía hacerse cargo de nuestras cartillas de racionamiento, pero la Gestapo ya nos las había retirado. Entonces pasamos a un mostrador de clasificación para aportar una información más detallada. Después nos llevaron a la oficina de alojamiento, y más tarde a los barracones de cuarentena.

A Mutti y a mí nos llevaron a uno de los barracones de mujeres, el cual tenía literas e instalaciones sanitarias razonables. Aunque nos habían separado de Heinz y de Pappy, no tardamos en reencontrarnos, y nos permitían mezclarnos fuera, al aire libre. Heinz localizó una pequeña sombra en la que sentarnos a charlar. Aquella noche cenamos todos juntos en un inmenso comedor común, y tomamos el tradicional *stamppot* de la cocina holandesa, que consiste en patatas machacadas con zanahorias, todo ello cubierto de salsa. Durante la comida, el resto de internos nos informó sobre la vida en Westerbork.

Como todos los campos, Westerbork desarrolló con rapidez una cultura única y particular. En su mejor momento disponía de un hospital con más de mil camas, médicos especialistas y un ambulatorio de consultas externas, así como de una cantina y un almacén donde la gente pudo comprar durante algún tiempo artículos inexistentes en otros lugares de los Países Bajos, incluidos pescado, pepinos, preparados para hacer flanes y natillas y ramos de flores. También había talleres grandes y una sastrería con una máquina especial que remendaba las carreras de las medias de las mujeres: recién zurcidas para llegar a Auschwitz. Hasta el momento de nuestra llegada, el campo había representado un famoso número de cabaret protagonizado por internos que imitaban a dos cantantes muy conocidos llamados Johnny y Jones.

El día más temido de la semana era aquel en que salía el transporte para llevarse a miles de desafortunados judíos a morir al este. A medida que se acercaba cada transporte aumentaba la tensión: ¿quién figuraría en la lista? El tren rodaba vacío durante la noche y, al despertarse por la mañana, los internos se encontraban con la larga ristra de vagones para ganado que los aguardaba

en la vía muerta.

Tal como relataba el historiador neerlandés Jacob Presser en su estudio sobre la destrucción de los judíos holandeses, aquellos eran días de absoluta angustia y desesperación, pero quienes no figuraban en la lista y ganaban una semana más de indulto también sentían un intenso alivio. Los internos escribían sobre el contraste de ver cómo embarcaban a los judíos a empellones en el tren y les cerraban las puertas, mientras el cabaret iniciaba una de sus animadas actuaciones en el campo y el sonido de la música y el baile envolvía el ambiente. Todos en Westerbork estaban desesperados por quedarse, conscientes de que la única opción para salir de allí era el tren que conducía a lo que Presser describió como «un país desconocido de cuyas fronteras ningún viajero regresa jamás».

A partir de 1942, la dirección de Westerbork recayó sobre Albert Konrad Gemmeker, comandante del campo, y su amante y secretaria Elisabeth Hassel, quien empleó a uno de los internos como sastre personal, y cuya veleidosa crueldad hacia cualquier infortunada judía que atrajera las miradas de su querido era especialmente temida.

Gemmeker era un nazi típico: aunaba una brutalidad impasible con arrebatos de humanidad «civilizada» que dispensaba a su capricho. Una mujer escribió que nunca llamaba a nadie *judío*, sino tan solo *interno del campo*, mientras que otra persona recordaba haber oído hablar de comandantes que metían a la gente en los trenes a patadas, pero Gemmeker «los despedía con una sonrisa». Una vez denegó la exención de deportación concedida a una niña enferma y ordenó que subiera al tren con el escalofriante comentario: «No; se va a morir de todos modos».

Al igual que los comandantes de otros campos, trataba a la gente que tenía la desgracia de estar a sus órdenes como juguetes personales; al final, bajo su «educada» supervisión se despacharon más de cien mil judíos y gitanos neerlandeses hacia los horrores de los campos de exterminio.

En el momento álgido, entre julio de 1942 y el otoño de 1943, salían trenes de Westerbork cada cuatro días cargados de un promedio de mil personas en oscuros y abarrotados vagones de ganado. En la primavera y comienzos del verano de 1943, algunos transportes largos llegaron a cargar hasta tres mil personas de una vez hacia el campo de la muerte de Sobibor. (Los dirigentes nazis de Sobibor, en el este de Polonia, construyeron incluso una estación especial provista de una sala de espera falsa con una decoración atractiva para que la gente pensara que estaba llegando a un núcleo de población de lo más normal.)

Había numerosas vías para no aparecer en la lista del transporte; algunas dependían del trabajo que fueras capaz de hacer, pero la mayoría de ellas guardaba relación con los contactos personales que consiguieras utilizar para garantizar la supervivencia de tu familia. Pappy ya había localizado a algunos judíos que conocía de antes de la guerra, entre ellos a un hombre llamado George Hirsch que trabajaba en la oficina central de administración. Pappy comentó:

—Si puedo, hablaré con gente de aquí para procurar que nos asignen trabajos aceptables y que nos sitúen en puestos protegidos.

Con más tiempo tal vez lo habría logrado, pero la suerte no estaba de nuestra parte.

Solo habíamos pasado en Westerbork dos días cuando recibimos la espantosa noticia: nuestros nombres figuraban en la lista para el siguiente transporte. En el verano de 1944, los

transportes se volvieron menos frecuentes —para entonces ya habían capturado, deportado y asesinado a casi todos los judíos holandeses—. Por desgracia, sin embargo, nuestra llegada coincidió con un transporte programado de gitanos, y en el tren quedaba espacio libre que debía rellenarse.

El viernes muy de mañana vino a despertarnos una mujer, guardia de la prisión. Leyó en voz alta la lista de la gente que saldría deportada aquel día.

—... Fritzi Geiringer, Eva Geiringer...

Me quedé mirándola fijamente. Estaba tan conmocionada que apenas podía tenerme en pie, y vi que a Mutti le temblaban las manos. En el barracón imperaba una tensión terrible que se rompió con el desahogo de quienes se quedaban allí; sin embargo, no hubo alivio para nosotras.

Mutti dio un hondo suspiro y procuró reponerse.

—Bueno, Evi, cojamos nuestras cosas. No te olvides de las plantillas de los zapatos ni de la ropa interior. —Intentaba hablar con normalidad, pero yo oía el miedo en su voz, y no cruzó la mirada conmigo.

Las otras mujeres del barracón nos dieron comida extra, mantas y zapatos para el viaje, y después salimos al exterior, donde vimos un largo río de cientos de personas, hombres, mujeres, ancianos y niños aferrados a las faldas de sus madres, agolpándose unos contra otros mientras los conducían hacia los apartaderos del ferrocarril. De repente, Pappy y Heinz aparecieron a nuestro lado y nos pegamos unos a otros para asegurarnos de que no nos separarían en el tren.

—Agárrate a mí, Evi —dijo Pappy—. Todo saldrá bien.

—¿Adónde nos llevan, Pappy? —pregunté con una voz trémula y aguda que sonó en mis oídos como si fuera de nuevo una niña pequeña.

—No lo sé; quizá vayamos a un campo de trabajo en Alemania. A los nazis les va muy mal la guerra ahora y necesitan a toda la gente fuerte que puedan encontrar para trabajar en sus fábricas.

Avanzamos arrastrando los pies junto a la muchedumbre mientras Pappy nos daba instrucciones sobre cómo sobrevivir en un campo de concentración. Nos dijo que descansáramos todo lo posible y que nos laváramos siempre las manos «para evitar posibles gérmenes o enfermedades». Heinz y yo intercambiamos una minúscula sonrisa al oír aquello.

—Pero Pappy habla como si nos fueran a separar al llegar —le susurré a Heinz—. ¡No podría soportar eso!

Parecía que Heinz se iba a echar a llorar.

—Creo que es posible —me dijo—. Les ha pasado a otras familias.

A medida que me acercaba al tren, vi que muchas de las personas que iban en los primeros vagones eran gitanos. El transporte al que nos arrearon como a ganado partió el 19 de mayo de 1944 cargado con 699 personas en dieciocho vagones. Entre los 453 judíos que embarcaron había 41 niños. También eran niños la mitad de los 246 romaníes.

A bordo de uno de los vagones, que ya estaba repleto de gente, nos vimos empujados de un lado a otro hasta que logramos abrirnos camino hacia una de las esquinas donde Pappy consiguió sujetarme mientras Mutti rodeó a Heinz con los brazos. Nos lanzaron las maletas después de entrar nosotros, y la gente de los barracones nos gritaba palabras de ánimo desde la vía muerta.

Permanecimos allí de pie durante más de una hora. Más tarde me enteré de que íbamos más

de cien personas en el vagón, pero lo único que sabía en aquel momento era que estábamos apiñados sin espacio para sentarnos o movernos. Miré hacia arriba y vi dos vanos diminutos con barrotes cerca del techo y dos cubos de hierro en el rincón. Al final se produjo un alboroto en el andén cuando los guardias procedieron a cerrar las puertas. La nuestra se deslizó pesadamente y, mientras nos sumíamos en la oscuridad, oí que echaban el cerrojo. El tren empezó a moverse con un largo y lento estremecimiento, y fue como emprender un viaje al infierno.

11

Auschwitz-Birkenau

El tren rodó despacio por Europa durante tres días con sus noches. Íbamos apretujados en la oscuridad como animales sentenciados, con un pequeño cubo maloliente como retrete y otro para el agua. Un día el tren se detuvo con una sacudida y unos guardias vociferantes abrieron el portón, nos cegaron con la luz del día y nos arrojaron algunos trozos de pan antes de que regresáramos tambaleantes a aquel confuso mundo en penumbra. La gente lloraba, rezaba y desfallecía desesperada por el intenso calor del verano. Una señora embarazada se derrumbó en un ataque de histeria provocado por el pánico.

Pappy se esforzó por mantenernos en calma, pero después de varias horas Heinz dijo:

—¡No puedo respirar! —El calor era sofocante y yo lo oía jadear y toser por el asma.

—No te dejes llevar por el pánico —le dijo Pappy—. Te abriremos paso para que puedas tomar un poco de aire fresco.

Había una rendija diminuta en la parte alta de un lateral del coche, y Pappy consiguió desplazar a Heinz entre la masa para situarlo cerca de ella durante un momento y procurar calmarlo.

Mutti lo observaba en silencio, completamente pasmada ante lo que estaba ocurriendo.

A veces nos deteníamos un buen rato: una retahíla de vagones de ganado repletos de centenares de personas nauseabundas y sudorosas cociéndose bajo el sol en un apartadero ferroviario situado en algún lugar de lo que supuestamente era el continente más civilizado del planeta. Pero el viaje era ineludible: al final la máquina silbaba y se volvía a poner en marcha para acercarnos cada vez más, con lenta determinación, hacia nuestro último destino.

—¿Crees que seguimos en Alemania? —preguntó Heinz, pues el periplo duraba y duraba. Llevábamos tanto tiempo metidos en el tren que sabíamos que ya la habríamos pasado.

Tras un instante, Pappy respondió:

—No lo sé, Heinz.

Algo después, Heinz me preguntó:

—Evi, ¿recuerdas los cuadros que hice en la casa de la señora Katee-Walda? —Por supuesto que los recordaba. Él prosiguió—: Están debajo de la tarima del suelo, junto a la ventana del ático. Por si no regreso, ahí es donde los escondí.

—¡No digas eso!

—Solo te lo cuento. Espero que podamos ir a buscarlos juntos.

A medida que nos aproximábamos a nuestro destino, el tren se fue deteniendo con más frecuencia, y guardias de las SS abrían los portones de golpe y vociferaban para que les entregáramos joyas y relojes. Todo formaba parte de un plan minucioso para despojarnos de los objetos de valor antes de llegar y, aunque en un principio mucha gente retuvo sus cosas, tras varias paradas todo el mundo entregó anillos de boda, relojes y pulseras.

Cuando las puertas se abrieron por última vez, vimos que el tren nos había traído al lugar que más temíamos: las llanuras fétidas y cenagosas del suroeste de Polonia. Habíamos llegado a Auschwitz, un centro de exterminio del tamaño de una ciudad pequeña con miles de obreros afanados en el perfeccionamiento de los asesinatos en masa y la aniquilación de la raza judía.

A lo largo de mi vida he visto avances técnicos increíbles. Cuando nací era raro tener un coche con motor, pero en la época en que cumplí cuarenta años el ser humano había aterrizado en la Luna. Curamos enfermedades, fabricamos armas nucleares, conocemos el mapa de nuestro ADN, navegamos por la red informática y desarrollamos alimentos y medicinas genéticamente modificados. En Occidente, al menos, la mayoría de nosotros tiene más riquezas de las que pudo llegar a imaginar una generación como la de mis abuelos. Sin embargo, en términos de humanidad, parece que en miles de años de experiencia hemos avanzado bien poco.

Ana Frank escribió al final de su diario, justo antes de que la capturaran, que aún creía en la bondad interior de la gente, pero me pregunto qué habría pensado de haber sobrevivido a los campos de concentración de Auschwitz y Bergen-Belsen. Mis experiencias me revelaron que la humanidad tiene una capacidad única para la crueldad, la brutalidad y una indiferencia absoluta por el sufrimiento humano. Es fácil decir que cada uno de nosotros lleva el bien y el mal en su interior, pero yo he visto de cerca lo indigna que es esa realidad, y eso me ha conducido a una vida entera de dudas sobre el alma humana.

Como todas las cosas verdaderamente alemanas, el sistema de campos de concentración nazis estaba organizado con una eficacia suprema e inflexible. Todos los campos dependían del control central de las SS, pero cada campo tenía un cometido particular. Algunos, como Westerbork, eran campos de tránsito destinados a enviar judíos al este, mientras que otros, como Dachau y Buchenwald, eran oficialmente «campos de trabajo» donde los judíos eran sometidos a trabajos forzados. Decenas de miles de personas murieron en esos campos, pero no se denominaban «campos de exterminio». Tras decretarse la «solución final» durante la Conferencia de Wannsee, en enero de 1942, se construyeron cuatro campos en Polonia, los de Treblinka, Chelmno, Sobibor y Belzec, con la única finalidad de matar judíos, y prácticamente todo el mundo trasladado allí era asesinado nada más llegar. Aquellos eran «campos de exterminio», y en realidad tenían unas dimensiones muy reducidas; no había ninguna necesidad de levantar barracones ni edificios administrativos, puesto que el inmenso número de víctimas era conducido hasta ellos a través del bosque y gaseado de inmediato.

En total, los nazis regentaron más de trescientos campos de concentración en Europa. El mayor de todos ellos fue Auschwitz-Birkenau, un vasto complejo de exterminio y trabajo formado por 38 campos independientes. Auschwitz-Birkenau comprendía una planta industrial

que fabricaba el gas Zyklon B empleado para aniquilar a millones de personas, explotada por la empresa IG Farben, así como una mina de carbón y una granja.

Los nazis se sentían muy orgullosos de Auschwitz: era la joya de la corona de sus campos de concentración. Los altos dirigentes, entre ellos Himmler, supervisaban personalmente la expansión y el desarrollo de este campo. Una vez realizado el primer experimento con gas en 1941 contra los prisioneros de guerra soviéticos en Auschwitz, se construyó una serie de cámaras de gas y crematorios para los internos del recién creado campo de Birkenau. Las máquinas de matar humearon día y noche hasta finales de 1944 y cubrieron un área de varios kilómetros a la redonda con pardas cenizas hollinientas. A veces se averiaron debido al funcionamiento intensivo al que se las sometió para enviar a más de un millón de personas a la muerte. Cuando bajamos del tren aquel día en Auschwitz, aterrados, aturdidos y desconcertados, nos arrearon como a ganado directamente hacia la sala de máquinas del Holocausto.

—Este es el sitio —gimió alguien—. ¡Nos van a matar a todos!

—¡No digan eso! —espetó Pappy. Entonces nos agarró a Heinz y a mí y nos dijo—: Todos somos fuertes y capaces, y los alemanes necesitan gente para trabajar. Trabajaremos duro unos cuantos meses y después se acabará la guerra.

Cuando estábamos a punto de salir del vagón de ganado, Mutti me dio un abrigo largo y un gorro de fieltro.

—No los quiero —le dije. Hacía un calor sofocante y no podía esperar más para salir y respirar aire limpio.

—Póntelos —me dijo muy seria—. No sabemos qué nos dejarán llevar, puede que no nos den las maletas.

En el andén oí a guardias de las SS voceando estrictas órdenes en alemán, y perros ladrando y tirando de las correas. Molesta, me coloqué el abrigo y me sentí ridícula.

—Pareces una damisela muy distinguida —me dijo Pappy.

—Quien esté demasiado enfermo o cansado para andar, que suba al camión para llegar al campo —berreó un guardia de las SS.

Mucha gente estaba exhausta del viaje y, con gran alivio, caminó renqueando hasta los camiones y subió a ellos.

—¡Nos vemos allí! —gritaron a los familiares que dejaban en el andén.

Los camiones partieron, guiados por un coche adornado con un símbolo falso de la Cruz Roja para aportar verosimilitud a la farsa. Nadie reparó en que se trataba de una estratagema para deshacerse de quienes estaban demasiado débiles para trabajar, y que los llevaban directos a la cámara de gas.

—¡Bajad y dejad vuestras cosas junto al tren. Formad filas de a cinco! —bramó el guardia.

Las escenas en el andén eran impresionantes, y me abrumaron los llantos y los gemidos de la gente, chillándose despedidas desesperadas.

Había cientos de personas: gente mayor, madres con bebés en los brazos y con niños pequeños, todos en un estado de absoluta conmoción y una especie de primitiva desesperación. Pero con la soltura que da la práctica, los guardias de las SS empezaron a rebuscar entre nosotros como quien revuelve ropa en un estante hasta que nos separaron en hileras de hombres y

mujeres, y después en filas de a cinco.

Me giré y vi el rostro de Heinz blanco de pavor, y lo abracé y lo estreché contra mí. Mutti se acercó a Heinz, le pasó los dedos por el pelo y le dio un beso. Entonces, mis padres se abrazaron con ímpetu y nos separamos.

—Dios te protegerá, Evertje —se despidió Pappy abrazándome con fuerza antes de que lo obligaran a moverse.

Subimos por la rampa despacio hasta que en la parte más alta vimos guardias de las SS organizando a la gente en dos columnas, una hacia la derecha y otra hacia la izquierda. Una mujer que iba delante de nosotras empezó a chillar al ver que la obligaban a dejar a su hijo en la otra columna. Una señora mayor le tendió los brazos para sujetarlo, pero la joven madre no paraba de gritar, hasta que Mutti le dijo que la señora mayor sabría que ella era la madre del niño cuando llegara el momento de recuperarlo. No sé si alguien se creyó aquello, pero la joven entregó a su hijo y se sumió en un abatimiento mudo.

Entonces fui yo quien llegó al final de la rampa, y me tocó el turno. Allí nos aguardaban varios oficiales de las SS, y uno de ellos estaba claramente al mando. Era un tipo delgado, bien vestido e impasible. Me miró un momento de arriba abajo y me mandó a la izquierda con un gesto indiferente. A Mutti también la mandaron a la izquierda y la sentí detrás de mí sujetándome por el brazo.

Entonces no sabía que acabábamos de superar la primera selección del infame médico del campo, Josef Mengele, ni que el abrigo y el sombrero de fieltro me habían salvado la vida. Mengele no tenía ninguna necesidad de intervenir en las selecciones del andén, pero disfrutaba especialmente implicándose de cerca en el proceso de tortura y asesinato. Más tarde volví a encontrarme con él, y «el Ángel de la Muerte», como lo llamaban, desempeñaría un papel decisivo en varios episodios de nuestra historia.

Por entonces solo sabía que yo era, con diferencia, la niña más pequeña de nuestra fila. Comprendí que la determinación de Mutti para camuflarme con ropa me había hecho parecer más mayor. A todos los niños menores de quince años los enviaban automáticamente a la derecha, la cola que iba directa a la cámara de gas, y yo fui una de los siete únicos niños que sobrevivieron del total de 168 que viajaban en nuestro transporte.

Una de las principales razones por las que se eligió Auschwitz como emplazamiento para instalar un gran campo fue su buena comunicación ferroviaria, y que de allí partían caminos y carreteras en distintas direcciones. La calzada de la estación se bifurcaba en dos: una conducía al campo masculino de Auschwitz y la otra llevaba al campo femenino de Birkenau.

Era un día cálido y precioso de primavera, pero en todo nuestro derredor la tierra estaba seca y yerma, y no había ni un árbol ni una flor a la vista. Mutti y yo nos incorporamos a la fila de las mujeres para emprender lo que resultó ser un largo recorrido hasta el campo. Tras aquellos breves abrazos y escasas palabras de consuelo, Pappy y Heinz desaparecieron entre la muchedumbre de la fila de los hombres.

Iniciamos el ascenso por el polvoriento camino cientos de mujeres acaloradas, agotadas y sedientas, conscientes de que en las granjas y casas de alrededor había gente normal haciendo su vida. Auschwitz era en su origen un pueblo polaco llamado Oświęcim de doce mil habitantes, de

los que cinco mil eran judíos. La mayoría de la población se había visto desplazada de sus casas después de que los alemanes invadieran el país, rebautizaran la localidad y construyeran y ampliaran el campo en un espacio inmenso.

En 1944 los habitantes ya estaban habituados a ver largas filas de prisioneros recién llegados, o de hombres y mujeres demacrados, vestidos con uniformes de rayas que marchaban a trabajar. Polonia tenía una sólida tradición antisemita, y muchos de los lugareños participaron activamente en la construcción del campo, como albañiles en los crematorios o levantando alambradas de espino o cavando zanjas. Muchos regresaron después de la guerra para recolectar el macabro botín de lo que se ha dado en llamar la «cosecha dorada», consistente en desenterrar los restos de las víctimas y cribar las cenizas y los huesos en busca de dientes de oro u objetos valiosos pasados por alto durante el primer saqueo de sus cuerpos y posesiones por parte de los nazis.

Cuando llegamos a las puertas de Birkenau, yo tenía los pies doloridos y la garganta tan seca como papel de lija. Ansiaba el más mínimo trago de agua. Ante mí tenía la entrada que conoce la mayoría de la gente que ha visto imágenes de Auschwitz-Birkenau: un edificio de ladrillo alargado con una torreta de vigilancia y un arco lo bastante grande como para que pasara un tren por él. Habíamos arribado a la estación principal de Auschwitz, pero las SS acababan de construir un ramal de vía que accedía directo al corazón del propio campo y llegaba casi hasta los crematorios. Nosotros no lo sabíamos, pero aquello formaba parte de un plan de expansión delirante para afrontar la entrada prevista de cientos de miles de judíos húngaros que serían asesinados casi en su totalidad nada más llegar.

Miré a mi alrededor y vi una valla metálica de espino electrificada que se perdía en la distancia, puestos de vigilancia atendidos por guardias de las SS con perros amenazadores y largas hileras de barracones oscuros y decrépitos. Percibí un olor acre y desconocido en el aire.

Pronto descubrimos qué era ese olor. Una vez que nos hicieron marchar hasta un barracón sofocante que funcionaba como área de recepción, llegó un grupo de ocho mujeres *kapos* para supervisar nuestro ingreso. Los *kapos* eran prisioneros que las SS empleaban para administrar los campos. En su mayoría eran cristianos polacos encerrados en Auschwitz desde el comienzo de la guerra. Algunos aún conservaban un ápice de humanidad, pero muchos eran criminales que retenían los privilegios celosamente guardados de su posición mediante la crueldad y la barbarie.

—Bienvenidas a Birkenau —se mofaron abriéndose paso entre nosotras a empujones y puñetazos—. Se os acaba de terminar la suerte. ¿Oléis el crematorio del campo? Ahí acaban de gasear a vuestros queridos parientes, en lo que creían que eran salas de duchas. Ahora los están quemando. ¡Nunca más volveréis a verlos!

Intenté meterme en mi interior para no oírlas, incapaz de creer aquello. Apenas percibí que Mutti estaba pidiendo que le dieran de beber y, tambaleándome con un desvanecimiento casi total, oí susurrar a una *kinder kapo* que no debíamos beber el agua porque tenía tifus y disentería.

Al final nos ordenaron que nos desnudáramos y que dejáramos allí lo último que nos quedaba. A mis quince años me dio mucha vergüenza tener que desnudarme delante de cientos de personas, pero vi que Mutti y Ninni, mi amiga de la prisión de Ámsterdam, empezaron a quitarse la ropa con absoluta naturalidad.

—No te olvides las plantillas de los pies —musitó Mutti entregándome los odiados aparatos de acero que me hacía usar para corregir los pies planos.

Dos *kapos* situadas en el extremo opuesto de la sala nos fueron afeitando todo el pelo sin miramientos.

—Abre las piernas —ordenó una, y procedió a pasarme la cuchilla con severidad por la piel. Entonces cogió un par de tijeras toscas y empezó a pelarme la cabeza.

—Déjele un poco —rogó Mutti—. Es muy pequeña.

Fue sorprendente que la *kapo* accediera a su petición. Me dejaron con dos centímetros esquilados de rebaba rubia en una cabeza que, por lo demás, quedó calva.

Aún desnudas, nos llevaron a otro mostrador de registro donde capté que todo el mundo parecía inventarse ocupaciones útiles, como la de cocinera o zapatera. Cuando me llegó el turno, dije que era secretaria. De tanto en tanto entraban hombres, guardias de las SS, que se reían de nuestra desnudez y se quedaban mirando a algunas mujeres. Yo me sobresalté escandalizada cuando uno se colocó detrás de mí y me pellizcó el culo.

Mutti me rodeó los hombros con los brazos cuando otra *kapo* tomó la aguja y la tinta para tatuarme mi número de identificación dentro del campo en el brazo izquierdo.

—No le haga mucho daño, solo es una niña —dijo Mutti, y la *kapo* me grabó el número más tenue que a las demás.

Entonces entró un guardia de las SS y empezó a gritar a las *kapos*: «¡Alguien ha tomado mal los números de registro!». Aquella era la clase de problema administrativo que causaba retrasos y trastornos interminables en la vida del campo. Nos pusieron en fila y la *kapo* nos volvió a tatuar encima del número anterior, como quien rectifica en una pizarra.

Con las plantillas metálicas aún en las manos, me trasladaron a una gran estancia con mangueras y alcachofas de ducha. La puerta se cerró y todas nos echamos a temblar. El corazón me retumbaba en el pecho mientras me preguntaba si sería de verdad una ducha. ¿Y si nos gaseaban? Mutti me estrechó con firmeza.

Tras unos segundos agónicos, el agua chorreó por ellas y la aprovechamos para frotarnos el cuerpo, sucio y polvoriento.

Desnudas y empapadas, salimos de allí y nos encontramos con pilas de trapos y zapatos rotos.

—¿Dónde están tus plantillas ortopédicas? —susurró Mutti. Yo me encogí de hombros—. Oh, Evi —me regañó—, ¿y cómo piensas corregirte los pies?

Como última vejación, nos fueron dando a voleo ropa de cualquier talla y zapatos desparejados, y nosotras procuramos intercambiárnoslos hasta que todas tuvimos algo que podíamos usar. A aquellas alturas, Mutti y yo ya sabíamos que las plantillas ortopédicas me habrían resultado inútiles de todos modos.

Estaba segura de que casi habíamos terminado y solo podía pensar en encontrar algo para beber. Al final avanzamos a trompicones y nos incorporamos al campo en sí. Corrí al grifo más cercano y empecé a engullir agua a grandes tragos sin importarme si estaba infectada de enfermedades mortales. A mi alrededor, Birkenau bullía con decenas de miles de personas, todas afanadas por conservar y labrarse una existencia en las condiciones más duras imaginables, pero

yo también estaba decidida a saciar mi sed para aferrarme a ella.

En el futuro me vería obligada a desarrollar un exquisito estado de alerta con respecto a mi entorno y a mantener la firmeza más férrea para sobrevivir. Ahora, como parte del proceso destinado a despojarme de mi amor propio e identidad, era la prisionera A/5272. Cuando me obligaron a marchar desde la estación de tren hasta Auschwitz, dejé atrás a la Eva Geiringer de mi niñez y todos sus sueños. Fueron nuestros últimos instantes juntos como familia, y jamás volvería a ver a mi hermano.

12

La vida en el campo

Auschwitz-Birkenau era un mundo aparte, y casi nada relacionado con él podía compararse con la vida anterior. A veces me detenía y recordaba que no hacía tanto era una niña que jugaba a las canicas en Merwedeplein, y me preguntaba dónde estarían ahora Janny Koord, Susanne Lederman y Ana Frank, y qué estarían haciendo. ¿Estarían sufriendo ellas y sus familias igual que nosotros?

Auschwitz era un universo de mugre, hambre, depravación... y pequeños gestos de solidaridad. Pappy me había advertido una vez que nunca me sentara en un retrete para evitar los gérmenes, pero ahora tenía que agacharme en cuclillas sobre una cloaca inmunda junto a otras treinta mujeres. Nunca había planeado nada más complejo que una partida de canicas, pero allí aprendí a pelear por mi ración de comida y, si era necesario, a pasar auténtica hambre por cambiar mi pan por otras cosas que me urgían más. No tardé en entender que la civilización es un fino barniz que se pierde con facilidad, y reparé en las verdaderas necesidades de la vida, como disponer de un tazón propio para la comida y la bebida para asegurarme de recibir siempre mi ración. Cuando conseguí un tazón propio, me lo amarré a las andrajosas ropas que llevaba y jamás lo perdí de vista.

No todo el mundo conseguía adaptarse. La gente que no se hacía a la vida del campo tenía la mirada extraviada, perdía la esperanza y moría. En la jerga del campo, aquella gente se llamaba *«muselmann»*, porque su aspecto encorvado e inmóvil los asemejaba a musulmanes postrados para orar. Gran parte de mi supervivencia se debió al mero azar: ningún empeño me habría salvado si me hubieran seleccionado para ir directa a las cámaras de gas. Pero juré que jamás me uniría a las filas de los *muselmann*. Nunca perdí la esperanza, ni la voluntad de sobrevivir a los nazis y disfrutar de toda la vida que yo y todas las víctimas del Holocausto merecíamos.

Birkenau abarcaba una vasta extensión de más de dos kilómetros cuadrados y estaba lleno de muchos grupos distintos de gente, pero yo solo estuve expuesta a pequeños espacios cada vez. A lo largo de cuatro años el campo había alojado a judíos de todas las nacionalidades, incluso de lugares tan distantes como Noruega y Grecia, así como a gitanos, presos políticos, delincuentes y, en cierta etapa, a un «campo familiar» con un jardín de infancia que al final acabaron «liquidando» cuando enviaron a todos los niños a las cámaras de gas.

Hasta había una orquesta de Birkenau dirigida por una violinista vienesa llamada Alma Rosé. La orquesta estaba obligada a tocar durante las ejecuciones y a entretener a los guardias de las SS con conciertos en el campo. Alma Rosé era hija del director de la Orquesta Filarmónica de Viena y sobrina de Gustav Mahler, y era conocida por conservar exactamente el mismo nivel profesional que tenía antes de la guerra.

Durante un incidente memorable, Rosé mandó callar a unas guardias de las SS que estaban charlando en medio de una pieza y, con el respeto característico de los alemanes por la «autoridad», estas admitieron su función como directora de la orquesta y guardaron silencio. Sin embargo, al igual que casi todo en Birkenau, la historia de la orquesta acabó en tragedia con el asesinato de Alma Rosé. Muchos sospecharon de otra prisionera celosa de su posición.

Yo no llegué a conocer el jardín de infancia ni a Alma Rosé, pero sí entendí enseguida que había muchas discordias dentro del campo que podían favorecer la solidaridad o el conflicto. La principal consistía en si eras o no eras judía.

Con el tiempo, los prisioneros no judíos atesoraban pequeñas concesiones y ventajas. Podían recibir paquetes de alimentos y, en el campo Auschwitz I, algunos hasta podían hacer uso de una piscina rudimentaria —en realidad era un tanque de agua con un tablón de madera como trampolín— y de un burdel. Los reclusos no judíos también recibían mejores cuidados médicos y mejor higiene, y a veces podían ascender dentro de la jerarquía del campo y ocupar posiciones que los dotaban de autoridad sobre otros internos.

Los prisioneros judíos no recibían ninguna concesión: el objetivo de los nazis era su exterminio por todos los medios posibles. Para los judíos el mundo funcionaba al revés, con todas las experiencias normales de la vida invertidas. Cuando un prisionero no judío caía enfermo, recibía una breve consulta con un médico y algunos medicamentos básicos; cuando un recluso judío recibía «atención médica», le inyectaban una dosis letal de veneno en el corazón. En cuanto a las mujeres embarazadas, o bien les practicaban abortos tardíos, o bien les mataban los hijos al nacer.

Por supuesto, también había divisiones entre los prisioneros judíos. Nos repartían en zonas valladas del campo dependiendo de la nacionalidad, y algunos grupos funcionaban mejor que otros. Los judíos polacos, que ya estaban habituados a las durísimas condiciones de los guetos, solían durar más que los holandeses o los franceses, quienes habían llevado una vida mucho más acomodada.

La supervivencia también dependía en cierta medida del trabajo que te asignaran, y había «ocupaciones» muy diversas. Birkenau contaba con un equipo de *sonderkommandos*, los prisioneros que trabajaban en las cámaras de gas reuniendo las últimas pertenencias, extrayendo dientes de oro y retirando los cadáveres. Era un trabajo verdaderamente horrible, pero esos prisioneros solían conseguir comida extra y mejores condiciones de vida —aunque a menudo los gaseaban también a ellos después de unas pocas semanas—. Asimismo, había judías germanohablantes empleadas en la oficina de la Gestapo.

A casi todas nosotras nos ordenaron participar en distintas clases de tareas no cualificadas, ya fuera en la lavandería, sumándonos a una unidad externa para fabricar munición alemana o trabajando en los almacenes para clasificar las interminables pilas de ropa y objetos personales

arrebatados a la gente que llegaba en los transportes.

Al principio, a Mutti y a mí nos pusieron en cuarentena junto con el resto de las mujeres de nuestro transporte. Nos mandaron a uno de los barracones oscuros, lúgubres, y nos mantuvieron apartadas del resto del campo durante tres semanas. Por la noche dormíamos en la parte central de una de las numerosas estructuras de tres alturas que forraban cada pared, apretadas sobre un tablón de madera contra otras ocho mujeres más. De día nos sentábamos fuera, en un patio descubierto donde el sol y la lluvia nos caían implacables sobre la cabeza rasurada. Una *kapo* vivía en una zona particular situada en un extremo del barracón para vigilarnos, y allí se preparaba su propia comida. Disponíamos de un balde para usarlo como retrete durante la noche, y por la mañana estaba lleno hasta el borde. Cada barracón alojaba centenares de mujeres.

En nuestra primera mañana en Birkenau, el día irrumpió a eso de las cuatro de la madrugada, y nos hicieron salir al exterior para el pase de lista matutino, lo que se conocía como *appel*. Aquella era una de las partes del día más odiosas en Birkenau. Cada mañana y cada tarde, todas las mujeres se alineaban delante de sus barracones y permanecían inmóviles, a menudo durante horas enteras, mientras *kapos* y guardias de las SS contaban y recontaban a las prisioneras. El más mínimo error podía prolongar la agonía de permanecer allí de pie con nuestras exiguas ropas, a veces con un calor sofocante y otras bajo un frío húmedo.

Mis primeros días en Birkenau resultaron ser la prueba definitiva de supervivencia. Tanto Mutti como yo estuvimos al borde del desmayo a lo largo de las dos horas que permanecimos en pie durante el primer *appel*. Ninguna de nosotras había comido en las jornadas en el tren, y la tarde que llegamos nos habíamos perdido las raciones que nos correspondían. En cuanto regresamos al barracón devoré un poco de comida, una rebanada de pan de diez centímetros de grosor, sin saber que esa era mi ración para todo el día.

Después de unos días empecé a sentirme mal; al parecer pagué el precio de mi insensata indiferencia ante el aviso sobre el consumo de agua. Al principio sufrí unos severos dolores de estómago que me obligaban a salir corriendo para aliviarme en el patio. Lo teníamos absolutamente prohibido; solo nos permitían visitar el edificio de las letrinas, en masa, tres veces al día, con independencia de lo enfermas que estuviéramos.

La *kapo* que regentaba nuestro barracón no dudó en castigarme. Encogió los ojos y me espetó:

—¡Tú, pequeño insecto de mierda! ¡No sois capaces ni de controlar vuestra propia basura aunque estéis enfermas!

Entonces me obligó a arrodillarme fuera, en el patio, sosteniendo un pesado banco de madera sobre la cabeza mientras el resto de las prisioneras me rodeaban y me miraban. Momentos después se me arquearon los brazos, pero yo sabía que no podía dejarlos caer.

—Vamos, puedes hacerlo —me animó una de las mujeres.

Los brazos cedieron cuando sentí otra punzada de dolor en el estómago.

—No te rindas, Eva —me susurró otra.

Mutti se quedó de pie frente a mí mirándome a los ojos, dándome fuerzas durante aquel horrible calvario. Me pasé dos horas enteras con el banco sobre la cabeza antes de que la *kapo* decidiera que ya me había castigado bastante. No sé cómo aguanté tanto tiempo pero, cuando al

fin lo superé, me dejé caer al suelo de alivio.

Confiaba en que mi enfermedad atravesara rápido mi organismo pero, en lugar de eso, me subió la temperatura, me debilité más y hasta sufrí delirios. Las otras mujeres del barracón empezaron a quejarse de que tenía que ir al edificio del hospital. Estaban convencidas de que había contraído el tifus.

Le supliqué a Mutti que no me obligara a ir, y grité histérica. El hospital era una broma atroz: tenía el aspecto de una instalación médica normal, pero sabíamos que era cualquier cosa menos eso. En la época en que llegamos al campo, el «hospital» se había extendido por un conjunto de varios barracones. Tenía un aire oficial, con enfermeras y médicos en batas blancas y con informes sobre las consultas de los pacientes. Sin embargo, su objetivo consistía en matar judíos, no en curarlos. Con frecuencia gente muy enferma permanecía tumbada y quejumbrosa en su camastro, envuelta en sus propios excrementos, mientras los médicos de las SS del campo hacían rondas mirando gráficas, pero nunca a los pacientes en sí. ¿Para qué se iban a molestar? Les traía sin cuidado cuánto sufrieran sus pacientes, y no tenían ninguna intención de ayudarlos a recuperarse.

—Por favor, no dejes que me manden allí —le supliqué a Mutti, pero al final me puse tan mal que supo que no nos quedaba más opción que solicitar permiso para acudir a una consulta. Ella estaba segura de que moriría si no intervenía alguien.

Mi delirio era tan intenso que noté solo vagamente que Mutti me ayudaba a llegar al hospital. Una vez dentro, tomamos asiento en las rígidas sillas de madera que había junto a la entrada, mientras yo me adentraba y emergía de un mundo onírico.

Al fin me hicieron pasar para ver a un auxiliar del hospital que confirmó que tenía tifus y que me procuró algunas pastillas. Fue casi milagroso. Sabíamos que los judíos no recibían medicación. Desconozco en qué se diferenció mi caso. Tal vez fuera porque Mutti estaba allí, suplicando a viva voz que alguien me ayudara, y fue más fácil suministrarme algo para quitársela de encima.

Nadie sabía si superaría aquella noche, pero a la mañana siguiente, cuando desperté, la fiebre había desaparecido. Estaba débil, pero iba a conseguirlo.

Mi enfermedad consumió la mayor parte del periodo que pasamos en cuarentena, y enseguida nos llegó la hora de incorporarnos al campo principal y de que nos asignaran una unidad de trabajo. Como de costumbre, formamos en filas y miramos al frente sin atrevernos a cruzar la mirada con los soldados de las SS que marchaban de un lado al otro inspeccionándonos. Sentí que uno centró la atención en mí y lo oí decir: «Esta puede ir a Canadá».

Yo sabía que «Canadá» era la unidad de trabajo más apreciada de todas. La llamaban así porque era la «tierra de la abundancia», una gran extensión situada detrás del campo donde enormes pilas de pertenencias de los prisioneros aguardaban a que alguien las cribara y clasificara. Quienes trabajaban en Canadá solían conseguir comida extra o cigarrillos y pequeños objetos que luego podían intercambiar en los barracones para conseguir más raciones de alimentos. Trabajar allí implicaría una auténtica mejora de nuestra situación. De pronto clavé los ojos en el guardia de las SS:

—¿Puedo llevar también a mi madre? —pregunté.

Todos se quedaron estupefactos; dirigir la palabra a las SS era, por lo común, muy mala idea. Pero el tipo de las SS se quedó tan sorprendido que dio un paso atrás, miró a Mutti y la punzó como a una res.

—Sí, ¿por qué no? —dijo, encogiéndose de hombros.

Pequeñas mejoras en las peores condiciones suelen deparar instantes de algo parecido a la felicidad, y el primer día que pasamos allí me encaminé hacia Canadá entusiasmada. Estábamos al aire libre y lejos del campo principal y de los miles de rostros demacrados que nos recordaban la realidad de nuestra situación.

Canadá era como un lúgubre país de las maravillas, repleto de cosas sorprendentes. Me acerqué a un gran montón de metal que resplandecía al sol y me quedé asombrada al descubrir que estaba formado por miles de pares de gafas. Otro almacén estaba lleno hasta el techo de edredones, mientras que otro albergaba únicamente piernas y brazos ortopédicos. Había miles y miles de zapatos y de maletas y de baúles de todos los tamaños y formas. Una zona tenía maletas infantiles, la mayoría de ellas con el nombre y la fecha de nacimiento de sus dueños esmeradamente pintada por sus padres en la parte delantera. Otra habitación guardaba cientos de carritos de bebé vacíos, como una sala de espera perpetua en una guardería de la que ningún niño regresa jamás.

El propósito de Canadá consistía en expoliar todos los elementos imaginables de entre las posesiones judías para mandarlos de vuelta a Alemania, donde se distribuían entre los soldados y sus familias, y entre la gente «normal». Los hombres alemanes se afeitaban con cuchillas judías, mientras que las buenas madres alemanas empujaban carritos de judíos y los abuelos usaban gafas de judíos para leer noticias en los periódicos sobre el devenir de la guerra. En julio de 1944 se enviaron 2.500 relojes de pulsera a los residentes de Berlín que habían perdido sus casas y sus propiedades durante los ataques aéreos de los aliados. Una exprisionera polaca llamada Wanda Szaynok recordaba haber visto un transporte con cinco hileras de carritos de bebés vacíos camino de la estación de Auschwitz. Había tantos cochecitos que tardó una hora en pasar.

En su empeño enloquecido por no «desperdiciar» nada, los nazis amontonaban incluso el pelo que rapaban a los prisioneros, y fabricaban con él alfombras y calcetines. Todos los recortes de más de dos centímetros de longitud se usaban para confeccionar pelucas, y muchos arios orgullosos del Tercer Reich acabaron paseándose llevando puesto el pelo de judíos muertos.

Fue un robo y un expolio a una escala descomunal, y la cantidad de dinero que obtuvieron los nazis saqueando propiedades judías de todo tipo no debería subestimarse como una razón menor para librar su despiadada guerra contra nosotros.

En los crematorios, un equipo de operarios extraía los dientes de oro de las víctimas. Las piezas se sumergían entonces en ácido para eliminar restos de tejido y de músculo, y se fundían en lingotes de oro que partían hacia Alemania. Se suponía que el servicio dental de las SS reutilizaría aquel oro —la remesa anual de 1942 habría bastado para abastecer a todo el cuerpo de las SS durante los cinco años completos que duró la contienda—, pero era inevitable que buena parte de él se quedara en manos de los guardias del campo y en cuentas de bancos suizos, incluido el Banco de Pagos Internacionales de Basilea.

Los nazis consideraban los «robos» de los guardias como un problema de peso. Se suponía

que debían dar cuenta a Berlín de todas las pertenencias expoliadas oficialmente, pero muchos soldados del campo participaron de una corrupción a gran escala y amasaron fortunas personales robando en Canadá. En cierto momento, previo a nuestra llegada, los nazis habían llevado a cabo una investigación sobre corrupción en el campo y habían arrestado a numerosos guardias, además de retirar temporalmente a su comandante fundador, Rudolf Höss —en realidad, lo habían ascendido para que supervisara todos los campos de concentración desde Berlín, pero le gustaba tanto Auschwitz que había vuelto en la época de nuestro ingreso allí.

Aquella primera mañana en Canadá me encargaron revisar prendas de vestir y abrigos en busca de «tesoros» ocultos, y sentí una sorpresa inocente ante las cosas que encontré allí. La gente escondía dinero y joyas, pero también comida, relojes, documentos y muchos otros objetos, como cubiertos, que tal vez pensaran que podrían resultarles útiles.

Mientras las SS se entregaban a una orgía de codicia, desesperadas por poner las zarpas sobre todo o cualquier cosa que pudieran robar a sus víctimas, mis hallazgos más frecuentes evidenciaban la desoladora realidad de lo que estaba sucediendo en Auschwitz. A veces los «tesoros» que encontraba no eran más que fotografías familiares recortadas y dobladas con esmero: el retrato diminuto de un bebé sonriente o una vieja instantánea de los padres de alguien unida a la costura de una chaqueta.

Me quedé de pie con la mirada fija en la fotografía de una madre y un padre con su pequeño en los brazos, absolutamente horrorizada, sabiendo que eso era lo único que le importaba a quien la había ocultado, y que aquellas personas no volverían a verse nunca más. Todas estaban muertas.

Canadá no era más que un macabro cementerio de cosas, y detrás de los altos árboles que separaban ese mundo extraño del resto del campo se encontraban las cámaras de gas y los crematorios de Birkenau, que por entonces funcionaban por encima del máximo rendimiento para asesinar a más de cuatrocientos mil judíos húngaros.

Todo indicaba que Mutti y yo correríamos su misma suerte, pero un encuentro casual durante la estancia en Canadá acabaría teniendo una repercusión enorme para nuestra supervivencia.

Se me formó una llaga horrenda en la nuca y, aunque al principio no le hice caso, cada vez se volvió más grande y más dolorosa. Al final Mutti me dijo que tendría que ir al hospital para que me dieran un tratamiento.

Al igual que en la ocasión anterior, me mostré reacia a acudir allí pero al final transigí; anotamos el nombre en la lista del médico y esperamos hasta la fecha de la cita. Cuando llegó el día, Mutti me acompañó al barracón del hospital, donde esperamos de pie en la cola con la esperanza de conseguir ayuda.

Poco después de que llegáramos apareció una enfermera. Yo no estaba muy atenta, pero noté que iba vestida de blanco, que parecía fuerte y que tenía la cabeza completamente cubierta de pelo negro. Entonces oí a Mutti gritar:

—¡Minni!

—¡Fritzi! —respondió la enfermera asombrada.

Era Minni, la prima que Mutti tenía en Praga. Habíamos pasado muchas vacaciones juntas, y ella y mi madre se habían criado como hermanas.

Minni estaba casada con un médico muy conocido, un dermatólogo que había tratado a los nazis en Auschwitz durante varios meses. Aunque ambos eran prisioneros judíos, Minni y su marido habían logrado situarse en una posición protegida, y Minni aprovechaba su función como enfermera para cuidar a la mayor cantidad de gente posible.

Minni y mi madre mantuvieron una rauda conversación en voz baja sobre cómo habían acabado en Auschwitz, y Mutti consiguió hablarle a Minni sobre mi padre y Heinz.

—Haré todo lo que pueda para cuidar de vosotros —nos susurró Minni—. Venid a buscarme si me necesitáis.

Resultó que Minni se convirtió realmente en nuestro ángel de la guarda, porque, durante el tiempo que pasamos en el campo, nos salvó la vida a las dos.

13

El invierno más funesto

La vida en Auschwitz-Birkenau rebosaba de horrores y miedos, y en un principio solo me sostuvo el apoyo de Mutti.

Imaginen, si pueden, las noches. Dormíamos apretadas como sardinas en lata, literalmente, junto a otras ocho mujeres. Cuando una se daba la vuelta, todas nos girábamos. Las chinches se te caían encima desde el camastro de arriba, y tenías que estar pendiente de matarlas porque, si te picaban, podían producirte una infección. Una mañana me encontré con que las chinches se habían precipitado y habían formado una gruesa costra alrededor de mi tazón. Casi me puse enferma cuando las estrujé con los dedos y formé una gran salpicadura de sangre. Otra noche me desperté de un sueño horrible y me encontré una rata enorme mordiéndome los pies; proferí un grito de asco y de terror.

El tormento que más odiaba era ser la última en utilizar el cubo de los orines. Siempre estaba lleno, y la última tenía que acarrearlo veinte barracones para vaciarlo. Daba igual cómo me organizara, siempre me tocaba hacer ese trabajo.

Solo una cosa me ayudó a resistir y me hizo las noches más llevaderas: tener a Mutti a mi lado y dormir entre sus brazos en la litera.

Imaginen, además, el hambre. Las raciones oficiales de comida consistían en una especie de sopa tibia y aguada para el desayuno, o unos pocos bocados de sucedáneo granulado de café, seguidos por una rebanada de pan negro para cenar. Nuestra ingesta calórica era muy inferior a la de los prisioneros no judíos; la intención era matarnos de hambre poco a poco. Como la comida era compartida, a veces perdías toda tu ración, y los tropezones más sustanciosos, como las verduras de la sopa, solían reservarse para las prisioneras que se aseguraban una posición privilegiada con las *kapos*. Si te guardabas algo de la ración para comerla más tarde, lo habitual era que otra prisionera te la robara.

Como tantas otras veces, Mutti nos rescató. Enseguida encontró un montón de desperdicios de comida desechados desde las cocinas y, por ejemplo, lavaba y troceaba el tallo verde de una zanahoria y decía que era una especie de ensalada repleta de vitaminas. La gente intercambiaba cualquier cosa nutritiva, y encontramos un mercado muy concurrido en nuestro barracón por las mondas de las patatas y los tallos de las verduras. Mutti y yo también instauramos un activo

comercio de trueque de pañuelos que encontrábamos por el suelo, donde los habían arrojado los recién llegados. Minni también ayudaba mandándonos trozos de queso, y en ocasiones incluso embutidos, del hospital. Eran actuaciones pequeñas pero importantes para seguir vivas.

Intenten imaginar la suciedad. En una ocasión memorable, una *kapo* nos castigó por alguna falta menor volcándonos encima el balde de la noche, y tuve la ropa y el cuerpo cubiertos de excrementos durante días hasta que, al fin, me permitió ducharme para limpiarme todo aquello. Una pequeña misericordia, supongo, era que ninguna mujer de Birkenau tenía el periodo tras la primera semana de su llegada. Sospechábamos que los alemanes nos ponían bromuro en la sopa, lo que nos dejaba en un extraño estado flotativo.

No tener la menstruación conllevaba otra ventaja. Cuesta creer que los guardias alemanes de las SS sintieran atracción sexual por las famélicas, sucias y andrajosas mujeres que tenían bajo su vigilancia, pero a algunos les ocurría. Esos hombres tenían multitud de distracciones más, y llevaban una vida de lujo comparada con la otra posibilidad, que consistía en entrar en acción en el frente del este. Los guardias de las SS disponían de una buena cantina, repleta de la comida y la bebida que saqueaban, y frecuentes salidas diurnas que les permitían apartar la mente de las desagradables actividades que pudieran importunarles la conciencia. Aunque lo cierto es que muy pocos guardias admitieron sentirse angustiados cuando les preguntaron después de la guerra. Algunos se habían traído a sus familias con ellos, y sus hijos jugaban, inocentes, en la misma linde del campo. Otros disfrutaban de descansos reparadores en el balneario Solahütte de las montañas cercanas. Allí divertían a las guardias femeninas de las SS y se hacían fotografías sonrientes, tomando el té y relajados en las tumbonas de la terraza. Algunos hasta iban a la iglesia.

Supongo que no nos veían como seres humanos. Tal vez creyeran de verdad que éramos «alimañas» que debían exterminar. Pero no alcanzo a concebir una mentalidad, ni siquiera una sujeta a todo el condicionamiento nazi, que les permitiera vivir tan despreocupados en medio del asesinato masivo. La esposa del comandante del campo, Rudolf Höss, advertía a sus hijos que lavaran siempre las fresas que crecían en el jardín de su villa: la fruta estaba recubierta por el hollín gris que emitían los crematorios vecinos. El tremendo contrasentido de que un inocente placer infantil, como es recolectar fresas, existiera puerta con puerta con el Holocausto es algo que aún me impide entender el pensamiento nazi.

Baste decir que los guardias de las SS disfrutaban de todos los placeres de la vida en Auschwitz y que, para algunos, aquello también incluía el sexo, y hasta el amor... Una prisionera escribió un relato fascinante sobre un guardia de las SS que se enamoró de ella y creyó que el tiempo que pasaron juntos en Birkenau fue un romance real. El hombre se quedó pasmado al descubrir, tras la liberación del campo, que ella no quería saber nada de él. Por fortuna nunca tuve que lidiar con eso, aunque sí me vi obligada a permanecer alerta en todo momento por si algún guardia de las SS pretendía violarme. Puestos a elegir a una prisionera, las mujeres destinadas a Canadá solían estar en mejores condiciones y, como nos permitían ducharnos, también les brindaban más oportunidades.

Las otras mujeres me avisaron de que siempre tuviera cuidado en las duchas, las cuales estaban fuera y rodeadas por una valla baja de madera. Me di cuenta de que un joven guardia

empezaba a fijarse especialmente en mí. Lo pillé mirándome en las duchas y lo noté también en otras partes del campo, pendiente de dónde andaba yo y qué hacía.

Un día la *kapo* me ordenó llevar un mensaje a alguien del almacén. Al regresar vi a aquel guardia a mi espalda, caminando deprisa tras de mí con el fusil al hombro. Corrí hasta el almacén y me zambullí bajo la montaña más cercana de ropa, donde permanecí tumbada y sin aliento durante al menos media hora, notando que las clasificadoras iban reduciendo prenda a prenda la pila que tenía encima, y rezando para que el soldado se hubiera ido ya cuando me viera obligada a salir de allí.

El riesgo era muy real, pero Mutti se esforzó al máximo para protegerme, poniéndose delante de mí en las duchas o tumbándose frente a mí en la litera. Poco podían hacer las mujeres de Birkenau por las demás, pero Mutti hizo todo lo que pudo para ayudarme.

Si Mutti fue mi compañera permanente, Pappy fue mi rayo de esperanza.

Durante tres semanas del mes de junio de 1944 estuve muy ocupada trabajando en Canadá. El campo bullía con una actividad frenética jamás vista en los cuatro años de su existencia. En marzo de ese año, Alemania había llegado a un acuerdo con Hungría y tomado el control del país: al fin los nazis metieron las zarpas en el último gran reducto de población judía de Europa que había permanecido fuera de su alcance. La recepción e inmediata aniquilación en las cámaras de gas de medio millón de judíos húngaros desbocó la máquina de matar de Auschwitz-Birkenau. Rudolf Höss regresó de Berlín para supervisar personalmente la operación. Ordenó de inmediato la construcción de un ramal de vía férrea que entrara directo hasta el centro del campo, y remodeló los crematorios para que funcionaran a pleno rendimiento. Hasta ordenó dar una mano de pintura a las paredes de las cámaras de gas. Höss sabía por experiencia que el principal problema logístico no era matar a la gente, sino deshacerse de los cuerpos, así que dispuso que se cavaran varias fosas enormes más detrás de los crematorios para quemar los cadáveres al descubierto.

El primer transporte de judíos húngaros llegó el 15 de mayo, unos pocos días antes que nosotras. Pronto les siguieron cargamentos y cargamentos de personas, la inmensa mayoría de las cuales fueron directas a la muerte. Por supuesto, no podían aniquilar a todas de inmediato, aunque las cámaras de gas trabajaran por encima de su máxima capacidad, así que les ordenaban sentarse formando grandes grupos bajo los árboles y en la hierba que había detrás de las cámaras hasta que les llegara el turno. Es desgarrador contemplar fotografías de aquella gente, sentada con sus padres y jugando con sus hijos, casi como si disfrutaran de una salida campestre, ajenos aún a la suerte que les aguardaba.

Mucha de esa gente traía numerosas pertenencias consigo, y las montañas de posesiones crecieron y crecieron hasta llenar los treinta almacenes y cubrir buena parte del terreno circundante. El trabajo en Canadá nunca había sido tan extenuante, y durante una pausa para comer me acuclillé fuera, al sol, para tomarme un descanso y comerme las raciones que me correspondían. Un grupo de prisioneros pasaba andando al otro lado de la alambrada electrificada cuando reconocí a uno de ellos.

—¡Pappy! —grité, y corrí hacia él.

Parecía más delgado con el uniforme de prisionero y la boina, pero era mi padre sin lugar a

dudas.

—¡Evi!

Pappy se acercó a la verja y nos quedamos de pie mirándonos lo más cerca posible. Podría haber llegado a tocarlo, pero era demasiado peligroso con la valla electrificada.

Me preguntó dónde estaba Mutti, y le dije que también trabajaba en Canadá.

—¿Y Heinz? —inquirí yo.

Me respondió que Heinz estaba bien, que trabajaba en la granja, donde respiraba aire fresco y hacía ejercicio.

—Oye, Eva —susurró—, estoy trabajando en la oficina de la serrería y tengo un trabajo de responsabilidad. Creo que podré venir mañana a la misma hora, ¿conseguirás tú que venga también Mutti?

Como es natural, Mutti se mostró encantada y aliviada al saber que Pappy y Heinz estaban bien, y las dos logramos quedarnos cerca de la valla al día siguiente. Tal como había prometido, Pappy apareció y los vi intercambiar unas breves palabras.

—Fritzi —dijo—, ¿y tu pelo?

Mi madre se pasó la mano por el cráneo rapado y sonrió avergonzada.

—No te preocupes, Erich, volverá a crecer.

Sin embargo, mi padre parecía desconsolado, como si verla lo hubiera trasladado a la realidad de nuestra verdadera situación.

—¡Oh, Fritzi! ¿Qué va a ser de nosotros?

Pappy tuvo que irse enseguida, pero prometió volver y me pidió que intentara traerle algunos cigarrillos de Canadá para cambiarlos por favores a su lado de la alambrada. A veces los guardias me veían lanzarle un paquete por encima de la alambrada, pero nunca tuve demasiados problemas.

Un buen día Pappy dejó de venir. Seguí esperándolo todos los días a la hora del almuerzo, pero jamás volvió a aparecer. Eso me preocupó hasta la desesperación. Me dije a mí misma que lo habrían trasladado a otro puesto, uno que no le permitiera salir con tanta facilidad, pero no podía apartar de mí la espantosa idea de que ya no venía porque estaba muerto.

En cualquier caso, la actividad en Canadá fue cesando y eso conllevó que a Mutti y a mí nos asignaran otras ocupaciones. En dos meses escasos se habían asesinado en Birkenau más judíos, la inmensa mayoría húngaros, que en los dos años anteriores. Cada día llegaban transportes con una media de 3.300 personas, una cifra que alcanzaba las 4.300 en determinados días, y tres cuartas partes de aquella gente iban directas a las cámaras de gas. Las llamas de los crematorios habían ardido con viveza, noche tras noche desde el atardecer hasta el alba; ahora todos estaban muertos, y nosotras teníamos que seleccionar las pertenencias que les habían obligado a dejar tras de sí.

Nos trasladaron para trabajar en otras unidades, primero acarreando pesadas piedras de un extremo al otro del campo y rompiéndolas en trozos pequeños, y después a unos barracones donde yo tenía que trenzar cuerdas con trozos rígidos de material gomoso que se usaban para lanzar granadas de mano.

El tiempo que pasé trabajando en los barracones resultó ser el periodo más severo y penoso

de toda mi existencia por una sencilla razón: estuve sola. En otoño habían «seleccionado» a Mutti.

Yo había notado que mi madre estaba adelgazando y que el trabajo duro le estaba pasando factura, pero no reparé en lo precario que se estaba volviendo su estado.

Un día nos mandaron a las duchas, una orden siempre alarmante porque nos aterraba que nos gasearan. Aquella vez nos duchamos con normalidad, pero después se abrieron las puertas del lado opuesto y Mengele nos estaba esperando fuera. Mojadas y desnudas desfilamos ante él para una fría inspección durante la cual fue decidiendo el destino de cada una de nosotras. Nos miró con estricta precisión clínica: esta vive; esta, «seleccionada».

Me estremecí de alivio cuando me clasificaron con rapidez en el grupo de las supervivientes. Pero algo cambió esta vez: Mutti no venía detrás de mí. Me giré y apenas pude creer lo que veía al comprobar que a Mutti la colocaban con las mujeres «seleccionadas».

Di un grito terrible y Mutti intentó venir corriendo a consolarme, pero la *kapo* la golpeó en la espalda con un cinturón de cuero.

—Intenta decírselo a Minni —me susurró mientras la sacaban a empellones por la puerta, y tal como vi que la empujaban fuera de allí, aún desnuda, creí que sería la última vez que vería a mi madre.

Los meses que siguieron fueron aciagos, carentes de toda esperanza. Conseguí hablar con Minni arriesgándome mucho para eludir guardias y reflectores y acceder al hospital en plena noche. Prometió hacer lo que pudiera, pero no me aseguró nada.

Sin Mutti, y convencida de que lo más probable era que también hubieran asesinado a Pappy, sin ninguna idea sobre si Heinz estaría vivo o no, sentí que me precipitaba en espiral hacia un abismo. En los barracones estaba sola por primera vez; allí lloraba y lloraba hasta caer dormida. Al amanecer recorría el camino yermo hasta el trabajo notando la llegada del invierno y sumida en la desesperación. ¿Qué valor tenía la vida? ¿Qué importaba que una persona fuera buena o mala? ¿Qué consuelo podía hallarse en «Dios»?

En los barracones de trabajo apenas hablaba, entregada a mi propia depresión y al interminable trenzado de las cuerdas: trenzar y trenzar durante catorce horas seguidas, desgarrando aquel material duro con los dientes, y con los dedos cubiertos de llagas, y rezando para que mi trabajo no se desechara como deficiente. Sabía que a la gente que no daba la talla la escogían con rapidez para gasearla. Pronto padecí congelación en los pies, con hoyos en la piel que se llenaron de pus amarillo infectado y que me redujeron a un estado de dolorosa cojera. Estaba perdiendo las ganas de vivir.

Entonces, la *kapo* me llamó un día y me dijo que saliera al exterior. Yo la ignoré porque cualquier desviación de la rutina solía traer malas noticias.

—¡Sal fuera —gritó—, alguien quiere verte!

Salí arrastrando los pies, deseando que no se tratara de otro oficial de las SS que me hubiera echado el ojo, pero, para mi gran asombro, al levantar la vista vi a mi padre.

—¡Pappy! —grité, y me arrojé a sus brazos sollozando.

Estaba mucho más delgado y envejecido que la última vez que lo había visto, pero me estrechó con fuerza entre sus brazos.

—No te rindas —me instó—. Podemos hacerlo; la guerra no durará mucho ya. Aguanta. —Entonces me preguntó—: ¿Dónde está Mutti?

Ojalá hubiera podido contenerme, pero en ese momento estallé ante el alivio de compartir mi angustia.

—La seleccionaron —le dije—. ¡Oh, Pappy, la han gaseado!

Noté que se le tensaron los brazos, y dio un paso atrás mirándome con gran espanto y pesadumbre. Intentó no llorar, pero sus ojos me delataron sus sentimientos.

Me prometió que procuraría volver a venir, y también vería si conseguía acceder a la cocina para que me dieran alguna comida adicional. Yo asentí, llorando desesperada de alivio y gratitud porque estaba vivo, porque Heinz aún estaba vivo, porque no estaba completamente sola en el mundo.

Se secó los ojos y se despidió con un beso. Ni siquiera pudimos decirnos una palabra el uno al otro.

A pesar de la amargura por las noticias sobre el destino de Mutti, mi padre era tan bueno como su palabra, según descubrí aquella noche en los barracones de la cocina. No sé cómo se las arregló para conseguir esos favores; no gozaba de la protección de las SS, pero tenía un buen trabajo en la oficina del aserradero, por no hablar de su magnífico encanto personal.

—¡Oh, qué hombre, tu padre! —me cacareó esa noche la chica polaca de los barracones de la cocina riendo y entornando los ojos. Y a continuación me entregó un cuenco con verduras calientes, un lujo casi inimaginable.

Siempre tuvo maña con las mujeres, hasta famélico y enfundado en las rayas del uniforme.

Mi padre consiguió visitarme una vez más. Me dijo que resistiera, que los aliados estaban avanzando por Europa y que estaba seguro de que la guerra se ganaría pronto.

Aún recuerdo la cara que tenía aquel día, seria y anhelante, y repleta de amor por mí...; y lamento enormemente que no viniera a verme una vez más, porque le habría dado la noticia que estaba a punto de conocer: Mutti vivía. La tenían en el edificio del hospital; Minni la había salvado.

14

La liberación

Mutti y yo pasamos las últimas semanas de la guerra apretujadas en su camastro del hospital, apenas conscientes de la nieve que caía fuera o de la proximidad de las Navidades. Habíamos perdido el sentido del tiempo y nos zambullimos medio muertas de hambre en un vaivén de ensoñaciones sobre el futuro, hablando sin fin sobre todo lo que nos comeríamos cuando quedáramos libres. Yo añoraba el pollo asado y ella me comentaba lo fabuloso que sería hincarle el diente a filloas rellenas de mermelada y nata.

Desde que la vi por última vez cuando la «seleccionaron», habían estado a punto de asesinar a Mutti varias veces. Al principio la escogieron para las cámaras de gas y la llevaron a los barracones de la muerte donde encerraban a las mujeres hasta que llegara su último día en este mundo. Mi madre me dijo que en aquellos barracones se producían escenas terribles: las mujeres rezaban y gritaban, algunas perdían la cabeza y en su locura clavaban las uñas en las puertas cerradas con llave. No obstante, fiel a su palabra, Minni medió personalmente con Josef Mengele, quien le dijo que ya vería qué podía hacer. Minni no sabía si salvaría a mi madre o no, pero, cuando abrieron la puerta que daba a los barracones para que salieran las mujeres, Mutti se enteró de que no figuraba en la lista: ella viviría.

Entonces, cuando pensaba que ya estaba a salvo, volvieron a seleccionar a Mutti para llenar un cupo de última hora. Otro guardia la había vuelto a incluir en la lista para completar las cifras. Cuando llegó al último mostrador de administración donde los guardias iban tachando los números de las prisioneras, Mutti habló sin reservas y dijo que creía que su nombre no debía constar en el listado. Los guardias lo comprobaron y se enfurecieron al descubrir que tenía razón. Al final, en el último segundo, Mutti volvió a salvarse.

Mientras ella permanecía allí mirando, las otras mujeres del grupo fueron conducidas entre alaridos a las cámaras de gas y, más tarde, las llamas de los crematorios se desmandaron hacia el cielo portando sus últimos restos. Mutti me confesó que en cierto momento ya se había resignado a morir. Lo único que imploraba era que Heinz y yo viviéramos, nos casáramos y tuviéramos hijos algún día.

Entretanto yo había pasado mis propios tormentos para reunirme con ella, y me había librado por poco de que también me seleccionaran a mí. Ahora anclamos todas nuestras esperanzas en

sobrevivir lo que quedara de guerra bajo los atentos cuidados de Minni.

Cuando me reencontré con Mutti la hallé reducida a un montón de harapos, tumbada en uno de los camastros del hospital bajo una fina manta. Aún era una mujer joven, a punto de cumplir los cuarenta, pero parecía una anciana, y hasta yo me di cuenta de que estaba a punto de morir de hambre. Nuestra separación forzosa conllevó una alteración crucial en nuestra relación: entendí que había llegado el momento de que yo cuidara de mi madre.

En el invierno de 1944, las cosas empezaron a cambiar en Auschwitz-Birkenau. La guerra se había invertido de un modo decisivo en contra de los alemanes. Mientras las fuerzas británicas, estadounidenses y canadienses avanzaban a través de Francia y Bélgica, los soviéticos penetraban por el frente oriental y cada día se acercaban más a Auschwitz.

El comandante en jefe Heinrich Himmler, que había supervisado el exterminio de los judíos en nombre de las SS, captó el mensaje y comprendió que los responsables de aquello no recibirían un trato afable cuando se conociera la naturaleza de sus crímenes. En octubre había ordenado el cese de la aniquilación de judíos, y en noviembre decidió que había que volar las cámaras de gas y los crematorios de Auschwitz. Pretendía borrar todas las pruebas de lo que había sucedido allí.

Una noche hubo una explosión inmensa y se formó una gran bola de fuego en la oscuridad tras la destrucción de algunos de los crematorios.

La disciplina y el orden también se fueron desmoronando, aunque esta circunstancia reemplazó a menudo los peligros conocidos por otros nuevos que no nos infundían una seguridad mayor. Al mismo tiempo que Himmler ordenaba la supresión de las cámaras de gas, cientos de *sonderkommandos* —los prisioneros que trabajaban en las cámaras de gas— protagonizaron un levantamiento en octubre contra las SS. Lucharon cuerpo a cuerpo contra los nazis, mataron a varios guardias y huyeron a las poblaciones vecinas. Los *sonderkommandos* se dieron cuenta de que eran testigos excepcionales de las atrocidades que habían tenido lugar, y de que estaban a punto de trasladarlos fuera del campo para asesinarlos. La rebelión fracasó al final: los detuvieron y los ejecutaron a todos, pero el alzamiento sirvió al menos para que la gente que abarrotaba una de las cámaras de gas quedara libre cuando iban a matarla.

Yo no me enteré de la rebelión de los *sonderkommandos*, pero sí noté que teníamos más tiempo para nosotras porque los guardias parecían tener otras cosas en las que pensar, y que las odiadas rondas para pasar lista cesaron por completo.

Sin embargo, aún estábamos sometidas a los arbitrarios caprichos de las SS, y el riesgo de las gasificaciones masivas quedó reemplazado por la posibilidad de morir en una ofensiva directa. Sabíamos que también los demás éramos testigos vivientes, y las SS estaban aterrorizadas por lo que pudieran hacerles los soviéticos. Era concebible que los nazis se sintieran tentados a matarnos a todos para impedir que algunos de nosotros contáramos lo sucedido.

A comienzos de enero, aquellos temores se volvieron muy reales. Guardias de las SS empezaron a derribar las alambradas electrificadas, las torres de vigilancia y algunos de los barracones. Quemaron varios documentos y todo el meticuloso papeleo que llevaban en relación con la «solución final», y exhumaron e incineraron en fosas abiertas los cadáveres que habían enterrado detrás de las cámaras de gas.

El ejército soviético avanzaba con firmeza. El 12 de enero aplastó las defensas alemanas de Baranów y marchó hacia Cracovia. El 16 de enero los aviones soviéticos descendieron en planeo y bombardearon el almacén de comida de Birkenau.

El avance soviético y los ataques aéreos casi sembraron el pánico entre los alemanes. Una mañana aparecieron varios guardias de las SS por la puerta del hospital vociferando: «¡Todos los que puedan andar: fuera!». Mutti estaba tan débil que había pasado semanas sin poder bajar apenas de la litera, pero, a instancias de Minni, reunimos nuestras mantas y llegamos renqueando hasta la puerta.

El campo estaba sobrecogedor, pero impresionante. El cielo era azul y había caído una gruesa capa de nieve. Permanecimos allí de pie durante varias horas con el cuerpo helado mientras nos castañeteaban los dientes. No pasó nada, salvo chasquidos de disparos en la distancia provocados por las fuerzas soviéticas en su avance. Cuando empezó a sonar una sirena antiaérea, los guardias reaparecieron y nos ordenaron a gritos que volviéramos dentro. Al anochecer regresaron y nos obligaron a desfilar de nuevo hasta la nieve, pero otra sirena antiaérea pareció ponerlos más nerviosos aún y nos dejaron volver a los camastros.

Aquel día tuvo unos efectos terribles en algunas de las mujeres ingresadas en el hospital. Las temperaturas por debajo de cero las debilitaron hasta dejarlas en un estado crítico, y muchas murieron durante la noche. Por la mañana vi a Minni sacando sus cuerpos al exterior, triste y decaída. Se acercó a Mutti, le puso una mano en la cabeza y le dijo: «Aguanta».

El nuevo procedimiento de hacernos salir al frío gélido prosiguió durante varios días, pero yo noté que muchas de las mujeres se quedaban en sus camas y, al final, le dije a Mutti:

—Nos quedamos aquí, puede que nadie se dé cuenta.

Fue una decisión crucial. Dormimos toda la noche, y la mañana del 19 de enero de 1945 nos despertamos con una sensación muy extraña: un silencio total. Abrí los ojos y miré a mi alrededor dentro del barracón, pero parecía casi vacío y carente por completo de la actividad matutina habitual. Descendí de la litera y caminé hasta el exterior para seguir inspeccionando. No se veía a nadie. Unos meses atrás, Birkenau había alojado a decenas de miles de prisioneras, pero ahora no quedaba ningún guardia de las SS, ningún perro, ningún soldado en las torres de vigilancia, ningún médico en el hospital... y ni rastro de Minni.

Durante la noche los alemanes habían desconectado la centralita telefónica, habían dejado ardiendo pilas de documentos y obligaron a salir a miles de mujeres de Birkenau —y hombres de Auschwitz I— para marchar en largas y destartaladas columnas hacia un emplazamiento más inmerso en el Tercer Reich. A diferencia de otros campos de trabajo que se abandonaron sin más, Hitler había ordenado que no dejaran atrás a ningún hombre ni mujer de Auschwitz capaz de trabajar. Al parecer solo quedó allí un pequeño grupo de prisioneros con la salud muy maltrecha, como nosotras.

No éramos más que piel y huesos, pero inmediatamente empezamos a organizarnos para sobrevivir hasta que nos encontraran los soviéticos. Sentimos una auténtica liberación al saber que los alemanes se habían marchado —¡cómo había ansiado ese día!—, pero sabíamos que teníamos por delante grandes obstáculos. Temí que nadie nos encontrara después de todo aquello, y que muriéramos de hambre durante la espera. O peor aún, me paralizaba la idea de que

los alemanes volvieran, retomaran el campo y nos condenaran a morir ahora que estábamos tan cerca de la libertad.

Antes de poder concebir siquiera esas posibilidades, tuve que encontrar la energía y la fuerza de voluntad necesarias para realizar las tareas cotidianas indispensables para mantenernos con vida.

Algunos de esos trabajos fueron espantosos. Aquella primera mañana sin los alemanes, Olga, una prisionera polaca, me dijo que tenía que ayudarla a sacar fuera a la gente que había fallecido durante la noche. Reculé solo de pensarlo: nunca había tocado un cuerpo inerte y, aunque la muerte siempre estuvo a nuestro alrededor en Birkenau, había encontrado la manera de resguardarme de esa realidad. Pero yo era una de las pocas mujeres que quedaban con fuerza suficiente para rematar la faena, y entendí por qué me pedía que lo hiciera.

Acarrear hasta el exterior los rígidos cuerpos de las mujeres que había llegado a conocer tan bien fue lo peor que he tenido que hacer en la vida. Mientras los sujetaba sentía que se habían consumido para nada; aquellos ojos abiertos con la mirada extraviada y aquellas grandes bocas me decían que habían resistido largo tiempo —con tanta esperanza— para llegar casi hasta el final. Vi morir a más gente durante esos pocos días que en el resto del tiempo que pasé en Birkenau.

Otras tareas fueron menos horribles, pero también extenuantes. La primera mañana encontramos una despensa repleta de comida y nos atiborramos con las barras de pan negro alineadas en los estantes. Al día siguiente me introduje por un agujero de la alambrada electrificada y encontré barracones repletos de ropa de abrigo, edredones y más comida de la que podría haber imaginado en mis sueños más descabellados. Había queso y mermelada, harina y patatas. Nos sentamos en el suelo y empezamos a comer y comer sin más, llenándonos la boca con todo lo que nos cabía en ella.

Aparté dos edredones acolchados y encontré unas botas de montar para mí, el primer calzado de mi talla que usaba en mucho tiempo. Me parecieron estupendas, aunque más tarde me di cuenta de que ni siquiera eran del mismo par. También encontré algo de ropa para Mutti, quien se puso un vestido azul marino de lana demasiado corto para ella, unas medias grises de lana y unas botas tobilleras de cordones. Con la cabeza rapada tenía un aspecto bastante horrible.

Ambas nos envolvimos en sendas colchas. Debíamos de parecer dos extrañas criaturas calvas y acolchadas mientras deambulábamos por aquel paisaje inhóspito en busca de más comida olvidada.

Reunir agua también planteó un problema importante. Pocas horas después de que los alemanes abandonaran el campo el 19 de enero, los aviones rusos habían bombardeado el complejo industrial IG Farben que se había servido del trabajo esclavo de Auschwitz y Monowitz para fabricar compuestos químicos, entre ellos el Zyklon B. El ataque había interrumpido los suministros de agua y electricidad en el campo y la zona circundante, lo que nos dejó sin luz y sin agua potable. Al principio fundimos nieve, pero después acudí con varias de las mujeres más fuertes a retirar el hielo que cubría la charca de la entrada. Después tuve que acarrear, tambaleándome, pesados cubos hasta los barracones.

Fue fantástico sobrevivir los primeros días, pero aún quedaban muchos problemas. Viviendo

en el barracón nos sentíamos vulnerables: las literas seguían siendo igual de duras y frías que antes, y cabía la posibilidad real de que los alemanes regresaran.

De hecho, el 25 de enero regresó de improviso un destacamento de las tropas SD —el servicio de inteligencia de las SS— al campo de Auschwitz I con órdenes expresas de matar a todos los prisioneros que quedaran. Justo cuando terminaron de sacar a empujones de los camastros a todas sus víctimas enfermas y frágiles y de obligarlas a que se alinearan en la nieve para fusilarlas, se produjo otro ataque aéreo soviético. «¡Volved a los barracones!», gritó uno de los oficiales, y los soldados se esfumaron tan de repente como habían llegado.

Al día siguiente, las SS regresaron a Birkenau con vehículos acorazados durante las primeras horas de la mañana. Incendiaron el Crematorio V y después prosiguieron su marcha para volar los puentes de los alrededores. En el cielo, aviones alemanes y soviéticos mantenían combates aéreos sobre nuestras cabezas.

Al amanecer del día siguiente ya discutíamos acaloradas sobre qué hacer y adónde ir; la conversación se prolongó durante tanto tiempo que me parecieron horas. La puerta del barracón se abrió de pronto y una mujer gritó: «¡Hay un oso en la entrada, un oso!».

Parecía muy poco probable, pero en Birkenau todo era posible. Salimos nerviosas hasta la entrada y contemplamos aquella peculiar visión. Ciertamente había un «oso». Un hombre inmenso cubierto con pieles de oso que nos miraba con la misma expresión de sorpresa que teníamos nosotras. Tal vez debí ser más cauta, pero lo que sentí en ese instante fue una alegría irrefrenable. Corrí a sus brazos y lo estreché. Era el 27 de enero de 1945 y las fuerzas soviéticas habían llegado para liberarnos.

Desde el final de la guerra se ha revisado mucho la historia para analizar el papel y las actuaciones de las fuerzas aliadas. Algunas interpretaciones cuestionan que un bando fuera «malo» y el otro «bueno», y tal vez sea cierto. La documentación reveló que británicos y estadounidenses conocían el exterminio de judíos en Auschwitz ya en 1943, y que en el verano de 1944 denegaron una petición para bombardear las cámaras de gas. Un funcionario británico de la Oficina de Asuntos Exteriores escribió que el bombardeo de Auschwitz habría deparado un «aluvión de refugiados» que se habrían encaminado hacia Palestina, que entonces aún era un protectorado británico, y que habrían reclamado una patria independiente. Quizá el bombardeo de Auschwitz apenas habría cambiado las cosas, pues la mayoría de las víctimas ya habían muerto por entonces. Puede que hubiera fallecido incluso más gente durante el ataque, quién sabe. Lo cierto es que ganar la guerra y mantener una política antimigratoria férrea constituyeron prioridades más importantes para los aliados que ayudar a los judíos.

Asimismo, se ha escrito mucho sobre el papel de los soldados soviéticos y sobre su campaña para violar a mujeres alemanas. Desearía poder afirmar que lo siento en el alma por esas mujeres, pero, después de lo que pasó mi familia por culpa del régimen nazi que ellas apoyaron, no soy capaz. El sufrimiento y la pérdida siempre serán demasiado profundos y demasiado intensos. Racionalmente, en cambio, creo que los derechos humanos rigen para todo el mundo y que no deben cometerse atrocidades contra nadie.

Para mí, los soldados soviéticos fueron mis libertadores y mis amigos. Aquellos primeros soldados pertenecían al 60.º Ejército del Segundo Frente Ucraniano, bajo el mando del general

Pável Kúrochkin. A lo largo de los días siguientes, grupos reducidos y después más grandes de soldados establecieron su base en el campo. Cocinaban comida abundante para todos, charlaban con nosotras y nos dejaban calentarnos alrededor de sus hogueras.

Mutti seguía pensando que era más seguro salir de los barracones, y nos instalamos temporalmente en una caseta de vigilancia junto con Olga e Yvette, una mujer francesa. La caseta era pequeña y acogedora, y allí dormimos en camas de verdad por primera vez desde nuestra llegada a Auschwitz.

Allí aguardamos inquietas el fin de la guerra o alguna señal de la marcha definitiva de los alemanes. Aún estábamos demasiado cerca de la línea del frente, y las tropas soviéticas avanzaban más o menos según dictaban los combates. En la batalla por la liberación del campo y las escaramuzas con alemanes rezagados murieron 231 personas.

La tensión, la incertidumbre y el peligro eran palpables. Un día, Mutti salió a buscar agua y fue abordada por soldados de las SS que le dieron el alto desde un camión. Contemplé horrorizada desde la ventana de la caseta de vigilancia cómo le ordenaron que se pusiera en marcha por la carretera junto a otras mujeres del campo. Yvette y Olga intentaron apaciguar mi consternación: ¿cómo podía perder a Mutti ahora? Regresó bien entrada la noche. Mutti nos contó que había visto a los alemanes fusilando a las otras mujeres y entendió que la única manera de sobrevivir era dejarse caer sobre la nieve y hacerse la muerta. Simuló el tambaleo pertinente sobre unas piernas inestables, tosió y fingió un desmayo, y no se levantó hasta varias horas más tarde. Volvió por un camino sembrado de cuerpos ensangrentados.

Aquellas fueron jornadas precarias y desesperadas. Tan cerca de la libertad, la muerte parecía aún más cruel. Cuesta aceptar que muchas mujeres fallecieran no a manos de los nazis, sino por ingerir la comida caliente y de calidad que nos proporcionaron nuestros libertadores. Después de pasar hambre durante tanto tiempo, sus cuerpos sencillamente no toleraron el cambio repentino en la dieta.

Yo tuve que realizar actos extraordinarios para sobrevivir. Un día salimos en busca de comida y nos encontramos con una yegua muerta del ejército soviético a la que simplemente le habían disparado.

—Vamos —musitó Olga llevándome hasta el cadáver tendido y humeante en la nieve. Cogió un cuchillo y empezó a abrirle el vientre—. ¡Mira esto! —me exhortó. Eché una ojeada sin querer mirar en realidad. Dentro había un potro semiforme. Me dieron arcadas al verlo y aparté los ojos, pero Olga dijo—: ¡Saldrá un buen guiso de aquí!

Me pareció espantoso comerse un potro que aún no había nacido, y la sola idea me obligó a cerrar los ojos estremecida. Pero también yo estaba muerta de hambre y la necesidad de comer carne era acuciante y primaria. No probé el potrillo, pero aquella noche ocupé mi sitio alrededor del fuego y nos cenamos la carne de la yegua.

A medida que recobrábamos fuerzas día tras día, empezamos a mirar hacia delante con tímidos pensamientos sobre el futuro. Mutti y yo hablábamos constantemente sobre qué habría sucedido con Pappy y con Heinz, y sentíamos la necesidad desesperada de ir al campo masculino de Auschwitz I para buscarlos. Olga nos abandonó para regresar a su casa en Polonia, pero Yvette aún vivía en la caseta de vigilancia y también quería acudir al campo de los hombres.

Aparte de ir en busca de Pappy y Heinz, sabíamos que allí había un contingente mayor de tropas soviéticas y abrigábamos la esperanza de que nos ofrecieran una protección mayor.

Decidí que sería más seguro y más fácil realizar la primera expedición sin Mutti. Yvette y yo nos encaminamos hacia Auschwitz I, un recorrido largo y agotador a través de la nieve. Al final divisamos el recinto de tres pisos de ladrillo y varias hileras de camiones soviéticos a la orilla del camino. En cuanto llegamos a la entrada, Yvette se separó para charlar con los soldados, pero yo proseguí.

Pasé bajo el letrero metálico hecho a mano por algún prisionero según las instrucciones nazis con el famoso embuste *Arbeit macht frei* —«Trabajar da la libertad»—. Recuerdo que lo interpreté como una representación minúscula e insustancial de la ideología más perversa que haya conocido el mundo.

Nunca había estado dentro del campo de Auschwitz I, y sus calles urbanizadas con edificios de aspecto sombrío eran muy distintas de las explanadas mucho más largas y abiertas de Birkenau. Sin embargo, estaba decidida a encontrar a Pappy y a Heinz y me acerqué al primer barracón masculino ocupado al que llegué. Se alegraron mucho de verme y me acribillaron a preguntas sobre sus propias esposas e hijas desaparecidas. No pude ofrecerles ninguna información de utilidad y, a cambio, ellos tampoco me dieron muy buenas noticias a mí. Seguí deambulando y preguntando a cualquier persona que veía al entrar en cada uno de los barracones. Al final encontré a alguien que conocía a Pappy y a Heinz. Me dijo que habían salido del campo varios días antes con la marcha forzosa que impusieron las tropas alemanas. Se me cayó el alma: tenía tanta esperanza y tanta confianza en que los encontraría... De todos modos, seguían vivos; de alguna manera habían conseguido zafarse de las cámaras de gas. Los cuatro estábamos vivos, contra todas las expectativas, y eso me dio esperanzas. Confié en que eran fuertes y lo lograrían.

Sin embargo, reconocí a un hombre enjuto y demacrado, de ojos hundidos y envuelto en una manta que se incorporó en el camastro cuando me acerqué.

—Creo que lo conozco —dije—. Soy Eva, la niña que jugaba con Ana en Merwedeplein.

Era Otto Frank. Me recordaba, y asintió.

—¿Sabes dónde están Ana y Margot? —me preguntó en un tono tan desesperado como el que había empleado yo al preguntar por Pappy y Heinz.

Tuve que explicarle que nunca me había encontrado con nadie de Ámsterdam en el campo.

La tarde ya estaba muy avanzada para entonces y era hora de emprender el regreso a pie hacia la caseta de vigilancia, pero, cuando encontré a Yvette, se negó a ir conmigo. Ahora que había conseguido llegar al campo principal y reencontrarse con los hombres, no quería de ninguna manera andar todo el trecho de vuelta a Birkenau. Le supliqué que me acompañara —era un camino muy largo y aún se oían los disparos en las proximidades—, pero me dijo que no.

Procuré reunir algo de coraje y partí; los pies me transportaban por la oscura carretera mientras imaginaba silbidos de balas sobre mi cabeza. Cuando llegué por fin y Mutti me abrió la puerta con los nervios de punta, me desplomé de agotamiento y alivio. Ambas reconocimos que sería mejor trasladarse a Auschwitz I y al día siguiente, mientras atesorábamos nuestras cosas, le conté que me había encontrado con Otto Frank.

En realidad, durante aquellos primeros pasos hacia una nueva vida, no reparé en que volvería a ver a muy poca gente de la que había conocido con anterioridad, ni en que aquellos que acabaría encontrándome de nuevo estarían tan atormentados y cambiados por lo vivido que serían irreconocibles.

Mutti y yo saldríamos pronto de Auschwitz, pero la mayoría de mis amistades no tuvieron tanta suerte.

Susanne Lederman, la niña a la que tanto había admirado, viajó en un transporte desde Westerbork hasta Auschwitz el 16 de noviembre de 1943, y fue gaseada nada más llegar, el 19 de noviembre.

Herman de Levie, el niño que me regaló flores y quiso ser mi primer novio, fue conducido a Theresienstadt el 4 de septiembre de 1944, y falleció el 15 de diciembre.

Mi mejor amiga, Janny Koord, fue trasladada a Auschwitz con su hermano Rudi y sus padres el 7 de septiembre de 1943. Janny fue gaseada nada más llegar, el 10 de septiembre, mientras que a su hermano lo mandaron a trabajar a las minas de carbón, donde murió el 31 de diciembre.

Ana y Margot Frank fueron deportadas junto con sus padres Edith y Otto el domingo 3 de septiembre de 1944, casi en el último transporte que salió de Westerbork hacia Auschwitz. En octubre de 1944 trasladaron a Ana y Margot a otro campo, Bergen-Belsen, en Alemania. Edith se quedó en Birkenau y falleció diez días antes de la liberación, en enero de 1945. En las atroces condiciones de Bergen-Belsen ambas niñas cayeron gravemente enfermas en marzo de 1945, muy poco antes de la liberación, y también perecieron.

En Auschwitz-Birkenau se asesinó a más de un millón de judíos, y solo seis mil de nosotros seguíamos vivos en el momento de la liberación. Aunque los alemanes habían enviado precipitadamente a Berlín todos los objetos saqueados que pudieron y después quemaron los almacenes de Canadá, las tropas rusas encontraron más de un millón de prendas de ropa en ese lugar, así como 43.255 pares de zapatos y alrededor de siete mil kilogramos de cabello de mujer. Cuando más tarde se analizaron muestras de pelo, incluido el reutilizado por empresas alemanas, se encontraron restos de ácido prúsico, uno de los componentes del gas Zyklon B.

Mutti y yo habíamos sobrevivido gracias a la suerte, a la fuerza de voluntad y a la protección de Minni. Resistimos a lo que considero la ideología de limpieza étnica y matanza más perversa de la historia. Los nazis habían perseguido a nuestra familia por toda Europa movidos por una obsesión enloquecida y por la determinación de no cejar hasta que muriera el último judío. Yo estaba viva, pero tendría que reaprender a vivir para hacerme un lugar dentro de un mundo que a menudo no querría conocer los horrores que yo había presenciado.

En enero de 1945, no obstante, poco de todo eso se me pasaba por la mente. Me abrumaban la alegría de estar viva, el desahogo de no pasar hambre y el placer de ponerme ropa de abrigo. Mis pensamientos entonces se centraban en el regreso a casa, a Ámsterdam, y en reunirme con Pappy y con Heinz.

15

El camino de regreso

—¿Qué estarán haciendo Pappy y Heinz ahora? —le pregunté a Mutti.

—A lo mejor se están tomando un guiso mientras hablan de nosotras —respondió.

Nos gustaba imaginarlos en algún lugar del mundo exterior —no sabíamos dónde— pensando en nosotras y en nuestro futuro.

En enero de 1945 nos hallamos en un limbo: nuestra reclusión había terminado, pero la guerra no se había ganado todavía. Los altos mandos nazis sabían que los devastadores bombardeos aliados sobre suministros e infraestructuras hacían inevitable la derrota y la rendición, al tiempo que la población civil alemana, extenuada por la guerra, soportaba unas condiciones cada vez peores. La capitulación parecía la única solución posible, pero Hitler se negaba a admitir la idea. Juró no rendirse jamás, y exigió que la lucha continuara hasta bien entrada la primavera de 1945, con lo que sacrificó la vida de cientos de miles de soldados y dejó Europa reducida a escombros.

Mutti y yo aún vivíamos inmersas en riesgos e incertidumbres. Después de dejar la caseta de vigilancia de Birkenau, encontramos una habitación vacía en uno de los barracones del campo masculino de Auschwitz y nos instalamos en ella. Recuperamos algo de normalidad al dormir en camas de verdad, aunque fueran literas, y podíamos cerrar la puerta con llave y disfrutar de cierta privacidad y algún tiempo para nosotras. Comíamos la sopa caliente de patatas y repollo que nos servían los soldados, y hasta entablamos nuevas amistades con otros prisioneros. Aun así, no teníamos ni idea sobre qué nos depararía el futuro. Observábamos la actividad del campo y las agitadas idas y venidas de los soldados soviéticos. Nuestras vidas estaban literalmente en sus manos.

Tres semanas después de llegar, permanecimos despiertas una noche entera oyendo detonaciones de artillería y chasquidos de disparos. En algún lugar muy próximo se estaba librando una dura batalla.

—¿Crees que los alemanes avanzan otra vez? —le pregunté inquieta a Mutti.

—No lo sé, Evi —respondió—. Pero estoy segura de que los rusos cuidarán de nosotras.

A la mañana siguiente, asomó por la puerta un soldado ucraniano muy intranquilo para decirnos que los alemanes estaban contraatacando cerca del campo, y que era más seguro

trasladar a todos los supervivientes a un lugar más retrasado de las líneas soviéticas. Nada nos aterrorizaba más que la idea de que los nazis nos capturaran, pues sin duda nos asesinarían, así que aceptamos de buen grado salir de allí.

Una mañana gélida de febrero agarramos nuestros dos edredones y un pequeño bolso de tela que cosió Mutti para guardar nuestras pertenencias, y echamos a andar hacia la estación. Los camiones del ejército soviético nos adelantaban llevando a otros internos de Auschwitz-Birkenau hasta la vía del tren. A nuestras espaldas se desvaneció entre la fría niebla polaca una de las escenas de crimen más colosales del mundo.

Ahora emprendíamos otro viaje, y yo confiaba en que este nos condujera por fin hasta nuestra casa, con nuestra familia.

En la estación de Auschwitz vimos el tren con la larga ristra de vagones para el ganado, igual que el que nos había traído. Esta vez, en cambio, los coches se dejaron abiertos e hicimos paradas frecuentes para comer y hacer nuestras necesidades. Mutti y yo nos acostamos en el suelo sobre los edredones que llevábamos y nos calentamos junto a una pequeña estufa que habían encendido en el centro del vagón.

Desconocíamos cuál sería nuestro destino último, pero nos enteramos de que nos dirigíamos hacia Katowice, donde aguardaríamos a que los soviéticos decidieran qué hacer con nosotros a partir de entonces. Aunque estábamos inmensamente agradecidos a los rusos por salvarnos de los nazis, nuestras vidas seguían gobernadas por fuerzas desconocidas y daba la impresión de que teníamos muy poco que decir sobre nuestro futuro.

Hoy se llega por carretera desde Auschwitz hasta Katowice en un par de horas, pero nuestro avance en un tren de mercancías soviético transcurrió con una lentitud penosa. Polonia había quedado devastada por la contienda, que la despojó de la quinta parte de las calzadas del país y de dieciséis mil kilómetros de vías férreas. Además de eso, nuestro tren se detenía con frecuencia en apartaderos para que pasaran trenes de tropas soviéticas a toda máquina camino del frente.

Los campos que atravesamos parecían yermos y vacíos; más de cuatro años de ocupación nazi habían expulsado a comunidades enteras. Tres millones de polacos habían caído asesinados, y los judíos polacos habían desaparecido casi por completo.

Cuando parábamos en estaciones pequeñas para estirar las piernas, veíamos los restos de pueblos bombardeados y quemados. Buena parte de Europa tenía ese aspecto. Ciudades enteras habían quedado reducidas a montañas de escombros, y sus habitantes vivían bajo las casas derruidas, a menudo dentro de agujeros en el suelo. Una y otra vez parábamos en localidades demolidas de cuyos cráteres emergían figuras encorvadas, ancianas que cambiaban huevos y patatas por cualquier cosa que pudiéramos darles. Parecía un país de ancianas y niños.

A medida que traqueteábamos lentos por el paisaje polaco me sumí en un estado casi onírico, dedicado exclusivamente a dormir y a comer, en el que solo sentía la reconfortante realidad física de estar viva. A veces Mutti y yo entablábamos conversaciones con el resto de la gente congregada alrededor del fuego, pero lo habitual era que cada cual se perdiera en sus propios pensamientos y recuerdos. Cuando parábamos y bajábamos para descansar junto a las vías, solíamos mantener charlas más animadas con los soldados soviéticos. Los soldados judíos nos estrechaban la mano con efusividad, y compartíamos con ellos un profundo vínculo. Otros,

atormentados por la guerra, nos mostraban fotografías de sus familias y nos preguntaban si habíamos visto a sus seres queridos en algún lugar. Con independencia de su religión u origen, todos se declaraban fervientes partidarios de Stalin, y el largo sufrimiento que habían padecido a manos de los nazis había despertado en ellos una sed irrefrenable de venganza contra el pueblo alemán.

Durante aquellas paradas de descanso, hablábamos también con gente de otros vagones, y los jóvenes empezaron a emparejarse por el camino. Con frecuencia me dejaba vencer por el sueño oyendo a gente haciendo el amor en la oscuridad.

Tres semanas después de salir de Auschwitz, el 5 de marzo, llegamos a nuestro primer destino.

La marcha de las tropas nazis había reducido a polvo miles de años de cultura y patrimonio, como sucedió con la demolición de la ciudad de Varsovia, pero descubrimos que, a pesar del ambiente de miserable abandono, Katowice estaba bastante intacta. Se notaban en el aire los primeros indicios de la primavera; aún hacía frío pero los árboles empezaban a retoñar. Nos repartieron en barracones al borde de la ciudad provistos de colchones de paja para dormir, y allí me di mi primer baño en más de dos años.

—¡Mutti, esto es una maravilla! —grité mientras me amodorraba en el agua caliente—. ¡Otra vez me siento como una persona!

Por entonces me encontraba lo bastante bien como para desdeñar el basto pan amarillo de maíz que repartían los soviéticos.

—¡Cómetelo! —me ordenó Mutti, pero yo arrugué la nariz.

—No, ¡no me gusta!

Durante el día deambulábamos por Katowice disfrutando del paseo por las calles de la ciudad y mirando los escaparates de las tiendas, aunque estuvieran casi vacíos de género. Mientras pasaban los días, esperábamos ansiosas a conocer qué sería de nosotras a partir de entonces. Habíamos oído que los alemanes estaban contraatacando con fuerza en Polonia, y se decía que hasta podrían volver a apoderarse de Katowice. Se rumoreaba que los soviéticos nos trasladarían a un lugar más interior aún, a un destino desconocido.

El 31 de marzo nos encaminamos hacia el este. En la primera parada de descanso me bajé del tren para estirar las piernas y vi una figura conocida, abatida y sola al pie de las vías. Era Otto Frank. Mutti y yo habíamos coincidido en el tren con una amistad común, Rootje de Winter, que nos había informado de que Otto viajaba en nuestro mismo transporte. También nos contó que Edith Frank había muerto en Auschwitz, y que ella había tenido que darle a Otto la desoladora noticia.

—Es horrible —profirió Mutti—. Pobre hombre, me gustaría hablar con él y decirle cuánto lo sentimos.

Ahora tenía una oportunidad para hacerlo. La ayudé a bajar del vagón y avanzamos despacio hacia él. Volví a presentarlos.

—Señor Frank, esta es mi madre.

—Sí, fui una vez a su casa para preguntarle si Ana querría ir con Eva a unas clases particulares —dijo Mutti—. Me he enterado de la terrible noticia y lo siento mucho.

Otto hizo un gesto de asentimiento, pero parecía demasiado fatigado y abatido para mantener una conversación. Después de aquello subimos a bordo y continuamos el viaje.

Ahora atravesábamos paisajes agrestes salpicados de pequeñas casas de madera. En los pueblos donde se habían librado batallas intensas la gente se apañaba con casas hechas de paja, pero en otros lugares llegamos a ver cerdos y gallinas, lo que interpretamos como indicios de vida en medio de la desolación.

Habría deseado que nuestras tragedias hubieran concluido ya, pero nos faltaban algunas aún. El tercer día del viaje nos detuvimos a las afueras de la ciudad de Lemberg (ahora Lviv, en ucraniano, o Leópolis) y Mutti descendió del tren para aliviarse. En cuestión de minutos el tren volvió a emprender la marcha, pero Mutti aún estaba acuclillada junto a la vía.

—¡Mutti, Mutti! —grité tendiéndole la mano mientras ella corría por la vía.

Aún estaba débil y no logró sujetarse a mi mano para que la ayudara a subir a bordo. Otra gente del vagón también le tendió las manos, pero ella no consiguió alcanzarlas.

—¡Alto! —chillé mientras acelerábamos—. ¡Esperen a mi madre!

Los soldados ignoraban que Mutti estaba parada junto a la vía, desamparada, viéndonos desaparecer.

—Nos encontrará, todo saldrá bien —intentaron consolarme los demás.

—¿Cómo va a encontrarnos si ni siquiera sabemos adónde vamos? —respondí desesperada por nuestra nueva separación. Solo podía confiar en que de algún modo consiguiera regresar conmigo.

Viajamos durante tres días más hasta que llegamos a la ciudad ucraniana de Chernivtsi, donde nos acantonaron en un edificio abandonado que en otro tiempo había sido una escuela. Estaba muerta de inquietud; no podía creer que hubiera vuelto a perder a Mutti. Se había quedado completamente sola y yo no podía hacer nada para ayudarla. No tenía más remedio que esperar y procurar no perder la esperanza.

Una noche se encendieron las luces del vestíbulo y los soldados nos despertaron con el tintineo de los enormes baldes de patatas que andaban acarreando.

—¡Llegan más! ¡Llegan más! —explicaron.

Llegaban más soldados para luchar en el frente, y había que darles de comer. Yo estaba cansada, pero, por supuesto, me levanté dispuesta a ayudar. Entonces oí que muchas de las mujeres del campo se negaban.

—¿Por qué íbamos a pelar patatas? —protestaban—. Ya hemos trabajado mucho. Somos víctimas.

En aquel momento decidí no ser jamás una víctima, pasara lo que pasara. Nunca me permitiría tener esa mentalidad; era casi como aceptar el papel de inútiles totales que los nazis habían querido inculcarnos. Yo no era inútil. Yo era una superviviente.

Esa noche mondé más patatas de las que volvería a pelar el resto de mi vida, animada por el abundante vodka que nos dieron los soldados, quienes también nos entretuvieron con arrebatos de frenéticos bailes rusos.

Me desplomé exhausta en un letargo achispado y soñé únicamente con patatas.

—¡Déjame tranquila! —rezongué, después de lo que me parecieron tan solo unos instantes de

sueño, al sentir que alguien me pinchaba para despertarme. Sentí que unas manos me sacudían —. No. ¡Déjame dormir! —Me ceñí el edredón alrededor de los hombros y me di la vuelta. Las manos me sacudieron con más intensidad—. ¡Qué! —me rendí al fin, exasperada y abriendo los ojos. Era Mutti.

Desde que perdió el tren a las afueras de Lemberg, Mutti había viajado sola atravesando territorios que antes formaban parte de Austria y se había hospedado en Kolomea con una familia judía que acababa de regresar a su casa. Empleando alguna suerte de lenguaje de signos, un grupo de soldados soviéticos consiguió comunicarle que, según tenían entendido, el tren de Auschwitz se dirigía a Chernivtsi, y la acompañaron durante una parte del camino. Al final tomó un tren junto con algunos prisioneros de guerra británicos que aceptaron llevar al abuelo Rudolf y a la abuela Helen nuestra primera carta en tres años.

—¡Evi! —articuló Mutti con lágrimas de alivio en los ojos.

Ella estaba encantada de verme, pero yo, en lugar de recibirla con los brazos abiertos, sentí que me invadía una ira desatada.

—¿Dónde has estado? —voceé—. ¿Cómo se te ocurrió perder el tren? Me has tenido tan preocupada... —Seguí y seguí, desbarrando como una loca hasta quedarme al fin sin aliento.

Mutti fue muy paciente conmigo. Se limitó a abrazarme y a explicarme lo que había pasado.

—¡Incluso al enterarme de que estabas en Chernivtsi me aterró no saber dónde me encontraba porque no podía leer ningún letrero de la línea ferroviaria! Por suerte el cartel de la estación de Chernivtsi estaba en alemán, no en ruso; de lo contrario no nos habríamos encontrado en la vida.

Entonces le devolví el abrazo y noté lo delgada que estaba. La abarqué con los brazos.

—Evi —dijo—, te prometo que nunca más volveremos a separarnos.

Chernivtsi albergaba otra delicia memorable para mí: un cine. Al acomodador le costó dejarnos pasar. Aún resultábamos chocantes, incluso para la gente desgarrada por la guerra que nos rodeaba. En el interior, la granulada luz amarilla del proyector atrapaba partículas de polvo entre el patio de butacas y la pantalla y parecía detener el tiempo. Ante nuestra vista el emperador Francisco José conversaba y bailaba, y se afanaba en el viejo oficio del imperio como si el mundo no fuera a cambiar nunca. Los jardines del palacio de Schönbrunn lucían con toda la grandiosidad que recordaba de mi infancia. Los personajes hablaban un alemán rico, impoluto, que impactó de lleno en lo más hondo de mi memoria: era el idioma de mis antepasados y el que hablaba yo misma mucho antes de que los nazis lo volvieran deshonroso para mí.

Entonces se encendió la luz y vi que estábamos en una fila de asientos de terciopelo llenos de bultos irregulares que me provocaron picores en las piernas bajo la ropa destartalada y de segunda mano que llevaba puesta. Me rasqué el poco pelo que empezaba a crecerme en la cabeza, idéntico a los rastrojos del maíz, sabiendo que me delataba como superviviente de un campo de concentración, del mismo modo que la estrella amarilla había revelado a la gente que yo era judía. Junto a mí estaban Mutti y otras mujeres de Auschwitz y, mientras oía la música de Johann Strauss que sonó durante los créditos, me preguntaba cómo pudimos pasar alguna vez de aquello a esto.

Interrogando aún a todas las personas que nos topábamos para obtener alguna información

sobre la suerte de Pappy y de Heinz, y teniéndolos a ambos constantemente en nuestro pensamiento y nuestras conversaciones, Mutti y yo nos preparamos para emprender otra etapa de nuestro viaje. Esta vez nos dirigimos hacia las tierras devastadas del este de Ucrania para bajar hasta el puerto de Odesa, en el mar Negro.

El sufrimiento de Ucrania durante la guerra había sido brutal. Las mismas extensiones de tierra se habían disputado a menudo varias veces, y tanto el ejército soviético como el alemán habían quemado los núcleos urbanos al replegarse. Aquellas tierras llanas de labranza habían sido el granero de la Unión Soviética. Las granjas ucranianas producían un grano, unas verduras y unos embutidos legendarios. Ahora no se veían nada más que restos de la contienda, carros de combate y vehículos militares incinerados, carreteras convertidas en caminos inútiles, cráteres provocados por los proyectiles, y trincheras. La Unión Soviética perdió veintisiete millones de personas durante la segunda guerra mundial; de ellas, siete millones procedían de Ucrania, casi la quinta parte de la población.

El desconsuelo solo remitió ligeramente cuando entramos en la estación de Odesa y sentimos el calor de un sol tropical en la espalda. En Odesa el clima era cálido y la ciudad descansaba al pie de colinas de un verdor denso que se deslizaban hasta las aguas transparentes del mar Negro. Aunque la guerra se había cobrado su tributo en las infraestructuras básicas y no había agua corriente, la colorida floración de la vegetación y el carácter animado de la gente nos devolvieron la vida. Descubrí que Odesa también era una ciudad preciosa por sus edificaciones. Nos alojamos en un palacio de verano abandonado que había pertenecido a los zares, y me quedé maravillada ante la belleza de los frescos del techo y la finura de los suelos de parqué.

Más aún me maravillaron la pasta y el cepillo de dientes que me dio uno de los soldados australianos que, mientras esperaban el regreso a casa, estaban acampados con nosotras en los suelos del palacio. Imaginen: no me había lavado los dientes desde antes de llegar a Auschwitz y la sensación fue exquisita.

Durante seis semanas nadé en las aguas del mar Negro enfundada en un traje de baño improvisado, me tumbé en sus playas a tomar el sol con avidez y exploré la ciudad de Odesa en tranvía con Mutti. El 11 de mayo fue mi decimosexto cumpleaños e hicimos una pequeña celebración. Una de las niñas del grupo me regaló un collar precioso hecho a mano con conchas marinas.

Llegaban con regularidad paquetes de la Cruz Roja para los prisioneros de guerra, pero nosotros, por ser judíos, nunca recibimos nada de esa organización. Sin embargo, los soldados australianos eran amables y generosos y nos daban chocolate y regalos. Mi madre entabló bastante amistad con uno llamado Bill que quiso tener un escarceo con ella en su puesto en el campo. Ella le aseguró que estaba felizmente casada y a la espera de reunirse con su marido, pero, con unas palabras que nos helaron el día a pesar del cálido sol, él le respondió:

—Recuerda, Fritzi, que quizá seas viuda.

Ninguna de las dos estábamos preparadas para contemplar esa posibilidad.

El 7 de mayo de 1945 nos llegó la noticia que todos esperábamos: los alemanes se habían rendido sin condiciones. Hitler se había suicidado una semana antes. La guerra había terminado. El estallido de júbilo desenfrenado tambaleó los cimientos del palacio con bailes, cánticos, risas

y ebrias declaraciones de amor. Aquel día lo celebramos todos juntos: soldados, prisioneros de guerra, soviéticos y refugiados. Entonces, unos días después, nos despertamos otra vez solas. Los australianos se habían marchado durante la noche. Las amistades durante la guerra quizá fueran profundas, pero solían ser pasajeras.

A Mutti y a mí también nos preocupaba el futuro. El fin de la guerra nos permitía pensar en volver a Ámsterdam, pero la última etapa de nuestro viaje también sería complicada. Cuando Mutti fue a registrarnos para regresar a Holanda, un judío neerlandés le espetó:

—Pero ustedes no son holandesas, son austriacas. Ya tenemos bastantes judíos como para llevarlas a ustedes de vuelta allí. —A la larga acabaríamos descubriendo que el fin de la guerra no representó el fin de los prejuicios, sino todo lo contrario.

Mutti insistió en que no queríamos volver a Austria. Al final nos incluyeron en la lista de pasajeros de un buque de la armada neozelandesa llamado *Monowai* que estaba atracado en Odesa y que nos llevaría hasta Marsella.

El 20 de mayo embarcamos ante una formación de oficiales de la marina vestidos con uniformes blancos, y nos adentramos en otro mundo. Allí encontramos sábanas blanquísimas en las camas, manteles de lino, tazas de té de porcelana china y toda la comida que fuéramos capaces de ingerir. La contemplación del comedor meticulosamente dispuesto deshizo a Mutti en un torrente de lágrimas. El segundo día que pasamos a bordo, el capitán rogó por megafonía que no acumuláramos comida en los camarotes, que había gran abundancia y que podíamos comer todo lo que quisiéramos. Después de tanto sufrimiento, fue abrumador que nos volvieran a tratar como a seres humanos decentes.

Surcamos el Bósforo directos hacia Estambul y el mar Mediterráneo —un grupo andrajoso de supervivientes de un campo de concentración, aún demacrados con aquellos harapos que llevábamos puestos—. Las mujeres ocupamos camarotes de las cubiertas superiores, pero a veces veíamos a los hombres, que dormían en hamacas debajo. Una o dos veces vi a Otto Frank, pero parecía ido, perdido en unos pensamientos obviamente muy distantes.

Una semana después, arribamos a Francia con gran fanfarria y celebración. Al bajar del barco saludamos a la gente que nos aclamaba desde el muelle, pero, en cuanto nos siguió por la pasarela un grupo de prisioneros alemanes que también enviaban de vuelta a casa, los franceses les dieron la espalda y guardaron silencio.

Para gran fastidio mío, Mutti se quedó atrás para colaborar en el proceso de registro, pero yo volví a darme un atracón en el banquete de bienvenida. Cuando al fin regresó, yo estaba un poco bebida y le grité:

—¿Dónde has estado, metomentodo? ¡Te has perdido la comida!

Al día siguiente embarcamos en un tren en el que atravesamos toda Francia, y vi que muchas de las localidades por las que pasamos tenían un pelele de Hitler colgando de una horca. Cuando parábamos en alguna estación asomaban por las ventanas caras de gente corriente dándonos pan y vino, lo cual me pareció admirable hasta que reparé en que lo hacían para ayudar a los soldados franceses que regresaban a casa, no a nosotras.

Europa era un continente sumido en el caos que soportaba el mayor trasiego de desplazados jamás visto en el mundo. Hubo veinte millones de personas en tránsito para volver a sus casas. El

resultado fue la confusión y, a menudo, el colapso absoluto de la ley y el orden. Parece una cifra increíble hasta que recuerdas que incluía a millones de condenados a trabajos forzados, así como cantidades inmensas de personas que huían de la devastación del frente oriental, gente de etnia alemana que había salido corriendo ante el avance del ejército soviético en Polonia, la República Checa y Hungría, y hasta cuatro millones de alemanes en calidad de refugiados desplazados dentro de su propio país. Y eso sin tener en cuenta siquiera las fuerzas aliadas y la gran cantidad de soldados alemanes que se rindieron.

Logramos llegar hasta el sur de los Países Bajos y allí esperamos a que las fuerzas aliadas construyeran pontones en los ríos para recorrer por carretera los últimos kilómetros que nos faltaban. A través de las ventanas del autobús contemplamos las llanuras de tulipanes que tanto había admirado, así como los molinos de viento y las granjas del campo que había llegado a considerar mi propia tierra.

Al fin nos adentramos en la periferia de Ámsterdam y nos detuvimos fuera de la inmensa mole decimonónica de la Estación Central. Descendí las escaleras del autobús y pisé suelo holandés libre por primera vez en años, con un cosquilleo de emoción pero también extraviada en la gravedad del momento. Estábamos en casa, aunque no supiéramos qué significaba eso, pero ninguna amistad vino a recibirnos, ningún rostro sonriente, ninguna banda de música como en Francia. Y, lo más importante, ni rastro de Pappy o de Heinz.

Varios funcionarios municipales, tras mesas improvisadas con tablones sobre caballetes, aguardaban para tomarnos los datos, pero no mostraron ningún interés en saber dónde habíamos estado, adónde debíamos dirigirnos ahora o qué nos depararía el futuro. Desde el momento en que nos capturaron, los nazis habían vigilado y controlado cada instante de nuestras vidas, pero ahora parecía no haber ni un alma para guiar nuestro destino.

Me sentí realmente liberada... y aterrorizada.

«El resto de mi vida empieza ahora —pensé—, pero no tengo la menor idea de qué hacer con ella.»

—¿Adónde iremos? —le pregunté a Mutti.

La ciudad se veía insignificante y abatida, incluso en pleno verano, y la gente transitaba apresuradamente con la cabeza gacha.

Mutti se encogió de hombros y frunció el ceño.

—Probemos con los Rosenbaum —dijo, recordando a aquellos buenos amigos de antes de la guerra.

Nos colgamos la pequeña bolsa que llevábamos y echamos a andar despacio por la ciudad. Los edificios y los canales parecían iguales, pero había cambiado algo esencial en el ambiente de Ámsterdam.

Los holandeses habían pasado muchas penurias en los últimos años de la guerra, y la mayoría de la gente no tenía ningún interés en oír los problemas de los pocos refugiados judíos que regresaban. Por entonces los horrores de los campos de concentración y el Holocausto apenas se conocían. La actitud de alguna gente podría resumirse así: «Os acogimos y os atendimos en los años treinta, ¿qué hacéis otra vez aquí? ¿Qué más queréis de nosotros?».

En 1944 los nazis habían resuelto que los hombres neerlandeses de edades comprendidas

entre los dieciséis y los cuarenta años serían deportados a Alemania para realizar trabajos forzados. Aquello provocó un resentimiento masivo y el aumento de la población que apoyaba la Resistencia. En total, un tercio de los hombres holandeses, casi quinientos mil, acabó en Alemania realizando trabajos o bien forzados o bien voluntarios.

Y entonces, en el invierno de 1944, Ámsterdam cayó en las garras del «invierno del hambre».

Los aliados habían liberado los Países Bajos del sur en el otoño de 1944, pero Ámsterdam y el resto del país permanecieron bajo el control alemán. En septiembre de 1944, el Gobierno neerlandés en el exilio, con base en Londres, convocó una huelga del ferrocarril para paralizar el transporte de tropas alemanas y facilitar el aterrizaje de las fuerzas aéreas aliadas cerca de Arnhem. Más de treinta mil empleados ferroviarios participaron en dicha huelga, pero los alemanes siguieron empleando sus propios trenes de tropas y los aterrizajes aliados fracasaron. La verdadera consecuencia del paro fue que los alemanes decidieron castigar a los neerlandeses interrumpiendo el suministro de alimentos. La prohibición solo se prolongó seis semanas pero, incluso cuando se levantó, la recepción de comida no recuperó la normalidad porque la red ferroviaria seguía paralizada. También cesó el transporte de carbón desde las regiones liberadas del sur del país, así como el gas y la electricidad. En invierno la situación se volvió desesperada: la gente cortaba los árboles de la calle para encender hogueras y organizaba «expediciones de caza» al campo durante las cuales solo encontraba para comer bulbos de flores. Más de veinte mil personas murieron de hambre.

Mientras nos desplazábamos por Ámsterdam aquella primera mañana de nuestro regreso, observamos una expresión, endurecida en los rostros que nos cruzamos, así que, cuando Mutti y yo llegamos a la casa de los Rosenbaum, llamamos a la puerta principal con cierto recelo. Nos preguntábamos si seguirían allí, y si se alegrarían de vernos.

Por fortuna, no había motivos para preocuparse. Martin Rosenbaum abrió la puerta y, con una sonrisa radiante, exclamó:

—¡Fritzi Geiringer!

Martin tenía otro motivo para mostrarse tan contento ese día. En medio de la miseria de la guerra, los Rosenbaum habían generado algunas novedades fantásticas. Después de años sin lograr la concepción, la esposa de Martin, Rosi, acababa de dar a luz a su primer hijo, un pequeño llamado Jan que solo tenía tres días de vida. Antes de la guerra los Rosenbaum habían fumado sin medida, así que los años de austeridad tal vez habían servido para algo bueno. Rosi aún estaba en el hospital, pero aceptamos felices quedarnos un tiempo para ayudarlos con el bebé cuando ella volviera a casa.

Mutti descubrió que, a diferencia de muchos de los judíos que volvían, nosotras podríamos regresar al piso del número 46 de Merwedeplein. Gracias a la previsión de Pappy, aún estaba registrado a nombre de la señora cristiana que era su dueña, al igual que nuestros muebles. No obstante, al principio estábamos demasiado asustadas y amedrentadas por todas las experiencias vividas como para regresar allí solas, y agradecimos mucho a los Rosenbaum la amabilidad de que nos ofrecieran un lugar donde quedarnos. (De hecho, yo adoraba a su precioso niño, quien creció hasta convertirse en un hombre encantador y hoy es un gran amigo.)

Mutti se dio cuenta enseguida de que hasta los Rosenbaum tenían poca comida y

combustible, y se preguntó si habrían sobrevivido algunas de las provisiones que habíamos escondido tiempo atrás. En cuanto nos instalamos emprendimos la búsqueda de los Reitsma, la familia que nos amparaba cuando nos capturaron. Al igual que los Rosenbaum, seguían viviendo en Ámsterdam, y se mostraron encantados de vernos. A la señora Reitsma le habían encargado el diseño de sellos postales para conmemorar la liberación, y su hijo, Floris, había ingresado en la Universidad de Ámsterdam. Ellos nos comunicaron que no había quedado nada de las reservas de comida: las habían consumido ellos mismos para sobrevivir a la guerra. Y no tenían muy buen sabor.

—Hasta el chocolate sabía a bolas de naftalina —le comentó la señora Reitsma a Mutti—, pero no nos importó.

—Me alegro de que alguien diera buena cuenta de ello —respondió Mutti.

16

Otra vez Ámsterdam

Unos días después de nuestra vuelta a Ámsterdam, llamaron a la puerta de los Rosenbaum, abrí y me encontré, allí de pie, a Otto Frank. Estaba tranquilo, pero tan delgado como la última vez que lo había visto a bordo del barco que tomamos en Odesa. Lo dejé pasar y lo guié hasta donde estaba sentada Mutti.

—Nos hemos visto antes, ¿verdad? —preguntó ella—. Nos encontramos en el tren.

Él frunció el ceño un momento, como si intentara desenterrar algo de las profundidades de la memoria. Entonces sacudió la cabeza.

—Lo siento, no me acuerdo —dijo—. Saqué su nombre de la lista de supervivientes. Intento saber qué ha sido de Margot y Ana.

Otto se sentó con Mutti y charlaron durante largo rato intentando reforzar la confianza de cada cual en que volveríamos a reunirnos con nuestras familias.

Tras varias semanas supimos que había llegado la hora de irse a casa, incluso sin Pappy y Heinz, y Mutti acudió a buscar las llaves de nuestro piso. Al caminar por la plaza de Merwedeplein y subir los escalones del edificio, me invadió la sensación de estar retrocediendo en el tiempo.

Mutti introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta: ante nosotras se desplegó el comedor silente, con todos nuestros muebles, pero sin vida. Las sillas estaban en la misma posición, como si acabáramos de levantarnos, e idénticas cortinas pendían de las ventanas esperando a que alguien llegara a casa para correrlas. Avancé hasta el dormitorio y toqué la marca que Pappy había pintado en la pared con mi estatura. Fuera había el mismo jaleo de niños jugando.

Aquella noche oí que un coche se detenía fuera y cerraba sus puertas, y tuve la seguridad de que eran Pappy y Heinz que volvían a casa para reunirse con nosotras. Pero las voces se perdieron en la oscuridad, y me quedé con la extraña sensación atolondrada de que todo estaba patas arriba.

Al final me dormí deseando ver a mi padre y a mi hermano de nuevo, y por primera vez desde que salí de Auschwitz soñé con los horrores de los campos de concentración. En mi sueño aparecía ante mí un pozo negro sin fondo que creció y creció hasta tragarse el mundo entero, y

desperté a Mutti con mis gritos febriles.

A lo largo de las semanas siguientes, la vida cobró en cierto modo la forma de una existencia normal, aunque en esencia todo había cambiado.

Mutti y yo probamos cuanto se nos ocurrió para saber qué había pasado con Pappy y Heinz, pero la situación era caótica. Todo el mundo buscaba a sus familiares. Mutti hasta llegó a poner un anuncio en el periódico pidiendo información sobre ellos, pero no recibimos ninguna.

Como cabeza de familia, Mutti también tenía que pagar nuestra manutención y el alquiler del piso de Merwedeplein. Durante los primeros meses después del regreso aprendió a usar parte del cuero que quedaba del negocio de mi padre para hacer cinturones. Yo solía llegar y encontrarme el suelo lleno de recortes listos para coser. Al principio hubo bastantes pedidos y Mutti hasta pensó en exportar, pero con el tiempo se volvió cada vez más difícil vender lo suficiente para ganarse la vida, y empezó a buscar otra salida. Mi madre ya había demostrado ser una persona sumamente adaptable y fuerte, y esta vez también lo hizo. Acordó con Martin Rosenbaum que empezaría a trabajar como secretaria en su fábrica de corbatas.

Igual que en otro tiempo había tenido que aprender a cocinar o a arreglar y confeccionar cinturones, ahora tuvo que aprender a mecanografiar, y también le resultó una habilidad difícil de dominar.

—¡Oh, Evi! —suspiraba al entrar por la puerta cada tarde—. ¿Cuándo le pillaré el tranquillo a esto?

Traía el bolso repleto de legajos de papel con cientos de errores tipográficos.

—No pueden enterarse de lo mala que soy —me decía jurando practicar y mejorar.

Ahora sospecho que sus compañeros tenían alguna idea de su bajo rendimiento inicial.

También yo comencé una nueva actividad para ganar dinero pintando motivos florales en pequeños broches de madera. Hubo un momento en que llegué a hacer alrededor de seiscientos.

Para complementar los ingresos de Mutti, tuvimos dos inquilinas que también eran refugiadas judías. Una de ellas fue Truda Heinemann, miembro de la familia de la conocida casa editorial.

Vivir en nuestro piso con dos mujeres desconocidas fue raro, pero una vez más yo no tenía ningún interés en recuperar la normalidad. Así y todo, Mutti estaba decidida a que no me pasara el día sentada sin nada que hacer aparte de deprimirme. Cuando aún vivíamos con los Rosenbaum, envió una carta al director del Liceo de Ámsterdam para explicarle mis circunstancias. Aunque había perdido gran parte de mi formación, Mutti le pidió que me permitiera volver para acabar la escuela: era indispensable para mi futuro. El director, el doctor Gunning, aceptó. Mutti me comunicó que volvería a ir a clase a finales del mes de agosto.

Al mismo tiempo que intentábamos retomar el hilo de la vida cotidiana, también aumentaba la desesperación de nuestro empeño por descubrir qué había sido de Pappy y Heinz. Cada vez regresaba más y más gente de distintas partes de Europa, y había anuncios pegados por toda la ciudad que solicitaban cualquier información sobre seres queridos desaparecidos. Mutti revisaba con desazón los listados de la Cruz Roja, pero no figuraba nada sobre ellos.

Otto Frank nos visitó con frecuencia a lo largo de aquel verano. El 25 de julio se enteró de que tanto Margot como Ana habían fallecido. Localizó a dos hermanas que habían estado con

ellas en el campo y que le confirmaron lo peor: ambas habían muerto de tifus en Bergen-Belsen. La noticia lo dejó completamente desolado; vivió ese momento como si también fuera el final de su propia vida.

Los tres lloramos con amargura y, cuando Otto se marchó aquella tarde, me acurruqué en el regazo de Mutti y permanecimos agarradas largo rato.

—Al menos nos tenemos la una a la otra, Evi —articuló Mutti acariciándome el brazo—. Este pobre hombre no tiene a nadie.

Otto siguió visitándonos para que nos diéramos apoyo mutuo. Y fue una de esas tardes en nuestro piso cuando oí hablar por primera vez del diario de Ana. Otto llegó con un pequeño paquete en las manos, envuelto en papel marrón con un cordel. Casi temblaba de agitación cuando nos contó que Miep Gies, una de las personas que había ayudado a esconderse a la familia Frank, había encontrado el diario en el ático después de que los arrestasen, y lo había guardado para cuando Ana regresara. Con la confirmación de que Margot y Ana habían fallecido, la señora Gies decidió entregárselo a Otto. Él había empezado a leerlo de inmediato, pero no pudo avanzar más de unas cuantas páginas seguidas.

Entonces, Otto desenvolvió con emotividad el paquete y empezó a compartir con nosotras algunos fragmentos. Leía despacio, pero tembloroso, y no fue capaz de avanzar mucho sin deshacerse en lágrimas. La hija que descubrió en esas páginas, una Ana irreconocible, lo dejó atónito con sus profundas reflexiones acerca del mundo.

A Mutti y a mí también nos sorprendió. En ese momento ninguno de nosotros alcanzó a imaginar ni en el más descabellado de sus sueños que el diario acabaría publicándose, y mucho menos que se convertiría en un libro histórico que cambiaría el mundo.

El 8 de agosto de 1945, también nosotras recibimos la espantosa carta de la Cruz Roja. Aquellas cartas llegaron a buzones de toda Europa, portadoras de unas líneas escuetas, frías y oficiales que la gente leía con una mezcla de horror y pánico que quedaban transformados en un duelo incrédulo y abrumador.

Apenas recuerdo nada del día que recibimos la carta. Aún me duele tanto que siempre lo he bloqueado en mi cabeza, y lo conservo casi en blanco.

La carta confirmaba con un lenguaje duro, casi clínico, que tanto Pappy como Heinz estaban muertos. Los habían sacado de Auschwitz durante la forzosa marcha mortal y habían llegado al campo de concentración de Mauthausen, en Austria, el 25 de enero de 1945.

A Pappy le asignaron una unidad de trabajo, pero falleció a las 6.20 de la mañana del 7 de marzo. La carta decía que Heinz había muerto de extenuación en algún momento entre el mes de abril y el 10 de mayo de 1945.

Mutti se quedó sentada a la mesa de la cocina durante horas, con la carta en la mano. Recuerdo que yo di mil vueltas por el piso aturdida, incapaz de creerlo.

A lo largo de los años, recibimos otras cartas de la Cruz Roja con datos contradictorios y hasta distintas fechas de nacimiento de Heinz. Mutti persiguió a la Cruz Roja hasta la década de 1950 intentando descubrir la verdad, pero nunca recibimos una respuesta clara, ni localizamos a nadie que hubiera estado en Mauthausen y pudiera contarnos lo ocurrido. Tuve que aceptar que jamás sabríamos qué les pasó en realidad.

Aquello se tornó muy familiar: el sonido del buzón metálico al empujar la rejilla del papel, el golpe suave del sobre contra la chapa. Y, después, una sola página blanquísima en la mano, el sello oficial en la parte superior, y los escasos párrafos directos. Incluso hoy me resulta imposible describir la sensación que te recorre el cuerpo como un torrente repentino de veneno gélido cuando te das cuenta de que ese hecho tan común, la recepción de una carta, representa el fin de todo tu mundo.

Justo antes de la Navidad de 1945, Mutti escribió a su madre dejando aflorar todos sus sentimientos como nunca había hecho conmigo, y manifestando ya cierto consuelo en su amistad con Otto Frank.

> El señor Frank dice que cuando nos ponemos tristes somos muy egoístas. Sentimos lástima de nosotros mismos porque perdemos algo vital para nosotros, pero con eso no ayudamos a los que hemos perdido, porque ya no sienten dolor...
>
> No estoy de acuerdo con él porque lo que más me apena a mí es la falta de sentido, la interrupción de esas vidas, que estén inacabadas...
>
> Con «Heinzerl» siempre pienso que quizá se habría quedado ciego porque lo que más nos preocupaba siempre era su vista, pero le han ahorrado esa experiencia. Así que no debemos quejarnos. Está claro que no sabemos qué pesares nos traerá la vida...
>
> ... Si mimo a Evi no es tanto porque quiera que olvide todo lo que ha sufrido, sino más bien porque no quiero que piense en lo que se está perdiendo. No quiero que piense «Pappy me habría dejado hacer esto», o «Podría haber hablado esto con Heinz».
>
> Me encantaría ser capaz de reemplazar a esos dos seres tan queridos para ella, y por eso quiero ganar suficiente dinero para que pueda estudiar y hacer todo lo que se proponga, como si su padre aún estuviera vivo...
>
> Espero que no pierda ese carácter afable tan suyo, y espero no hacer las cosas mal...

Había algo muy concreto que podíamos hacer juntas para acercarnos más a Pappy y Heinz. Recordé que, en el tren que nos llevó a Auschwitz, Heinz me había contado que había escondido sus cuadros bajo el suelo de madera del lugar donde había permanecido oculto. Convencí a Mutti para que me acompañara a la casa de Gerada Katee-Walda a mirar si aún seguían allí.

Me sentí muy rara al realizar el viaje desde Ámsterdam sabiendo que se trataba de la misma ruta que hacíamos para ver a Pappy y Heinz tan solo un año y medio antes. Casi tuve que pellizcarme para creer que ellos no estarían esperándonos allí.

Tanto a Mutti como a mí nos inquietó tener que ver a Gerada Katee-Walda de nuevo, pero, cuando llamé con los nudillos a la puerta, descubrimos que se había marchado y que ahora residía en la casa una pareja joven. Cuando les expliqué la situación se mostraron desconfiados, y el hombre estiró el brazo al frente para detenernos al tiempo que decía:

—Verán, no queremos vernos envueltos en nada.

—Oh, por favor, déjenos pasar —dije—. Solo déjenos mirar...

Pero el hombre se mantuvo inflexible y Mutti empezó a tirarme de la manga para que me fuera.

Después de bajar unos pocos peldaños, se giró y espetó:

—Sé que suena raro, pero esos cuadros son lo único que nos queda de mi hijo, y encontrarlos significa mucho para mi hija.

Noté que las palabras de Mutti hicieron mella sobre todo en la mujer, y el hombre se echó a

un lado, reticente, y permitió que entráramos en la casa.

Subimos las escaleras y nos adentramos hasta la habitación donde se habían ocultado Pappy y Heinz. Me senté en el suelo debajo de la ventana del ático y pasé los dedos por la plancha de madera que me había dicho Heinz. Lo imaginé tocando aquella misma plancha y pensé: «Oh, Heinz, ¿por qué no estás aquí ahora recuperando tus cuadros?».

No estoy segura de que esperara encontrar algo, pero, cuando levantamos las tablas y miramos debajo, encontramos varios lienzos planos. Metí la mano y palpé un cuadro, después otro y luego otro. Mutti los sacó de allí con manos temblorosas, y ante nuestra vista se desplegaron las fabulosas dotes e imaginación de Heinz.

—Mira el barco en el mar —comentó Mutti. Navegaba por una bahía soleada, como si quien lo pintó no tuviera preocupaciones en el mundo.

Encontramos veinte cuadros de Heinz y diez de Pappy aún intactos.

Un cuadro en concreto me inundó los ojos de lágrimas, y tuve que recobrar la firmeza. Heinz se había pintado a sí mismo estudiando en un pupitre; el calendario de la pared señalaba el día 11, el día de mi cumpleaños. Me llegó al alma saber que estaba pensando en mí igual que yo pensaba en él. Deseé con desesperación poder verlo y oír sus alegres historias y carcajadas, aunque solo fuera una vez más.

17

Una nueva vida

A pesar de sus excelentes intenciones, yo estaba tan angustiada y afectada que culpaba a Mutti de educarme mal, y la atacaba a menudo.

5 de enero de 1946

Fleur ha salido. ¿Por qué tiene que hacerlo? ¿Es que no sabe que no puedo estar sin ella?

Mientras he estado leyendo, no fue demasiado mal. Pero ya no puedo leer más. Este libro no es adecuado para mí. Me pregunto si Fleur lo sabía. Yo siempre me leería un libro antes de dárselo a un hijo.

Soy tan infeliz, no sé por qué. Quiero matarme.

No siento ningún respeto por mí misma, me desprecio. Fleur no me comprende.

Pappy me entendería. No sé por qué, pero siento que Pappy y Heinz aún están vivos. Regresarán para ayudarme.

No entiendo por qué Fleur no me educa como es debido. Sabe lo que quiero. Cuando eres lo bastante mayor puedes hacer lo que quieres. Cada vez noto más lo negativa que es Fleur para mí. Es demasiado buena. Si fuera un chico, ¿quién sabe lo que haría con mi vida? Estoy tristísima, desesperada. Todo me asquea, sobre todo yo. Quiero a Vaz Dias y a los Czopp. ¿Por qué no me ayuda Fleur a querer más? ¿Por celos? ¡Bah!

Esta carta que me escribí a mí misma en enero de 1946 revela en qué estado mental me encontraba. Fleur es mi madre. Le pusimos ese nombre en Bruselas porque nos parecía que *Mutti* sonaba demasiado germánico. No recuerdo a qué libro me refería, ni adónde se había ido mi madre —puede que a la compra, y sin duda alguna a ningún lugar espectacular—. Yo era una niña de quince años con una confusión y una infelicidad desesperantes, y creía firmemente que mi padre y Heinz seguían vivos.

A veces regresaba gente de forma inesperada tras pasar años desaparecida, incluso aunque figuraran entre los fallecidos, así que mi convicción no era inverosímil. Después llegó la carta de la Cruz Roja con la confusión sobre el año de nacimiento de Heinz, lo cual solo sirvió para afianzar mi idea de que todo se debía a un horrible error.

Durante muchos años después, cada vez que oía un coche detenerse fuera daba un brinco, creyendo que quizá vendrían en él. Me parecía inconcebible que yo, una niña pequeña, hubiera sobrevivido, y en cambio mi padre —aquel hombre activo y robusto que yo siempre admiré— no. Me acusaba a mí misma, con un sentimiento de culpa terrible, por haberle contado la última

vez que lo vi en Auschwitz que creía que habían gaseado a Mutti. Estaba convencida de que fue eso lo que le quitó las ganas de vivir.

Imagino que muchas quinceañeras se identificarán con los sentimientos que tenía yo hacia mi madre. Mutti era la persona más próxima a mí del mundo, y la persona hacia la que a veces sentía un resentimiento mayor. Bajo la hostilidad que sentía hacia ella yacía el sentimiento de que, en cierto modo, se habían quedado atrás las personas equivocadas. Yo era hija de mi padre, y Heinz era hijo de su madre. Y, sin embargo, ahí estábamos las dos, Mutti y Eva.

(Para quien sienta curiosidad, Vaz Dias era un chico con el que salí en un par de ocasiones. En realidad no recuerdo que estuviera enamorada de él; de hecho, estoy segura de que no lo estaba, ¡pero es evidente que en ese momento me sentía bastante atraída por él!)

Esta carta ha permanecido muchos años enterrada entre otros papeles y fotografías míos en mi piso del norte de Londres. Lo que más me sorprendió cuando la recuperé y la releí fue la declaración de que quería suicidarme. Conservo un recuerdo vívido de los sentimientos de autorrechazo, desprecio y desesperación de aquella época, pero, si me hubieran preguntado si recordaba haber pensado en suicidarme, habría respondido que no.

En mi trabajo actual suelo cruzarme con gente en circunstancias sombrías que me dice que ha pensado en suicidarse o que lo ha intentado alguna vez. Por lo común recurro a mi historia personal para intentar convencerla de que siempre hay esperanza y de que la vida cambia sin cesar —a veces a mejor, otras a peor—. Nada permanece siempre igual. Ahora veo que también yo contemplé la posibilidad de suicidarme, y puedo afirmar sin equivocarme que esos sentimientos se pasan.

Los acontecimientos y pérdidas traumáticos imponen un proceso de recuperación tan lento y gradual que al principio no notamos la parsimoniosa vuelta a la normalidad. Por supuesto, hay días en los que aún me siento muy abatida, derrotada y absorta, pero puedo asegurar a quien haya caído en el pozo de la depresión o la desesperanza que a la larga nos reponemos de todo y seguimos adelante con la vida.

Cuando leo esa carta me cuesta creer que nadie reparara en el estado de profunda tristeza en el que me encontraba, pero otra misiva parece evidenciar que ni siquiera Mutti tenía idea de lo mal que me sentía en realidad. Justo después de su cumpleaños, en febrero de aquel mismo año (solo dos semanas después de mi angustiada carta), escribió a los abuelos para contarles que le había hecho una bandeja de madera con flores pintadas y las letras *Mes Fleurs* rotuladas en la parte superior. «Me escribíais que debo de tener muchas satisfacciones con Evi. Es una niña muy buena, valiente y cariñosa. Si supierais lo que se ha esmerado para alegrarme en mi cumpleaños...»

El día que cumplí cincuenta años, en 1979, Mutti me dedicó una alabanza de cuatro páginas mecanografiadas en las que echó una mirada retrospectiva a nuestras vidas, y en cierto lugar comentaba lo bien que me había adaptado de nuevo a la vida en Ámsterdam.

> Volviste al colegio y, como habías estudiado durante los dos años que pasamos escondidas, recuperaste bastante bien el ritmo del Liceo. Pero no te hacía muy feliz ser más madura que el resto del alumnado por todo lo que habías vivido.
>
> Sin embargo, fue una suerte que te encontraras con una antigua amiga, Letty. Acababa de volver de

> Theresienstadt con su madre, mientras que su padre y su hermano [Herman, mi primer «novio»] habían muerto. Ella tenía los mismos problemas que tú. Con el tiempo encontraste otras amistades de chicas y chicos, te invitaban a fiestas, salías a navegar, llevabas una vida normal.
>
> Creo que hice todo lo que pude para ser tu madre, tu padre y tu hermano en una sola persona.

Me conmueve profundamente leer la última frase en la que mi madre comenta lo que sin duda le supuso un gran reto. Sí, tuvo que serlo todo para mí. Tuvo que ponerse al frente, cuando antes era mi padre quien tomaba todas las decisiones, y mal que bien tuvo que mostrarse positiva ante mí, a pesar de su propia desesperación, para guiar y convencer a su abatida hija de que se forjara una vida que valiera la pena.

Pero no puedo creer que realmente pensara que me sentía feliz y que me había integrado bien. En efecto, salía a navegar y acudía a fiestas, pero solo porque ella me obligaba. Si me hubiera dejado a mi aire, ni siquiera me habría bajado a rastras de la cama. Más adelante, añade: «Llevabas una vida ajetreada pero creo que te gustaba». Nada quedaba más lejos de la realidad.

Asistí con desgana al Liceo de Ámsterdam, donde me sentía mucho más mayor que el resto de los estudiantes. Antes de la guerra parecía bastante pequeña para mi edad, pero ahora me oprimían experiencias terribles que, en mi opinión, nadie más entendería.

Cierto que algunos viejos amigos y conocidos regresaron a Ámsterdam, y que disfrutaba con la distracción que me brindaban los días que pasaba con Ninni Czopp, a quien habíamos conocido en Westerbork y que había permanecido a nuestro lado cuando llegamos a Birkenau. Ninni vivía ahora con su hermana en la localidad de Hilversum, y ambas cuidaban de la hija pequeña de su hermano, llamada Rusha. Al hermano de Ninni y a su esposa los habían deportado a un campo nazi y allí habían fallecido.

Mutti y yo nos volcamos mucho con aquella niña y otro pequeño, Robbie, que era hijo de la señora que los había ocultado antes de su captura. Hasta escribimos a Inglaterra para pedir a nuestra familia que nos mandara alguna ropa para ellos.

Nos enteramos de que nuestra prima Minni, quien nos había salvado la vida en Birkenau, también había sobrevivido, aunque su marido no. Tras la liberación, Minni volvió sola a Praga durante un periodo breve, y después vino a visitarnos camino de Palestina, donde empezó una nueva vida con sus dos hijos, que ya vivían allí. Mantuvimos un contacto estrecho con Minni durante el resto de su vida, la cual se vio marcada por otra tragedia cuando una mina terrestre mató al menor de sus hijos, Stephen, en 1948, durante la guerra de independencia de Israel.

La verdad es que la vida fue dura para todos los supervivientes.

Ellen, la niña que tanto había encandilado a Heinz antes de escondernos, regresó a Merwedeplein y nos encantó volver a verla. Sin embargo, las tensiones de la guerra la superaron y se fue volviendo loca poco a poco. A veces venía y me preguntaba como ausente: «¿Dónde está Heinz? No entiendo dónde se ha metido Heinz». Al final la familia se vio obligada a internarla en un sanatorio mental donde pasaría el resto de su vida. La visité una vez, pero ni siquiera me reconoció.

Incluso los que no habían padecido una deportación, como los Rosenbaum, sufrieron daños sicológicos. Martin Rosenbaum había conseguido ocultarse y sobrevivir ileso a la ocupación. Pero, a medida que transcurrieron los años, desarrolló una ansiedad creciente. Quedó tan aterrado

por la amenaza de la captura y la persecución que se volvió un padre ultraprotector y le daba pánico que Jan cruzara solo la calle. A la larga también él acabó ingresando en el centro mental, un final muy triste para uno de nuestros amigos más queridos y leales.

Todos los amigos nuevos que hice eran judíos. Nunca expresamos abiertamente ningún sentimiento de solidaridad, pero el instinto nos animaba a juntarnos. No obstante, yo siempre me sentí falsa al reírme y charlar con ellos, cuando en realidad tenía la sensación de que un muro de cristal me separaba del resto del mundo.

Solo hubo una persona con la que me sinceré de verdad: mi primo pequeño, Tom, que entonces tenía nada más que diez años.

Tuvimos unas dificultades tremendas para viajar al Reino Unido justo después de la guerra, en parte porque Europa aún estaba sumida en el caos, y en parte porque figurábamos clasificadas como austriacas y, por tanto, técnicamente éramos «el enemigo». La abuela Helen intentó conseguir un permiso para visitarnos en Ámsterdam, pero aquello requería numerosas cartas y dos referencias de gente de los Países Bajos.

Mutti solicitó visitar el Reino Unido, pero al principio nos lo denegaron mediante una extraña misiva escrita a mano en un trozo arrancado de papel de cartas del Ministerio del Interior. Decía que, pese a la petición del secretario de Estado para que trataran nuestro caso con benevolencia, se denegaba nuestra solicitud de visado. La única explicación que se me ocurre es que, aparte del resto de los problemas que acuciaban a Inglaterra en 1945, el papel escaseaba.

Sin embargo, perseveramos y, en cuanto pudimos, Mutti lo arregló todo para cruzar el canal, viajar hasta el norte de Inglaterra y reunirnos con los abuelos, los tíos y el primo.

Tom solo tenía tres años cuando partimos de Viena, pero en Darwen, Lancashire, creció oyendo hablar sobre mis padres y sobre lo que hacían Evi y su hermano mayor, Heinz. Entonces, a lo largo de dos años terribles, dejaron de llegar cartas y desaparecimos del mapa. Todos temieron lo peor, hasta el día que recibieron la misiva que mi madre había entregado al soldado británico que conoció en el tren.

«Estábamos aterrados —cuenta ahora Tom—, pero cuando recibimos la carta de Fritzi nos derrumbamos en lágrimas y abrazos, seguidos de más lágrimas de alivio al saber que ella y Eva estaban a salvo.»

Ver de nuevo a los abuelos fue increíble para mí. Llevaban mucho tiempo existiendo como productos de mi imaginación. Era evidente que la guerra también los había cambiado a ellos. Ya no eran austriacos acomodados de clase media residentes en una ciudad que conocían bien, donde el abuelo visitaba a sus amigos todos los domingos en la taberna y la abuela recibía regañinas de su sirvienta, Hilda. Habían arribado a un país nuevo como refugiados pobres sin saber una palabra de inglés, y se habían instalado en una pequeña casa adosada de tres dormitorios en una localidad industrial del norte.

La abuela se había adaptado bien. Enseguida aprendió inglés y se leía el *Daily Express* a diario de cabo a rabo. Asimismo atendía la casa, cocinaba para toda la familia y hasta montó un negocio propio de corte y confección para conseguir algún dinero extra. Fue bastante asombroso si se tiene en cuenta que en Viena jamás movió un dedo y dependía de Hilda para todo.

Creo que al abuelo le costó mucho más adaptarse. Nunca aprendió más que unas pocas

palabras de inglés, y siempre oía las retransmisiones de la BBC en alemán. Con el tiempo consiguió aprovechar sus habilidades musicales tocando el piano de oído en varias tascas de Darwen y haciendo amigos que lo invitaban a una pinta de su cerveza preferida. Le encantaban aquellas veladas que lo convertían en el centro de atención, y me alegra saber que llegó a sentirse orgulloso de sí mismo y, de nuevo, se convirtió en alguien admirado entre la comunidad.

Nos quedamos un tiempo en Darwen y allí compartí una habitación pequeña con el primo Tom. Creo que la visita lo marcó más a él que a mí, porque él recuerda con claridad la noche que lo tuve despierto hasta la madrugada contándole cosas sobre la guerra y sobre Auschwitz.

Le hablé del hambre, del frío y del miedo a que te mataran. Le hablé sobre la mugre y las enfermedades —y la brutalidad de las SS—. Hablé y hablé toda la noche. Le enseñé el tatuaje que llevo en el brazo y le conté cómo me lo hicieron, y hasta le hablé de los trapos que teníamos que trenzar y cómo me aterraba no cubrir mi cuota.

Menuda carga espantosa para un niño pequeño. Jamás le habría hablado así a nadie, pero tal vez me abriera a él justamente porque era un niño. Creo que lo veía demasiado pequeño para entender lo que le estaba contando.

El episodio ilustra la fragilidad física y emocional que arrastraba aún, y ahora sé que estaba atravesando una profunda depresión. Hasta mediados de 1946 seguí una dieta blanda estricta consistente en pasta y arroz para favorecer la recuperación de mi maltrecho sistema digestivo. Las encías me sangraban y estaba débil y anémica. Por la noche aún me acosaban numerosas pesadillas relacionadas con los campos nazis; de día lloraba con frecuencia y me entraban ataques de rabia que me hacían gritarle a mi madre.

Quizá Mutti tuvo que dejar al margen algunas de aquellas emociones para seguir manteniendo unido lo que quedaba de nuestra familia, sobre todo una vez que estuvimos de vuelta en Ámsterdam. Si se hubiera rendido a su propio dolor y quebranto, estoy segura de que nos habríamos precipitado a un agujero negro del que no habríamos salido jamás.

Es obvio que no nos comprendimos la una a la otra. En ese tiempo yo me preguntaba cómo podía mostrarse tan animada. A veces entraba en casa y me la encontraba trabajando en un cinturón, silbando y cantando, algo de lo que me quejé en cartas destinadas a mi familia en Inglaterra.

«No estoy contenta con Fleur. Está obsesionada con el trabajo, pero no con el de la casa, sino con hacer cinturones. Ahora recorta y silba y canta y me vuelve completamente loca. Ya sabéis que nunca ha sido muy musical.»

Aparte de aquella severa valoración, añadí que mi madre tampoco era cariñosa. «Lo peor es que Fleur no es lo bastante tierna y cariñosa. —Y proseguí—: Dice que tú, abuela Helen, tampoco lo eras, y que no lo necesito. Pero está muy muy equivocada. Lo necesito mucho. Necesito mucho cariño. Soy una muchacha muy necesitada y cariñosa.»

Mutti debió de ver la carta que le mandé a la abuela, porque después les escribió ella también.

> ¿Qué me decís de lo que cuenta de mí? En realidad no está tan mal, pero le encantaría quedarse todo el tiempo sentada en mis rodillas y acurrucarse ahí, y yo no puedo hacer eso. Tengo que ir a trabajar. Está claro que necesita mucho cariño y atención... El otro día estaba sentada haciendo cinturones cuando Eva puso algo en el

gramófono y yo pensé —como siempre— en el pasado. De pronto sentí que mi vida anterior no fue más que un sueño, que siempre he vivido sola con Eva y que simplemente había soñado que tenía un marido y un hijo. Y después me eché a llorar desesperada porque mis recuerdos ya no son reales. Sencillamente no puedo creer que haya tenido esa otra vida.

No tenía ni idea de cómo se sentía Mutti *en realidad*. Me entristece tanto saber ahora, demasiado tarde, que las dos estábamos igual de afligidas y desoladas, y que ninguna fue capaz de compartir sus sentimientos para darnos consuelo mutuo...

Con su manera de ser callada, discreta y atenta, Otto Frank influyó cada vez más en la vida de ambas. Tenía muchas cosas en las que pensar: tras una larga lucha para encontrar editor, la primera impresión de *El diario de Ana Frank* se produjo en Holanda en 1946. Poco después, la vida de Otto quedó absorbida por la preparación de ediciones y traducciones extranjeras y, una vez que salió la edición estadounidense, por el seguimiento de un furor internacional.

De modo que siempre le agradeceré que se dedicara a pensar en mi futuro cuando aún le atormentaba saber que sus propias hijas no regresarían jamás a casa. Como mi madre también había perdido un hijo, se sentaba con él y le pedía consejo. A menudo aquel asesoramiento consistía en responder preguntas sobre cómo apoyarme y ayudarme con mis problemas.

Como siempre, Otto puso todo de su parte para ayudarnos de maneras muy prácticas. Me organizó un viaje a París con su hermano pequeño, Herbert, y para que después lo acompañara a Londres a un encuentro sobre judaísmo progresista mundial.

Londres fue una revelación para mí. Todos la habíamos considerado un modelo de libertad y posibilidades, pero cuando llegué allí me encontré una ciudad devastada por la guerra, con edificios bombardeados, los alimentos muy racionados y poco de la sofisticación de ciudades como Viena. Aun así, me encantó el animoso anonimato de Londres, el espíritu jovial, no sometido, de sus gentes, y el rumor casi audible de una ciudad que siempre avanza hacia el futuro. No había nada allí del estancado esplendor de la Europa imperial.

Durante cinco días me alojé en un espléndido caserón alto y blanco cerca de Regent’s Park, y estuve acompañada por un familiar de la rama judía de lady Montagu que me llevó a tomar té a Park Lane y a visitar caros clubes privados.

Disfruté mucho ese viaje, pero uno de los recuerdos más vívidos que conservo es que una mañana me desperté y vi que había manchado las sábanas blanquísimas con sangre de las encías, y habían quedado rosadas. Por entonces ya sufría la paralizante vergüenza y la falta de confianza que me incordiarían durante muchos años. En lugar de explicar lo que había pasado, decidí frotar la sábana con una naranja del frutero para eliminar la mancha, pero, como es natural, armé un estropicio aún mayor. Al final le di la vuelta a la sábana para que el borrón quedara hacia los pies con la esperanza de que nadie lo notara.

Tras el viaje juntos a Londres, Otto animó a mi madre para que me llevara a Suiza y nos reuniéramos allí con él. Cuando miro atrás veo con claridad que empezábamos a estar muy unidos. Hasta mi abuela, que pasó unos meses con nosotras de visita en Ámsterdam, se dio cuenta de ello. Ella le dijo a Mutti que los diecisiete años que se llevaban situaban a Otto «más cerca de mi edad que de la tuya». Sin embargo, yo era completamente ciega a todo eso por entonces, y no tenía la menor idea de su incipiente relación.

Por consejo de Otto, mi madre y yo partimos hacia los Alpes según lo convenido. Me encantó volver a estar entre montañas, pero odiaba las actividades vespertinas. Mutti me obligaba a salir a bailar. Estaba decidida a no dejarme llevar una vida de inadaptada solitaria, pero yo detestaba pisotear las sofocantes pistas de baile entre las zarpas de varios soldados suizos que, siempre enfundados en gruesos uniformes militares de lana, transpiraban profusamente.

Sin embargo, aquellas vacaciones me brindaron un cierto alivio de mi propio mundo, aunque al volver a Ámsterdam recuperé el mismo sentimiento de profunda depresión.

La cuestión era qué hacer con mi futuro.

Tal como comentaría mi madre al principio de la carta que me escribió en mi cincuenta cumpleaños, yo no era «una alumna brillante», y no me interesaban la lectura ni la ortografía. Aunque me esforcé mucho para graduarme en el Liceo y saqué unas notas excelentes, la idea de pasarme tres o cuatro años más en un aula universitaria estudiando asignaturas académicas arcanas superaba mi traumatizada psique.

El periodo que pasé en Auschwitz y después en Ucrania había despertado inquietudes en mí. Ámsterdam me parecía ahora un pequeño pueblo monótono, donde todo el mundo conocía la actividad de cada cual y la vida transcurría con una lentitud plomiza. «No quiero estar aquí —escribí a los abuelos—. Este es el país más asqueroso del mundo.»

Me avergüenza enormemente ver que escribí eso. Ahora siento muy cercanos los Países Bajos y, como hemos visto en capítulos anteriores, fuimos muy felices allí antes de la ocupación nazi. Pero en aquellos años de posguerra, todo se veía desolador. Como mucha gente, había sobrevivido a experiencias que me impedían retomar la vida que había conocido antes. Necesitaba salir al mundo y llevar una existencia absolutamente distinta; sin embargo, no tenía ni idea de lo que eso implicaba.

Mutti escribió en su carta: «¿Qué profesión debías elegir? Me di cuenta de que tenías dotes artísticas, pero también una mente muy técnica. Así que pensé que dedicarte a la fotografía sería una buena opción, y aceptaste».

Era una buena idea y la propuesta original fue de Otto. Él había sido muy aficionado a la fotografía antes de la guerra y tenía una colección inmensa de retratos familiares tomados con su Leica. Ahora que sabía que Edith, Margot y Ana habían sido asesinadas, perdió por completo el interés por esa afición y por emplear la cámara.

Yo siempre fui la «pragmática» de la familia, mientras que Heinz era el «artista», pero Otto vio que yo también tenía un talento propio. No solo propuso una ocupación para mí, sino que también me ayudó a entrar como aprendiz en un estudio a orillas del Herengracht y me regaló su querida Leica para que trabajara con ella. La cámara es una auténtica pieza histórica y significa mucho para mí.

Durante mi último año académico, compaginé el trabajo por las tardes en el estudio con las clases en el Liceo. El estudio se dedicaba sobre todo a hacer diapositivas de obras de arte y arquitectónicas. Mi labor transcurría buena parte del tiempo en el cuarto oscuro, pero descubrí que me encantaba esa mezcla de visión artística necesaria para buscar y encuadrar una imagen junto con los conocimientos científicos indispensables sobre la luz y la abertura y la pericia técnica para revelar una fotografía.

Y, lo más importante, estaba completamente ocupada. Odiaba las horas muertas que mediaban entre las clases y el momento de irme a dormir; jamás conseguí abstraerme con un libro, y las relaciones sociales rara vez me distraían de la pérdida de Pappy y Heinz. En ocasiones me divertía. Recuerdo que una vez fui a un bar en lo que ahora se conoce como el barrio rojo de Ámsterdam, y vi a algunos marineros estadounidenses enseñando a las chicas del lugar a bailar el *swing* y el *jive*. ¡Aquello sí que fue especial!

Otra anécdota también me hizo reír. Mutti invitó a un soldado israelí de la Brigada Judía a venir a casa a cenar un viernes por la noche, pero se quedó muy molesta cuando el muchacho puso con brusquedad los pies sobre la mesa de centro y preguntó qué había para comer. Con eso frustró las esperanzas de Mutti de convertirlo en un futuro yerno, pero había otro joven que sí le parecía idóneo.

Henk era hijo de un amigo nuestro de la sinagoga, y su encantadora sonrisa y su divertida personalidad me encandilaron. Me invitó a salir en bastantes ocasiones, y nuestra relación empezó a evolucionar hacia algo más serio.

Pero, aunque me encantara pasar tiempo con Henk, no tardaba mucho en levantar la vista convencida de que vería a Pappy doblar la esquina, o en recordar alguna conversación mantenida con mi hermano. No soportaba pensar, así que llenar mis días de actividades agotadoras y largas me hizo más que feliz.

Cuando me gradué en el Liceo, acudí en jornada completa al estudio. Me gustaba la gente con la que trabajaba, sobre todo el ligón de mi jefe, Jaap, quien me sentaba en sus rodillas para enseñarme técnicas fotográficas y me llevaba a dar paseos en su motocicleta.

Pero aquello tampoco fue suficiente. Yo me mostraba malhumorada y difícil con Mutti, y tengo una fotografía sentada junto al canal durante el descanso para comer en la que se me ve absolutamente abatida. Ámsterdam parecía asfixiarme con recuerdos entorpecedores: para dejar el pasado atrás y labrarme un verdadero futuro necesitaría algo más radical.

Otto y Mutti también se dieron cuenta de ello. Otto preguntó por ahí y localizó otro contacto en un estudio en el que podría trabajar durante un año. Estaba en una ciudad que yo ya conocía un poco, una tan grande y extensa y anónima donde la antigua Eva Geiringer podría perderse e intentar seguir adelante: Londres.

18

El juicio

Aparte del problema cotidiano de intentar reconstruir nuestras vidas, los años que pasamos en Ámsterdam después de la guerra estuvieron marcados por un acontecimiento crucial: el juicio contra la gente que nos había delatado a los nazis.

Hubo tantos informantes en Ámsterdam durante la guerra que muchas familias nunca supieron con exactitud quién los había traicionado. En algunos casos pudo tratarse incluso de más de una persona.

Estaban los «cazajudíos» oficiales de una unidad llamada Columna Henneicke (una división de investigación de la Oficina de Asuntos Judíos bautizada con el apellido de su líder, un joven despiadado de pelo rizado llamado Wim Henneicke cuya actividad previa había consistido en conducir taxis sin licencia). Los «cazajudíos» solían ser hombres jóvenes de escasa formación que se habían afiliado al partido nazi neerlandés, el NSB. A menudo se jactaban de vivir «como reyes» porque los recompensaban con siete florines y medio (unos sesenta euros al cambio actual) por cada judío que arrestaban.

Pero la Columna Henneicke también reclutaba civiles para actuar como informantes, y les pagaban con generosidad por cada judío que entregaban. Alguna gente traicionó a miembros de su propia familia, como la mujer que delató a su cuñada por una disputa por una radio. Una judía dio parte de otras ochenta familias, pero aun así la arrestaron también a ella y la enviaron a un campo de concentración, donde murió. Por supuesto, también había ideólogos nazis, comprometidos con la causa de Hitler, y legiones de informantes y soplones de todo tipo, cada cual con sus motivos particulares, a veces basados nada más que en la pura mezquindad.

Durante la ocupación nazi, Ámsterdam estaba repleta de miles de personas dispuestas a esforzarse para delatar a los judíos y, a finales de la década de 1940, tuvieron que rendir cuentas ante la justicia.

A diferencia de Otto, que nunca llegó a saber con certeza quién entregó a su familia, nosotras conocíamos los nombres de la gente cuyas actuaciones favorecieron nuestro arresto.

Estaba Gerada Katee-Walda, la mujer que había chantajeado a mi padre para sacarle más dinero. Ella le impuso un incremento en el alquiler de cuatrocientos a setecientos florines holandeses al mes, una cantidad astronómica que equivalía a cinco mil euros de hoy. Ella

desencadenó toda la sucesión de acontecimientos que obligaron a mi padre y a Heinz a mudarse a otro lugar y que, a la larga, los llevaron a la muerte. Después de arrestarnos, la Gestapo fue a visitar a la señora Katee-Walda. Para garantizar su propia seguridad, ella les informó del paradero de otra familia que ocultaba a cuatro judíos. Aquella familia y la gente a la que encubría fueron capturados y deportados. Todos murieron.

Gerada Katee-Walda fue juzgada en 1947 y condenada a siete meses en un campo de internamiento. Más tarde cambió de nombre y desapareció.

Pero también quedaba el grupo de personas que conspiró para conducirnos deliberadamente a las manos de los nazis. La «amable» enfermera neerlandesa que se había reunido con mi padre y con Heinz en el tren y los había guiado hasta la casa donde los arrestaron se llamaba Miep Braams. Braams era novia de un miembro de la Resistencia holandesa llamado Jannes Haan, y se suponía que ayudaba a proteger a judíos y a la Resistencia. A medida que avanzó la contienda, Haan empezó a sospechar que su novia era en realidad una agente doble de los nazis: muchas de las familias judías que él le había confiado habían desaparecido sin dejar rastro, o habían sido arrestadas. Cuando Braams se percató de las sospechas, delató a Haan a la Gestapo, y este fue ejecutado.

Con posterioridad se calculó que Miep Braams había llegado a delatar a doscientas familias judías, incluida la nuestra. Actuaba como parte de un grupo mayor de informantes supervisado por un policía holandés y antisemita brutal llamado Pieter Schaap. Dos de las mujeres que trabajaban con Schaap eran judías, Ans van Dijk y Branca Simons.

Ans van Dijk cobró fama en los Países Bajos por ser la única mujer que recibió la pena capital por su actuación durante la ocupación, y fue ejecutada en enero de 1948. Van Dijk era una dependienta de treinta y siete años que se había librado de la deportación en 1943 a cambio de delatar a otros judíos, y se ve que aceptó la tarea con entusiasmo, ya que entregó a más de cien personas.

Branca Simons, que también era judía, era la mujer que había recibido a mi padre y a Heinz en el nuevo escondite y los obsequió con una comida tan maravillosa mientras aguardaba la llegada de la Gestapo. Cuando trabajaba con Pieter Schaap, Simons ofrecía una vivienda supuestamente segura en el número 225 de la calle Kerkstraat, donde fingía estar casada con otro miembro del grupo, el delincuente menor Wim Houthuijs. Juntos acogieron a decenas de familias judías desesperadas y confiadas en su «hogar», que era, en realidad, una trampa espantosa. Simons también fue condenada a pena de muerte, pero más tarde se la conmutaron por una pena de prisión.

El caso que mejor recuerdo es el juicio de Miep Braams, porque llamaron a Mutti a testificar en él.

Desde el exilio, el Gobierno neerlandés había desarrollado un sistema para llevar a los colaboradores nazis ante la justicia. El Acta Especial de Justicia permitió crear tribunales por todo el país, incluidos tribunales especiales para los hechos más graves. En la Holanda recién liberada, el Departamento de Investigación Política, gestionado por la Oficina de la Fiscalía General, estudió cientos de miles de casos.

Para hacernos una idea somera del asombroso número de gente investigada, se reunió un

total de cuatrocientos cincuenta mil expedientes. Casi la mitad de ellos se remitió a la Fiscalía, y cincuenta mil personas comparecieron ante la justicia, mientras que dieciséis mil fueron juzgadas en tribunales especiales.

Miep Braams ya había sido juzgada por colaborar con los nazis, pero el caso se había sobreseído por dificultades para aportar pruebas. En mayo de 1948 nos enteramos de que la iban a juzgar por segunda vez.

—Yo también tengo que ir —le comenté a Mutti—. ¡Quiero ir y verla con mis propios ojos!

—Lo sé, Evi —respondió—, pero no se permite la entrada de niños ni de jóvenes en la sala. Puede que piensen que sería demasiado impactante o negativo para ellos.

Yo no podía creerlo.

—¡Negativo! Ella fue quien nos mandó a Auschwitz. ¡De no ser por ella, Pappy y Heinz aún estarían vivos!

Mutti intentó calmarme, pero no había manera de saltarse las normas del tribunal. Debía ir ella sola.

El día llegó y, según me contó Mutti, Miep Braams permaneció sentada en el banquillo serena y tranquila, con las manos perfectamente entrecruzadas frente a ella; en ningún momento perdió la expresión relajada mientras oía a Mutti contar lo sucedido, cómo había delatado a nuestra familia, foráneos inocentes que lo único que querían era vivir su vida. Mientras Mutti, desgarrada, la observaba con la desesperación de una madre y esposa que lo ha perdido casi todo, Braams le sostuvo la mirada sin inmutarse. No manifestó el más mínimo arrepentimiento.

—¡Quise subir al banquillo y arrancarle los ojos! —sollozaba Mutti más tarde, con una amargura y un desconsuelo que rara vez vi en ella—. ¡Ni siquiera lamentó lo que había hecho!

Braams no solo estuvo tranquila, sino también avispada: guardaba un as en la manga. Durante la guerra le había salvado la vida a una judía que resultó ser una gran celebridad.

Paula Lindberg-Salomon era una contralto berlinesa muy conocida que había escapado del campo de tránsito de Westerbork junto con su marido en 1943, y que permaneció oculta en el sur de Holanda el resto de la guerra. Durante su declaración, Lindberg manifestó una inmensa gratitud hacia Braams por haberlos ayudado a esconderse y sobrevivir.

El juicio duró mucho, pero en abril de 1949 se dictó el veredicto. Braams fue declarada culpable, pero solo la condenaron a seis años de prisión.

Nos sentimos ultrajadas.

—¿Cómo pueden condenar a alguien a tan solo seis años de cárcel por participar en el asesinato de doscientas personas? —le grité a Mutti.

—Yo tampoco puedo creerlo, Evi. En unos años estará fuera y retomará su vida normal, y nosotras, en cambio, hemos perdido para siempre a Pappy y a Heinz.

Y eso fue lo que hizo Miep Braams exactamente.

Más tarde supe que las sentencias benévolas fueron una constante en los juicios contra colaboradores nazis. Cualquier detalle despertaba simpatía en favor del acusado: la declaración de algún judío a quien hubiera prestado algún tipo de ayuda, o las súplicas de una esposa o una madre. Aunque ciento cuarenta personas fueron sentenciadas a pena de muerte, a cien de ellas se les conmutó la pena más tarde por cadena perpetua porque el Gobierno neerlandés temió que

demasiadas ejecuciones perjudicaran la moral pública. Los «cazajudíos» fueron condenados a una media de diez años de prisión, pero algunas sentencias bajaron hasta los doce meses.

Me encantaría poder decir que creía que aquella gente, sobre todo Miep Braams, se enfrentaría a un verdadero juicio después de la muerte, pero mis experiencias en Auschwitz me despojaron de toda creencia en el poder divino de «Dios» o en la otra vida.

La justicia debe existir en este mundo, o no existirá jamás.

19

Londres

En Londres hizo un tiempo especialmente frío y húmedo aquella primavera, pero yo llegué con la pequeña esperanza de que aquel sería un nuevo comienzo. Todo el país parecía sentirse igual que yo. Corría el mes de mayo de 1951, e Inglaterra había decidido quitarse los grilletes de la aburrida austeridad de la posguerra con el estreno del Festival de Gran Bretaña.

Más de ocho millones y medio de personas se apiñaron en la South Bank de Londres para contemplar el revestimiento de hormigón del Royal Festival Hall. Junto a él, una torre de acero y aluminio con forma de puro y noventa metros de altura llamada Skylon se alzaba hacia las nubes proclamando un impulso confiado hacia el modernismo. Gran Bretaña estaba lista para avanzar y reconstruirse, y se proyectaron ciudades nuevas, tipos nuevos de viviendas e inversiones en el Servicio Nacional de Salud, fundado tres años antes.

Además, la población vapuleada por la guerra estaba dispuesta a disfrutar de algo de ocio, y millones de personas más se distraían en la feria de los Battersea Pleasure Gardens, montaban en el minitrén y paseaban por las tabernas con terraza al estilo centroeuropeo. El futuro parecía prometedor, tal vez incluso tentador.

Entre lágrimas, Mutti me vio partir de la Estación Central de Ámsterdam y prometió venir a visitarme, pero yo sentía una mezcla de tristeza e ilusión.

—Cuídate —articuló Mutti—, y escríbeme muchas cartas contándome todo lo que hagas.

—Lo haré —le prometí.

—E iré a visitarte y podremos ir a ver a la abuela Helen y a la familia de Darwen.

Tras un beso y un abrazo salté al tren. En realidad quería irme y, con la ligereza característica de la gente joven, supuse que Mutti lo entendería.

Henk y yo nos habíamos despedido ya. Le tenía mucho cariño, pero no sabía qué pensar de la relativa facilidad con que emprendí aquella aventura sin él. Me había pedido que nos casáramos, y yo le había dicho que lo meditaría. En cierta manera estaba bastante despegada de los sentimientos que me infundía todo el asunto.

Otto me había buscado un lugar donde trabajar durante un año, y un chico que yo conocía de Ámsterdam llamado Sam me encontró una pensión en la que quedarme. Viajé en tren desde Ámsterdam hasta la localidad de Hoek van Holland, donde embarcaría hacia Inglaterra. Una vez

allí tomaría otro tren hasta la estación de la calle Liverpool, donde Sam me estaría esperando para llevarme al nuevo alojamiento.

Mi primera impresión de la ciudad en esta segunda visita distó mucho de ser favorable: los alrededores de la estación parecían un páramo bombardeado, y hasta las estrechas calles y los edificios que aún quedaban en pie se veían pobres y sucios.

Sam me explicó que iba a vivir en el noroeste de Londres, no lejos de miles de judíos germanohablantes que se habían asentado en Golders Green y Hampstead, entre ellos el conocidísimo Sigmund Freud.

Pero, por desgracia, el exiguo salario que esperaba cobrar de mi nuevo jefe no me permitiría vivir entre ellos. Tomamos el metro y salimos en Willesden Green, desde donde nos dirigimos a pie hacia Cricklewood pasando por hileras de casas y galerías de tiendas que me parecieron una curiosa versión del sueño inglés. Todo estaba amontonado: ventanas ajimezadas, minúsculos jardines y rosales. Con frecuencia había huecos entre los edificios, y grupos de niños desaliñados y sonrientes emergían del caos de escombros dejado por el intenso bombardeo que los lugareños denominaban «planificación urbanística del señor Hitler».

La casera, la señora Hirsch, abrió la puerta cuando llamé con los nudillos en el número 91 de Chichele Road y, como era la única mujer alojada allí, me vi rodeada enseguida por un cordial abrazo. Cricklewood era una zona de clase obrera irlandesa, pero la señora Hirsch era una judía checa, y me aseguró que estaría bien atendida allí.

A pesar de la diversidad de circunstancias que había soportado en los últimos tiempos, la vida en una casa de huéspedes inglesa me impactó. Por supuesto, era infinitamente mejor que las aldeas quemadas y las casas derruidas que había visto por el este de Europa, pero no tenía ni de lejos los lujos de nuestra casa de Viena, ni tan siquiera las comodidades del pequeño piso de Merwedeplein.

La casa era oscura y estrecha, con un frío húmedo del que solo lograbas deshacerte sentándote junto a una estufa de gas, tan cerca que casi te chamuscabas las cejas. El baño lucía un extraño artilugio instalado en la pared que funcionaba con monedas y servía para calentar el agua. No tardé en considerar aquella bestia como un monstruo peligroso al que solo debía acercarme con extremo cuidado. Después de introducir en él a toda prisa cuantas monedas pequeñas era capaz de sostener en las manos, debía reclinarme para no quedar escaldada con los bruscos borbotones de agua hirviendo que salían siseando en todas direcciones. Unos instantes después, el agua volvía a salir fría.

Por la noche cerrábamos la puerta del dormitorio y tiritábamos bajo gruesos pijamas y camisones de franela, envueltos en sábanas tan heladas que era como zambullirse en un mar congelado. El viento silbaba por las rendijas de las ventanas. Yo me dormía oyendo el zumbido cantarín de los cables aéreos cuando el tranvía llegaba a la última parada, al final de la calle, y daba la vuelta con un estrépito atronador.

Me gustaba aquel raro y nuevo país, pero me desconcertaba que en el continente consideráramos Inglaterra el centro de la modernidad.

—¿Qué es esto? —grité una noche señalando el plato que portaba mi cena.

La señora Hirsch dio un paso atrás y me miró fijamente.

—¿A qué te refieres?

—¡Esto es comida para burros! —dije levantando una gran zanahoria del plato y sosteniéndola ante ella.

Nunca he sido muy buena guardándome para mí opiniones desconsideradas. En Austria solo había comido zanahorias cortadas en rodajas finas o en juliana. Incluso en Ámsterdam, los neerlandeses las servían machacadas. Pero allí estaba yo agarrando una monstruosidad que se suponía que debía roer para cenar. Hasta tenía un tallo verde en el extremo: era hilarante.

—Muy bueno para ti —respondió la señora Hirsch clavándome la vista con ojos entornados —. Vitaminas para crecer.

Con frecuencia no valoré lo mucho que me ayudó la señora Hirsch. La comida estuvo racionada en Inglaterra hasta 1954, pero ella, para cuidar de mí, solía meterme ensalada de patata en la bolsa del almuerzo o una salchicha dentro de la fiambrera. En esa ocasión concreta, era evidente que había comprado y reservado la zanahoria solo para mí, en lugar de repartirla entre todos los residentes.

La comida aún me obsesionaba después de casi morirme de inanición en Auschwitz, y me costó adaptarme a la cocina británica. Comprobé que, cuando mis compañeros del trabajo o de la pensión querían permitirse un lujo, se compraban una bolsa de patatas fritas grasientas y una cebolla encurtida, y con eso suspiraban como si se tratara del mayor de los placeres. Yo, en cambio, me entusiasmaba con los paquetes de comida que recibía de Ámsterdam, como si me trajeran los prodigios del mundo, y me lanzaba sobre ellos con avidez.

Uno de los artículos que me llegó en el primer paquete de comida fue chocolate holandés, una delicia muy escasa en aquel Londres de los años cincuenta y que atrajo la atención del joven inquilino que vivía en la puerta que había frente a la mía, en la otra habitación del ático. Una tarde llamó a mi puerta con los nudillos y se presentó. Se llamaba Zvi Schloss y yo sabía que procedía de Alemania. Esa noche conversamos sobre grandes misterios, como la manera de utilizar el calentador de agua del baño, y, cuando vio el paquete de comida, los ojos se le iluminaron con la tableta de chocolate.

Enseguida me sentí muy cómoda con Zvi, que estaba estudiando en la Escuela de Economía de Londres y era muy inteligente e irónico. Ninguno de los dos éramos muy altos, pero me gustaban su figura baja y delgada, las facciones bien parecidas y el pelo moreno con entradas en las sienes. Había algo en su aspecto que me recordaba a mi padre, y yo me entusiasmaba con cualquier cosa que guardara relación con él.

En Londres, aquellas conexiones familiares formaban parte del recuerdo y no de una realidad cotidiana con la que me tropezaba en cada esquina. Me sentía cómoda, no asustada, al viajar sola por la ciudad como una joven anónima, una persona más entre los miles de extraños con historias particulares que contar.

Cada mañana caminaba hasta la estación de Willesden Green y tomaba el metro hasta la ciudad. Sabía que alguna gente odiaba las estrecheces en los vagones y los kilómetros de túneles claustrofóbicos, pero a mí me gustaban las rítmicas sacudidas del tren, la oscuridad y el olor a sudor, colonia, lluvia y humo de tabaco. La masa de gente apiñada era amable, pero ni en sueños te habrían dirigido la palabra o habrían intercambiado una mirada contigo.

Mi nuevo trabajo estaba en Woburn Studios, en Bloomsbury. El gran estudio se desplegaba por toda la planta baja y el sótano de uno de los edificios de la calle Tavistock, y nos dedicábamos a realizar impresiones enormes mediante la proyección de imágenes inmensas en la pared. El trabajo era bastante complejo y exigente, pero yo me dediqué a aprender cosas nuevas. Aún trabajaba en el cuarto oscuro, pero tuve la oportunidad de ampliar un poco mis horizontes y hasta de salir para ejecutar algunos encargos (aunque aquello solía implicar poco más que sostener los reflectores para la iluminación).

Un día el jefe, el señor Peck, me pidió que lo acompañara para realizar una grabación en el aeropuerto de Heathrow. Por entonces, Heathrow solo llevaba cinco años operando como aeropuerto civil, y acababan de iniciarse las obras para construir la primera terminal propiamente dicha. El viaje en coche desde Londres hasta el campo en las afueras se me hizo muy largo, y al fin nos detuvimos en la pista, justo al lado de un nuevo avión comercial de reacción, el Havilland Comet.

Subí a bordo del avión detrás del señor Peck, y pasamos el día tomando fotos de modelos vestidas como encantadoras azafatas que simulaban repartir deliciosos manjares. Cuando ahora vuelo por el mundo, apretada con cientos de personas más en clase turista, me entra la risa al recordar la emoción que sentí al verme inmersa en el glamuroso mundo de la aviación, y siento un poco de nostalgia por la relajación que había antes en cuanto a las medidas de seguridad.

En aquellos días yo era tremendamente retraída y reservada, con un nivel de inglés de colegiala, pero hice amistades en el trabajo. Compartíamos algunos de los placeres de ser jóvenes y pobres en la ciudad, como comprar un solo periódico cada día y compartirlo entre todos. Mi vida no era lo que se dice un torbellino social, pero, al igual que mis amigos del trabajo, conocí gente en la pensión donde me alojaba, uno de cuyos huéspedes, un irlandés, me llevó a las carreras de perros. También me encariñé con un hombre algo más mayor que era carnicero *kosher* porque me encantaba su olor a salchichas. Y hasta empecé a salir con un par de muchachos.

Todavía tenía pendiente el asunto de la media promesa de casarme con Henk cuando regresara a Ámsterdam, pero también empecé a conocer mejor a Sam. Trabajaba como mecánico de coches pero quería hacerse rabino y, por difícil que parezca, su timidez superaba incluso la mía, y hasta incluía un tartamudeo nervioso. Con frecuencia acudíamos a charlas y actos públicos en la Quaker Meeting House de Euston Road y, cuando el ponente terminaba de hablar, yo notaba que Sam empezaba a inquietarse para formular una pregunta. Se le tensaban los hombros y se le subían los colores del esfuerzo, pero siempre conseguía levantarse y preguntar lo que fuera, por mucho tiempo que tardara en articular las palabras. Yo admiraba sus empeños, pero me encogía por dentro ante la idea de tener que pasar yo por aquello.

Después de tanta ayuda por su parte y de haberme buscado un alojamiento en la residencia de la señora Hirsch, era lógico que Sam creyera que nuestra relación se estaba afianzando. Pero, aunque me gustaba mucho —al igual que Henk en Ámsterdam—, había otro joven que pesaba más en mi vida. A medida que nos fuimos conociendo, Zvi también empezó a acompañarme a diversas actividades. A menudo íbamos juntos al Festival de Gran Bretaña y hacíamos excursiones para comernos unos bocadillos con otros huéspedes al Battersea Pleasure Garden,

donde yo notaba —algo celosa e irritada— que a Zvi le gustaba otra mujer, una alemana rubia y tetona más atrevida que yo, pero ya casada.

Una noche salimos a ver una obra de teatro en la pequeña sala que había al final de la calle, y nos alarmamos al no poder encontrar el camino de vuelta por la densa nube de contaminación. Zvi casi se ahogó en ese aire repugnante. Otros días paseábamos a pie hasta el parque de Hampstead Heath, con la ciudad de Londres y la catedral de San Pablo como magnífico telón de fondo, y charlábamos de todo tipo de cosas, aunque nunca sobre lo ocurrido durante la guerra.

Zvi me impresionó cuando me invitó a jugar al tenis, aunque su terrible actuación evidenció que el deporte no era su fuerte. A pesar de todos esos esfuerzos de Zvi, yo aún no estaba segura de si se sentía atraído por mí o por mis dulces de chocolate, pero tenía otros pretendientes con los que salir y librarme de cualquier enredo emocional serio, lo cual era, a mi modo de ver, justamente lo que yo quería.

20

La historia de Zvi

Mientras yo crecía en Viena de niña y, más tarde, recorría Europa en busca de seguridad junto a mi familia, Zvi también vivió una infancia traumática en la frontera bávara de Alemania.

Su padre, Meier, había nacido en una ciudad de Baviera en el seno de una familia de granjeros y comerciantes judíos. La primera guerra mundial lo obligó a irse lejos de casa y volvió convertido en un soldado vencido y un hombre debilitado aquejado de reumatismo glandular y una afección cardiaca grave.

En lugar de regresar a su pueblo, el padre de Zvi se mudó a la ciudad de Ingolstadt, al norte de Múnich, y fundó un negocio de compraventa de los lúpulos locales utilizados para fabricar cerveza.

En la época en que nació Zvi, en 1925, su padre ya era un comerciante y un padre de familia bien asentado. Había perdido a su primera mujer durante el nacimiento del medio hermano de Zvi, Shlomo, y su segunda esposa fue la madre de Zvi, quien provenía de una pudiente familia de vinateros de Wurtemberg.

Desde el principio, Zvi fue el predilecto de la familia. Cuando los niños alemanes acuden al colegio por primera vez, reciben un cucurucho enorme de cartulina lleno de golosinas. Los padres de Zvi encargaron a un artista que lo pintara con ese cucurucho para colgarlo en el centro de la pared del salón.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que las cosas empezaran a ir mal para ellos. El caos económico en el que se sumió Alemania en la década de 1920 causó dificultades en el negocio, y los problemas se volvieron constantes en la vida de la familia. Al final, el padre de Zvi empezó a vender telas para confeccionar trajes y vestidos; más tarde intentó vender seguros de vida, y hasta puros.

Para ahorrar, los abuelos de Zvi se mudaron a la casa donde este vivía con sus padres. Su abuelo era un médico local muy respetado que solía atender a sus pacientes sin cobrarles nada si estaban en apuros, tal como le sucedió a mucha gente por entonces. Pronto se convirtió en médico oficial del partido socialdemócrata local.

El abuelo de Zvi fue quien le despertó el interés por aprender idiomas que lo ha acompañado toda la vida. Por las tardes convocaba a Zvi y a su hermano Shlomo a su escritorio y les leía

narraciones de Rudyard Kipling, de forma que Shlomo aprendía los vocablos ingleses y Zvi intervenía con comentarios ocasionales.

Pero, a pesar de esos instantes dorados, la familia Schloss atravesaba problemas. Tenían pocos amigos en Ingolstadt, y el antisemitismo iba en aumento.

«No tuve ni un solo amigo en el colegio. Los chicos me gritaban "¡Judío, judío!" —me contó Zvi mucho después—. Había unas cuarenta familias judías en la ciudad en aquella época, pero ninguna tenía hijos en mi clase, así que me sentía completamente aislado. Una vez los niños me persiguieron hasta que llegué a lo más alto de una empinada escalinata de piedra. Entonces resbalé y caí rodando hasta abajo del todo; me hice mucho daño en la espalda y las costillas. Por las calles de Ingolstadt notábamos que la gente se volvía al vernos, dejaba de hablarnos, o incluso de mirarnos.»

Un año después de que los nazis llegaran al poder, en 1934, acorralaron y arrestaron al padre de Zvi «para protegerlo». Lo llevaron al cercano campo de Dachau, que entonces recluía sobre todo a comunistas, opositores de Hitler, delincuentes y algunos judíos. Dachau estaba etiquetado como campo de trabajo, pero en él confinaron a miles de personas injustamente, y pocas salieron vivas.

«La vida familiar se volvió aún más dura. Solo de vez en cuando podíamos escribir cartas a mi padre en tarjetas preparadas con un pequeño espacio para comentarios manuscritos. Él podía respondernos siguiendo el mismo sistema. Era el único contacto que manteníamos.»

Imaginen los pensamientos y los sentimientos de Zvi cuando un buen día miró por la ventana y se encontró un coche descapotable que se abría camino despacio entre multitudes vociferantes y llevaba nada menos que a Adolf Hitler.

Ingolstadt era un bastión nazi, y Hitler estaba visitando a un amigo suyo que era el jefe del partido local. «Era como si toda la ciudad hubiera salido para ver a Hitler: las esvásticas pendían de todos los edificios y la gente se había vuelto casi histérica del entusiasmo.»

Zvi me habló sobre la cantidad de sentimientos que acumulaba al recordar aquel incidente más tarde, ya en retrospectiva.

«A veces la gente me decía: "Si hubieras podido lanzar una bomba directamente contra el coche...". Pero yo no era más que un niño y, en cualquier caso, ninguno de nosotros alcanzó a imaginar lo que nos depararía el futuro.»

Zvi vio a Hitler tres veces en Ingolstadt. «Me pareció mediocre. Costaba creer que alguien con un aspecto tan vulgar pudiera ser el responsable de tantos asesinatos, del exterminio casi total del pueblo judío.»

Un día Zvi acudió a abrir la puerta principal y se encontró con la persona que tanto había deseado volver a ver: su padre. El regreso de Meier fue completamente inesperado, y había sufrido una transformación impresionante. Ahora estaba delgado y nervioso, y no soportaba permanecer en una habitación con la puerta cerrada. Al padre de Zvi lo liberaron de Dachau después de dos largos años, pero con la condición de que la familia saliera de Alemania en dos meses. Meier intentó conseguir visados de inmediato para que toda la familia huyera a otro país.

Sin embargo, parecía una misión imposible. En 1936 la mayoría de los países se negó a admitir refugiados judíos en la miseria, y ellos lo intentaron en todas partes sin ningún éxito. Al

final, con la fecha límite ya muy próxima y la familia al borde del pánico, alguien les dijo que el consulado británico de Múnich tenía reservados unos cuantos visados para Palestina en caso de emergencias extremas. Los solicitaron y, por suerte, cumplían los requisitos.

«Salí de Alemania con mi hermano y mis padres, primero en un tren que nos llevó hasta Múnich y después viajando hacia el sur a través de Austria hasta el puerto italiano de Trieste», recordaba Zvi.

En Trieste tomaron un buque italiano que los llevó a Haifa, entonces perteneciente a la Palestina controlada por Gran Bretaña. Zvi tenía once años.

«Antes de que los nazis llegaran al poder, éramos ciudadanos respetables y comerciantes, pero salimos de aquel barco convertidos en inmigrantes pobres, con un padre física y emocionalmente deteriorado tras sus experiencias en Dachau. La tierra nueva en la que nos encontramos nos era completamente desconocida en sus aromas, luz, paisajes, idioma y gente, pero sentaría las bases del resto de mi existencia. Y allí éramos libres.»

Agotada, y más bien recelosa, la familia Schloss ignoró sus arraigadas costumbres alemanas y emprendió una nueva vida en aquel país convulso y en ocasiones asolado por la pobreza donde, para un alemán, todo parecía hallarse en un estado de caos.

La vida fue difícil. El padre de Zvi había regentado un negocio propio, pero ahora su trabajo se redujo a empujar arriba y abajo por las colinas de la ciudad un pesado carrito cargado con barriles de una bebida local muy popular. En su estado de salud era la peor ocupación posible, pero era mejor que ver morir de hambre a su familia.

El padre de Zvi pagó para matricularlo en una pequeña escuela privada donde pudiera empezar a estudiar hebreo e intentar acostumbrarse al nuevo país.

«Ya no tenía que correr para huir de los empujones que me propinaban las pandillas de niños alemanes gritando "¡Judío!", pero en Haifa tuve que abrirme camino por las tórridas callejuelas muy atento para evitar las tensiones y hostilidades entre la comunidad judía y los árabes del Barrio Viejo, siempre en dura fricción. Recuerdo a las autoridades británicas haciendo rondas con sus uniformes de color caqui formados por casco salacot y pantalones de media pierna.»

Sin embargo, la vida de la familia experimentó un cambio irreversible muy pronto.

En 1938, los abuelos de Zvi acudieron de visita desde Alemania para celebrar su Bar Mitzvá, y, aunque la situación bajo el mandato de Hitler se estaba volviendo insoportable, decidieron regresar. «Parece una decisión increíble —comenta Zvi ahora—, pero eran personas mayores, sin otro hogar, y habían vivido toda su vida como alemanes. Confiaban en que su país entrara pronto en razón y acabara con los nazis.»

Resultó que sus esperanzas no podían estar más equivocadas. El abuelo de Zvi no soportó la vida en la Baviera nazi, ni la humillación de que lo despojaran de su prestigio profesional como médico muy respetado, y se suicidó. Entonces, cuando empezó la guerra, deportaron a la abuela de Zvi a un campo de concentración en Letonia. Nunca más volvió.

También en Haifa acontecieron grandes cambios. La salud del padre de Zvi se deterioró con los esfuerzos que le exigía su duro trabajo, y falleció por insuficiencia cardiaca. Zvi sentía la necesidad apremiante de seguir estudiando, pero sabía que tendría que dejar la escuela y encontrar algún empleo. «Me pareció que el mejor lugar para ganar dinero era un banco, así que

empecé por ahí, a los trece años, como recadero habitual.»

Antes de morir, el padre de Zvi le había encontrado un puesto en un banco llamado Feuchtwanger, propiedad de un judío alemán. Zvi siguió estudiando por las tardes durante muchos años hasta que aprobó los exámenes.

Al mismo tiempo empezó a implicarse cada vez más en el sionismo. La guerra en Europa armó un buen alboroto en Palestina. Los nazis y sus socios estaban muy interesados en tomar Oriente Medio para acceder tanto al petróleo como al delta del Nilo. Aviones italianos bombardeaban Haifa con regularidad para volar los depósitos de almacenamiento y las refinerías, que estallaban en inmensas bolas de fuego que salían despedidas contra el cielo.

«Nos aterraba que los nazis tomaran el control, pero también estábamos muy decepcionados con la gestión británica», afirma Zvi.

El Libro Blanco británico de 1939 había propuesto la creación de un Estado independiente en Palestina, gobernado por árabes y judíos. La representación en el Gobierno sería proporcional a las poblaciones respectivas de ambas comunidades en aquel año. El libro imponía restricciones a la inmigración judía y al derecho de los judíos para comprar tierras árabes.

Se estableció un límite de setenta y cinco mil inmigrantes judíos durante los cinco años siguientes, lo que implicaba una cuota anual regular de diez mil personas, y una cuota complementaria de veinticinco mil personas más para cubrir a refugiados en situación de emergencia durante ese mismo periodo. Después de 1944, la inmigración adicional dependería del permiso que otorgara la mayoría árabe.

Al final de la guerra empezó el goteo de los primeros testimonios sobre el Holocausto. Zvi recuerda la reacción. «Todos nos sentimos absolutamente abatidos por la terrible catástrofe que había asolado al pueblo judío. Habíamos oído rumores de lo que estaba sucediendo en Europa, pero nos parecían casi imposibles de creer. Sin duda las cosas no podían ser tan horrendas, pensábamos. Nos habíamos negado a aceptar la realidad.

»Después vimos que arribaban a las playas embarcaciones repletas de refugiados judíos que al instante los británicos rodeaban, arrestaban y devolvían a campos de desplazados de Chipre. Era impactante y absolutamente inconcebible.»

En 1945, Zvi se alistó en la Haganá, la organización paramilitar clandestina judía. El cuerpo se reunía por las tardes en el molino de harina de Haifa para entrenarse. «Yo estaba dispuesto a luchar por un Estado judío independiente y por mi pueblo.»

En noviembre de ese año, la Organización de Naciones Unidas votó en favor de un plan de partición que proponía la retirada británica de Palestina y la instauración de dos Estados independientes, uno árabe y otro judío. La tensión entre ambas comunidades fue máxima. Muchas personas de ambos bandos discreparon del plan propuesto y de las fronteras futuras.

El 30 de diciembre de 1947, un grupo de las milicias árabes irrumpió en la refinería y mató a 39 trabajadores judíos.

«Aunque me había entrenado para disparar, y hasta para lanzar granadas, caminé por las calles con miedo —dice Zvi—. Una vez, en el Barrio Viejo de Haifa, oí el motor en marcha de un coche parado detrás de mí. Me giré justo a tiempo de ver que un árabe sacaba una pistola y me apuntaba con ella a la cabeza. Me agaché corriendo y me libré por muy poco de que una bala

me atravesara los sesos.»

El 15 de mayo de 1948, cuando se fundó el Estado de Israel, Zvi se enroló de inmediato en el Ejército de Defensa Israelí, sucesor de la Haganá, donde prestó servicio durante dos años, primero como pagador y después como censor, dentro de la unidad de inteligencia del ejército.

Siempre ha tenido más cabeza que fuerza, y la vida militar no estaba hecha para él.

«Recuerdo que una vez me entró un ataque terrible de disentería y paré en una localidad drusa para limpiarme el culo en un abrevadero para el ganado ante la mirada atenta de las chicas del lugar. ¡Qué experiencia tan agradable para mí, y para ellas!»

En las horas libres, Zvi se sentaba a leer y a estudiar en la polvorienta tienda del ejército y, cuando concluyó el servicio militar, regresó al puesto que había ocupado en el banco.

«Me di cuenta de que para avanzar en mi carrera tendría que salir de Israel durante algún tiempo y ampliar mi experiencia en el extranjero», recuerda. El banco lo ayudó a encontrar un trabajo en Londres, y llegó a Inglaterra en 1950 vestido con un antiguo abrigo de invierno alemán que le confería el aspecto de un personaje novelesco del siglo XIX.

Recuerdo bien aquel abrigo: era espantoso, pero a Zvi parecía gustarle. ¡Incluso en los primeros días de nuestra relación deseaba que llegara el día en que pudiera deshacerme de él! Por entonces a Zvi no se le pasaba por la cabeza que necesitaría un abrigo nuevo. Los inviernos europeos no eran más que una molestia pasajera, porque estaba absolutamente decidido a regresar a Israel y a su trabajo en las finanzas. Y así habría ocurrido, sin lugar a dudas, si yo no hubiera aparecido un buen día en la pensión donde él vivía, repleta de opiniones desconcertantes y con un cargamento en condiciones de buen chocolate holandés.

Pero resultó que nos encontramos, y la vida de ambos cambió para siempre, y para mejor.

21

La boda

Me casé una mañana preciosa de verano en Ámsterdam. En mi horizonte solo hubo un nubarrón: mi futura suegra. Frau Schloss no me aceptó desde el momento en que oyó hablar de mi existencia. Le apenaba que la apartara de su amado hijo, su querido Zvi.

Zvi me había pedido que me casara con él un día, meses antes, mientras paseábamos por Hampstead Heath.

—Eva, te quiero, y creo que eres una chica increíble —me soltó de repente, bastante nervioso —; ¿quieres casarte conmigo?

De ser una novela romántica, habría aceptado en ese mismo instante, pero me frenaron dos cosas. Zvi me gustaba muchísimo; sin embargo, aún me sentía muy confusa con respecto a mis sentimientos, y no estaba nada segura de con quién quería casarme, ni si quería hacerlo con alguien. Solo habían pasado unos años desde la pérdida de Pappy y Heinz y, aunque había logrado mudarme a Londres y retomar una vida rutinaria, no era capaz de sentir un amor profundo por nadie.

Le dije a Zvi que aquella petición me hacía muy feliz, pero que debía pensarlo, y me pasé las semanas siguientes intentando aclararme sobre lo que realmente deseaba. Necesitaba consultarlo con una persona en particular.

—¿Crees que debería casarme? —le pregunté a Mutti durante una de sus visitas a Londres.

Frunció el ceño para concentrarse. Zvi era la opción intelectual, pero también estaba Henk en Ámsterdam, y nuestro «semicompromiso».

—Creo que deberías casarte con Zvi —dijo al fin Mutti—. No solo es un hombre encantador; también es inteligente e interesante. Es muy importante que tengas un marido capaz de mantener tu interés. Henk también es un chico encantador, pero creo que Zvi es la elección correcta.

Tuve que admitir que Zvi era listo y enigmático (con ese pasado exótico en Palestina), pero había otra cosa que se interponía en mi camino: Mutti. A Zvi nunca le había hablado de eso, pero, después de todo lo que habíamos pasado, no tenía ninguna intención de mudarme definitivamente a otro país y dejarla a ella atrás. Así que mi respuesta fue *no*.

—Muchas gracias —le dije a Zvi, porque éramos muy educados en aquellos días—, pero no puedo casarme contigo. Mi madre es viuda y quiero estar cerca de ella en Ámsterdam.

Sin meditar mucho más sobre el asunto, y sin demasiado pesar, regresé al trabajo en Woburn Studios y proseguí con mi vida normal en la casa de huéspedes de la señora Hirsch. Zvi pareció aceptar mi decisión con bastante serenidad, aunque ahora me cuenta que siempre estuvo seguro de que me acabaría ganando, que no sería capaz de resistirme a él. Por entonces yo creía que nada me haría cambiar de opinión, pero, por supuesto, estaba equivocada.

—Bueno, Eva, tengo que darte una noticia.

Esta vez me hablaba Otto Frank, y parecía nervioso. Otto había venido a Londres por negocios, y yo tenía muchas ganas de coincidir con él. Había visto a mi madre todos los días en Ámsterdam, y ella ya lo había informado de mi renuncia a la proposición de Zvi. Ahora Otto quería contarme algo.

—Quizá hayas notado que tu madre y yo nos hemos acercado mucho el uno al otro... Nos hemos enamorado y hemos decidido casarnos en cuanto tú te asientes.

Me quedé completamente estupefacta al oír aquello. En Ámsterdam todo el mundo había percibido los profundos sentimientos que existían entre ambos, pero yo nunca noté que mantuvieran algo más que una amistad para darse apoyo y comprensión. Muchas otras mujeres le habían echado el ojo a Otto, pero él estaba muy unido a mi madre, y resultó que su relación se basaba en mucho más que la compañía y el entendimiento mutuos: realmente era un romance.

Mientras yo me adaptaba a la vida de Londres, Otto había escrito largas cartas a mi madre desde los destinos que visitó en Estados Unidos para promocionar *El diario de Ana Frank*. En esas páginas de apretadas letras mecanografiadas, le contaba todo lo que hacía, incluso qué había comido y cuánto le había costado (consideraba carísima una comida por 99 centavos). Proseguía prometiendo contarle más detalles cuando la viera en persona, y le proponía planes para mudarse a vivir con ella cuando regresara. Ya de vuelta en Ámsterdam, mi madre iba al trabajo a diario en el tranvía; y Otto, absolutamente encantador, la seguía en bicicleta pedaleando junto al vehículo público en marcha. En cada parada, mi madre salía y se lanzaban besos el uno al otro.

Me quedé de piedra, pero también encantada al saber que mi madre no tendría que pasar el resto de su vida sola. Mis sentimientos eran más complejos, aunque en realidad le tenía cariño a Otto y sabía que habría sido egoísta por mi parte manifestar el arrebato de tristeza que sentí por mi propio padre al oír la noticia.

Una cosa estaba clara: eso me daba plena libertad para encauzar mi propia vida y aceptar, si quería, la proposición de Zvi.

Lo pensé un poco y decidí contarle a Zvi que finalmente podía aceptar su propuesta de matrimonio:

—Pero primero tendrás que pedirle permiso a mi madre. Vendrá a visitarme la semana que viene, y entonces tendrás ocasión de hablar con ella.

Mutti llegó, y al día siguiente nos fuimos los tres a pasear por Hampstead Heath, un lugar, como se ve, habitual en nuestra familia para mantener conversaciones.

Zvi estaba muy tenso cuando le comentó a mi madre, nervioso, que quería casarse conmigo. Mutti aceptó con una condición. Le pidió que no me llevara a Israel. Después de todo lo que habíamos sufrido, no soportaría permanecer tan alejada de su única hija, ni afrontar el hecho de que no nos viéramos durante años.

Su petición pareció dejar a Zvi verdaderamente consternado. Yo sabía que tenía un sentimiento enorme de orgullo y lealtad hacia Israel, y que se había comprometido a ayudar a construir su nueva nación. Aunque le encantaba estudiar en Londres, él —como yo— nunca había considerado esa ciudad como un lugar de residencia permanente. Y, por supuesto, su madre, al igual que la mía, tampoco quería vivir a miles de kilómetros de distancia de su único hijo. Casarse conllevaría un sacrificio mucho mayor del que había imaginado. Vi pasar por su rostro todas las derivaciones de la petición de Mutti mientras la meditaba, pero, después de un trago largo de saliva, aceptó.

—¿Qué hora será? —dijo Mutti de repente.

Nos habíamos enfrascado tanto en aquella conversación trascendental que olvidamos que Mutti debía tomar un tren. Ninguno de nosotros llevaba reloj, así que Zvi corrió entre una multitud de gente para preguntar la hora. Yo lo observé desconcertada.

—¡Oh, no, mira cómo corre! —le dije a Mutti—. Es tan patoso que corre como Charlie Chaplin.

Estoy segura de que Mutti pronunció algunas palabras de consuelo, pero lo cierto era que yo aún me sentía muy indecisa sobre la idea de casarme, e insegura con respecto a la aceptación de la propuesta.

Vimos a Mutti subir al tren y, cuando se fue, le confesé a Zvi:

—Aún no estoy segura de si quiero casarme contigo. Te creía un chico atlético, pero no lo eres. Quería que fuéramos juntos a esquiar y a subir montañas.

Estas cuestiones parecen bastante triviales, sobre todo ahora que conozco todos los altibajos que conlleva un matrimonio de larga duración. Desde luego, lo que intentaba decirle en realidad era que tenía una idea muy clara de cómo sería mi futuro marido, pero no estaba segura de que Zvi pudiera ser aquel hombre. Era como dar un gran salto hacia la oscuridad.

Charlamos dos horas más, y la respuesta vehemente de Zvi fue que yo tendría que correr más riesgos en mi vida y que él me prometía que cambiaría en todo lo necesario para convertirse exactamente en lo que yo quisiera. Como es natural, yo era aún demasiado inocente para saber que la gente rara vez cumple eso, si es que llega a conseguirlo.

Me convenció y, entusiasmados, y con cierta inquietud por mi parte, fijamos la fecha de la boda para unos meses después en Ámsterdam. Entretanto, concluí el año que tenía planificado en Woburn Studios y llevé a Zvi a visitar a mi familia de Darwen.

Lo que no sabía yo era que, a pesar de su apoyo, Mutti escribió más tarde a mi tía para conocer su opinión acerca de si Zvi y yo formábamos buena pareja, así como para manifestarle sus preocupaciones acerca de la boda.

> No me lo creeré hasta que esté casada... La desesperación llegará en cuanto la vea instalada en un país diferente. Pero debo tragarme mis propios sentimientos y, si hago un gran sacrificio, espero al menos que sea muy feliz...

Absolutamente ajena a cualquier inquietud de Mutti, yo era feliz y regresé a Holanda animada para juntar un ajuar básico.

El 19 de julio de 1952, Zvi y yo nos unimos en matrimonio en el Ayuntamiento de

Ámsterdam acompañados de mi madre, mi abuela, Otto, algunos amigos y Frau Schloss.

La madre de Zvi había viajado desde Israel para asistir a la ceremonia, y se alojó con nosotros en Merwedeplein mientras esperábamos la llegada de Zvi. Él ya me había contado que su madre no recibió la noticia con agrado y que estaba convencida de que su hijo cometía un tremendo error. Mi abuela también se alojó en el piso y, cuando ella y Mutti se fueron a dormir, yo me acerqué a darle las buenas noches a Frau Schloss.

—¡Veo que por fin vienes a hablar conmigo! —dijo con los ojos encendidos de aversión antes de acometer una larga lista de razones por las que no debía apartarla de su querido hijo.

Fue una situación horriblemente incómoda. Yo era muy consciente de que Zvi hizo sufrir a su familia al acatar la petición de Mutti, pero, por supuesto, también sabía que ella estaba siendo muy desconsiderada.

Cuando llegó el gran día, vi que mi madre y mi abuela me sonreían con lágrimas de felicidad en los ojos, pero mi flamante suegra lloraba a moco tendido. Presenció la ceremonia con una expresión tal que parecía aquejada por una indigestión aguda.

Por desgracia, aún nos tenía reservada otra sorpresa.

—¡Mirad! —dijo, agitando el pasaporte ante nosotros—. Tengo visado para viajar a Suiza, y os acompañaré en vuestra luna de miel. Ya tengo el equipaje preparado.

Tomé una buena bocanada de aire y me llevé a Zvi a otra habitación:

—¡Tu madre no viene con nosotros de luna de miel! ¡Y tú eres quien debe decirle que no puede venir!

Pobre Zvi. Tras una conversación privada y muy desagradable con su madre, regresó y nos reunimos todos para hacernos la fotografía del enlace, antes de que él y yo nos marcháramos para pasar la noche de bodas en la costa holandesa y para tomar el tren hacia Suiza.

Desde que era pequeña, la montaña era un destino mágico para mí, y estaba deseando compartirla con mi flamante esposo.

La primera mañana de aquel viaje me acerqué al telesilla más próximo como extasiada de felicidad al disfrutar del aire puro y el paisaje alpino. A medida que el telesilla subía y subía y las praderas iban quedándose a nuestros pies, miré a mi alrededor y me sorprendió ver a Zvi aferrado con fuerza a la barra de seguridad. Tenía los ojos cerrados y transpiraba.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—No puedo mirar abajo —dijo—. ¿Cuándo llegamos?

Llegamos pronto y bajé de un salto, desconcertada al saber que Zvi tenía miedo a las alturas. Ante nosotros se desplegaba un sendero serpenteante de montaña que ascendía por las rutas que siempre me había gustado recorrer. Emprendí la marcha, sintiendo el cálido sol en la cara y deteniéndome a mirar algunas de las flores alpinas que siempre recolectaba mi familia. Junto a mí, la falda de la montaña se precipitaba hacia el valle con unas vistas espectaculares. Realmente me sentía en mi elemento. Al cabo de un rato, reparé en que solo sentía el crujido de mis propias botas contra el suelo y miré atrás. ¿Dónde estaba Zvi?

—Eva..., Eva... —lo oí gritar.

Cuando lo encontré, estaba abrazado a una gran roca; parecía acoplado a ella con todas las fibras de su ser, y temblaba.

Me tendió una mano:

—No puedo seguir. No puedo avanzar ni puedo retroceder. Tienes que ayudarme.

Me acerqué y, bastante perpleja, le di la mano para ayudarlo a descender despacio por el sendero de montaña.

Más tarde, a Zvi se le complicó aún más el día, porque se comió un pesado guiso de cordero y pasó la noche malísimo, vomitando en el pequeño lavabo de la habitación.

—Me siento fatal —gemía, agarrándose el estómago mientras yo yacía tendida en la oscuridad de aquella cálida noche de verano llena de dudas sobre el extraño individuo con el que me había casado.

A diferencia de las parejas de hoy en día, que viven juntas durante años antes de contraer matrimonio, nosotros apenas nos conocíamos en realidad y tuvimos una relación muy inocente. (Zvi creía que los niños nacen del ombligo de la mujer.) El matrimonio constituía una auténtica —y a veces desconcertante— expedición a lo desconocido. Creí que Zvi era como mi padre porque físicamente le daba cierto aire, y asumí que todos los hombres tendrían unos intereses y una personalidad tan activos y enérgicos como los de Pappy. Creí que Zvi era aficionado al deporte porque un día lo vi limpiando un par de botas de excursionista por la ventana de su dormitorio. ¡Vaya fundamento para aceptar una proposición! Ahora caía en que tal vez Zvi no se pareciera en nada a mi padre.

22

Una cadena ininterrumpida

El siguiente enlace matrimonial de la familia unió un año después a mi madre y a Otto. Fue una boda discreta, y Mutti ni siquiera nos habló de ella hasta después de la ceremonia. Enseguida entendí por qué: se casaron el 10 de noviembre de 1953, un día antes del cumpleaños de mi padre, y Mutti sabía que me apenaría mucho.

Otto había vivido algún tiempo en Merwedeplein con mi madre, pero a ambos les atosigaban los recuerdos, así que decidieron mudarse a Suiza para comenzar la vida de casados abriendo un capítulo nuevo, cerca de la familia que le quedaba a Otto. Aunque estaba completamente decidido a conseguir que se publicara el diario de Ana y que obtuviera el reconocimiento que merecía, Otto había sufrido un deterioro emocional y mental terrible con la guerra y la pérdida de su familia. Lloraba a menudo y sufría ataques de temblores horribles y depresión profunda. Lo cierto era que, por mucho que adorara Ámsterdam, Otto no soportaba vivir allí más tiempo.

Yo entendí más que bien esos sentimientos; la guerra y la posguerra también habían causado estragos en mi salud emocional.

Después de la luna de miel, Zvi y yo nos mudamos a dos habitaciones alquiladas en una casa cercana, en la calle Anson Road, pero a ninguno nos entusiasmó el nuevo alojamiento. La casera era una viuda con dos hijas solteras que regentaban un conocido almacén de *delicatessen* judías llamado Green’s. La casa siempre estaba revuelta y lúgubre. Ocupábamos una habitación pequeña y una sala de estar con un hornillo, pero teníamos que fregar los platos, ollas y sartenes en el lavabo del baño común, que siempre tenía una película grasienta de mugre dejada por otros huéspedes.

Al casarme había abandonado el trabajo de Woburn Studios, de acuerdo con la convención de la época, pero remolonear por la casa empezó a deprimirme, y Zvi admitió que debía buscar un nuevo trabajo y apuntarme a algún curso para ocupar el tiempo durante el día.

Escribí decenas de solicitudes de empleo y, mientras tanto, me apunté en una escuela politécnica local para aprender a tejer y a hacer guantes. Mi primer día allí fue un desastre. Al final de la clase necesitaba ir con urgencia al servicio, pero me dio vergüenza preguntar dónde estaba. Cuesta entender lo paralizante que puede llegar a ser la timidez cuando no se sufre, pero el trauma del tiempo que pasé en Auschwitz y de la pérdida de Pappy y Heinz me volvió

prácticamente incapaz de hablar con la gente. No podía soportar la idea de preguntar a alguien cómo llegar al servicio de señoras, así que tensé los músculos y corrí hasta la parada del autobús. No era un trayecto largo, pero me pareció que el bus tardó una eternidad en llegar y proseguir lento su ruta. Al fin alcanzó mi parada; salté fuera y enfilé Anson Road sintiendo la agonía a cada paso. Llegué a casa justo a tiempo, pero, ¡horror!, había venido el repartidor del carbón con el suministro, y en esos tiempos el carbón se almacenaba en el cuarto de baño.

—Lo siento, querida —dijo el hombre levantando la mano—. Está ocupado, tendrás que esperar.

¿Esperar? No podía esperar ni un segundo más. Me senté sobre el muro bajo del jardín y, por mucho que lo intenté, no pude contenerme. Me meé encima y, cuando se fue el repartidor del carbón, corrí escaleras arriba con la falda empapada para asearme.

Aquella noche le conté a Zvi todo el episodio y, aunque fue muy solidario, lo noté algo perplejo al enterarse de que su esposa era una persona tan cohibida en público, a pesar de la franqueza con que solía hablarle a él en privado. En el campo de concentración me había jurado que jamás volvería a ser una víctima, pero casi diez años después eso era lo que parecía, al menos en público: una envoltura amedrentada de la niña extrovertida que era antes.

Poco después de aquel incidente, me propusieron realizar dos semanas de prueba en un estudio fotográfico de la calle Victoria. Salí airosa del examen y me ofrecieron un trabajo a jornada completa, pero yo odiaba ese lugar y no quería aceptar un puesto allí. Tal vez la solución parezca evidente. Podía decir: «No, gracias. Este trabajo no es para mí». Podía contarles que mis circunstancias personales habían cambiado. Podía inventarme una trola y renunciar. Pero no fui capaz de hacer nada de todo eso; solo sabía que no podía decirles que no quería el trabajo. Después de darle muchas vueltas, le pedí a Zvi que llamara a la oficina y dijera que lo habían destinado a Manchester y que nos íbamos de Londres. Aquello era falso, aparte de una mentira muy elaborada para resolver un problema bien fácil.

El curso para aprender a tejer y a hacer guantes tampoco dio mucho de sí. Conseguí hacer un solo guante y tejer una bufanda lila y rosa que le mandé a mi suegra a Israel. Irreductible como siempre, me escribió diciendo: «Lo que *menos* me gusta de la bufanda son los colores...».

—No volveré a hacerle nada a tu madre nunca más —le comuniqué a Zvi indignada, aunque, si he de ser franca, puede que su madre tuviera algo de razón.

Por entonces a Zvi le iba bien en el trabajo con la agencia de inversiones Strauss Turnbull, y empezamos a buscar nuestra primera vivienda de verdad. En cuanto pudimos, compramos un pequeño piso en la planta baja de un edificio de Olive Road, y hasta empezamos a labrar nuestro primer jardín, en el que plantamos un manzano que después nos llevamos a la casa siguiente, donde aún hoy da cosechas fabulosas.

Desde fuera, parecíamos llevar una vida perfecta: éramos una pareja joven que se abría camino dentro del mundo. Pero, en realidad, yo aún batallaba con las secuelas emocionales y físicas de Auschwitz.

No llevábamos mucho tiempo viviendo en Olive Road cuando empecé a tener fiebres. No eran especialmente altas, pero por mucho que descansara no acababan de desaparecer. Sentía malestar casi en todo momento. Al final, mi médico me mandó más pruebas y me dijeron que

tenía fibrosis pulmonar y una variedad de tuberculosis en los huesos. Fue una noticia terrible porque, en esa época, la tuberculosis era una enfermedad que tardaba meses, y hasta años, en curarse.

Me mandaron al famoso Hospital Ortopédico Nacional Real de Stanmore, y pasé allí tres penosas semanas sometida a exploraciones y estudios con rayos X, hasta que un doctor apareció junto a mi cama una mañana y me comunicó: «Señora Schloss, no padece tuberculosis; puede irse cuando quiera». Fue estupendo dejar aquel hospital frío, repleto de corrientes de aire y de aspecto muy primitivo, comparado con algunos de los hospitales europeos que yo conocía, pero el médico también me dijo que las cicatrices en los pulmones indicaban que había atravesado una enfermedad grave en algún momento de mi vida, probablemente mientras estuve en el campo de concentración.

No acabaron ahí mis problemas de salud. Poco después de volver a casa descubrí que Auschwitz tenía la culpa de algo con unas consecuencias potenciales aún más trascendentes.

Una tarde lluviosa londinense acudí a una conferencia sobre geología en el Museo de Historia Natural. Al salir me estremeció la espantosa humedad y decidí cruzar la calle y tomarme una taza de té en una cafetería. Me senté, pedí el té, y noté que un señor más mayor que yo me miraba desde una mesa próxima. Se inclinó hacia mí, se aclaró la garganta, y yo me pregunté qué sería lo que iba a decirme. Pero, en lugar de darme conversación, me pidió permiso para leerme la mano. Yo sabía que era una chorrada, pero sentí curiosidad y algo de desconcierto. Volví la mano hacia arriba y dejé que me recorriera la palma con los dedos.

—Mmmm, oh, sí —dijo, mientras ambos mirábamos la mano con atención—. Veo en esta línea que va a tener una vida muy larga.

Aquello me sonó realmente bien.

Después se detuvo.

—Espere, esto no lo veo nada claro. —Frunció el ceño y observó la palma con más detenimiento—. Esta es la línea que indica si tendrá hijos, pero no es fácil de seguir. No puedo decirle si tendrá o no tendrá familia algún día.

Hasta ese instante nunca me había planteado que tal vez no pudiera tener hijos. Aparté la mano espantada. Siempre había guardado en la memoria las palabras de Pappy sobre la cadena ininterrumpida que formamos mediante la familia, y de repente supe que me resultaría insufrible no poder tener descendencia con Zvi.

Me apresuré para llegar a casa entre lágrimas y cerré la puerta tras de mí. Zvi estaba sentado en la sala.

—Olvídate de esperar hasta que estemos mejor afincados —le dije—. Tenemos que fabricar un niño ya.

—Bueno —respondió algo confuso—, pero pensé que querías esperar hasta que tuviéramos una casa más grande.

—No. ¡Hay que empezar a intentarlo de inmediato!

Sin embargo, durante una temporada pareció cumplirse la predicción del hombre que me leyó la mano. Lo intentamos durante un año, pero no hubo ningún signo de embarazo.

Con el tiempo pedimos cita en el Hospital Elizabeth Garrett Anderson de Euston Road y,

mientras permanecíamos sentados en la sala de espera, la posibilidad de que nunca tuviéramos hijos se instaló entre nosotros como un gran peso que nadie verbalizó.

El médico confirmó mis peores temores. Los excesos de Auschwitz habían repercutido en las hormonas, y el cuerpo no me funcionaba como debía. Empecé a seguir un tratamiento hormonal y esperé, esperé, pero no hubo bebé.

Entonces me sumí en una melancolía terrible, y en otoño de 1955 Zvi me propuso pasar unas vacaciones en Noruega con mi madre y con Otto para que me olvidara de los problemas. En aquel tiempo Noruega no era un destino turístico internacional, y realizamos un viaje memorable en el que disfrutamos de la belleza de los fiordos y los saltos de agua, intentando, sin conseguirlo, hacernos entender en inglés, comiendo carne de reno y viajando en los autobuses locales. A pesar de todos los problemas, no pude evitar relajarme y pasarlo bien, y cuando volví a Londres descubrí que se me había retirado el periodo. Al fin estaba embarazada.

Aunque la vida me había enfrentado a algunas experiencias terribles y estremecedoras, mi ignorancia sobre embarazos y nacimientos de niños era aún extraordinaria.

Durante los primeros meses me puse malísima, y vomitaba de inmediato en cuanto olía la comida. Una noche le estaba sirviendo un poco de guiso a Zvi, pero, en cuanto levanté la tapadera de la olla y me llegó el olor, vomité allí mismo, en el suelo junto a la mesa.

Zvi empezó a gritar:

—¿Qué haces? ¡Estás vomitando encima de mi cena!

Me enfurecí tanto con él, que levanté la pesada tapadera de la olla y le di con ella en la cabeza. El golpe sonó terrible y casi lo dejé noqueado. Aunque era tímida en público, con él nunca lo fui, y además tenía bastante temperamento.

Después de nueve largos meses, ingresé por urgencias en un hospital de maternidad de la City londinense, sin mucha idea sobre la manera en que mi bebé llegaría al mundo.

Mutti y Zvi me acompañaron durante el trayecto en ambulancia, pero, siguiendo la costumbre de la época, los mandaron de vuelta a casa en la misma puerta del hospital.

En esos días los alumbramientos aún eran algo que las mujeres debían pasar solas, y giré la vista hacia ellos con terror.

—Vuelvan mañana —dijo tajante la enfermera mientras me guiaba sujetándome con firmeza por el codo.

Mutti se quedó muy contrariada y se agarró del brazo de Zvi.

—Parece una oveja que va al matadero.

Sin más preámbulo, me soltaron en una habitación y me indicaron que me tumbara a esperar. Hice lo que me dijeron preguntándome qué pasaría. Pronto me entró un dolor terrible y dejé salir un grito desgarrador.

La puerta de la habitación se abrió y la enfermera me dijo:

—Tranquila, aún te quedan horas por delante. —Y volvió a cerrar la puerta con rapidez.

En el transcurso de la noche, emití algunos gritos más sujetándome el vientre, convencida de que era la peor experiencia que se podía tener en la vida y de que había sido una idiota al desear aquello con tanta desesperación. Sin embargo, en cuanto nació mi bebé, cambié de opinión. Al principio no era la niña más guapa del mundo, y tuvo ictericia, pero en cuanto sostuve entre los

brazos ese cuerpecillo supe que aquel era el momento que había estado esperando.

—Creo que estoy preparada para tener mi segundo hijo de inmediato —le dije a la enfermera, quien debió de pensar que estaba delirando.

Decidimos llamarla Caroline Ann, y en cuestión de meses se convirtió en una pequeña preciosa de ojos vivos y una mata de pelo negro en la cabeza. Zvi me dijo que creía que la llegada de Caroline me había cambiado por completo. Era cierto: solo sentía felicidad ante esa personita perfecta. Hay algo en los recién nacidos que representa todo el optimismo del mundo, por muy sombrío que haya sido el pasado.

Había comenzado un capítulo nuevo de mi existencia, y enseguida me entregué a todas las tareas propias de una madre. Casi al instante nos dimos cuenta de que el piso era demasiado pequeño para los tres, y encontramos una casa grande que nos encantó en el barrio residencial de Edgware. La vivienda necesitaba muchas reformas porque el ejército la había requisado durante la guerra, pero Otto nos ayudó con un préstamo para pagar el anticipo, y nos mudamos allí y empezamos a arreglarla.

Todos mis temores iniciales sobre el matrimonio se demostraron infundados. Zvi no solo era un marido comprensivo y cariñoso, sino también un padre participativo: adoraba a su hija y dedicaba horas a jugar con ella y a cambiarle los pañales. Hasta cocinaba todas las mañanas el desayuno de nuestro inquilino para que yo pudiera darle el pecho a Caroline con tranquilidad. Por fortuna había aceptado su propuesta de matrimonio; no concibo cómo habría sido mi vida sin él.

Entonces Edgware era todavía, más que un barrio de Londres, un frondoso pueblito inglés; y, aunque me encantaba su serena paz, también me sentía sola. La casa permanecía vacía y en silencio durante el día, y las calles solían estar tranquilas y desiertas. Zvi me sugirió que volviera a trabajar como fotógrafa, pero era demasiado tímida para buscarme clientela.

Cuando Mutti y Otto llegaron para quedarse, le conté el plan a mi madre e intervino. Por entonces, las mujeres dejaban a los hijos en el jardín delantero dentro de su cochecito para que les diera el aire, y mi madre fue llamando a cada puerta en la que vio un carrito de bebé para preguntar a las madres si querían hacerles fotos a sus hijos. Pronto me llegaron los primeros encargos e inauguré un negocio prometedor sacando fotos de bebés y de niños de guardería, que revelaba en un armario del sótano convertido en cuarto oscuro. Era una fotógrafa muy buena, con mucha experiencia profesional, aunque poco segura aún de mis propias capacidades.

El desastre llegó cuando me abrí al sector de los reportajes de boda. Me encantó aceptar un encargo para fotografiar el enlace de un profesor de la localidad, y trabajé durante todo aquel día para asegurarme de realizar tomas perfectas. En la década de 1950 una boda era el acontecimiento más importante en la vida de una pareja, así que nadie puede figurarse el horror que sentí cuando al fin me metí en el cuarto oscuro para revelar la película y descubrí que no había hecho ni una sola fotografía. Toda la película estaba en blanco.

La cabeza me daba vueltas, se me crisparon los nervios y permanecí despierta toda la noche, pero no había solución posible. Tres semanas después, me telefoneó la novia recién casada para preguntarme cuándo estarían listas las fotos.

—En realidad, bueno, no sé cómo decírselo... —Me atasqué y tomé una buena bocanada de

aire—. Lo siento, pero ha habido un contratiempo espantoso y no ha salido ninguna de las fotografías...

Tenía el teléfono en la mano sujeto con firmeza, a la espera del estallido, pero solo hubo un silencio sepulcral. Los segundos pasaban y yo dudé si me habría oído bien. Al final, forzando la voz, respondió amablemente:

—Oh, bueno. Qué lástima... Pero ya no podemos hacer nada para arreglarlo, así que no importa.

Más tarde, aún atónita, me senté a charlar con Zvi y le dije:

—¿Te imaginas que hubiera sido una boda judía?

Ambos nos espantamos pensando en la explosión de emociones que sin duda habría tenido lugar, seguida por innumerables gritos y chillidos. Estos ingleses eran un pueblo extraño, si bien afable, y verdaderamente sabían guardarse los sentimientos para sí.

Me gustaban los ingleses por su peculiar individualidad, sus buenas maneras y su paciencia, y por algo que yo percibía como una aversión, más bien apacible pero muy arraigada, hacia la autoridad y a que les dijeran qué debían hacer. (En este aspecto eran opuestos a todo lo alemán.) Pero aún me costaba mucho entender el reservado carácter británico.

Mientras a mí me paralizaba la timidez, parecía que ninguna mujer inglesa acudiría a entablar amistad conmigo. Por entonces había traído al mundo a mi segunda hija, Jacky, y pasaba muchas horas sola llevando a las nenas al parque y al lago del lugar. Durante mis salidas veía con regularidad a una señora, y abrigué la esperanza de que quisiera charlar conmigo. Me llevaba mucho tiempo armarme de valor y, por mucho que me preparara de antemano, siempre perdía el coraje en el último momento y me iba sin dirigirle la palabra.

Un día contraté a una niñera para ir a la ciudad y, al salir de casa, vi que mi vecina también se iba en ese instante. La seguí hasta la parada del autobús pensando en cómo iniciar la conversación, pero, en cuanto vi llegar el bus en la distancia, me encogí de pánico. Me uní a la cola detrás de ella. El autobús se detuvo, la puerta se abrió y vi subir a bordo a aquella amiga potencial. Si quería hablarle debía hacerlo ahora o nunca, pero no fui capaz de reunir el valor para entrar. Me escabullí detrás de un árbol y me escondí allí hasta que el bus se marchó. Fue desalentador.

Por suerte había conseguido entablar una buena amistad. Poco después del nacimiento de Caroline, me encontré con una señora llamada Anita que también tenía un bebé, y aún somos amigas hoy en día. Pasamos muchas horas juntas sentadas a orillas del lago de Edgware, meneando carritos y charlando sobre nuestra vida y nuestros hijos. Estábamos muy unidas, pero lo cierto es que no esperaba que Anita acabara formando parte de otro capítulo de mi vida: en Suiza. Sin embargo, así ocurrió durante algún tiempo.

A Zvi le ofrecieron un trabajo nuevo en un banco israelí de Zúrich. El puesto significaba un ascenso para él, pero yo era reticente a trasladarme y volver a empezar de cero en otro país. Zvi me prometió que alquilaríamos nuestra casa y regresaríamos en unos años, y al final acepté. A pesar de lo tentador que era poder esquiar los fines de semana, me entristecía volver la espalda a Edgware y regresar al continente. Mi único y gran consuelo era que de nuevo viviría cerca de Mutti y Otto, aunque sabía que estaban muy ocupados trabajando en *El diario de Ana Frank*.

23

Otto y Fritzi

Una vez le pregunté a mi madre cómo podía estar tan feliz y enamorada de Otto, cuando también parecía igualmente feliz con mi padre. No deseaba que mi madre pasara el resto de su vida en soledad, pero, de habérmelo planteado en otro momento, habría pensado que nada podría igualar la felicidad de nuestra familia y que nadie podría ocupar el lugar de Pappy, esa figura tan preeminente.

Mutti respondió que eran dos hombres muy distintos, cada uno de ellos para una etapa muy diferente de su vida.

—Evi: cuando era joven, tu padre fue el marido perfecto para mí —me explicó—. Era apuesto y fascinante, y tomaba todas las decisiones por nosotros. Nunca supe qué ocurriría al día siguiente, y todo era una gran aventura. Pero ahora mantengo una relación distinta con Otto, es más equitativa. Lo hablamos todo y lo compartimos todo para tomar decisiones. Tu padre fue el marido idóneo durante mi juventud, y Otto es el marido idóneo ahora que soy más mayor. —Y añadió con serenidad—: Los dos hemos sufrido mucho y nos comprendemos perfectamente.

Su explicación me resultó muy lógica, pero aún me dolía un tanto ver lo mucho que se querían Mutti y Otto. En mi corazón nadie podría suplantar jamás a Pappy, pero debo decir que Otto fue un padrastro magnífico para mí y un abuelo encantador para mis hijas. Llevaba fotografías de las niñas en la cartera para enseñarlas con frecuencia a la gente, y disfrutaba con todo lo que hacían.

Ahora Zvi y yo teníamos tres hijas: Caroline, Jacky y Sylvia, quien nació durante la temporada que pasamos en Suiza. Cada año Mutti y Otto se llevaban a una con ellos para conocerlas mejor de manera individual. También pasábamos siempre juntos las vacaciones familiares y las Navidades.

Yo era una ferviente aficionada al esquí y esperaba con ansiedad la llegada de las vacaciones de invierno para ir a los Alpes, pero también me gustaba levantarme tarde algunas veces y no me sentaba bien que Mutti y Otto entraran en nuestro dormitorio al despuntar el día golpeando los pies de la cama con un bastón de senderismo. Otto gritaba entonces alegremente:

—¡Hora de levantarse! ¡Todo el mundo arriba!

Otto seguía siendo un alemán auténtico en cuanto a costumbres e intereses, y no le gustaba

que nadie remoloneara en la cama.

—No hay duda de que estuvo en el ejército alemán —protestaba Zvi, aludiendo a la intervención de Otto en la primera guerra mundial. (También odiaba mi desorden; durante la temporada que pasó con nosotros en Londres cuando regresamos de Suiza, se ponía el mono de trabajo y salía a limpiar el garaje o a arreglar el jardín.)

En verano, Otto y Mutti venían a pasar las vacaciones con nosotros a la playa, primero en Cornualles y después, en años posteriores, en la Toscana. Otto ponía caras divertidas y hacía ejercicios gimnásticos con las niñas en la arena, y nos metíamos todos juntos a nadar en el mar.

Casarse con Mutti le había reportado una nueva vida, según le explicó a una joven que le escribió diciéndole cómo lo imaginaba a partir de lo que conocía de su vida durante e inmediatamente después de la guerra.

> Todo lo que conoce usted de mí ocurrió hace veintiséis años y, aunque aquel periodo fue una parte importante de mi vida que me dejó marcas inolvidables en el alma, tuve que seguir adelante con una nueva vida... Piense en mí no solo como el padre de Ana que conoce a través del libro y la obra de teatro, sino también como un hombre dichoso con su nueva vida familiar y rendido ante sus nietas.

Realmente disfrutaba de su vida familiar y adoraba a Caroline, Jacky y Sylvia; en Suiza les enseñó a patinar sobre hielo, organizaba juegos y regalos de Año Nuevo para todos los niños del complejo turístico, y compró a nuestras niñas una bicicleta durante las vacaciones en Italia para poder correr detrás de ellas por los polvorientos caminos mientras aprendían a montar.

Mi hija Jacky recuerda que solía correr a la habitación de los abuelos en Edgware para «meterme de un brinco en la cama con ellos, acurrucarme y oír los cuentos de Otto. Inventaba unas historias fascinantes y yo siempre insistía en saber cómo continuaban».

Sin embargo, los comentarios de Otto reproducidos más arriba me parecen solo una parte de una verdad más compleja. Aquella vida nueva para todos siempre albergó los fantasmas de la gente que conformó nuestras familias originales, y el éxito de *El diario de Ana Frank* conllevó que Ana, en particular, fuera una presencia importante, y en ocasiones agotadora, en nuestra existencia.

Otto y Mutti dedicaron casi todos sus momentos de vigilia durante más de treinta años a bregar con los asuntos derivados de la publicación o la representación del diario, y más tarde a la administración de la Fundación Ana Frank (Casa y Museo) de Ámsterdam y de la Fundación Ana Frank de Suiza, así como a responder un volumen interminable de correspondencia procedente de todo el mundo.

Otto y mi madre se sentaban juntos todos los días a consensuar cómo debían responder cada carta, primero desde el pequeño ático que había en la casa de la hermana de Otto en Basilea y después desde su propia casa en Birsfelden. *El diario de Ana Frank* caló muy hondo, sobre todo en la gente joven que lo leyó, y Otto estaba empeñado en responder a todas esas personas. Paseaba de un lado a otro por su despacho mientras leía la misiva de una chica de diecisiete años de California que escribía para decirle que sus padres no la entendían.

—Bueno, ¿cómo crees que deberíamos responderle? —preguntaba a mi madre.

Ella se sentaba con los dedos en posición sobre la máquina de escribir y meditaba aquellas

cuestiones desde un punto de vista más femenino.

En 1963, Otto y un grupo de seguidores consiguieron salvar de la demolición el número 263 de la calle Prinsengracht comprando el edificio y fundando en él la Casa de Ana Frank de Ámsterdam. Se implicó tanto en la gestión de la organización que hasta valoró la actuación de varios empleados. Él y Mutti viajaban a los Países Bajos al menos una vez al mes para supervisarlo todo.

Pero, además, la publicación del diario en muchos países fue planteando cuestiones diversas; encima, Otto mantenía una batalla con un escritor estadounidense llamado Meyer Levin en relación con los derechos de la obra de teatro, y todo ello pasó factura a sus frágiles nervios.

Meyer Levin había conocido a Otto poco después de leer una primera edición del *Diario*, y había escrito una versión teatral que a Otto le gustaba. Era una adaptación seria y rigurosa del diario que hacía hincapié en la tradición judía de Ana, pero los productores teatrales temían que fuera demasiado triste y sombría para el público. Meyer Levin no consiguió encontrar un buen productor teatral dispuesto a representar su obra, y se encargó otra versión de ella (mucho más ligera y menos judía) a Frances Goodrich y Albert Hackett, guionistas de *La cena de los acusados*, *El padre de la novia* y *Siete novias para siete hermanos*.

La amistosa relación inicial que mantuvo Otto con Meyer Levin se deterioró, y Levin llevó a Otto ante los tribunales durante muchos años. El caso enredó a toda la gente con la que Meyer y Otto mantenían alguna relación (incluso a Eleanor Roosevelt) en una disputa que se convirtió en una persecución demencial. Levin envió graves acusaciones por escrito a periódicos de países que sabía que Otto iba a visitar.

En enero de 1960, Levin escribió a Otto: «Tu comportamiento permanecerá para siempre como un ejemplo horrendo de un mal a cambio de un bien, y de la traición de un padre a las palabras de su hija».

La aventura de la obra había arruinado la vida de Meyer Levin y lo dejó destrozado. Tras su muerte, la hija de Levin escribió que creía que su padre había «perdido su integridad moral» durante aquella disputa, pero, a pesar de todo lo que le armó a Otto, yo sentía cierta simpatía por él. Su versión de la obra era mucho mejor, y creo que había algo de verdad en su denuncia de que los productores no la habían representado por una conspiración entre los Hackett y Lillian Hellman. En general, el caso fue un claro ejemplo de los hondos sentimientos, y hasta locuras, que despertaba en la gente el legado de Ana Frank, el cual también incidiría en mi propia vida, sobre todo cuando empecé a hablar de mis propias experiencias.

Además de la desagradable serie de batallas judiciales con Meyer Levin, Otto también se vio enredado en diversos casos legales contra antisemitas y negacionistas del Holocausto que cuestionaban la veracidad del diario aduciendo que se trataba de una falsificación escrita por Otto o por Meyer Levin.

En 1959, Otto y dos sellos editoriales emprendieron una acción legal en Alemania contra dos hombres, Lothar Stielau y Heinrich Buddeberg, por afirmar que el diario era un fraude. Se enviaron tres expertos a Basilea para estudiar el manuscrito, y lo declararon auténtico. El caso se prolongó hasta octubre de 1961, cuando los abogados de Stielau comunicaron que su cliente había cambiado de parecer puesto que no había «ninguna base para afirmar que el diario era

falso».

Sin embargo, con los años Otto se vio obligado a defender la autenticidad del diario reiteradas veces ante los tribunales, entre ellas durante la conocida batalla que comenzó en 1976 con el negacionista del Holocausto Robert Faurisson y que concluyó con la prohibición al editor de este, Heinz Roth, de Fráncfort, de publicar los panfletos en los que se afirmaba que el diario era una falsificación.

Aquellas prolongadas guerras legales dejaban a Otto extenuado y con frecuencia iban acompañadas de un aumento del correo lleno de odio antisemita y de ataques personales contra su reputación. El último caso tuvo unas consecuencias imprevistas y aún mayores cuando informaron a Otto de que otro equipo de expertos viajaría desde Alemania para examinar todo el material relacionado con Ana que tuviera en su haber.

Otto, que ya empezaba a envejecer y en esa época estaba bastante enfermo, siguió las instrucciones al pie de la letra y entregó a uno de sus mejores amigos, Cor Suijk, algunas páginas inéditas del diario. Creo que Otto consideraba aquellas líneas demasiado privadas, y que, si se las cedía a Suijk, podría decir con honestidad a las autoridades alemanas que les había entregado todo lo que tenía en su haber, y a la vez mantener esos fragmentos en secreto.

No estoy segura de que su intención fuera darle esas páginas a Suijk para siempre. Otto supervisaba cada detalle insignificante de la publicación del diario y quería tener un control riguroso de ella. Creo que no deseaba que esos fragmentos se revelaran abiertamente al mundo, por mucho que los ingresos de las ventas pudieran financiar actividades benéficas con la promoción del diario en Estados Unidos.

Las cinco hojas contenían reflexiones de Ana acerca del matrimonio de sus padres, así como el convencimiento de Ana de que Otto nunca amó realmente a su madre. También contenían algunos comentarios sobre la percepción de su propia sexualidad y ciertas afirmaciones que Otto consideraba injustas en las que tachaba de nazis a todos los alemanes. En conjunto, creo que esos pasajes no alteraban en absoluto la esencia del diario, y Mutti y yo lamentamos tremendamente su publicación y todo el furor que despertaron.

El éxito del diario también trajo a nuestra vida personas y momentos fabulosos. A Otto y Mutti les encantaba viajar y encontrarse con la gente de todo el mundo que se había sentido tan conmovida por el legado de Ana. Muchas de esas personas eran jóvenes normales, chicos y chicas, pero también había figuras de renombre mundial, como John F. Kennedy, por entonces un prometedor senador estadounidense que los ayudó a organizar una representación benéfica de la versión teatral en Nueva York. Más tarde, siendo ya presidente, encargó a su secretario de Trabajo que dejara una corona de flores en la casa de Ámsterdam.

También hay una foto encantadora de Otto y Mutti con Audrey Hepburn, una de las actrices propuestas para representar el papel de Ana en la película. Audrey Hepburn había pasado la niñez en Holanda durante la segunda guerra mundial y se había sentido muy afectada por la deportación de judíos, pero al final no pudo hacer el papel de Ana porque, según dijo, habría sido para ella una experiencia abrumadora. Siempre le emocionó mucho el diario de Ana y, años después, participó en una representación musical en el Barbican Theatre de Londres leyendo fragmentos de la obra. Tuve un encuentro con ella entre bastidores y las dos nos echamos a

llorar. Nos abrazamos y le dije: «Tú has devuelto a Ana a la vida».

El diario de Ana Frank conllevó un sentimiento tremendo de responsabilidad, y tanto Otto como mi madre se entregaron en cuerpo y alma a garantizar que el legado de Ana estuviera protegido y se transmitiera de una manera adecuada. Vivían con austeridad, nunca tomaban un taxi y comían lo más sencillo. «El dinero que ganamos es dinero de Ana», decía Otto, y había resuelto que nadie despilfarrara jamás a costa del diario. A veces me parecía que llevaba demasiado lejos aquella máxima. Si salíamos a cenar con admiradores de Ana Frank, Otto les pagaba la comida, pero nunca la de Zvi y la mía. Pero Otto se esforzaba por ser correcto.

Sin embargo, Otto admitía ser injusto en una cosa. En las agendas y la correspondencia anteriores a la publicación del diario, habla con frecuencia de sus dos hijas, sin hacer ninguna distinción entre Ana y Margot. Tal vez sintiera predilección por una de las dos, como le pasa a muchos padres, pero no hay ningún indicio de ello. Margot aparece a menudo, así como sus intereses y su personalidad. En cambio, tras el éxito del diario, sus reflexiones se centraron casi en exclusiva en Ana, y rara vez mencionaba a Margot ni a su primera esposa, Edith, salvo en relación con Ana.

El diario y el legado de Ana pasaron a conformar toda su vida y, aunque era agradable con todo el mundo, poco le importaba la gente que no estuviera interesada en «Ana Frank».

En casa solía tomar a Ana como ejemplo para dirigirse a mis hijas, y les decía «Ana no habría hecho eso...» si hacían algo mal, o si consideraba que podían comportarse de un modo diferente. Entiendo su empeño por mantener a Ana viva cerciorándose de que Caroline, Jacky y Sylvia lo sabían todo sobre ella, pero a veces inquietaba a las niñas con eso. En ocasiones hasta llamaba *Ana* a alguna de ellas.

Mi hija pequeña, Sylvia, siempre quería que yo durmiera con ella cuando acudíamos de visita al piso de Mutti y Otto, porque sentía que la acechaba una presencia «siniestra».

«Semanas antes de llegar, me aterraba pensar que tenía que quedarme en esa casa —afirma —. Era como un museo, y hasta bauticé a Basilea como “ciudad fantasma”.»

Para las niñas, Otto era su abuelo, pero a veces deseaban tenerlo para ellas.

«Es cierto que nos enseñó a patinar sobre hielo y a montar en bici —comenta Sylvia—, pero yo sentía que entre nosotros se interponía una barrera. Siempre supimos que en cierto modo nuestra existencia ocupaba un segundo plano en la vida que llevaban Mutti y Otto con Ana Frank. Quizá fuera yo quien levantó esa barrera, pero tenía la sensación de que siempre debíamos estar a la altura de sus expectativas en relación con Ana.»

Como adulta, yo aprecié lo beneficioso que fue Otto en nuestras vidas. Me ayudó de muchas maneras cuando me sentí perdida, y me reorientó con dulzura en una nueva dirección. A menudo creí que debía de pesarle que yo estuviera viva y, en cambio, sus hijas no, pero puedo afirmar con franqueza que jamás lo manifestó en todo el tiempo que lo conocí. Me trataba con el cariño y la atención que me habría brindado si fuera de su misma carne y de su misma sangre.

Si en ocasiones me invadía algún resentimiento era hacia Mutti, no hacia Otto. Cuando Otto nos ayudó con el depósito para comprar la casa de Edgware, nos preguntó si él y Mutti podrían usar la habitación delantera como dormitorio y estudio cuando visitaran Londres. Cada año pasaban tres meses con nosotros, y yo esperaba impaciente su llegada planeando entusiasmada

salidas con Mutti para ir de compras o a comer por ahí. Sin embargo, siempre me irritaba cuando los planes se aplazaban o se cancelaban porque decidían seguir respondiendo cartas o trabajando en otros asuntos relacionados con el diario. Yo reservaba una mesa o compraba el billete para ir a la ciudad, y después veía pasar la mañana llena de inquietud mientras Otto y Mutti comentaban una carta detrás de otra.

—¿Estás lista? —le preguntaba a Mutti al constatar que la hora de la reserva para comer se esfumaba irremediablemente.

—Solo una carta más —respondía—. Aún nos da tiempo a ir de tiendas.

El tiempo seguía pasando, la hora de la comida llegaba y se iba, y yo volvía a interrumpirlos.

—Tendríamos que empezar a movernos ya —le decía.

Pero ella miraba a Otto a través de la mesa, y él le devolvía un gesto de impotencia ante la pila de cartas sin responder, y me veía obligada a cancelar otra salida.

Mutti siempre dio prioridad a su relación con Otto, y a veces me habría gustado poder reclamar más su atención.

En 1968 descubrí con gran sorpresa que estaba encinta de mi cuarto hijo, pero el embarazo vino con problemas desde el comienzo. Había sufrido una colitis y había ido a ver a un médico que me sometió a una exploración interna dolorosísima.

Aquella noche perdí el bebé y me llevaron de urgencia al hospital mientras mi amiga Anita vino a cuidar de las niñas. Zvi llevaba varias semanas en Israel por motivos de trabajo, pero Mutti y Otto estaban a punto de regresar de un viaje a Dinamarca. Permanecí en el hospital varios días y me sentía cansada, sensible y preocupada por las niñas. Fue uno de esos momentos en que anhelas a tu madre.

—Mutti, por favor, ven y quédate conmigo —le pedí a través de una ruidosa conferencia telefónica con Dinamarca—. Quiero que vengas, te necesito.

—Pero lo tengo muy difícil —me contestó—. Ya sabes que habíamos previsto pasar unos días más aquí, y lo tenemos todo programado... Y además, ¿qué haría Otto si yo no estuviera con él...?

Llegó tres días después, cuando concluyeron la visita a Dinamarca, y en esa ocasión deseé verdaderamente que Mutti me hubiera dado prioridad a mí.

A pesar del resentimiento que me causó el incidente, pasamos muchos momentos fabulosos juntos. Siempre celebrábamos con una gran fiesta mi cumpleaños, el de Otto (un día después que el mío) y el del marido de la tía Sylvi, también llamado Otto. Los niños escribían y escenificaban comedias con un montón de chistes acompañados por las hondas y estridentes carcajadas de Mutti.

Otto conservó una salud estupenda hasta que cumplió los noventa años, pero en 1980 empezó a mostrar signos de que algo no iba bien.

—No estoy enfermo —le decía a la gente—, solo estoy cansado.

Él no sabía que un médico le había comunicado a Mutti meses antes que padecía un cáncer grave y que no viviría mucho tiempo.

Los visité en la primavera y el verano de 1980 y presencié lo deprisa que se deterioraba Otto. Aún disfrutaba de la compañía de la gente, pero ahora solo quería ver a las personas de una en

una, y empezó a debilitarse mucho. Adquirió un aspecto macilento, con la piel de un pálido tono gris. Siguió luchando, pero las últimas semanas ya no podía levantarse de la cama, y Mutti lo movía por todo el piso. Los amigos la urgieron a que lo ingresara en el hospital, pero ella no hizo ningún caso porque insistía en cuidarlo en casa. Cuando se acercó el final, los pulmones empezaron a llenarse de agua y hubo que ingresarlo para que recibiera tratamiento.

Falleció el 20 de agosto con Mutti junto a su lecho.

Otto Frank se había convertido en algo parecido a la figura de un padre para muchos de los que leyeron el diario, y fue una persona muy humanitaria que difundió un mensaje auténtico de tolerancia y entendimiento. Su muerte provocó un torrente de condolencias, y la Fundación Ana Frank de Holanda hasta se planteó fletar un avión para los numerosos dolientes que deseaban asistir al funeral.

Otto fue incinerado con un oficio sencillo, muy distinto de la tradición judía, pero acorde con sus deseos, y con posterioridad nos reunimos para rendirle un homenaje en el que Mutti reprodujo un fragmento que el propio Otto había grabado para una entrevista. Su voz serena resonó en la pequeña vivienda como una presencia sobrenatural sabedora del papel que desempeñaría en la historia.

Durante su última visita a los Países Bajos para conmemorar el cumpleaños de Ana, el 12 de junio, recibió la satisfacción de que la reina Beatriz lo presentara con los máximos honores del país, como miembro de la Orden de Orange-Nassau. Fue un justo tributo a todas sus iniciativas públicas; sin embargo, sus amigos y su familia también lloramos a Otto, el hombre de la vida privada. Zvi, las niñas y yo lo añoramos muchísimo, pero mi madre perdió el rumbo por completo sin él.

—Mi vida está acabada —declaró mirando su retrato colgado de la pared del salón—. Oh, Otto, ¿por qué tuviste que dejarme?

Habían conseguido preservar el legado del pasado, pero también vivir el presente. «Yo nunca desando mis pasos», le había comentado a una joven seguidora de Ana Frank mientras la conducía con firmeza hasta la siguiente parada del tranvía, sin mirar atrás, para que regresara a su casa después de haber acudido a visitarlo.

24

Un nuevo comienzo

No hay nada como cumplir los cincuenta para animarte a reflexionar sobre tu vida. Aunque ese instante emblemático no suponga un catalizador para un gran cambio personal, es inevitable volver la mirada hacia tus orígenes y valorar en qué te has convertido. El 11 de mayo de 1979 cumplí cincuenta años y, durante la reunión familiar en la que lo celebramos, Mutti se levantó y leyó un discurso.

Con una exposición tierna y muy conmovedora, abordó mi infancia, muy despojada de las experiencias que vivimos durante la guerra (las cuales no habrían servido para animar la fiesta), y afirmó en un párrafo o dos, ya comentados aquí, que me había adaptado bien a la vida en Ámsterdam tras la contienda. Después reflexionó sobre mi matrimonio con Zvi, la llegada de mis tres hijas, mi vida en Suiza e Inglaterra y el hecho de que ahora regentara mi propia tienda de antigüedades.

Aún me faltaba experimentar una de las mayores alegrías de mi existencia, el nacimiento de mis nietos, pero, tal como Mutti resumió sin equivocarse, yo ya había tenido una vida plena. Disfrutaba de muchas de las cosas que deseaban las mujeres de mi generación: un matrimonio muy feliz que había superado la prueba del tiempo (a diferencia de muchos otros que había visto desintegrarse), unas hijas inteligentes y sanas y unos ingresos holgados; habíamos creado un hogar encantador, y me había labrado una identidad y una profesión propias, primero como fotógrafa y más tarde como anticuaria.

Sin embargo, la hebra del Holocausto, con el trauma de Auschwitz y la pérdida de Pappy y Heinz, permanecía silenciosamente urdida a todos los aspectos de mi vida. En público pendía amenazadora sobre mí y me reducía a una sombra de mí misma; por las noches me tenía atrapada en pesadillas horribles. Incluso se había interpuesto entre Mutti y yo, nosotras que lo habíamos sufrido juntas pero que nunca pudimos hablar de ello, ni siquiera para darnos consuelo mutuo. Me di cuenta de que formaba parte del tejido de mi propio ser, y empecé a preguntarme si podría cambiar.

Los seis años que viví en Suiza me hicieron reparar en lo mucho que me desagradaban el autoritarismo y cualquier clase de norma. Nos mudamos allí en 1958 para que Zvi se incorporara a un puesto en el banco israelí Leumi, y encontramos una casa agradable en la pequeña

población de Pfaffhausen, a las afueras de Zúrich. Las niñas podían corretear al aire libre, deslizarse todo el día en trineo, esquiar los fines de semana y, en general, disfrutar de lo que podría haber sido una infancia idílica.

Sin embargo, a pesar del precioso entorno, me encontré con que para mí la vida no era idílica. La estricta burocracia que regía todos los órdenes de la vida pública y la estrechez de miras de la propia población me exasperaban. Resultó que, a pesar de ser hablantes nativos de alemán, tendimos hacia los americanos expatriados que vivían en nuestro pueblo e hicimos pocos amigos suizos.

Las normas y los reglamentos hicieron aflorar la rebelde que había en mí. En el barrio viejo de Zúrich aparqué donde quise y enfurecí a un policía porque no le hice ni caso cuando me ordenó mover el coche. ¿Qué era lo peor que podía hacerme? Ya había estado en un campo de concentración. Cuando Jacky tuvo que quedarse en un hospital más tiempo del necesario porque se negaba a comer la única comida que le daban (polenta), la agarré y me la llevé a casa conmigo. (El ilustre hospital infantil de Zúrich solo admitía visitas dos días por semana. Era mucho más higiénico que los hospitales ingleses, pero mucho menos humano.)

Un día dejé espantada a la gente porque le quité el banderín de señales al maquinista de un tren y me negué a devolvérselo hasta que Zvi terminó de subir las escaleras para llegar al andén con el equipaje y estuvimos listos para partir. Aunque jamás habría robado nada deliberadamente, relajé mi actitud cuando mis hijas se comían, sin pagarlo, un trozo de queso de un estante mientras estábamos en una tienda. Después de que los nazis nos quitaran hasta el último penique y pertenencia que teníamos, y de tener que luchar durante décadas para recuperarnos económicamente, me quedó una idea un tanto distinta sobre el carácter sagrado de la «posesión» y la propiedad privada.

No son actitudes que recomendaría a otras personas (¡sobre todo si quieren ahorrarse problemas!), pero así era yo y, hasta hoy, las normas arbitrarias impuestas por los humanos significan bien poco para mí. Fueron las «reglas» las que nos obligaron a cosernos estrellas amarillas en los abrigos y las que nos enviaron a morir en vagones de ganado. ¿Dónde estaban las «reglas» de la piedad, la humanidad, las que prohíben matar a la gente cuando las necesitábamos?

Estos eran algunos de mis sentimientos y reflexiones, pero, a los cincuenta años, aún seguían enterrados en mi interior, nunca revelados a nadie.

Cuando regresamos a nuestra casa en Edgware, me di cuenta de que estaba repleta de señales del pasado que, por una razón u otra, jamás habíamos discutido. Los cuadros de Pappy y Heinz colgaban de las paredes; Mutti y Otto ocupaban con frecuencia la habitación delantera, donde Otto daba incluso charlas sobre Ana a grupos pequeños de niños. Los tres llevábamos tatuado en el brazo el número de identificación del campo. Y, sin embargo, yo nunca hablaba del Holocausto, y ninguna de mis hijas me preguntaba jamás.

Un día que llevé a una de mis hijas al médico me quedé helada cuando este, al verme el número de Auschwitz en el brazo, me soltó:

—¿Puedo hacerle una pregunta personal? ¿Es usted normal?

—¿A qué se refiere? —respondí acuciada de pronto por la angustia y por el impulso

avergonzado de taparme el brazo.

—Quiero decir, ¿cómo puede ser una persona normal después de todo lo que ha pasado?

Salí aturdida de la consulta. Tal vez no fuera normal. ¿Cómo podía saber siquiera cómo era la gente normal? No me había vuelto loca, como algunos supervivientes del Holocausto, pero sabía que me sentía mal en mi interior. Era como si tuviera un cable suelto por dentro que oscilaba de un lado a otro, incapaz de conectarse. Solo podía explicarlo diciendo que yo no era yo misma.

Además, Zvi también tenía traumas propios con los que reconciliarse. Era un hombre inteligente y trabajador que había estudiado y se había esforzado para abrirse camino y pasar de ser un pobre refugiado a un próspero agente financiero, pero aún arrastraba la angustia y la inseguridad de su infancia. Una manifestación de ello era que odiaba ver migajas. En Edgware tenía tal fijación con esto que siempre dejaba una aspiradora enchufada e interrumpía cada comida a la mitad para que las niñas levantaran los platos de la mesa mientras él aspiraba las migas que había debajo de ellos.

Crecer en una casa con tantos pesares y angustias callados no debió de ser fácil para mis hijas, y creo que les afectó de diversas maneras.

Mi segunda hija, Jacky, recuerda que el pasado era como una especie de «tabú», pero que pensaba poco en eso, con la salvedad de que sabía que Pappy y Heinz habían muerto asesinados en la guerra (lo cual era muy común en un montón de familias de nuestra generación).

Para ella, nuestra familia era afable, cariñosa y feliz, pero otra de mis hijas me contó que en cierto modo notaba que yo no estaba entregada a ellas. Me dolió mucho oír eso porque siempre procuré acompañarlas en todo, ya fuera para llevarlas al colegio, enseñarlas a conducir (algo que tal vez no fuera muy acertado, en vista de que una vez Jacky se bajó del coche en medio de una rotonda y se fue andando a casa entre lágrimas), animar a Caroline a ser la fundadora del club de fans de los Jackson Five, o viajar por Europa para quedarme junto a su cama si se rompían una pierna esquiando.

Mis hijas fueron las personas más importantes de mi vida; las quise con toda el alma e intenté hacerles la vida lo más feliz posible, aunque me mostrara bastante estricta con la intención de prepararlas para una vida que quizá no siempre les viniera rodada. Sabía que los supervivientes del Holocausto estropeaban con frecuencia a sus hijos brindándoles todo el amor y la atención que podían; a veces los protegían en exceso. En Israel conocimos a una mujer que llegó a subirse a un árbol para que su hijo se comiera un plátano.

Zvi trabajaba muchas horas en el banco en esos años, y yo era en realidad el adhesivo que mantenía unida la familia, pero tal vez sea cierto que, emocionalmente, una parte de mí estuviera ausente. Al mirar atrás veo que estaba ausente de mí misma.

Por fortuna aquellos años conté con la ayuda de las visitas de Mutti, Otto y la abuela Helen, antes de que falleciera en 1963. También tuvimos una serie de niñeras, entre ellas una, la mejor de todas, una joven suiza llamada Elizabeth Ravasio que llegó a nuestra casa con dieciocho años y vivió con nosotros muchos más. En la actualidad sigue siendo nuestra vecina, amiga íntima y colaboradora en el trabajo. Descubrí que Elizabeth tenía talento para casi cualquier cosa que le encomendara, ya fuera cuidar niños, decorar o convertirse en una vendedora excelente en mi tienda de antigüedades.

Otto también tuvo mucho que ver en mi afición por los objetos antiguos. Su hermana Leni tenía una tienda preciosa de antigüedades en Basilea, y me animó a que la ayudara a localizar piezas para vender. Me llevó por los almacenes de plata de Londres y, a medida que me fui interesando más, me enseñó a regentar un negocio propio.

Edgware Antiques abrió sus puertas en 1972, y Elizabeth y yo formamos un equipo extraordinario. Siempre había tenido habilidad para arreglar cosas, y tomé clases adicionales para restaurar madera y porcelana. El negocio creció, se volvió más organizado, y empezaron a conocernos como el único anticuario de Edgware. Vendíamos sobre todo a otros anticuarios y, mientras Elizabeth atendía a los clientes, yo recorría las calles rastreando todos los condados de los alrededores de Londres en busca de muchos de los objetos históricos y fascinantes que se desechaban de las casas durante las limpiezas generales. Me llenaba de orgullo ser capaz de reparar un escritorio de madera, conseguir veinte relojes de pared o buscar en una casa inmunda hasta encontrar una joya oculta. Una vez desenterré una valiosa colección de muñecas de porcelana del periodo victoriano envueltas en toallas viejas y escondidas en un rincón. En ocasiones aparecía un comerciante, adquiría todas las piezas de la tienda y teníamos que volver a empezar desde cero.

Había sido una buena fotógrafa, pero las antigüedades fueron mi pasión y me volví experta y avispada. La tienda prosperó durante muchos años y, a medida que evolucionó el negocio, entramos también en las ferias de antigüedades. Mi mejor compra fue un azulejo holandés de Israel Jacob que encontré en una prendería de Harrow Road. Pagué nueve libras por él y, al día siguiente, recibí una llamada telefónica de un profesor de Oxford que también le había echado el ojo. Me ofreció cien, doscientas... y hasta dos mil libras para que se lo vendiera, pero me gustaba y quise conservarlo para mí.

Descubrí la profesión perfecta. Siempre me había gustado arriesgarme un poco, y creo que heredé algo del don de Pappy para los negocios. Desde luego nunca me faltaron ideas, y tuve la misma iniciativa que habían manifestado Mutti y la abuela Helen cuando montaron su propio negocio en Ámsterdam y Darwen después de la guerra. También ellas habían sido en otros tiempos muchachas tranquilas, sometidas al criterio de otras personas para llevar su casa, pero, cuando tuvieron que salir y demostrar de qué eran capaces, nunca volvieron la vista. Estoy segura de que ninguna de ellas tuvo tiempo ni tentaciones de plantearse si era feminista, pero ¡vaya si fueron un par de señoras fuertes y emprendedoras!

A comienzos de la década de 1980 me había convertido en una mujer al frente de un negocio propio y próspero, e inmensamente orgullosa de sus simpáticas y espléndidas hijas, cada una de ellas con sus dotes particulares. Por dentro, en cambio, aún era la misma adolescente traumatizada que habían liberado de Auschwitz en 1945. Entonces Zvi dirigía el Banco Leumi de Londres, y solíamos distraernos organizando grandes cenas y cócteles nocturnos. En tales encuentros me preguntaba si alguna de aquellas personas repararía en lo aterrada e insegura que me sentía mientras les sonreía y departía con ellas. En lo más hondo de mí lidiaba con la incertidumbre de si sería capaz algún día de enfrentarme a mis miedos y aceptar el pasado. Cuando cumplí los cincuenta no tenía ni idea de que con ellos iniciaría una etapa nueva de mi vida, ni de la magnitud del cambio que estaba a punto de producirse.

25

Un día de primavera

Faltó poco para que el día que cambió mi vida no llegara a producirse.

En 1985, la Casa Ana Frank de Ámsterdam organizó tres exposiciones de un éxito arrollador en Nueva York, Fráncfort y Ámsterdam sobre la vida y el legado de Ana. Dos empleados jóvenes, Jan Erik Dubbelman y la historiadora Dienke Hondius, supervisados por el director, Cor Suijk, se entusiasmaron ante la posibilidad de difundir más la muestra, pero los administradores de la Casa Ana Frank no estaban tan convencidos. La exposición era cara y, cuarenta años después de la liberación, pensaban que despertaría un «interés insuficiente».

Por suerte, Jan Erik y Dienke eran unos apasionados de su labor. La exposición ya se había traducido al inglés para llevarla a Estados Unidos y para una versión bilingüe que se presentó en Ámsterdam, de modo que el Reino Unido parecía el siguiente destino obvio de la muestra. Escaso de fondos pero repleto de determinación, Jan Erik acudió a Londres y se instaló temporalmente en una «casa okupa» de Islington. Recorrió todo Londres como un demonio sobre una bici de señora, y empezó a difundir el mensaje entre los consistorios gobernados por el partido laborista, los cuales consideraba más propensos a simpatizar con el significado de la exposición.

«Enseguida descubrí que había “un interés más que suficiente” por acoger la muestra», declara Jan Erik. Pronto consiguió una lista de unos diez ayuntamientos de todo el Reino Unido deseosos de montar la exposición, empezando por el Greater London Council.

La tarjeta que me invitaba a asistir a la inauguración llegó pequeña e inocua a mi buzón del número 49 de Dorset Drive. La muestra me pareció una idea excelente: *El diario de Ana Frank* había vendido millones de copias en algunos países y había espoleado la creación de clubes de Ana Frank, bibliotecas Ana Frank, calles Ana Frank y hasta, en la década de 1960, una localidad llamada Anne Frank para personas desplazadas cerca de Wuppertal, en Alemania. Sin embargo, el diario se había vendido menos en otros países, como el Reino Unido, y pensé que la gente todavía era reacia a oír hablar del Holocausto. Al mismo tiempo consideraba que la enseñanza del Holocausto aún tenía relevancia: a mediados de los años ochenta el mundo lidiaba con la guerra fría, el *apartheid* y los conflictos de Centroamérica e Irlanda del Norte. Parecía un buen momento para seguir hablando sobre la tolerancia y el entendimiento humano.

Aun así, la mañana del 12 de febrero de 1986 amanecí sin la más remota idea de que iba a producirse un punto de inflexión en mi vida. Zvi me trajo una taza de té a la cama, tal como hacía cada mañana, y después se fue a trabajar. Me puse la bata, bajé las escaleras, encendí la radio y serví cereales en un par de cuencos para Mutti y para mí. Ella no tardó en llegar también a la cocina, nos sentamos y empezamos a charlar sobre la ropa que nos pondríamos. Desconocía por completo que aquella tarde regresaría a Edgware profundamente conmovida, y profundamente cambiada.

Apenas recuerdo nada de lo que dije en esa primera Exposición Ana Frank; lo único que recuerdo es lo chocada que me sentí cuando Ken Livingstone me puso en pie, me guió hasta una pequeña tarima, levanté la vista hacia la multitud y encontré en ella a Mutti, Jacky y Caroline, que habían venido con un gran grupo de amigos, mirándome con una expectación nerviosa. La siguiente hora, más o menos, fue como una nebulosa, pero cuando terminé de hablar todo el mundo me rodeó. Mutti vino entusiasmada a propinarme palmadas en los hombros: «¡Bien hecho, bien hecho!». Se me acercaron extraños para agradecerme o comentarme lo que había dicho, y les respondí invadida por una confusión embriagadora de desahogo y adrenalina, sin saber ni siquiera qué les había contado.

Salí de allí con la sensación de que caminaba al borde de un precipicio entre mi vida presente y la que había dejado atrás. De pronto se me llenó la mente de recuerdos de Pappy y Heinz, de nuestra vida en Ámsterdam, del terrible viaje en tren hacia Auschwitz y de nuestra despedida en la rampa de salida. Rememoré el frío y la suciedad de Birkenau, la cortante congelación en los dedos de los pies y el dolor de la hambruna. Sentí la conmoción y el horror de girarme y ver que se llevaban a Mutti a lo que creíamos que sería su muerte en las cámaras de gas. Llevaba años sin pensar en aquellos recuerdos, los había apartado de mí —esperaba— para siempre. Ahora había dejado que mi historia saliera a borbotones y no era capaz de contener los recuerdos aunque quisiera.

—Hoy ha sido un día increíble —le conté a Zvi más tarde. Nos habíamos metido en la cama agotados; la casa estaba al fin en silencio—. Me quedé aterrada cuando me pidieron que hablara: ni siquiera sé de dónde saqué las palabras. Después la gente me hizo preguntas; nunca pensé que les interesara. Pero ahora tendré que repetirlo una y otra vez; la exposición recorrerá todo el país, y quieren que vaya.

Estaba tumbada en mi cama, rodeada de todo lo que conocía —la cómoda antigua que tanto me gustaba, las cortinas grises salpicadas de pequeñas rosas que relucían cuando les daba el sol de la mañana—, pero todo parecía diferente. Contar mi historia me había dejado aterrada, emocionada y extenuada. No concebía tener que repetir la experiencia. ¿Qué iba a decir?

—Yo te ayudaré —dijo Zvi—. Pensaremos qué vas a decir, y te lo pasaré a máquina.

Y así lo hicimos. Al igual que Mutti y Otto habían trabajado juntos con las cartas, Zvi sacó la vieja máquina que teníamos y empezó a armar mi historia.

—¡Pero aquí no hay ningún sentimiento! —protesté, sacudiendo el primer borrador ante la cara de Zvi—. Es demasiado objetivo. ¿Qué hay de lo asustada o lo sola que me sentí? ¿De la desolación cuando tuvimos que despedirnos?

—¡Yo soy una persona objetiva! —replicó Zvi encogiéndose de hombros.

Tuve que admitir que no era culpa suya que no pudiera transmitir la hondura o la variedad de los sentimientos que me habían invadido, sobre todo porque ni yo misma los había analizado aún. Procuré darle un poco más de sentimiento a las palabras que tenía mecanografiadas ante mí, y acudí a las siguientes exposiciones con gran aprensión.

La muestra visitó varios pueblos y ciudades, pero recuerdo especialmente dos inauguraciones. Leeds era una ciudad que conocía bien porque Sylvia había estudiado allí. Por entonces, los años del alto índice de desempleo y de la huelga de la minería durante la administración Thatcher causaron estragos en Yorkshire, y se notaba que la ciudad había conocido tiempos mejores.

Me alojé en la casa de uno de los miembros del comité organizador local. La vivienda me recordó al adosado al que se habían mudado mis abuelos y mis tíos en Darwen, y sentí el frío húmedo de aquella primavera inglesa filtrándose a través de la pared del dormitorio.

Acudieron muchos judíos al acto, pero también gran cantidad de población característica de la localidad, gente obrera. Por entonces no se había hablado tanto del Holocausto como hoy, y fue una tarde muy emotiva para todos los asistentes.

También recuerdo la visita a Aberdeen, una ciudad de piedra maciza en la que no había estado nunca, ¡y donde el marcado acento escocés me dificultó la comprensión de algunas preguntas! A pesar del clima fresco del norte, la gente de Aberdeen aguantó todo el acto con entusiasmo, y recuerdo sobre todo a una niña que había compuesto una pieza de música y un poema que interpretó con gran emotividad, y con la que mantuve el contacto e intercambié correspondencia durante muchos años.

Durante el periplo por todo el Reino Unido hice muchas amistades nuevas. Nunca había encontrado antisemitismo en Gran Bretaña (aunque sé que lo hay, como en todas partes), pero a lo largo de los años había oído comentarios hirientes sobre los «dichosos extranjeros», dirigidos por lo común hacia cualquier persona con un color de piel o un acento distintos. Ahora sentía que conectaba de verdad con los británicos, deseosos de indagar en el Holocausto. Me conmovía que reaccionaran con sentimientos tan sinceros ante mis experiencias.

Por supuesto, mucha de la gente que venía era judía, pero, a medida que se corrió la voz de la exposición, me pidieron que hablara para ellos toda clase de colectivos, como organizaciones de mujeres e iglesias.

Aunque utilizaba los discursos que me mecanografiaba Zvi, aquellos primeros actos fueron un tormento para mí, y seguramente también para el público. Siempre me había costado leer de una hoja de papel, y mis palabras sonaban forzadas y muy alejadas de mi propia historia personal. Me resultaba imposible expresarme con libertad, mirar a la gente a los ojos y relajarme sabiendo que mi historia se desplegaría de manera natural, tal como debía. Reparé en que, si iba a seguir dirigiéndome a un público, tendría que aclararme sobre lo que quería contar en realidad, así que empecé a usar menos las palabras de Zvi y más las mías propias.

En aquellos días no solo me resultaba difícil el mal trago de hablar en público, sino también el de revivir los hechos en sí. Después de mi intervención, la gente me formulaba toda clase de preguntas, y yo procuraba meditarlas para responder con pertinencia cada una de ellas. Algunas eran personales, pero también las había de índole moral o filosófica. ¿Había deseado no ser judía

en algún momento? ¿Creía aún en Dios? ¿Podría perdonar alguna vez a los nazis o a Alemania? ¿Violaban los guardias de Auschwitz a las prisioneras? ¿Cómo conseguí sobrevivir a ese suplicio sin volverme loca?

Cada noche, tumbada en la cama, me quedaba paralizada por la alteración insomne que me producían aquellos interrogantes y los recuerdos del pasado.

Una noche Zvi y yo salimos a cenar con unos amigos, y se me ocurrió una manera de avanzar.

—No sabemos nada sobre tu historia pasada —comentó mi amiga Anita—. Háblanos de ella, por favor; nos encantaría conocerla.

Con indecisión, comencé a hablar de un modo más personal sobre lo que me había pasado, y Zvi, Anita y el marido de esta permanecieron petrificados en las sillas. Al acabar, le di un sorbo a mi bebida, y Anita articuló:

—Creo que deberías escribir todo eso.

Por entonces había unos cuantos libros de supervivientes del Holocausto, y yo nunca había pensado en que mi experiencia figurara entre ellos. ¿De verdad le parecía a alguien que tenía algo digno que contar? Me dirigí a un agente literario muy conocido de Londres llamado Andrew Nurnberg que, tras oírme durante unos minutos, me aseguró que encontraría algún editor para mi historia.

Yo sabía que iba a ser muy duro contar tantos recuerdos dolorosos y, además, no era escritora, así que hablé con la madre de un amigo del colegio de Jacky, una profesora llamada Evelyn Kent. No estaba segura de si le interesaría ayudarme a redactar el libro, pero en cuanto se lo planteé, algo turbada, respondió:

—Eva, llevo años esperando que me pidas que escriba tu historia.

Así que empezamos. Evelyn compró uno de los primeros ordenadores que hubo, y cada tarde, a eso de las ocho, me iba a su casa y hablaba y hablaba mientras ella tecleaba y tecleaba. Trabajábamos hasta acabar exhaustas, hacia la medianoche, y después yo me iba andando a casa entre la oscuridad y el frío, invadida por la extraña euforia de haber verbalizado cosas que llevaba contenidas en mi interior durante tanto tiempo. Era espantoso y fantástico a la vez, y triste.

Dos años después terminamos el manuscrito de *Eva's story* [La historia de Eva], y Andrew Nurnberg me garantizó un contrato editorial en el Reino Unido con W. H. Allen. El libro era un relato crudo y pormenorizado del periodo que pasé en Auschwitz, y no sabía qué reacción causaría en la gente. ¿Querrían saber qué se siente cuando te vuelcan un cubo de excrementos por encima, o cuando te despiertas en un camastro junto a un cuerpo rígido e inerte?

Después de presenciar los interminables problemas que acuciaron a Otto durante años, primero con Meyer Levin, más tarde con los negacionistas del Holocausto y hasta con gente que lo acusaba de haber escrito el diario él mismo, yo sabía que asumir un papel más destacado en el mundo de Ana Frank entrañaría dificultades. Por supuesto, había conocido a Ana antes de esconderme, y Otto había sido mi padrastro, lo que me había convertido en hermanastra póstuma de Ana, pero, a pesar de todo ello, estaba segura de que algunas personas me acusarían de querer «subirme al carro de Ana Frank».

A Otto le habían recriminado a menudo (y muy injustamente) que se aprovechara de la muerte de su hija. Yo sabía que no había nada de verdad en todo ello, y que su motivación no era esa en absoluto, pero hubo gente que lo acusó de las cosas más abominables y repugnantes, lo que me llevó a plantearme aún más si los seres humanos poseen alguna decencia elemental.

Tal como temía, algunas personas dijeron lo mismo de mí. Una mujer afirmó que ni siquiera había conocido a Ana de niña, porque no había atinado con el color de su gato. Las amistades de Otto y los testimonios del propio Otto mientras vivió demostraban que yo había conocido a Ana y que aquella afirmación carecía de sentido por completo, pero admití que me equivoqué al aludir al color del gato. Mientras escribíamos sobre ello, le conté a Evelyn que no recordaba de qué color era el animal. Como ella tenía un gran gato atigrado, me preguntó: «A ver, ¿podía ser atigrado?». Me encogí de hombros y le dije que tal vez lo fuera. Más tarde supimos que el gato era negro. Esa era la clase de detalles que solían debatirse con saña sobre el legado de Ana Frank.

A pesar de denuncias como esas, la publicación de *Eva's story* fue un gran éxito, y un joven de la editorial me paseó por todo el país en un coche deportivo. Los medios se mostraron especialmente interesados en el hecho de que hubiera sobrevivido a Auschwitz con Mutti, y aparecimos juntas en un programa de televisión a la hora del desayuno con Selina Scott, una gran celebridad de entonces. Asimismo acudí al programa *Woman's hour* del canal 4 de la BBC, charlé con innumerables periódicos locales y firmé ejemplares en librerías de toda Inglaterra.

Leer el libro fue algo muy personal y doloroso para mi familia. Había conversado con mi madre sobre los detalles de cada capítulo mientras lo confeccionaba, y ella se sintió muy orgullosa del resultado final —incluso aportó dos capítulos propios: cuando la seleccionaron para la cámara de gas en Auschwitz y cuando se separó de mí al perder el tren que nos llevaba a Rusia —. Habíamos vivido todo aquello juntas. Zvi se emocionó y a veces se sorprendió con los detalles que se desvelaban allí, porque conoció una vertiente más profunda de la mujer con la que estaba casado.

Creo que mis hijas fueron las que peor lo pasaron con el libro, sobre todo al leer un pasado que yo jamás había compartido con ellas. Una me dijo que no quería leer *Eva's story*, pero más tarde me encontré un ejemplar abierto por la mitad en su mesilla de noche. No quería que me enterara de que ella sabía todo lo que yo había pasado.

Para mí el libro fue el broche perfecto para una profusión de recuerdos dolorosos que me habían llevado a realizar un complejo viaje emocional. Algunos de los detalles amargos de la vida en Auschwitz se me quedaron muy grabados en el cerebro, y descubrí que ahora los podía dejar ir. Nunca se desvanecieron por completo, pero permanecieron menos vívidos. Formaban parte del pasado. Lo que jamás disminuyó, en cambio, fue el sentimiento de dolor que me causó el desplazamiento familiar y la pérdida de Pappy y Heinz. Ese sentimiento me ha acompañado toda la vida.

Después de escribir *Eva's story* me di cuenta de que quería contarle al mundo algo sobre Heinz. «Todos recuerdan a Ana —me había dicho Mutti—, pero Heinz también era un joven con talento cuya vida se truncó. Es como si nadie se acordara de eso.» El proyecto tardó mucho en materializarse, pero bastantes años después de la publicación de *Eva's story* empecé a escribir un

libro juvenil titulado *The promise* [La promesa] con mi amiga Barbara Powers. *The promise* contaba numerosas historias sobre Heinz, incluidas sus composiciones poéticas y sus pinturas. El libro gustó tanto a un dramaturgo y director teatral de Ohio, Jack Ballantyne, que se inspiró en él para escribir una obra de teatro titulada *A light in the darkness* [Una luz en la oscuridad].

Ahora que había empezado a hablar más, y a escribir, fui perdiendo el interés por el negocio de las antigüedades. Sin embargo, quise que aquellas experiencias nuevas trascendieran más allá y no se limitaran a ser una liberación emocional para mí.

Debo confesar que por el camino se produjeron algunos desastres notables. Tras la publicación de la edición estadounidense de mi libro en St. Martin's Press, un grupo de San Petersburgo, Florida, me invitó a dar una charla. Era mi primera intervención en Estados Unidos y acudí increíblemente emocionada y nerviosa.

Volé hasta allí acompañada de Elizabeth Ravasio, y aguardamos inquietas en el hotel hasta saber qué ocurriría después. Creo que confiaba en que alguien vendría a contarme en persona cómo se iba a desarrollar la velada y calmaría mis nervios, pero no apareció nadie. Al final llegaron en un coche y dejaron una nota para nosotras en la que concretaban la hora a la que nos recogerían, pero sin ninguna información sobre cómo sería la tarde en sí. Pasaron dos días y la inquietud fue en aumento. La noche de la charla llegamos al lugar indicado y el anfitrión nos dijo que yo era una «invitada sorpresa». A continuación me guió hasta lo que parecía un armario en el que debía esperar hasta que me anunciaran.

Intenté tranquilizarme imaginando que al otro lado de la puerta me esperaba un grupo reducido de gente afable. Entonces regresó el anfitrión y me presentó ante un auditorio con cientos de personas deseosas de saber qué iría a contarles esa señora que había volado hasta allí desde Inglaterra.

La mente se me quedó en blanco y la garganta se me secó por completo. Tomé una buena bocanada de aire, y me apresuré a resumir brevemente el libro. Fue una versión muy reducida y me quedé sin nada más que decir. Miré el reloj. Aunque me pareció que habían pasado varias horas, ¡solo había hablado diez minutos!

—Bueno, esta es mi historia. Muchísimas gracias —dije para terminar, y me fui ante la mirada estupefacta del público.

Después de aquello me asesoré y procuré anotar las ideas principales que quería decir, pero eso tampoco funcionó: cuando me levantaba para hablar, nunca conseguía recordar qué conectaba una idea con la siguiente, o cómo llegar de una idea a otra.

La única opción era seguir despacio mi propia historia para intentar ensamblarla tal como quería contarla, con algunos tropiezos por el camino, y confiar en que el público comprendiera que estábamos compartiendo una experiencia. Ahora nunca escribo por adelantado lo que voy a contar, así que nunca me repito, y he comprobado que eso me deja espacio para perfeccionar la narración. Me permite contarle a la gente cómo van cambiando mis pensamientos sobre el pasado, y veo que cuando hablo conecto con el público, casi como si fueran amigos, y explico qué significan mis vivencias para mí en ese mismo instante.

Contar mis experiencias fue una manera de difundir un mensaje sobre prejuicios y tolerancia, pero también quería trabajar con otras personas para construir algo que, a ser posible, durara más

que los recuerdos de cada superviviente particular.

Un ámbito en el que sabía que podía dar buen uso a mis vivencias fue la Fundación Ana Frank del Reino Unido. El traslado de una exposición itinerante desde Ámsterdam se reveló caro y complejo, sobre todo porque ahora había mucha demanda. Jan Erik reunió un pequeño grupo de personas en el Reino Unido, entre las que figuraba yo, para organizar la muestra, pero al principio no conseguimos encontrar a la gente adecuada para desarrollar la actividad. Hubo que esperar hasta que llevamos la exposición a Bournemouth, en abril de 1989, para dar con las tres personas que acabarían formando la esencia de la Fundación Ana Frank del Reino Unido durante muchos años.

Bee Klug, una conocida mía, se convirtió en presidenta honoraria vitalicia. El rabino David Soetendorp (hijo del rabino que presidía la sinagoga a la que acudían Mutti y Otto en Ámsterdam) asumió el cargo de presidente fundador. Él también nos presentó a una joven entusiasta llamada Gillian Walnes que aceptó ser nuestra primera secretaria, y que pronto acabó siendo la directora ejecutiva fundadora. Gillian dirigió la fundación con gran ímpetu y entrega, y aún ocupa ese puesto en la actualidad. Juntas hemos visto llegar a todo el país el trabajo de la Fundación Ana Frank del Reino Unido, desde catedrales hasta cárceles, lo que nos ha permitido acceder a millones de personas.

La creación de la fundación en el Reino Unido y los viajes por todo el país para contar mis experiencias me brindaron un propósito y una satisfacción enormes. Difícilmente podía soñar con algo más, pero estaba a punto de eclosionar un elemento nuevo e inesperado en mi historia: una obra de teatro sobre mi vida.

26

La obra

> Esta es una obra de teatro sobre interrogantes. Algunas de las cuestiones parecen inefables. Desde luego, muchas de las preguntas son irresolubles. Aun así, eso no resta importancia al hecho de plantearse interrogantes.
>
> JAMES STILL, autor de *And then they came for me: remembering the world of Anne Frank*
> [Y entonces vinieron a por mí: recuerdos del mundo de Ana Frank]

Ver a una actriz que te representa a ti en el escenario puede ser una experiencia desconcertante: ¿se parecerá a ti, hablará como tú, tendrá algún aspecto esencial de tu personalidad? ¿Conectas con esa persona? ¿Revelará incluso alguna vertiente de tu personalidad en la que ni tú misma habías reparado? ¿O será una extraña, una simple mujer sobre las tablas cuyo personaje no reconoces?

A pesar del largo empeño de Otto por montar una obra de teatro, y después una película, sobre *El diario de Ana Frank*, nunca presenció una sola representación. No podía soportar la idea de que una actriz pronunciara las palabras que había oído decir a Ana o a Margot en el pasado, haciéndose pasar por las hijas que él jamás volvería a ver. Yo me pregunté si tendría la misma reacción cuando me propusieron participar en un nuevo montaje sobre los amigos de Ana Frank y la herencia del Holocausto.

Como directora del teatro George Street Playhouse de Nuevo Brunswick, Nueva Jersey, Susan Kerner vio el gran impacto que causó en la juventud su producción de 1994 sobre *El diario de Ana Frank*. A partir de ahí empezó a plantearse si una obra nueva conseguiría situar el Holocausto en un contexto más amplio. Emprendió el proyecto junto con Kristen Golden y Stephen Mosel, de la organización Young Audiences de Nueva Jersey, y fueron ellos quienes encargaron a James Still, un conocido dramaturgo, que empezara a trabajar en él.

Susan me preguntó si quería que la historia de mi familia se plasmara en la obra, junto con las de otros amigos de Ana, como Ed Silverberg (quien aparecía en el diario como «Hello» Silberberg). También le formuló la misma consulta a Barbara Lederman, hermana de Susanne Lederman, pero ella no quiso participar.

Tras meditarlo y comentarlo con Zvi y Mutti, decidí que parecía un proyecto muy interesante y útil.

—Muchos de los jóvenes que me encuentro por la exposición saben poco en realidad sobre el Holocausto —le dije a Zvi—. Puede que una obra de este tipo los ayude a conocerlo mejor, y

hasta los acerque más a ello. Al fin y al cabo, aunque piensen que es algo muy antiguo ya, nosotros sabemos que no hace tanto que pasó.

Poco después de que yo aceptara participar, James Still voló hasta Londres para que nos juntáramos durante largas sesiones vespertinas y charláramos sobre el pasado y mis vivencias. Me explicó que aquella no sería una obra al uso. Aunque los actores y actrices interpretarían a gente de la década de 1940, las escenas también se intercalarían con proyecciones de entrevistas reales con Ed y conmigo.

James dedicó dos años a preparar el guión; durante ese tiempo me fue enviando borradores para que aportara comentarios. En cierto momento me dijo que tenía siete horas de material que debía concentrar en una sola. También tuvo que rehacer el argumento de acuerdo con las grabaciones de nuestras entrevistas. James no quería que leyéramos un texto preparado, sino que respondiéramos las preguntas con naturalidad. Por supuesto, siempre nos las arreglábamos para dar respuestas que lo pillaban desprevenido, así que se vio obligado a reescribir el guión sin cesar.

Al final, en 1996, dispuso de un esquema y un montaje satisfactorios para todos. *And then they came for me: remembering the world of Anne Frank* se representó por primera vez en el Indiana Repertory Theatre en octubre de 1996, y después se estrenó en el George Street Playhouse de Nuevo Brunswick en noviembre de 1996.

Susan Kerner me había pedido que viajara hasta allí para ver el último ensayo general, y Zvi y yo llegamos a Nueva Jersey el día anterior, intrigados sobre cómo habría quedado el montaje final.

Ed Silverberg, Susan y James también asistieron, además de un camarógrafo que estaba grabando el ensayo. Nos sentamos en silencio, y el elenco apareció en escena. Durante toda la hora me sentí como si estuviéramos conteniendo una respiración colectiva mientras nos trasladábamos a la horrible desazón y tragedia de aquellos días del pasado. El corazón me latió con una intensidad audible cuando sonaron las palabras que en su día había oído pronunciar a Pappy y Heinz.

Ninguno de los personajes se parecía a los protagonistas de la vida real —la selección de los actores se había realizado sin tener en cuenta ningún rasgo racial, de forma que la actriz que representaba a Ana Frank era de ascendencia coreana, y a Pappy lo encarnaba un actor negro—. Nadie me había comentado este detalle con antelación, así que al principio me sorprendió mucho. Sin embargo, funcionaba de maravilla para enfatizar el mensaje esencial de humanidad, ya que en unos instantes olvidé por completo el origen étnico de los actores y me quedé absorta en los personajes y la historia.

Tuve unas dificultades enormes para soportar algunas de las escenas relacionadas con la historia de mi familia y, de no haber sido porque James Still logró un equilibrio perfecto entre la tensión de esas escenas y momentos más livianos —así como las escenas relacionadas con Ed—, me habrían resultado insufribles.

Cuando acabó la representación, di un hondo suspiro, con el convencimiento de que James y Susan habían creado una obra de teatro fabulosa y perfectamente equilibrada. Estaba llorando y, al mirar a mi alrededor, vi que también Zvi, James, Susan y Ed lloraban. Hasta el cámara tenía

lágrimas en los ojos. Entendí entonces el poder del teatro. Es algo impredecible y puede fallar; pero solo el teatro tiene la capacidad de unir a la gente de ese modo para compartir una experiencia en directo.

Después de la prueba de Indiana, regresé a Nuevo Brunswick con Elizabeth Ravasio para asistir a la temporada de seis semanas de la obra. Agradecí formar parte de aquella producción de éxito y me emocionó encontrarme y charlar con tantos estadounidenses que me abrieron su corazón.

Durante varios años después, viajé mucho por Estados Unidos para participar en numerosos montajes diferentes de *And then they came for me*. La obra se representó en algunos marcos apasionantes, como el Kennedy Center de Washington D. C., pero fue la gente que conocí en las localidades pequeñas, las salas parroquiales y los gimnasios escolares de todo el país la que más me conmovió.

La obra se representó durante muchos años en el Georgia Ensemble Theatre de Atlanta, así que visité ese lugar con bastante asiduidad; allí me dedicaron un homenaje en el Senado Estatal y participé en una gira por todo el Estado de Georgia.

Nunca olvidaré la experiencia de ascender por las escaleras para hablar ante el Senado Estatal. Mi llegada se anunció con trompetas y entré en una sala atestada donde cientos de políticos aguardaban para oírme. Llevaba en la mano un discurso mecanografiado, pero en cuanto los vi supe que no podría pronunciarlo. Dejé los papeles a un lado y los miré a los ojos mientras contaba mis experiencias hablándoles directamente desde el corazón. Más tarde Elizabeth Ravasio, que viajaba conmigo, me dijo: «Eva, ha sido tu mejor discurso. Deberías hablar siempre así». Y los discursos mecanografiados pasaron por fin a la historia.

En el sur se me acercó mucha gente blanca para comentarme la tristeza que les causó perder la guerra civil y el odio que sentían hacia los «yanquis».

—Pero eso pasó hace mucho tiempo —respondía yo, desconcertada—. Seguro que ocurrió incluso antes de que nacieran tus abuelos.

Aun así, no podían olvidarlo, me decían. También me encontré con gran cantidad de población negra del sur que me contaba lo mucho que habían sufrido y lo bien que entendían mi mensaje sobre la discriminación y los prejuicios.

El fondo de la obra parecía conmover a cualquiera que se hubiera visto afectado por una guerra o por alguna clase de discriminación. Conocí a un veterano de Vietnam que se me acercó después de una función y me habló sobre los horrores que había visto y que no conseguía olvidar. Le dije que esas cosas se desvanecen con el tiempo. También conocí a familias que habían adoptado niños vietnamitas y camboyanos que habían llegado a Estados Unidos como refugiados después de la guerra; ellos los habían ayudado a rehacer sus vidas y a encontrar un hogar lleno de cariño.

Durante aquellos viajes entendí la importancia que se le da al teatro en los centros de enseñanza secundaria de Estados Unidos, donde hasta los institutos rurales cuentan con grandes salas bien equipadas, capaces de acoger montajes profesionales. Acudí a algunos de esos centros para explicar el Holocausto a adolescentes que tenían muchas dificultades para entender lo que les contaba.

—¿La dejaban ir con su gato o con su perro? —me preguntó un chaval, mientras otra chica levantaba la mano para decir:

—¿Qué hacía los domingos?

Tenía que explicarles con detenimiento que un campo de concentración no se parecía en nada a las experiencias de muchos de ellos en un campamento de verano, y les decía que cuando llegué a Auschwitz nadie contaba con que saldría viva de allí.

El periplo americano me puso en contacto con gente de orígenes y etnias muy diversos, desde pequeños grupos parroquiales de Texas hasta un gran patrocinador del Dallas Children's Theatre en el famoso Petroleum Club, así como indios americanos de Oklahoma convencidos de que su pueblo había vivido la misma experiencia de discriminación y genocidio que el mío.

En Boston la obra se representó al mismo tiempo que una prueba de Broadway para una versión nueva y muy esperada de Wendy Kasselman de *El diario de Ana Frank*. Mucha gente prefirió *And then they came for me*. Judith Klein escribió en el *Jewish Journal* de Boston: «La cruda realidad me impresionó como no lo ha hecho jamás ninguna escenificación de *El diario de Ana Frank*. Fue increíble y se me saltaron las lágrimas, igual que a la gente que me rodeaba».

A una chica con una enfermedad terminal la trasladaron hasta el teatro en camilla porque su último deseo era ver la representación, y su familia comentó que le sirvió para hacerle más llevaderas sus dos últimas semanas de vida.

Otra noche, una joven alemana se levantó y se echó a llorar. Dijo que su abuelo había sido nazi, y que el hermano de este había pertenecido a la Resistencia. El abuelo había disparado contra su hermano y lo había matado, pero la familia jamás se enfrentó a esa realidad. Ella se había marchado de Alemania para huir del pasado familiar, y hasta esa noche no había hablado de ello con nadie.

En Filadelfia me encantó representar la obra en el Arden Children's Theatre, y el National Liberty Museum solicitó que se complementara la función con una exposición de los cuadros de Heinz. Esto también se hizo en otras ciudades, entre ellas Dallas y California. Al ver expuestos los cuadros de Heinz después de cincuenta años se me hizo un nudo en la garganta. Me alegra que la gente me permitiera contemplarlos tranquilamente porque no creo que pudiera haber hablado con nadie en aquellos momentos. Lo que pensé fue: «¿Ves, Heinz, como no me he olvidado de ti? Temías pasar por el mundo sin dejar huella, pero sigues con nosotros. Este es tu estreno».

En San Francisco, el New Conservatory Theatre acogió con éxito durante muchos años *And then they came for me*, y siempre recibió un apoyo enorme de la comunidad gay. Por supuesto, los nazis también persiguieron a los homosexuales, quienes han sufrido una gran discriminación desde entonces. Uno de los directores, Andrew, nos alojó con frecuencia en la casa que comparte con su pareja, James (y debo señalar que es la casa con la decoración más bonita que he visitado jamás). Me conquistó la tolerante alegría de vivir de San Francisco, y una vez mandé a Zvi a preparar paquetes a una librería para poder disfrutar de la celebración del Orgullo Gay y de una «fiesta de cuero» sin tener que oírlo refunfuñar.

En Hailey, Idaho, representamos la obra durante dos semanas en 2001 con la ayuda de una celebridad hollywoodiense: Demi Moore. Demi y Bruce Willis habían ganado peso en la vida de

Hailey tras comprarse un gran rancho en los alrededores. También habían adquirido y restaurado el Liberty Theatre, donde fundaron una compañía de teatro permanente llamada Company of Fools [Compañía de los Idiotas]. Nos alojamos en la casa que Demi tenía en la ciudad, construida por orden de Bruce Willis para guardar su colección de muñecas. Tenía el aspecto de una casa tradicional estadounidense del siglo XIX, y era preciosa, con la salvedad del maniquí a tamaño real de una Demi desnuda y embarazada, tal como aparecía en la famosa portada de *Vanity Fair*, y que resultaba bastante chocante.

Coincidíamos con Demi y sus tres hijas casi cada día, porque se implicó mucho en la puesta en escena de la obra y ayudó con el vestuario. En los descansos hablábamos sobre mis vivencias, y de lo difícil que le resultó a ella su propia infancia. Demi me caía fenomenal, pero nuestra relación se vio ligeramente enturbiada durante la última fiesta de clausura. Demi y Bruce (en esa época ya separados y ambos con nuevas parejas) nos organizaron una espléndida fiesta en la casa que tenían en la ciudad, y yo acudí acompañada de una amiga que vivía en Idaho. Antes de llegar, le comenté que teníamos órdenes estrictas de no sacar fotografías de la casa, pero mi amiga no hizo caso y sacó varias. Demi se enteró enseguida, se encaró con ella y le exigió que le entregara la película.

Yo me sentí muy incómoda. Me dolió que Demi se disgustara y pensara que había abusado de su confianza, sobre todo porque apreciaba enormemente los esfuerzos que había realizado en favor de la obra. Con todo, logramos resolver el problema y nos despedimos como buenas amigas.

Una noche durante nuestra estancia en Idaho acudimos en coche a Boise, donde yo debía dar una charla en el Egyptian Theatre. Cuando llegué me sorprendió ver mi nombre en un gran rótulo que decía «La historia de Eva Schloss», y sentí un revoloteo de nervios a medida que avanzaba hacia el interior de un auditorio repleto con más de ochocientas personas. Mientras esperábamos sentadas, fue llegando más gente que se colocó de pie en los pasillos y en las salidas de emergencia hasta que al final acudieron la policía y el cuerpo de bomberos para garantizar la seguridad durante la velada.

Me conmovió y sorprendió que la gente de un estado rural del oeste de Estados Unidos se interesara por el Holocausto. Cuando la población recaudó fondos para construir en Boise el parque Anne Frank Human Rights Memorial [Monumento a los Derechos Humanos Ana Frank], me encantó plantar un árbol, al igual que hizo Miep Gies.

Para mí fue un auténtico regalo viajar con *And then they came for me: remembering the world of Anne Frank*. Conocí a mucha gente nueva, y las conmovedoras experiencias que oí a cambio me animaron a reflexionar sobre las mías. En particular, todo ello me permitió conectar con la generación posterior a la mía. Hace poco he trabajado con una musulmana británica que lucha contra el odio, Nic Careem, y que ha acercado la obra a grupos de escolares del Reino Unido, así como a países tan lejanos como China.

En todos los lugares donde acudí me encontré con gente joven deseosa de implicarse en los problemas y las emociones que transmite la obra, y eso tuvo con frecuencia una honda repercusión en sus ideas sobre el mundo, en especial en países donde la gente había sufrido gobiernos opresivos o no había afrontado sus propias vivencias durante el Holocausto.

Jenny Culank, la directora artística del Classworks Theatre de Cambridge, fue la primera directora británica de la obra. La preparación de *And then they came for me* la dejó entusiasmada desde que vio la primera representación en el Gatehouse Theatre de Londres, organizada por Susan Kerner. Trabajamos juntas en algunas producciones fantásticas con gente joven en Inglaterra; y después, en la primavera de 2000, llegó la llamada de la Casa Ana Frank de Ámsterdam: habían recibido financiación de Estados Unidos, y nos preguntaron si podríamos representar la obra en Letonia con el objeto de mejorar la relación entre la población de etnia letona y la de etnia rusa.

Tras liberarse de la ocupación soviética en 1991, Letonia inició un debate muy tímido sobre su papel durante el Holocausto. Los nazis habían invadido y ocupado Letonia a lo largo de cuatro años, entre 1941 y 1944, y habían asesinado de inmediato a casi todos los judíos letones. Además, trasladaron a decenas de miles de judíos procedentes de Alemania y Austria —entre ellos, a la abuela de Zvi— para aniquilarlos allí. Los comandos de la muerte nazis que recorrieron los países bálticos fueron especialmente sanguinarios. De hecho, las matanzas traumatizaron tanto a algunos soldados de las SS que los mandos nazis decidieron introducir las gasificaciones como un método menos personal de asesinato. Pero también imperaba un antisemitismo muy acentuado en la región, y muchos letones apoyaron activamente el genocidio.

Cuarenta y cinco años después, apenas se había abierto en el Báltico un debate sobre el Holocausto. El departamento internacional de la Casa Ana Frank decidió que Letonia sería un buen lugar donde introducir su programa para fomentar que se hablara del Holocausto en comunidades en las que no se había discutido con amplitud.

Fue complicado. Al principio el joven elenco, formado por seis chicas letonas y seis chicos rusos, apenas sabía que había existido el Holocausto.

Fue una experiencia especialmente dolorosa para Jenny, porque parte de su propia familia había emigrado a Inglaterra desde la comunidad judía letona.

«Les enseñé una foto de mi abuela letona y no entendieron nada. ¿De dónde sacó esta señora inglesa familiares letones? Habían estado recluidos en la Unión Soviética y no tenían ninguna idea sobre el resto del mundo.»

Los jóvenes pasaron varias semanas con Jenny en una granja apartada para preparar la representación. «Al principio no estaba segura de que fueran capaces de interesarse por la obra, ni de si conseguirían meterse en la historia. Les pedí que llevaran un diario, como Ana, y todos lo hicieron.»

Yo tenía previsto tomar un avión para reunirme con el grupo cuando se representara la obra, pero Jenny me llamó en medio de los ensayos y me pidió que conversara con los chicos por teléfono. Yo era escéptica sobre el contenido de esas charlas, pero se pusieron en fila para hablar conmigo y cada cual fue preguntándome, compartiendo historias conmigo y tomándose el tiempo necesario para conocerme.

En el momento en que volé hasta allí, en agosto, Jenny me había dicho que estaba segura de que aquel sería uno de los montajes más significativos de todos los que había puesto en escena. Letonia aún era un país muy reticente a afrontar su pasado y lo ocurrido con los judíos. Todos los jóvenes que participaron en la obra se mostraron muy afectados al enterarse de la verdad.

Acudimos al Centro Judío de Riga para efectuar la primera representación, a la que asistió el presidente de Letonia. La velada comenzó con un intercambio de ramos de flores entre los padres rusos y letones, todo un gesto en un país donde esa división étnica es muy intensa.

James Still, el autor de la obra, también vino, y todos permanecimos sentados durante el transcurso de la representación sin entender una palabra del idioma, pero sintiendo una honda conexión con lo que pasaba en el escenario. Al final le hablé al público, como hago siempre, con la habitual sorpresa ante el hecho de que reunir a gente para hablar y poner ideas en común cambia los corazones y las mentes.

Sabía que algunas de las personas más mayores que me miraban habrían conocido a alguien que mató a judíos, o tal vez ellas mismas habrían intervenido personalmente en algún asesinato de judíos. Lo que más me impactó fue un niño del grupo incapaz de reconocer delante de mí que también él era judío. El estigma seguía siendo muy acusado. Espero que me oyera hablar de lo orgullosa que estoy de ser judía, y que sintiera el apoyo que le di.

Después de la primera actuación en Riga, Jenny y yo viajamos hacia el sureste, hasta la ciudad de Daugavpils, donde la obra se representó en una inmensa fábrica abandonada, usada en otros tiempos para elaborar cigarrillos rusos. Recuerdo que en aquella época había un índice muy elevado de desempleo y que tenían problemas sociales. Después me despedí de los jóvenes actores y les deseé lo mejor. La obra haría una gira por toda Letonia durante un año, y se representaría cada fin de semana en localidades distintas.

Antes de salir de Letonia, me di el gusto de retomar una vieja afición, y visité algunos anticuarios de Riga. En uno de ellos encontré un plato perfectamente conservado de las Olimpiadas de Berlín que organizó Hitler en 1936. Mientras movía entre las manos la fría porcelana china charlé con el alemán que me lo vendió y recordé todo el odio y el caos que habían devorado Europa por entonces. Imaginé a mi propia familia aún en casa, en el piso de Viena, desconocedora de lo que nos depararía el futuro. Pagué el plato y salí de allí con la firme sensación de que habíamos avanzado mucho en el mundo en muy pocos años, y de que aún nos quedaba mucho por avanzar.

Jenny también puso en escena un montaje memorable de *And then they came for me* en Irlanda del Norte en 1999, juntando niños católicos y protestantes para ver la obra, algo muy inusual. Se sentaron en grupos separados, pero ya supuso un gran paso adelante que compartieran la misma sala.

En todos los sitios a los que fuimos, la obra se representó ante auditorios repletos y a menudo conmovidos hasta las lágrimas por el espectáculo. Solo hubo una persona que no entendió *And then they came for me*: Mutti.

Regresé del primer viaje a Nuevo Brunswick con un vídeo de la obra. Ya en casa, en Edgware, introduje la cinta en el aparato reproductor y me acomodé para verla con la esperanza de mantener una larga conversación con ella cuando acabara. Sin embargo, casi de inmediato, empezó a fruncir el ceño de la confusión.

—Pero ese no es Heinz —dijo—. Y ese no es Pappy. No somos nosotros.

A medida que avanzó la grabación, se fue alterando y entristeciendo. Cada vez tenía más confusa aquella etapa de su vida y no entendía que yo le dijera que interpretaban a nuestra

familia, sin que fuera nuestra familia en realidad. Me di cuenta con gran pesar de que, aunque Mutti y yo habíamos sido inseparables durante el largo viaje vital que hicimos juntas, la vejez nos estaba separando, y pronto me vería obligada a dar los siguientes pasos sin ella.

27

Mutti

Es indudable que empezar a hablar me transformó la vida y me dio alas para recuperar mi propio yo, pero también alteró la visión que tenían de mí otras personas de mi entorno. Sobre todo Mutti.

Cuando me dirigía a grupos de gente, Mutti solía sentarse en primera fila, o justo detrás de mí, y observarme con expresión de asombro y admiración. Podría afirmar que se sentía inmensamente orgullosa de mí y que al fin entendió que también yo tenía talento. No solo era «práctica» y «experimental». Ahora veía quién era yo en realidad.

Aparte del periodo agitado que pasé justo después de la guerra en Ámsterdam y del resentimiento que sentí porque no estuviera a mi lado durante el aborto espontáneo que tuve, Mutti y yo mantuvimos una relación muy estrecha, aunque ella siempre me consideró su «pequeña Evi».

Cuando se tiene más de un hijo es casi inevitable ir etiquetándolos, a medida que crecen, como «el rebelde» o «el deportista». Y durante la infancia sentimos con bastante frecuencia aversión o desagrado hacia las catalogaciones que nos imponen nuestros padres.

En mi familia, Heinz era «el listo», aparte del sensible y el artista. Yo era la pequeña atlética y resistente que tenía habilidad haciendo cosas con las manos. Desde luego, Heinz era muy inteligente, sensible y artista, pero a medida que crecí empecé a pensar que yo tenía más dotes de las que Mutti apreciaba en mí en ocasiones.

Cuando visitamos por primera vez a los abuelos en Darwen después de la contienda, oí que Mutti le decía a la abuela Helen:

—Creo que Eva será modista de mayor; es buena con las manos.

Me quedé horrorizada y pensé: «¡No quiero ser modista!». Más tarde coincidió con Otto y me orientó hacia la fotografía. Resultó ser una profesión que disfruté mucho, pero aún me encrespaba oír a Mutti decirle a la gente que yo no era muy intelectual.

Durante los primeros años después del fallecimiento de Otto, temí que Mutti se mostrara muy perdida y decaída, pero con el tiempo empezó a recobrarse. Pasaba más tiempo con nosotros, pero quería mantener su residencia habitual en Suiza. Otto había comprado una casa pequeña de una sola planta para ella justo al doblar la esquina de nuestra vivienda de Edgware, pero Mutti no quería vivir allí. Tenía su casa montada en Suiza y muchos amigos en ese país. Durante el día

acudía a charlas y actos organizados por la Universidad para Mayores, y también realizaba viajes culturales a Italia.

Siguió implicándose mucho en la labor de la Casa Ana Frank de Ámsterdam y en la de la Fundación Ana Frank de Suiza, la cual controlaba los derechos del diario. Con el tiempo empezó a discrepar de la dirección de la Fundación suiza. Mutti apoyó enérgica las ideas y convicciones básicas de Otto en relación con el gasto comedido y con la conservación del legado de Ana como algo sencillo y tangible, de acuerdo con el espíritu del diario. Sin embargo, tras la muerte de Otto, Mutti notó cada vez más que sus intervenciones en las reuniones de la administración no siempre se valoraban, y que poco a poco la iban marginando.

A pesar de ello, mantuvo una correspondencia activa con los cientos de personas que siguieron escribiéndole sobre Ana y Otto. Aún quedaba una montaña de cartas por responder, y Mutti abordó la tarea con el mismo esmero y atención que le había dedicado en vida de Otto.

La verdad es que Mutti empezó a interesarse mucho por todos nosotros y nuestras menudencias, y hasta por gente que apenas conocía. Y si discrepaba con algo de lo que hacías, ¡te lo decía sin vacilar!

«Si querías hablar con alguien que te escuchara en silencio, sin emitir ninguna opinión, entonces Fritzi no era la persona que necesitabas», afirma mi primo Tom.

Tom se había divorciado hacía poco y residía en Suiza por entonces. Pasó mucho tiempo con Mutti, manteniendo largas conversaciones y, según me cuenta, oyendo lo que ella creía que debía hacer con su vida.

«Me planteaba en qué dirección debía orientar mi vida y, aunque a Fritzi le interesaba mucho el arte, estaba convencida de que debía buscar una profesión bien pagada y con buenas perspectivas.»

Eso me suena a mi madre. Había sufrido muchas penurias y era muy práctica en lo que atañe a ganarse la vida y hacerla lo más cómoda posible.

Era una persona franca, pero también se preocupaba por los demás, y se interesaba por toda clase de detalles. Como hija suya, a veces me parecía que preguntaba de más. Mutti me escribía largas cartas en las que me contaba todo lo que había estado haciendo, y en las que me pedía conocer con exactitud qué pasaba en mi vida. Yo tenía tres niñas en casa, llevaba el negocio de antigüedades y hablaba con Mutti por teléfono sin cesar en los periodos que mediaban entre nuestras frecuentes visitas. En otras palabras, no me quedaba tiempo para escribir cartas largas, pero cualquiera se lo decía a Mutti.

«Ojalá me escribieras cartas más largas —se lamentaba, haciéndome sentir tan culpable como solo lo consigue una madre—. Nunca respondes todas mis preguntas. Me encantaría que respondieras cada una de las preguntas que te hago para...»

Otto escribió una vez que Mutti y yo estábamos muy unidas. «Eva le habla de todo: del negocio, de sus intereses, de su vida privada y social. La madre se empeña en conocer cada detalle con preguntas y más preguntas, y la aconseja siempre que lo necesita. El único problema es la correspondencia...»

Él describió con qué ansia esperaba Mutti la llegada de una misiva: «Mira el buzón siempre que viene el cartero, y su inquietud va en aumento hasta que al fin llega una carta». Entonces se

quejaba de que una carta procedente de Londres tardara seis días en llegar, cuando las que recibía desde América tardaban solo tres. «De todos modos, en cuanto tiene una carta en la mano se le va todo el enojo.»

Mi madre estaba bastante obsesionada con la escritura de cartas, tal como revela el volumen de su correspondencia.

No me arrepiento de no haber respondido todas sus preguntas —muchas de ellas eran sobre cosas como qué iba a cenar—, pero sí lamento no haberme sentado con ella a charlar sobre las trascendentales experiencias que compartimos.

Después de lo mucho que pasamos, tal vez parezca extraño que nunca habláramos de ello con posterioridad. Al principio creo que nos concentramos en superar los primeros días oscuros de la posguerra reconstruyendo nuestras vidas sin mucho entusiasmo. Más adelante me trasladé a Inglaterra y me casé, Mutti se casó con Otto y, después de todo aquello, nunca parecía ser el momento adecuado. Yo la miraba desde fuera y la veía feliz y satisfecha con Otto. Supongo que ella veía lo mismo en mí. Ninguna de las dos escarbó más allá de la superficie para hablar sobre el dolor que aún sentíamos.

Lo más impactante, con diferencia, durante la redacción de este libro fue descubrir que mi primo Tom había guardado un buen fajo de cartas enviadas a mis abuelos tanto antes como después de la guerra, primero por mis padres y después por mi madre. Yo nunca había leído esas cartas, creo que ni siquiera sabía que existían, pero, cuando le conté a Tom que estaba escribiendo este libro, empezó a mandármelas poco a poco a través del correo electrónico, y después me las trajo todas en persona dentro de una gran caja de zapatos.

Literalmente me estremecí de emoción al descubrir que mis padres volvían a la vida entre mis manos. Una cree que siempre recordará con claridad a la gente que quiere; sin embargo, a medida que transcurre el tiempo, los recuerdos se reducen al recuerdo de los recuerdos. Ahora me encontré a Pappy y Mutti vívidos de nuevo junto a mí, dueños de sus propias palabras, a veces con letras corridas de trazo fino, otras con antiguas letras góticas alemanas casi indescifrables, y otras mecanografiadas con pulcritud sobre un papel satinado delgadísimo. Contemplar aquello me emocionó, me hizo llorar y a veces me impactó: sí, así eran en realidad. Lo había olvidado.

Ya he intercalado la esencia de esas cartas en este libro, pero, tomadas como un todo, me invalidaron algunas asunciones sobre nuestra vida. Comprobé, por ejemplo, lo felices que habíamos sido en Ámsterdam, incluso después de la ocupación. Por supuesto había muchas cosas que mis padres no podían contar debido a la censura, pero aun así las cartas transmiten con solidez la sensación de que llevábamos una vida familiar normal. El único momento en que mi madre menciona la invasión nazi es cuando comenta que a mi padre le encantaría tener más hijos, pero «eso es lo único que no puedo darle», dada la precariedad de la situación.

Más tarde, al regresar a Ámsterdam después de Auschwitz, Mutti escribe con frecuencia a la abuela Helen sobre su tristeza y su duelo por Pappy y por «Heinzerl» (su pequeño Heinz); también sobre el esfuerzo que debía hacer para no llorar y poner cara de firmeza delante de mí.

En un inciso amargo, cuenta que ha acudido a la sinagoga de Ámsterdam con Otto y Henk, mi antiguo novio, y que no podía evitar el deseo de que fuera su propio hijo quien estuviera

sentado a su lado.

La lectura de esas cartas me dejó afligida y desconsolada. ¿Por qué no hablamos nunca sobre cómo nos sentíamos? ¿Por qué no fui capaz de notar lo mucho que estaba sufriendo mi madre también? Siempre pensé que no se daba cuenta de mi desolación, pero en sus cartas le dice a la abuela Helen que estoy consternada, enojada con ella, pero que debe procurar ser mi padre, mi madre y mi hermano en una sola persona.

Cómo me gustaría hablar con Mutti de todo ello ahora. No puedo retroceder en el tiempo y mantener esa conversación con ella, pero sí puedo encontrar algo de consuelo en el hecho de saber que, a medida que envejecimos, ella disfrutó especialmente el tiempo que pasó con mis niñas, y más tarde con mis nietos, sus biznietos. Los chicos fueron un gozo inmenso en su vida.

En la década de 1980, Zvi y yo compramos una casa de veraneo en la ciudad amurallada de Mougins, en el sur de Francia. La zona nos encantó cuando la visitamos por recomendación de la señora Hirsch, la dueña de la pensión de Chichele Road en la que nos conocimos. Compramos un gallinero convertido en dos cuartos, y con el tiempo lo ampliamos para construir dos estancias más. Aquello se convirtió en nuestra base para las vacaciones, y pasamos muchos veranos allí.

En esa época nuestra familia estaba creciendo. En 1985, Jacky dio a luz a nuestra primera nieta: Lisa, que es preciosa y lista, y aún hoy es mi preferida. Cuando Lisa se casó hace poco, le pidió a Zvi que fuera su padrino de bodas; al verlos aparecer juntos andando por el pasillo, se nos saltaron las lágrimas a todos.

Tres años después de que naciera Lisa, le llegó un hermano. Después de tres hijas y una nieta, nos entusiasmó tener un chico en la familia, y le comenté a Jacky que confiaba en que lo llamara Eric, como mi padre.

—La verdad es que pensaba llamarlo Robert —me dijo, para gran decepción mía.

Jacky debió de notar que se me cambió la cara. La acompañé en el paritorio y, cuando el niño nació, lo tomó en los brazos un instante y todos nos quedamos mirándolo.

—Bueno, ahora que está aquí veo que no parece un Robert —dijo—. Creo que tiene más pinta de Eric.

Eric era un pequeño rubio, de carácter alegre, que siempre andaba correteando y ganándose a cualquier niña que se encontrara. Ahora es un joven bien parecido y de cabello claro, y aún tiene muchas admiradoras.

Unos años después de su llegada, en 1992, mi hija mayor, Caroline, dio a luz a nuestro segundo nieto varón, Alexander. Alex es alto y avispado, con una personalidad dulce y sensible. Estudia Matemáticas Puras en la Universidad de Oxford, y estoy segura de que algún día resolverá una ecuación complicada y ¡cambiará el mundo!

Después, en 1993 y 1996, se unieron a la familia las dos hijas de Sylvia, Sophie y Ella. Ambas son aún adolescentes, pero ya notamos que han heredado nuestro amor por las artes. A veces vienen a Londres para quedarse con nosotros y ponerse al día de cosas de la gran ciudad que probablemente es mejor que sus abuelos no conozcan muy a fondo.

Cuando los chicos eran pequeños, pasábamos todos los veranos chapoteando juntos en la piscina de Mougins, haciendo excursiones en barco, comiendo helados y jugando en la playa. Por la mañana empezábamos el día con una taza de té en la cama, y Zvi nos obligaba a comernos

una zanahoria por cabeza porque pensaba que era buena para las encías. Después yo me apuntaba a todos sus juegos, mientras Zvi sonreía y nos saludaba con la mano desde un rincón, a veces con uno de los pequeños en las rodillas, durante la lectura del *Financial Times* o *The Economist*, y Mutti nos observaba desde una tumbona, disfrutando rodeada de su familia. Después de comer, nos echábamos una siesta a la sombra y, a continuación, les dábamos a los chicos unas galletas de mi famosa caja naranja, que solían encontrar rancias y malísimas. (Es cierto que, después de Auschwitz, odio desperdiciar comida y nunca tiro nada. Si en algún momento te has comido un grano de azúcar del suelo, ya no le haces ascos a las sobras.) Luego, por la tarde, yo me metía en la cocina a preparar sopa de pescado para la cena.

Por supuesto, como todas las familias, teníamos nuestros altibajos, pero me alegra que Mutti viviera lo suficiente como para ver cumplida la profecía de Pappy sobre la cadena ininterrumpida.

Mutti debía de tener una constitución de hierro. Aparte de someterse a una histerectomía en Ámsterdam poco después del final de la guerra, rara vez estuvo enferma. Durante un viaje a Mougins sufrió un accidente grave al pillarse una mano con la tumbona. Fue horrible: gritaba sin parar del dolor, pero no podíamos liberarla. Al final, cuando logramos soltarla y llevarla al hospital, descubrimos que se había roto tres dedos, y aun así insistió en que la dejáramos realizar el viaje que tenía previsto para regresar a Suiza.

Algo después, iba andando por la calle cerca de su casa en Birsfelden y se dio de cara con un tranvía. Fue un accidente casi fatal, pero Mutti era fuerte y se recuperó. Sin embargo, aquello nos hizo pensar con seriedad sobre su futuro, y le pedí que viniera a vivir con nosotros a Londres.

Mutti se quedó una temporada, pero lo cierto es que no se adaptaba. Llevaba décadas viviendo en Suiza y echaba de menos su piso y sus amigos.

—Fui tan feliz en mi apartamento con Otto —me decía—. Cuando estoy allí, me parece que aún está conmigo.

Acordamos que regresaría, pero le buscamos una señora polaca para que cuidara de ella. Aquello funcionó durante algún tiempo, pero después Mutti se planteó por qué iba a vivir allí con una extraña que la cuidara cuando toda su familia estaba en Inglaterra. Regresó para volver a quedarse con nosotros, pero tampoco consiguió adaptarse y se marchó a Suiza una vez más.

Durante algunos años, Mutti viajó de un lado al otro; unas temporadas vivía con nosotros, otras vivía en Suiza, y yo acudía a visitarla cada fin de semana.

A la larga me di cuenta de que empezaba a tener problemas de memoria, y de que no podía cuidarse sola.

En 1995, Mutti se mudó definitivamente a Inglaterra y se vino a vivir con nosotros a Edgware. Poco después, empecé a viajar mucho con la obra *And then they came for me*, y Elizabeth Ravasio se quedaba con Mutti cuando yo me ausentaba. Al final Elizabeth planteó que sería más fácil que Mutti viviera con ella, en la casa de Elizabeth, situada a la vuelta de la esquina.

Elizabeth acompañó a mi madre y cuidó de ella en sus últimos años con abnegación. Por entonces Mutti tenía problemas de memoria y se desconcertaba fácilmente. Cuando alguien le preguntaba acerca de Otto, buscaba en la memoria durante un largo espacio de tiempo que

parecía durar horas, y lo único que conseguía recordar sobre él era que «tenía la cabeza muy pequeña».

A quienes sabíamos lo mucho que quiso a Otto y la importancia que tuvieron el uno para el otro, nos entristecía oír eso.

De pronto, una noche, Elizabeth y Mutti decidieron ir al cine a ver *Titanic*, con Leonardo di Caprio y Kate Winslet. Creo que la idea de una señora mayor que mira hacia el pasado en busca de recuerdos dolorosos de catástrofe y muerte impactó demasiado a Mutti. Sufrió una alteración y un desasosiego increíbles. Llevaba muchos años tomando pastillas para dormir, y creo que aquella noche tomó demasiadas. Cuando se despertó más tarde para ir al servicio estaba atolondrada, tropezó con el cinturón de la bata, se cayó y se rompió una pierna. Fue una fractura horrible porque el fémur le atravesó la piel, y los paramédicos tuvieron que llevarla hasta la ambulancia con unos dolores terribles.

En el hospital se recuperó un poco, pero la tensión de la caída conllevó una serie de pequeños derrames cerebrales. Los médicos me dijeron que cuando la gente mayor sufre un derrame suelen retirarle el alimento y la bebida para dejarla morir. Yo era muy consciente de que la vida de Mutti estaba llegando a su fin, pero la propuesta me escandalizó.

—¡De ninguna manera! —les grité—. Mi madre sobrevivió a Auschwitz. No voy a matarla de hambre ahora. Se irá cuando le llegue su hora.

No permitiría que mi madre, que había vivido el Holocausto, fuera asesinada por el Servicio Nacional de Salud. Aún me alteraba enormemente la idea de matar a alguien de hambre, y nunca me han convencido las afirmaciones médicas de que los pacientes no se dan cuenta de lo que les pasa. Sin embargo, estoy segura de que a los hospitales les resulta más barato y más cómodo.

En contra de la opinión de los doctores, Mutti se recuperó lo bastante como para que la mandaran a un hospital de rehabilitación local y muy sucio donde el personal no parecía prestar ninguna atención a los pacientes. Elizabeth y yo decidimos que no queríamos que acabara sus días allí, y nos la llevamos a casa.

Durante varios meses la atendimos, le dimos de comer y la levantamos con una grúa y, aunque era obvio que se iba desvaneciendo, vivió sus últimos días completamente consciente y rodeada de su familia. Aunque le costaba mucho hablar y se enroscaba en la cama como un feto, recuerdo que se le iluminaron los ojos un día que le trajimos a Ella, su biznieta más pequeña, para que la viera, y Ella trepó hasta la cama de Mutti para saludarla.

Mutti falleció en 1998, a la edad de noventa y tres años. Su vida transitó por todo el horror y la historia del siglo XX. Había nacido en el seno de una familia grande y alegre cuando el imperio de los Habsburgo gobernaba buena parte de Europa, y después vivió la primera guerra mundial y el Holocausto. Su vida y sus circunstancias atravesaron cambios inimaginables para muchos de nosotros, pero siguió siendo una mujer de una amabilidad, una consideración y una determinación inmensas. Sobre todo, estaba convencida de que yo debía salir adelante para alcanzar una vida feliz y plena, y puso todas sus energías en ello. Fue la mejor madre que cualquiera podría desear. Yo no lo habría conseguido sin ella.

Unos meses después de la muerte de Mutti, emprendí con Elizabeth un viaje a Japón, donde Ana Frank siempre había despertado un interés enorme. Me dirigí a muchos grupos interesados

por el diario, y gran cantidad de gente acudió a ver la Exposición Ana Frank, provista de innumerables pertenencias de la familia Frank que habíamos fletado hasta allí en barco para la ocasión. Me encantó la circunstancia de que, como Mutti había estado casada con Otto, también se incluyera en la exposición la historia de mi familia, junto con algunos cuadros de Heinz.

Nos quedamos en Japón más de un mes y, mientras recorría ese hermoso país, pensé a menudo en Otto y Mutti, y en el significado de lo que habían intentado conseguir mientras vivieron. Ninguno de ellos creía en la vida después de la muerte, pero ambos eran auténticos humanitarios que dedicaron gran parte de su tiempo a animar a la gente a tender hacia un mundo tolerante y compasivo. Sé que a ambos les habría gustado ver la rosa de Ana Frank que se cultiva en Japón. Está provista de frágiles pétalos que, antes de rizarse y ajarse, pasan del color rosa al anaranjado.

28

Establecer contacto

«Con la historia de Ana Frank aprendí lo que pasa cuando delatas a alguien...»

Bueno, puede que cada cual saque algo diferente de las historias del Holocausto. El hombre que hablaba cumplía sentencia en la prisión Wormwood Scrubs, una de las cárceles más conocidas de Inglaterra. Había participado en un proyecto de dos semanas organizado por la Fundación Ana Frank, y estaba explicando de qué le había servido todo ello.

En 2002, gracias a la intervención de su director, el centro penitenciario de Reading se convirtió en la primera cárcel que invitó a la Fundación Ana Frank a acudir a una prisión con la intención de atajar el racismo y luchar contra la delincuencia. En comunidades muy cerradas, las diferencias raciales y religiosas y la homofobia pueden irse de las manos con rapidez. Desde entonces han participado en el programa educativo más de veintidós mil presos, y en el año 2011 la exposición se montó en catorce cárceles y centros de menores.

Buena parte del programa consiste en entrenar a un grupo de reclusos para que ayuden de manera voluntaria a enseñar la Exposición Itinerante Ana Frank, pero esos hombres y mujeres también se reunían a diario para charlar sobre odio e intolerancia, y para poner por escrito sus propias experiencias. Se ha hecho muy poco para ayudar a la gente encarcelada, y yo participé en este programa único y fantástico desde el principio. El coordinador del proyecto, Steve Gadd, suele organizarme un encuentro con el grupo al final de las dos semanas para conversar con ellos sobre mis vivencias. Aunque no puedo hablar en cada exposición, se trata sin duda de la parte más satisfactoria de mi trabajo, y a mí me sirve tanto como al resto del grupo.

Las cárceles son lugares en los que cuesta pensar, y la mayoría de la gente prefiere no hacerlo. A lo largo de los años que llevo hablando en distintos centros, me he visto obligada a poner en duda mis propias ideas preconcebidas sobre cómo hay que tratar a la gente que acaba en prisión. Me he encontrado muchos hombres y mujeres cuyas situaciones eran desesperadas mucho antes de que cometieran algún delito, y eso me ha llevado a preguntarme si podríamos intervenir antes para prestarles ayuda, y ahorrarle de este modo a la sociedad las consecuencias del delito en sí y el coste de tenerlos encerrados. He visto que se puede llegar a entender a una persona que ha cometido un delito horrible sin necesidad de justificar el delito en sí.

Ya estoy acostumbrada a los portones metálicos, el tintineo de llaves y los elevados muros

que hacen tan única la visita a un penal, pero al principio me ponían nerviosa y me intimidaban.

Los altos muros de piedra de la cárcel de Durham albergan a algunos de los peores delincuentes de Gran Bretaña. Era imposible no notar que cientos de ojos me miraban desde las estrechas ventanas mientras un funcionario de prisiones echaba la llave a una serie sucesiva de portones metálicos para guiarme a través del patio hasta un ala del complejo.

La primera vez que fui a Durham, un trayecto de tres horas de tren me llevó desde Londres hacia el norte por algunos de los paisajes más bellos de Inglaterra. Cuando llegamos a la estación contemplé la vista más imponente de la catedral de Durham, pero ni eso consiguió quitarme de la cabeza que estaba a punto de encontrarme con algunas de las mujeres más peligrosas del país. Me pregunté qué pensarían de mi historia, y si llegaríamos a comprendernos.

La seguridad era estricta y, aun después de tantos años, me inquietaron la inspección y el cacheo de la guardia uniformada. Por supuesto —me recordé a mí misma—, esta vez se trataba de asegurarse de que no introducíamos en la prisión artículos prohibidos, como llaves o drogas, no de encerrarme en un campo de concentración.

Gillian Walnes, la directora ejecutiva de la Fundación Ana Frank, había dudado mucho si pedirme que visitara la prisión por temor a que las alambradas de espinos y los guardias me recordaran a Auschwitz. Yo le había asegurado que lo llevaría bien, pero en realidad hasta ese momento no reparé en que ambas experiencias apenas tienen nada en común. No solo el entorno físico es muy distinto, sino que la gente confinada en una cárcel cumple un castigo por un delito, mientras que mi familia no había hecho nada malo.

La guardia nos guió hasta un amplio gimnasio bien iluminado donde nos esperaba un público de mujeres vestidas de calle e instructores. Por el camino vi a Rosemary West, quien cumplía cadena perpetua por intervenir en algunos de los asesinatos en serie más conocidos del país. Yo sabía que había participado en actos espeluznantes de tortura y asesinato, y me alegró que se dirigiera hacia la biblioteca, y no a verme a mí. ¿Cómo iba a afrontar —me pregunté— una conversación con alguien encarcelado por actos de sadismo violento?

Nerviosa, ocupé mi asiento en el gimnasio y oí la presentación. Mentalmente pensé en varias posibilidades para iniciar mi charla, pero decidí ir directa al asunto.

—Algunas de ustedes están llenas de odio —les dije—. Yo también estaba llena de odio, y creo que tengo un mensaje que transmitirles.

Empecé a contarles algo sobre mi familia y la vida en Viena; les dije que éramos una familia muy feliz, pero no por mucho tiempo... Después les hablé del periodo que pasamos en Ámsterdam y, a continuación, sobre la deportación a Auschwitz.

Al principio las mujeres parecían aburridas o poco interesadas mientras me sopesaban para comprobar si tenía algo útil que decirles. Ahora reinaba en el gimnasio un silencio absoluto, y se podía oír caer un alfiler.

—No sé cómo sobreviví —continué—. Miro atrás y aún me lo pregunto. Y tampoco sé *por qué* sobreviví. Mi hermano tenía muchas más capacidades que yo. Pero lo hice...

Me di cuenta de que esa era la clave de mi mensaje hacia aquellas mujeres. Yo era una superviviente, y ellas también podían sobrevivir.

—Siempre hay esperanza —les dije—, incluso cuando la vida parece desoladora. Hay que

tener la voluntad y la fuerza para cambiar de vida, y conseguir lo que nos propongamos.

Entonces me llamó la atención la Exposición Ana Frank, y recordé el día de 1986 en que Ken Livingstone lanzó mi vida, sin querer, en una nueva dirección.

—Esta exposición cambió mi vida —concluí—, y espero que también cambie las suyas.

Volví a mi asiento, bebí de un vaso de agua, y esperé a que me hicieran preguntas. Por un instante pensé qué sucedería si nadie hablaba, pero las manos se alzaron y enseguida esas mujeres me preguntaron todo sobre mi vida, mis creencias, y cómo encontré la fuerza para seguir adelante.

¿No había deseado nunca encontrarme cara a cara con un nazi para una reconciliación?

—No, pero ninguno me lo ha pedido jamás —contesté.

¿Creía en Dios? ¿Había tenido alguna vez asesoramiento?

—No, no lo he tenido, pero me habría resultado muy útil —admití.

¿Consideraba que la exposición hacía algún bien?

—Sí —respondí—. En ella se ve lo peligrosa que es la discriminación. Hay que armarse de valor para alzar la voz cuando presencias una injusticia. Pero tienes voz. Hasta es posible que pienses en ello más tarde en tu vida y cambies de opinión.

Las mujeres dejaron de ser reclusas anónimas para mí: tenían individualidad, cada una con una historia personal diferente. Algunas cumplían sentencias relacionadas con delitos de drogas. Muchas eran víctimas de una vida de abusos, y estaban allí por vengarse de hombres que las habían sometido a años de violencia.

—Maté a mi querido esposo —dijo una señora muy educada llamada Evelyn que me encontré durante una visita a una prisión de Londres.

Me sorprendió oír una declaración tan escueta, pero su caso era muy común. Mantuve correspondencia con ella durante años.

Otras mujeres habían recibido sentencias injustas. Cuando regresé de la visita a Durham, recibí una carta de una señora condenada y más tarde liberada tras interponer un recurso en un caso muy sonado. Me escribió una carta muy conmovedora de dos páginas en la que me agradecía la charla y me contaba: «He aprendido de ti que, por muy difícil que se vuelva la vida, si tienes la voluntad de sobrevivir, seguirás adelante... Aunque estoy en prisión, espero que algún día me liberen. Resisto gracias a esa luz al final del túnel. Oírte me ha dado más esperanzas y fuerzas para continuar».

Cada una de las mujeres que conocí se ha sentido partícipe de mi historia de un modo diferente. Durante una visita reciente a la prisión de Downview, en Surrey, recibí el apoyo entusiasta de una mujer homosexual porque conté que los nazis habían perseguido a la comunidad gay; a eso le siguió un agradecimiento sincero y muy conmovedor por parte de una nómada irlandesa cuando dije que me habían mandado a Auschwitz en un tren repleto de gitanos. Yo sabía que una de las mujeres del público había sobrevivido al genocidio de Ruanda y que había perdido a miembros de su familia. Se sentó a oírme en silencio y no me preguntó nada, pero confío en que percibiera mi solidaridad hacia ella.

Hablar en prisiones masculinas constituye una experiencia diferente, pero creo que la Exposición Ana Frank ejerce un influjo idéntico. Durante la visita que realicé a Wormwood

Scrubs en diciembre de 2011, un tal Mark me contó: «Para serle sincero, al principio no me interesaba, pero ahora veo su importancia porque es como la esclavitud y lo que pasó la gente negra».

Otro hombre llamado Paul, que cumplía una sentencia por un delito relacionado con navajas, aunque afirmaba ser inocente, dijo: «He pensado mucho sobre mi caso y lo que pasó en mi vida. Pero esto me hace verlo todo desde otra perspectiva».

Después de mi charla, el subdirector, David Redhouse, se levantó y habló. «Somos una cárcel multicolor», dijo. Más de la mitad de los internos de Wormwood Scrubs son negros, y hay una proporción elevada de presos musulmanes y de otros grupos religiosos. Así que nos previno a todos contra el camino fácil de «ignorar la manera de vivir de los demás» y de buscar chivos expiatorios, sobre todo en situaciones económicas apuradas.

Tal vez lean ustedes esto y piensen: «Qué bien, pero ¿de verdad sirve para algo?».

Siempre que me hago esa pregunta me acuerdo de Faith, quien se preparó como guía de la exposición mientras estuvo en la cárcel y ahora trabaja para la Fundación Ana Frank.

«Cuando estás en prisión te sientes desesperada —sostiene—. Te preguntas cómo seguir adelante. ¿Cómo lograrás rehacer tu vida en el exterior? Reflexionas sobre lo que hiciste en el pasado y te preguntas qué hacer en el futuro y si tendrás otra oportunidad. Es una cuestión de responsabilidad —afirma—, de pensar en tus valores, de sentir empatía hacia la gente diferente a ti, de ser humana.»

Además del trabajo en las cárceles, también me dirijo a públicos muy distintos: escolares. Al contrario que en el caso de los presos, su vida aún no ha comenzado, pero creo que, a pesar de la enorme diferencia de edad, a menudo nos identificamos con los problemas de cada cual.

A la gente joven le preocupa mucho, por supuesto, ser diferente y no encajar en el grupo. Entienden lo peligroso y perjudicial que es el acoso, y mi historia ilustra lo perniciosas que pueden ser sus consecuencias. Ellos se resisten a la autoridad, discuten con sus padres y ven la vida oscura y desalentadora, igual que me pasó a mí.

Yo adapto mi historia a su realidad y a su edad. Intento ahorrar a los más pequeños los detalles más horrendos del campo de concentración, pero por lo común son ellos quienes quieren conocer todos los pormenores escabrosos. «Pero ¿cómo es que los guardias no se morían también al abrir las puertas de las cámaras de gas después de gasear a la gente? ¿Adónde se iba el gas?», me preguntó un niño de ocho años muy insistente.

En clases con gran cantidad de alumnos musulmanes, suelo tener que explicar en profundidad el trasfondo del Holocausto, pero siempre me escuchan con mucha atención.

A veces quieren hablar sobre Oriente Medio, y me preguntan: «¿Por qué los soldados israelíes matan a niños palestinos?». Entonces procuro responderles aportando la mayor información que puedo, y les explico mi punto de vista personal, que es que allí están en guerra y, aunque está mal matar civiles y niños, los soldados suelen buscar terroristas ocultos en casas normales.

En los centros de educación secundaria de barrios marginales hablo más sobre la búsqueda de un objetivo en la vida y la necesidad de superar los problemas para vivir bien.

Hablo en centros públicos, privados, religiosos e internacionales. Los niños parecen muy

distintos en cada uno de ellos, pero vaya donde vaya siempre me encuentro con jóvenes abiertos a encontrarse conmigo, con mi historia y con el mensaje que les lanzo, y eso me infunde esperanza acerca del futuro del mundo.

29

El regreso

El Auschwitz al que regresé en enero de 1995 era tan gélido, húmedo y sombrío como lo recordaba.

No fue la primera vez que me pidieron que volviera, pero siempre me había negado. Ahora un equipo técnico holandés que trabajaba en un documental me rogó que lo acompañara para rodar una película corta sobre mis experiencias antes de que abrieran el campo al público, con una gran ceremonia internacional, para conmemorar los cincuenta años transcurridos desde la liberación. Mi primera reacción fue volver a negarme.

—Imaginábamos que diría eso, pero ¿se tomaría unos días para meditarlo? —insistieron.

Colgué el teléfono y lo hablé con Zvi. Recordaba que Mutti nunca había querido volver porque, según afirmaba, no alcanzaba a entender que eso pudiera reportar algo más que recuerdos horripilantes. Sin embargo, también conocía a otros supervivientes que habían vuelto y habían logrado la sensación de lo que popularmente se conocía como «pasar página».

Quizá regresar a Auschwitz me permitiría alcanzar la sensación de haber resuelto algo. Tal vez si volviera a verlo como un lugar real, no solo existente en mis pesadillas, también dejaría de acosarme. Acepté la invitación, y partí hacia Polonia con Zvi.

En cuanto llegamos a la puerta principal de Birkenau, me sentí cercada por el horror. La vía del tren y las torres grandes —esas torres que nos intimidaron en aquella fría mañana gris— aún seguían allí, y echamos a andar en silencio por la gruesa capa de nieve hacia el campo.

Casi desde el instante en que llegamos, Zvi se echó a llorar en silencio; en verdad fue una experiencia abrumadora para él. Yo no lloré. Lo único que pensé fue: «Esto es tan espeluznante como lo recordaba».

La valla perimetral aún estaba en pie, con algunos tramos del alambre de espinos caídos y ya sin electricidad. Salvo por eso, el campo era ahora una extensión abierta que parecía abarcar kilómetros en la distancia. En 1944 no tenía ese aspecto porque entonces cada zona estaba cercada y patrullada por guardias.

Algunos barracones seguían intactos, pero muchos de los edificios de madera se habían perdido, tal vez desplomados por tantos años de deterioro. Le enseñé a Zvi el largo pasillo central y las plataformas de madera, situadas a cada lado, en las que dormíamos. Dentro

imperaba la oscuridad y la humedad, igual que antaño, y le conté a Zvi el episodio de la rata que una noche me mordisqueó los dedos de los pies.

Después seguimos avanzando para ver el bloque de las letrinas, y la larga hilera de agujeros abiertos. Se me revolvió el estómago al recordar cómo odiaba acuclillarme sobre esos agujeros, mientras oía las botas de las *kapos* marchar arriba y abajo detrás de mí, y me sonreí un poco al pensar en la advertencia de Pappy de que no me sentara para evitar los gérmenes.

Recorrimos el campo a lo largo, siguiendo la línea de la vía férrea que al final acabó llegando casi hasta las mismísimas cámaras de gas. Al fondo quedaban los edificios derruidos de ladrillo que habían albergado las cámaras de gas y los crematorios. Con la esperanza de ocultar sus crímenes, los nazis los habían volado antes de marcharse. Todo aquello me resultó poco familiar porque las cámaras de gas y los crematorios siempre permanecieron cuidadosamente camuflados desde el resto del campo, aunque jamás podría negarse la realidad de las chimeneas humeantes que nos bañaban día y noche en una lluvia de cenizas e impregnaban el campo con ese olor inconfundible.

Nos detuvimos varios instantes para que yo leyera algo de mi libro, *Eva's story*, y después nos fuimos.

No resolví nada. No pasé ninguna página. Me oprimió el peso de toda la gente que había muerto en aquel silencioso territorio polaco, millones de familias de abuelos, padres, niños y bebés. Los habían asesinado día tras día, año tras año, durante cuatro años, y tampoco era capaz de creer que hubieran ido al cielo. Alguna vez habían sido personas con una vida, pero muchos de ellos fueron a la muerte en el anonimato; ni siquiera conocemos sus nombres.

Durante el recorrido de vuelta, vimos algunas de las renovaciones que se estaban realizando en el campo antes de la ceremonia conmemorativa. Durante años Auschwitz-Birkenau había ido languideciendo tras el Telón de Acero, y poca gente lo había visitado. Ahora lo estaban preparando como destino turístico internacional. Se estaban instalando letreros para informar a la gente de la ubicación de determinados horrores: cámara de gas, barracón de los judíos húngaros, hospital. Me quedé espantada y muda cuando llegamos a la cafetería recién construida. Había obreros sentados a las mesas que reían y conversaban frente a un chocolate caliente. Zvi dio un respingo cuando alguien le ofreció algo de comer.

—No, no podría —dijo sujetándose la garganta con aversión—. ¡Creo que me sentaría fatal!

A mí me parecía un sueño extraño.

Más tarde vi la ceremonia de conmemoración por la televisión y oí decir a Elie Wiesel: «Aunque sabemos que Dios es misericordioso, por favor, Dios, no tengas misericordia con quienes crearon este lugar».

Wiesel sobrevivió a Auschwitz y se convirtió en escritor y Premio Nobel de la Paz, y yo coincidí plenamente con su siguiente comentario: «Recuerdo la nocturna procesión de niños, de más niños y más niños, tan asustados, tan callados, tan bonitos —dijo—. Si pudiéramos ver tan solo a uno de ellos, se nos partiría el alma. En cambio a los asesinos no se les partió el alma».

Después vi una procesión de líderes mundiales que depositaron flores y declararon que no podíamos permitir que estas cosas volvieran a repetirse.

—Pero ya se han repetido —le dije a Zvi—. Están pasando en distintas partes del mundo en

este mismo instante.

Millones de personas visitan Auschwitz cada año, y he oído que hay una aglomeración de gente que entra a empujones y después hace el recorrido por el campo provista de auriculares que les ofrecen una visita guiada. Hasta he conocido a personas, algunas de ellas judías, que visitan muchos campos de concentración y consiguen una suerte de estremecimiento ante la horrible sensación de encontrarse en medio del terror y la muerte. La sola idea me eriza la piel, aunque soy muy partidaria de que se realicen viajes educativos para jóvenes a estos lugares.

Los zapatos, las maletas y el cabello de las víctimas que se exhiben en el museo de Auschwitz se podrán preservar para siempre, pero con el tiempo la naturaleza erosionará todo lo que construyeron los nazis, y Auschwitz volverá a ser una llanura maloliente repleta de enjambres de moscas donde el sol caiga a plomo en verano y donde se acumulen varios palmos de nieve en invierno. Quién sabe qué recordará la gente sobre ese lugar dentro de cien años. No es más que un sitio. La mejor manera de superar mi experiencia y de alcanzar mis esperanzas para el futuro es a través de la gente.

Durante muchos años también permanecí alejada de Austria y de Ámsterdam porque no quería evocar un pasado más feliz en compañía de Mutti, de Pappy y de Heinz. Pero al final volví: regresé a Viena con Zvi y nuestra hija Sylvia a finales de la década de 1970. Austria seguía pareciéndose mucho a lo que recordaba de ella, y sentí una simpatía irremediable hacia las caras sonrientes y despreocupadas, la comida y la bebida, y los días soleados que pasamos en el campo. Exploramos la ciudad de Viena y llevé a Sylvia al palacio de Schönbrunn, donde tanto había correteado y jugado yo en otros tiempos. Me habría gustado llevar a Zvi y a Sylvia a ver la casa donde nos criamos Heinz y yo, pero la memoria se me quedó en blanco de repente y no logré recordar la dirección. Por mucho que lo intenté, no recuperé esa información, aunque por supuesto conocía de memoria el camino hasta la calle Lautensackgasse. Cuando llegué a casa la rememoré al instante. Mi psique me había estado protegiendo, y nunca más he vuelto a ver ese edificio.

Desde aquella visita hemos ido a Austria varias veces, y en una ocasión hasta pensamos en comprar un apartamento de vacaciones allí, pero la calidez de algunos de mis recuerdos de la infancia nunca podrá eclipsar el hondo desasosiego, y el miedo, por lo que sucedió.

Creo que ahora soy capaz de admitir que nací en Austria, pero durante muchos años negué cualquier relación con mi país de origen. Cuando me preguntaban por mi procedencia, decía que era neerlandesa.

El lugar con el que siento un vínculo más estrecho es Ámsterdam. No volví allí muy a menudo en vida de Otto, pero después de su fallecimiento colaboré más con la Casa Ana Frank, y empecé a frecuentarla de nuevo. Siempre me resulta muy emotivo llegar a la ciudad: los ojos se me inundan de lágrimas al aterrizar en el aeropuerto, y pienso en lo mucho que le habría gustado a Heinz volver a Ámsterdam, su hogar, y en que nunca tuvo esa oportunidad. En esta ciudad se mezclan muchos recuerdos, pero adoro a mis amigos holandeses y, de no ser por la familia que tengo en Londres, pasaría el resto de la vida allí. Aparte de mi labor en la Casa Ana Frank, también disfruté implicándome en el trabajo del Museo de la Resistencia Neerlandesa, al que doné algunos objetos —incluidos cuadros de Heinz, su pasaporte y el de mi padre, y el uniforme

ruso que me dieron al liberarme de Auschwitz— para la exposición permanente.

A aquel uniforme le faltó muy poco para terminar de nuevo en Rusia. En enero de 2012 visité Moscú para reunirme con algunos de los soldados que habían liberado Auschwitz-Birkenau en 1945. Durante la rueda de prensa mostré el uniforme y conté todos los detalles sobre el momento en que me lo proporcionaron los soldados, y que lo llevé puesto durante todo el viaje por Ucrania, el mar Mediterráneo hasta Marsella y la llegada a Ámsterdam.

—¡Oh, es fantástico! —me dijo con ojos socarrones un ruso que había participado en la organización del encuentro—. Creo que deberíamos dejarlo expuesto aquí en Moscú.

—Bueno, aquí ya tenéis muchos uniformes soviéticos antiguos —le respondí—. Seguiré conservándolo yo.

Bromas aparte, agradecí mucho la oportunidad de manifestar mi reconocimiento a los soldados. Los recuerdo como jóvenes fornidos, altos y hasta con aspecto de osos, enfundados en sus uniformes de invierno. Ahora peinan canas, andan encorvados, son ancianos, usan gafas y exhiben sus medallas de guerra con orgullo en la chaqueta.

Les pregunté qué sintieron al descubrir Auschwitz y si contaban con que hallarían campos de ese tipo con unos cuantos supervivientes famélicos vagando por ahí.

—No, fue espantoso —me contó uno de ellos—. Éramos unos niños. Yo solo tenía dieciocho años. Encontramos más lugares así, pero ya habíamos presenciado muchos otros horrores.

Durante su avance por Rusia y Polonia se habían topado con algunas escenas terribles, y Auschwitz-Birkenau no fue más que una entre muchas.

Al salir de Moscú pensé en lo que me había dicho aquel hombre. ¿Fue el Holocausto un caso único, o un horror más entre muchos otros? A través de Otto, y más tarde de la Casa Ana Frank y de la Fundación Ana Frank, me enteré de numerosos episodios de genocidio, asesinato y discriminación, y cada uno de ellos ha tenido que ser igualmente atroz para la gente que lo padeció. No obstante, creo que el empeño nazi por erradicar de la faz de la tierra hasta el último judío (y la disposición de tanta gente normal para permitir que ocurriera) no tiene parangón en la historia. Pero, por supuesto, yo no lo viví como un hecho histórico. Solo puedo hablar de algo muy personal que me sucedió a mí, y de cómo sobreviví a ello.

30

Epílogo

Anoche me quedé despierta pensando cómo debería concluir esta historia. Dentro de treinta años no quedará ningún superviviente del Holocausto, así que este libro es mi carta a la posteridad.

Mi sueño es que alguien lo recupere mucho después de mi muerte y se escandalice y se asombre al descubrir que el mundo fue así una vez. Que la persecución de gente por ser judía —o por ser negra, o por ser gitana, o musulmana, o gay— se perciba como algo ridículo, inhumano y monstruoso, tal como nos pasa ahora con la trata de esclavos.

Vaya sueño inalcanzable, quizá piensen ustedes. Basta con mirar todos los horrores que están ocurriendo en el mundo en este instante. Basta con mirar toda la incertidumbre a la que nos enfrentamos, y el conflicto entre distintas facciones religiosas.

Soy una persona pragmática, pero también soy optimista. Cuando subo al autobús de mi barrio, al norte de Londres, me doy cuenta de que a menudo las familias se componen de personas con orígenes étnicos diferentes. Hasta yo tuve que cambiar de forma de pensar en relación con mi familia, y aceptar que ya no es como era antes. Yo nunca me habría casado con un hombre que no fuera judío, y nos decepcionó que una de mis hijas lo hiciera. Pero los tiempos han cambiado, y todos nos hemos integrado más. Es una buena cosa.

Cuando visito colegios en la actualidad, noto que los niños apenas prestan atención a la procedencia de sus compañeros de clase. Pueden gustarles o no como individuos, pero no se basan para ello en su color de piel o en su religión.

Vivir en un mundo al que todos puedan «pertenecer» no es que constituya una especie de ideal supremo para mí: ha sido una de las grandes ideas que me han perseguido en la vida.

El 14 de febrero de 2012, crucé el patio del palacio de Buckingham para que me nombraran Miembro de la Orden del Imperio Británico por mi labor en la Fundación Ana Frank y en otras organizaciones benéficas del Holocausto. El reconocimiento implicaba que ahora pasaba a ser «miembro del Imperio británico». Después de llevar sesenta años viviendo en Londres, aún me hizo plantearme a qué lugar del mundo pertenezco, y a qué lugar podría denominar mi patria.

Había nacido en Austria, me había convertido en refugiada apátrida y luego me habían dejado reducida a un número tatuado con dolor en el antebrazo. Después de la guerra, los aliados decidieron que no había que tratar a los judíos como un grupo aparte, y recobré la designación de

«austriaca» (curiosamente metida en el mismo saco que los nazis que nos habían perseguido y considerado «enemigos extranjeros»). Nunca obtuve la nacionalidad neerlandesa y después, varios años más tarde, acabé viviendo en el Reino Unido, donde jamás imaginé que me casaría y formaría una familia.

He vivido la época en que toda Europa se consumió en una guerra entre el fascismo, el comunismo y la libertad, lo que acabó con los últimos vestigios de la antigua era imperial. Y ahora recibía una distinción arcaica de un imperio ya inexistente.

Me da la risa cuando oigo a la gente hablar sobre los interminables conflictos que asolan otras partes del mundo, como África, en contraste con la «civilización» con que abordamos los problemas en Europa. Les aseguro que no hace tanto que Europa no fue nada «civilizada».

Este libro reúne algunas de mis memorias de aquella época, pero el recuerdo debería tener menos peso en el mundo que las actuaciones para cambiar las cosas a mejor.

Esta reflexión me sobrevino especialmente cuando, hace un par de años, visité Argentina para celebrar el primer aniversario de la Casa Ana Frank de Buenos Aires. Por supuesto, estaba al tanto de que Argentina había acogido a nazis después de la guerra, y de que mucha gente común había perdido a sus familiares durante la reciente dictadura militar del país. No pude evitar pensar en esa historia cuando me honraron en una sala del Parlamento frente al escritorio de Eva Perón. (Una Eva mucho más controvertida que yo.) De modo que me dirigí con gran sentimiento a un grupo de personas entre las que figuraban algunas Madres de la Plaza de Mayo, quienes habían luchado con coraje para lograr justicia después de perder a sus hijos con la Junta Militar, aunque me pareció muy significativo que también hubiera cien altos mandos del ejército, la armada y la fuerza aérea que acudieron a oírme y que acabaron firmando un acuerdo para que todos los cadetes visitaran la Casa Ana Frank al alistarse en uno de esos cuerpos.

Como tengo puestas las esperanzas sobre todo en los jóvenes, mi viaje a Argentina finalizó viendo al ministro de Educación firmar un compromiso para incluir el estudio del Holocausto en los programas educativos.

Este verano, mis dos nietos varones viajaron a África para trabajar con organizaciones benéficas. Creo que nuestra familia ha heredado de Otto Frank cierta sensibilidad por ayudar a los demás y ser humanitarios, aunque sé que entre los jóvenes de hoy abunda un empeño por mejorar el mundo.

De modo que sí: siempre deberían existir los monumentos y las fechas conmemorativas, pero la vida solo avanza hacia delante y yo soy una persona activa. La vida sigue.

En cierto modo, la redacción de esta historia se completó para mí cuando mucha de la gente que aparece en ella se reunió en Londres para celebrar el sesenta aniversario de mi matrimonio con Zvi. Fue a comienzos del mes de septiembre, hacía un día espléndido de verano y Zvi y yo entramos andando en la sala donde mi nieta Lisa tocó una versión de *What a wonderful world*.

El círculo de mi vida se cerró completamente y me sentí abrumada al sentarme con nuestras hijas y nietos; con mi primo Tom, que con diez años escuchó mis horrores arropado en su cama de Darwen; con Jan Rosenbaum, aquel bebé que iluminó mi sombría existencia en la Ámsterdam de posguerra; con Anita, la primera amiga de verdad que tuve en Londres; con Elizabeth, quien había estado a mi lado como niñera, compañera de trabajo y, por último, como cuidadora de

Mutti; con Dienke y Jan Erik, los primeros que trajeron la Exposición Ana Frank al Reino Unido; con Jenny Culank y Nic Careem, quienes han llevado a escena la obra *And then they came for me*; con Erika y Teresin, de la Casa Ana Frank de Ámsterdam; con la familia de Zvi de Israel; y hasta con Harold, un amigo estadounidense que contó anécdotas sobre cuando me llevó a casinos y a carreras de cerdos, recordándole a todo el mundo que ¡no soy un dechado de virtudes que filosofa sobre la vida desde las alturas!

Me crié en un mundo que distaba mucho de ser admirable, pero aun así he tenido una vida repleta de alegrías y amor, y mi mayor pesar es tan solo que Pappy y Heinz no pudieran compartirla conmigo.

Después de hablar sobre mis vivencias durante más de veinticinco años, soy capaz de prever la mayoría de las preguntas que me formula la gente, pero eso no significa que tenga todas las respuestas.

Hace unos meses me quedé mirando a un grupo de escolares al acabar mi charla, y una niña somalí de ojos oscuros levantó la mano vacilante y me preguntó:

—¿Cree usted que pasará otra vez?

No puedo responder a eso, pero quizá ustedes sí. ¿Pasará? Yo espero que no.

AGRADECIMIENTOS

Aunque mucha gente nos brindó apoyo moral durante la redacción de este libro, quisiéramos manifestar un agradecimiento especial a quienes nos asesoraron durante el trabajo de investigación, sobre todo a Karen Tessel, del Museo de la Resistencia Neerlandesa, a la profesora Dienke Hondius, de la Universidad de Ámsterdam, y a Teresin da Silva y Erika Prins, de la Casa Ana Frank de Ámsterdam.

Asimismo quisiéramos agradecer sobre todo a Tom Greenwood que desempolvara numerosas cartas familiares y nos las enviara para usarlas en el libro, y que compartiera sus propios recuerdos con nosotras.

Por creer de inmediato en este libro y por la inmensa ayuda práctica que nos prestaron a lo largo del proceso, nuestra gratitud también a Gaia Banks, de la agencia Sheil Land, y a Fenella Bates, de la editorial Hodder & Stoughton.

También nos gustaría agradecer a Zvi Schloss la paciencia y ayuda que nos brindó al asistir a todas las reuniones que mantuvimos para elaborar este libro y al leer cada borrador, así como todo su apoyo incondicional a tantos otros proyectos a lo largo de los años.

Imágenes



Mis abuelos maternos con mi madre, fotografiados en 1909.



Mis abuelos paternos con mi padre y su hermana, retratados en 1909.



La preciosa casa de Viena en la que viví hasta 1935.



Mis padres retratados en 1920. Mi madre no tenía más que quince años cuando se conocieron.



Mi fotografía favorita de Pappy, tomada en 1921.



Gino, el apuesto novio italiano de mi madre.



Me encanta esta fotografía en la que estamos Heinz y yo con Mutti.



Yo, con dos años.



Aquí aparecen todos los empleados de la fábrica de zapatos que tenía mi padre en Viena, Geiringer & Brown. Mi padre está en la segunda fila: es el séptimo empezando por la izquierda, con una camisa blanca.



Yo a los cuatro años con un gesto de testarudez muy típico en mí.



Aquí aparezco junto a mi primer amor, Martin Hahn. Martin y sus padres huyeron a Shanghái en 1939.



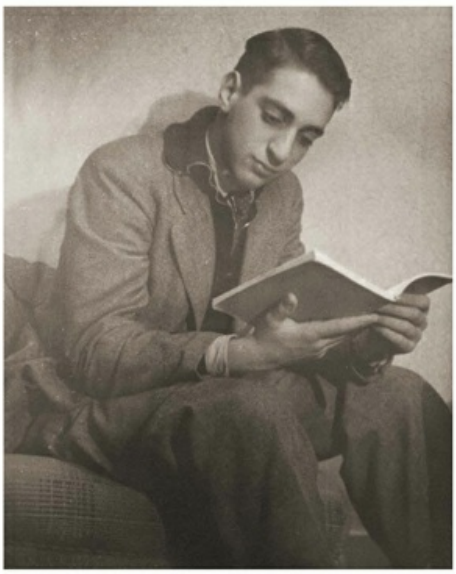
Heinz de pequeño.



Retrato de Heinz y yo, ¡muy formales!



En esta foto tomada en Bélgica aparezco con mi amigo Jacky, el hijo de nuestra casera. Íbamos a una fiesta de disfraces.



Esta es la última instantánea que se hizo Heinz, justo antes de que nos escondiéramos. Le encantaba leer, escribir y pintar. La foto de la cubierta en la que aparezco yo se tomó al mismo tiempo que esta.

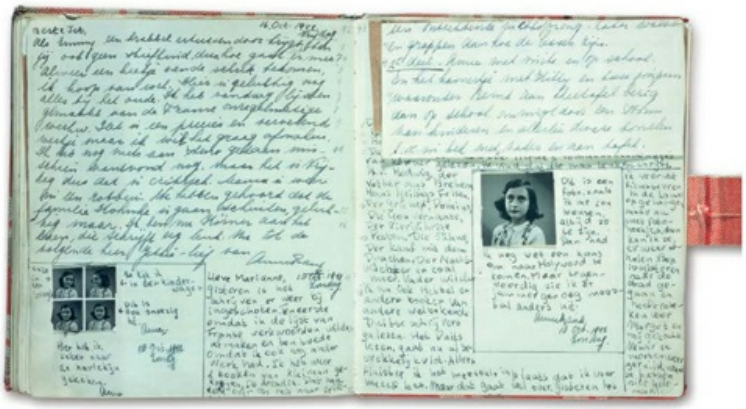




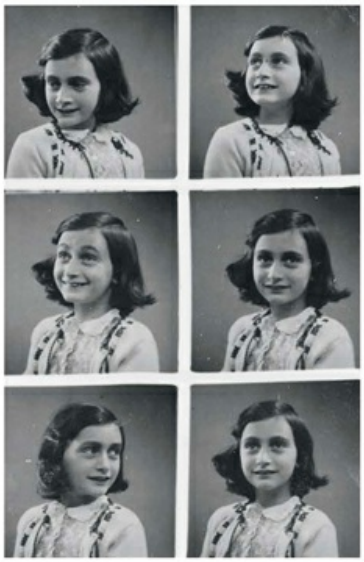
Un par de cuadros de los que pintó Heinz mientras estuvo escondido. Cuesta creer que solo tuviera dieciséis años por entonces.



Esta imagen se tomó con la cámara Leica que Otto me regaló más tarde a mí.



Miep Gies, una de las personas que ayudó a esconderse a la familia Frank, fue quien encontró el diario de Ana.



Ana era muy popular y tenía muchos amigos; siempre estaba sonriente y riéndose.



Ana y una amiga jugando en la plaza Merwedeplein de Ámsterdam. Nosotros vivíamos a la izquierda de la plaza. Los Frank vivían a la derecha.



En esta fotografía de 1933 aparece Ana con su hermana, Margot.



Imagen de la vía férrea que llegaba hasta Auschwitz-Birkenau.



Nos enviaron al campo en vagones para transportar ganado y, nada más llegar, separaron del resto de nosotros a los ancianos, los más pequeños y las personas demasiado débiles para trabajar.



Nos afeitaron la cabeza al llegar, pero Mutti convenció a la *kapo* para que me dejara un poco de flequillo.



Me pusieron a trabajar clasificando las pertenencias de la gente en «Canadá», una zona de almacenes inmensos repletos de zapatos, gafas y hasta piernas ortopédicas.



Los Rosenbaum, con quienes nos quedamos una temporada breve después de nuestro regreso de Auschwitz.



Mi primo Tom y su hermano pequeño Jimmy. Tom fue la primera persona con la que compartí mis vivencias en Auschwitz.



Otto Frank, Miep y Jan Gies, y su hijo Paul. Esta imagen fue el primer encargo fotográfico que realicé con la cámara Leica de Otto.



Yo a los diecisiete años después de la guerra; la imagen la tomó un amigo que quería ser fotógrafo.



Mi antiguo novio Henk. Llegamos a mantener una relación muy seria antes de mi traslado a Londres.



Tomé esta fotografía de Mutti en 1948 y sigue siendo una de las imágenes que más me gustan de ella.



Minni nos salvó la vida en Auschwitz. Aquí aparece acompañada de sus dos hijos en 1948.



Zvi con su madre, Isle, su padre, Meier, y su medio hermano, Shlomo, antes de que partieran hacia Palestina en 1936.



Zvi con la señora Hirsch, la dueña de la casa de huéspedes en la que nos conocimos en 1951.



Nos casamos en Ámsterdam en 1952.



Zvi cuando acudió a visitar a mi familia a Lancashire. También aprovechamos para pasar nuestras primeras vacaciones juntos allí.



Ninni, Irene y Rusha, nuestras mejores amigas en Holanda después de la guerra.



Mutti, la abuela Helen y yo con mi primera hija, Caroline, en 1956.



Mis hijas Caroline y Jacky jugando en 1959 con un carro muy parecido al que yo misma usaba para jugar con Heinz.



Esta fotografía se tomó en Devon en 1966.



Siempre he hecho mis propias tarjetas navideñas para mandar a los amigos. Esta contiene unas fotografías que les hice a mis hijas Caroline y Jacky en 1960 con la cámara Leica.



Mutti y Otto acompañados por Audrey Hepburn. Querían que representara el papel de Ana en la primera película de *El diario de una niña pequeña.*



Mutti y Otto con mis hijas en Cornualles en 1965. Pasamos muchas vacaciones preciosas juntos.



Otto con mi hija pequeña, Sylvia, durante unas vacaciones en Suiza.



Otto a los setenta y seis años en una playa de Italia. Siempre rebosaba de energía cuando estaba con las niñas.



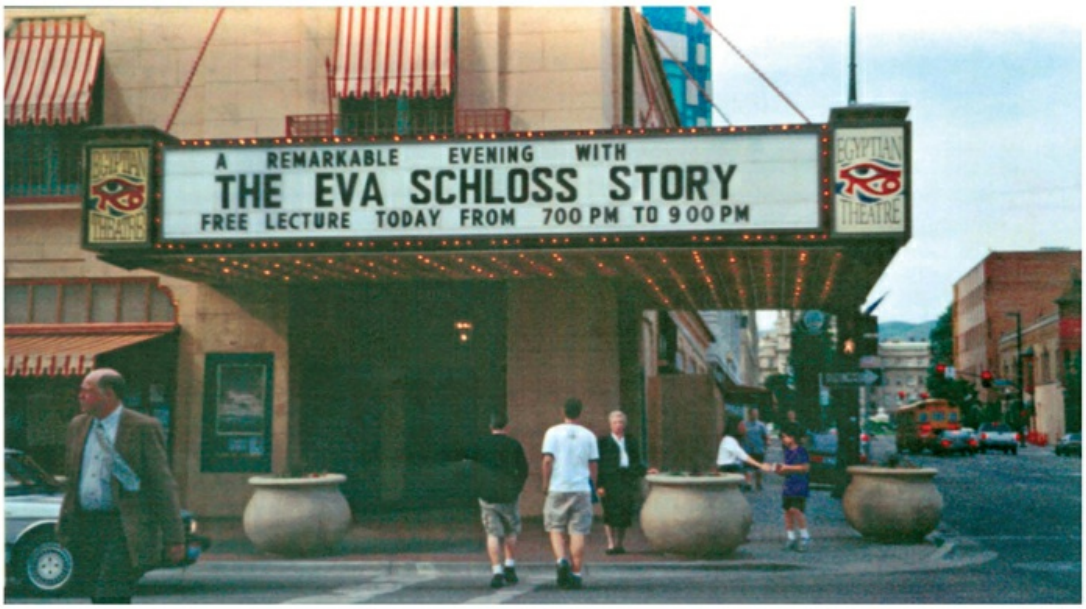
En la entrada de mi querida tienda de antigüedades, que abrí en 1972.



También he tenido la suerte de conocer a alguna gente magnífica. Demi Moore se implicó mucho en la producción de la obra *And then they came for me: remembering the world of Anne Frank* en el teatro que tiene en Hailey, Idaho.



Me encanta visitar colegios y charlar con los chicos. Aquí aparezco con los alumnos de la escuela primaria de Battersea.



Mi nombre en el cartel luminoso del Egyptian Theatre de Boise, Idaho.
Me quedé pasmada al ver que acudió tanta gente a oírme hablar que ¡hubo que llamar a la policía y al cuerpo de bomberos!



Aprendo tanto de los colegiales como ellos de mí. Me infunden grandes esperanzas sobre el futuro.



Aquí estoy con mi hija Sylvia y mi nieta Ella en la inauguración de la primera exposición de cuadros de Heinz y Pappy, en el Museo de la Resistencia de Ámsterdam. Detrás de mí aparecen dos retratos de mi madre que pintó mi padre.



Zvi y yo acompañados de Sylvia, Jacky y Caroline durante la celebración de nuestras bodas de diamante en el año 2012. Como fue el año de las olimpiadas, nos dieron una medalla de oro a cada uno. Estoy muy orgullosa de mi familia.



En el año 2012, el príncipe Carlos me nombró Miembro de la Orden del Imperio Británico por mi labor en la Fundación Ana Frank y en otras organizaciones benéficas del Holocausto. Fue todo un honor.

Después de Auschwitz
Eva Schloss

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *After Auschwitz*

Diseño de la portada: Hodder & Stoughton
Fotografía de la portada: Press Association / Contacto
Fotografías del interior: archivo personal de la autora; © AFF, Basilea, CH / AFS, Ámsterdam, NL / Casa Ana Frank / Getty Images; © Corbis; © Getty Images; © Press Association Images / Lewis Whyld; © TopFoto

© Eva Schloss y Karen Bartlett, 2013
Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2013 por Hodder & Stoughton

© de la traducción, Dulcinea Otero-Piñeiro, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir imágenes protegidas en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2015

ISBN: 978-84-08-11944-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S.L.
www.victorigual.com